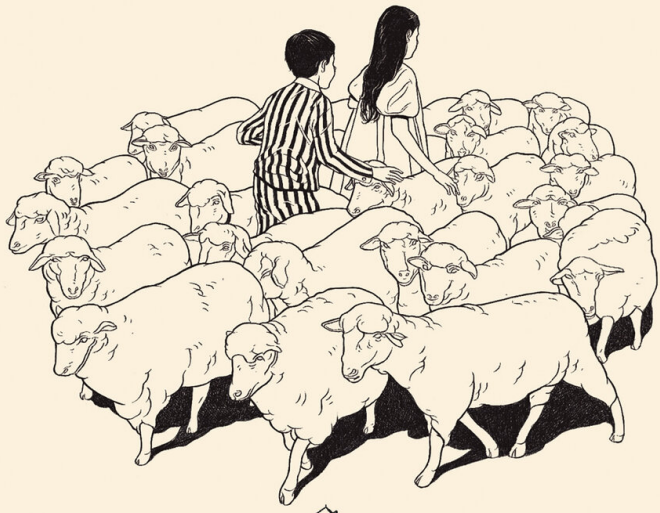
LUCIANO LAMBERTI

GENTE QUE HABLA DORMIDA

PEQUEÑOS ROBOS A LA LUZ DE LA LUNA
EL LORO QUE PODÍA ADIVINAR EL FUTURO
EL ASESINO DE CHANCHOS



LITERATURA
RANDOM HOUSE

Gente que habla dormida

LUCIANO LAMBERTI

LITERATURA RANDOM HOUSE

Nota a la presente edición

Algunos de estos cuentos aparecieron en antologías y revistas antes de formar parte de un libro. *El asesino de chanchos* se editó por primera vez en el 2010, en la fallecida Editorial Tamarisco, y después en Nudista, que en 2014 publicó también *El loro que podía adivinar el futuro*. Mi agradecimiento para los sucesivos editores.

Pequeños robos a la luz de la luna es inédito.

PEQUEÑOS ROBOS
A LA LUZ DE LA LUNA

“A la luz de la luna realizar pequeños robos”.

NICANOR PARRA

Soy el hombre de la máscara

Soy el hombre de la máscara que noche tras noche se mete en la casa de sus vecinos.

Es enero y el calor parece exprimirnos las sienes, yo salto los techos, esquivo patios con perros de furiosas dentaduras, me deslizo en el interior de las casas del barrio y miro a mis vecinos dormir. Solos, en pareja, con una mano tocando el piso, con un gato enrollado a los pies, bocabajo, en sofás estrechos, bañados por el resplandor azul del fin de la transmisión televisiva. Hay algo real en ellos cuando duermen. A veces los filmo con una pequeña cámara digital y en casa veo las grabaciones durante horas. Me gusta captar el momento en el que expresan, por gemidos y movimientos bruscos de los globos oculares bajo los párpados, el clímax de los sueños. Esto sucede más o menos a partir de las cuatro de la mañana. Es mi hora. La hora en que soy más fuerte. A veces también miro la luna. Soy el hombre que mira la luna y camina bajo la luna con una máscara. Estudio fotos colgadas en las paredes, fotos en mesitas de luz, fotos pegadas con imanes a la puerta de la heladera. Reviso botiquines, espío relaciones sexuales a la salida del sol. Mi máscara es grande y blanca y la hice yo mismo con papel y engrudo sobre un globo azul. Tiene agujeros para los ojos y nada más: cuando espío soy yo, tremendamente yo, no necesito comer y ni siquiera respirar de lo tremendamente yo que soy. Voy en cueros, con pantalón largo, descalzo. La planta de mis pies y mis dedos de mono me sirven para aferrarme a los tapiales. Soy un gigante, mis brazos gruesos como ramas, mi boca un panal de abejas. De día no soy yo, hago las compras y noto que mis vecinos están despiertos y tampoco son ellos, tienen que meterse en sus cuerpos y andar así, siendo no ellos. Y un día voy a un sicólogo grande y peludo, con cuerpo de

marinero, de estibador, de carnicero o incluso de odontólogo, pero no de sicólogo, y le digo: Soy el hombre de la máscara, soy inmenso, y saco la máscara de una bolsa de compras y me la pongo. Es aterradora, dice el sicólogo. Eso es porque me muestra tal cual soy, le respondo. Si muero, el mundo se muere conmigo, se achica hasta caber en un punto de mi mente, una supernova del tamaño de una cabeza de alfiler. El sicólogo se queda mirándome con sus grandes manos peludas en las rodillas. Y una de esas noches, ya termina enero, el verano está en su punto más alto, nadie duerme del todo, estoy de pie en un pasillo, entre sonrientes fotos familiares, con mi pantalón de vestir, mis pies descalzos, el torso desnudo, la máscara, y entonces se abre la puerta y sale un chico, despeinado y en calzoncillos, que al verme se paraliza. Lo conozco del barrio, tiene grandes ojos atentos y a lo mejor algún día él también se calce una máscara como esta para soportar el verano.

Ahora está a punto de gritar, y yo a punto de salir corriendo.

Pero ninguno de los dos hace nada. Nada más que mirarnos en un pasillo a oscuras, como la misma persona en dos tiempos distintos.

La avispa

Padre: un día te picó una avispa. Estábamos en el campo, haciendo no me acuerdo qué. Cuando nos quedábamos solos no era inusual sentirnos incómodos, como si todas las formas mutuas en que nos despreciábamos corrieran como anguilas debajo de nuestra conversación, bastante parca por cierto. Vos mirabas al frente, manejando, yo veía tu perfil concentrado en los desniveles del terreno. Era un camino de tierra difícil de andar con la camioneta destartalada en la que repartíamos los huevos. Muchas veces teníamos que lamentar algún huevo roto, una de nuestras clientas nos mostraba a la luz del mediodía la cáscara quebrada, como prueba de nuestra ineficiencia e improductividad. Padre: teníamos esa fama en el pueblo. Ineficiencia e improductividad. Sin ir más lejos yo, con casi veinte años, no había aprendido a manejar ni terminado el secundario, ni tenía un oficio ni un norte en la vida. Los vagos, los lelos, así nos llamaban, cuando la monstruosa camioneta en la que nos desplazábamos, cubierta de parches y con el guardabarros trasero sujeto a la chapa con un alambre, surgía de una esquina en todo su esplendor.

Ahí estábamos ese día, los vagos, los lelos, los ineficientes e improductivos del pueblo.

¿Qué hacíamos en ese camino de tierra? ¿Llevábamos huevos de una parte a otra? ¿Buscábamos una provisión de huevos en la casa de algún vecino que nos vendía al por mayor? No lo recuerdo. Sé, en cambio, que las anguilas reptaban bajo las pocas palabras que nos dirigíamos. Me habías encargado un trabajo que no hice bien y esa mañana me lo reprochabas, con frases hirientes que olvidé pero me quemaron por dentro como brasas.

Entonces una avispa entró por la ventana y te picó la garganta.

La vi clarito, posándose sobre la piel que te colgaba alrededor de la nuez de Adán y hundiendo ahí con ganas su aguijón. Me miraste abriendo los ojos. Eras alérgico: la picadura de una hormiga en el lugar adecuado podía matarte. Aplastaste la avispa de un chirlo y la miraste en tu mano, amarilla y negra, con las patas encogidas. Casi enseguida empezaste a hincharte. Te costaba tragar. Paraste el auto en la banquina, la hondonada por la que circula el agua que baja de los campos, y yo traté de sacarte el aguijón, pero era pequeño, no podía engancharlo con las uñas y ya tenías la cara inflamada, las mejillas tirantes, el cuello casi del doble del tamaño normal, y boqueabas con inspiraciones cortas. Pensé en salir corriendo a buscar ayuda.

Pero en cambio hice algo en lo que todavía pienso. Me quedé quieto mirando el camino de tierra por el parabrisas. Al principio rezongaste sin palabras, con ruidos como los de los sordomudos, estirando las manos que no me alcanzaban. Pero después entendiste lo que estaba pasando, supiste lo que yo sentía, y quiero creer que fuiste feliz por mí.

Ahora manejo la misma reventada camioneta, vendiendo los mismos huevos que se quiebran entre sí. Me gusta ir con la ventanilla abierta, dejar que el viento embolse mi camisa y me peine hacia atrás. Es verano, la vida me sonríe. A veces incluso silbo, padre, canciones que vos odiarías, y que a mí me parecen lo más bello de este mundo.

Pequeños robos a la luz de la luna

Me quemó con un encendedor.

Me dijo: Por tu culpa voy a suicidarme.

Me despertó a cachetada limpia.

Me obligó a trabajar el doble para mantener gustos exorbitantes.

Me apartó de mis amigos, de mamá, de mis costumbres, de cualquier clase de vida social, de mi trabajo en el museo.

Me hizo bajar las persianas permanentemente, llenó de velas mi departamento.

Me obligó a prepararle riñones a la crema con arroz.

Me empujó a fumar, a consumir drogas, a beber en exceso, a contactar a dealers que andaban en autos de vidrios polarizados, pelados, enigmáticos, de los que hablaba con ambigüedad, como si hubiera tenido con ellos alguna clase de relación.

Compró (con mi tarjeta) ropa nueva, completamente ajena a mi estilo. Me hizo ponérmela, desfilar frente a ella.

Me gritó, me manipuló con sus ataques de llanto, me pasó la lengua por la cara.

Me cortó el meñique con una pinza. Fue una madrugada.

Estaba pasada de coca y me tenía agarrado de los pelos de la nuca. Me dijo: Quiero que estés ahora, en este momento, acá.

Estoy acá, le dije.

No, no estás acá.

Mis manos temblaban. Apretó la pinza y el meñique simplemente saltó al piso, sin dolor ni ruido alguno.

Ahora tengo meñique, ahora no.

Tuvimos que acudir al hospital, yo con la mano envuelta en un repasador, chorreando gotitas de sangre en el taxi, en la vereda, en las

frías y blancas baldosas de un pasillo. Me clavaron la anestesia, me cosieron, me vendaron, me recetaron antibióticos. Ella estaba fumando en la vereda cuando salí. Le dije que no quería volver a verla. Y ella levantó los hombros y se quedó parada ahí, fumando, mientras yo pedía un Uber y la miraba una vez más antes de entrar, y cerraba la puerta y la veía empequeñecerse y desaparecer por la ventanilla.

Me había dicho: Lo hago por vos.

No la llamé, no le escribí. No supe nada de ella por un tiempo.

Me sentí renovado, fresco, limpio como después de dejar una droga largamente consumida. Y al cabo de un par de días, experimenté el vacío total, el peso de mis huesos, mi yo como una sombra muerta sin hambre ni sed ni compasión.

Tomé ansiolíticos, salí a correr, miré películas viejas, me hice un tatuaje, me corté el pelo. Un día, en uno de esos paseos, terminé casualmente en el edificio donde vivía. Toqué el portero. Grité su nombre. El muñón ya estaba curado, ya no latía, ya me habían sacado los puntos, uno de mis amigos artistas me pidió el pedazo faltante, que yo guardaba en un frasco con formol, y se lo di. Lo usó para montar una instalación.

Quería contarle todo eso.

Pero no me atendió. Volví a llamarla, a escribirle mensajes desesperados. Su respuesta: De ser necesario, voy a ir a un juzgado para que ponga entre nosotros una perimetral.

Me refugié en la meditación trascendental y el canto de las ballenas y la comida macrobiótica. Mis amigas me ayudaron. Recuperé a mis amigas. En el fondo, sabía que iba a volver. Siempre volvía.

Una noche, efectivamente, tocó el portero. La hice subir. Tomamos un té. Parecía tranquila. Diferente. Decidimos cambiar. Lloramos juntos. Nos abrazamos y lloramos y decidimos cambiar. A lo mejor tener un hijo. Nos fuimos a dormir.

Me despertó con su cara de sicópata. El pelo sobre los ojos. Su metro ochenta irguiéndose como un tótem en mitad de mi departamento. Diosa de la luna, diosa de las sombras, diosa de lo que no tiene nombre.

Me obligó a drogarme, a bailar hasta la extenuación en discotecas paupérrimas.

Me contó con lujo de detalles la forma en la que se la habían cogido sus novios anteriores. Hombres dotados de hermosos cuerpos, llenos de gracia, más o menos drogadictos, no muy lectores que digamos.

Me hizo arrodillarme. Me arrodillé. Le pedí de rodillas perdón por no sabía qué.

Le dije ¿ves? Este momento.

Estábamos en el comedor. Yo lavaba los platos. Le dije: Este momento, quiero que seas consciente en su dimensión cabal de este momento.

Agarró los Lucky convertibles y se fue.

Cuando no estaba con ella pensaba tanto en ella que era como estar con ella, o incluso más que estar con ella. Inexplicables dolores de estómago me tiraban al piso, en posición fetal, en la oficina del museo, con alguno de mis empleados contemplando la escena. Algunos venían corriendo a socorrerme. Estoy bien, estoy bien, decía yo, peinándome con dignidad.

Cuando no estaba con ella la consciencia del momento era mucho peor. Lo percibía todo con una lucidez aterradora: el ruido blanco del tráfico de la autopista, cada conversación trivial en los balcones vecinos.

Cuando no estaba con ella no dormía, la presión intercraneal me empujaba los ojos desde el interior, el secretario de Cultura me mandaba a llamar para quedarse mirándome, impávido, durante cinco minutos.

Volvió poco después. Todavía tenía llave. Yo estaba en el baño, haciendo mis necesidades. Sufría de colon irritable en esa época.

Escuché que entraba y se reía, entendí que estaba acompañada. Abrieron las puertas de la alacena y la heladera, los oí prepararse tragos. Gin, tónica, limón. Me lavé con el bidet y grité su nombre mientras lo hacía. La escuché reírse de nuevo. Tiré desodorante de ambiente, salí al comedor y traté de mostrarme amable y natural, para no darle el gusto. El tipo me miraba, divertido. Me lo presentó como Félix. Traté de comportarme con la mayor soltura posible. Les di conversación. Incluso llegué a preparar la comida. Fumaban mientras tanto, y yo no les dije que era una casa libre de humo. Abrí las ventanas y anuncié que la comida estaba lista. Nos sentamos a comer.

Yo de un lado, ellos del otro. Se reían, se tiraban cachetaditas. Y yo, impávido. Se besaron, se tocaron. Se metieron en la pieza. Ella me llamó.

Me levanté y los acompañé.

Una vez me pidió plata. Dijo: Para pagar una deuda. Dijo: Estoy desesperada. Lloró. Prometió volver a acostarse conmigo.

Fui a ver a madre. La empleada nos preparó té y masitas, que degustamos en la mesa del jardín. Madre preguntó por mis relaciones amorosas. Levanté los hombros. Le dije que tenía un problema intestinal, colon irritable, y le pregunté si podía pasar al baño. Ella hizo un gesto altivo con la mano, idéntico al que usaba para llamar a las mucamas. Me metí en su cuarto. Abrí el ropero, la caja de zapatos. Agarré un taquito de billetes de cien dólares.

Se los llevé a la Víbora sin contarlos. Poco después volvió a evaporarse.

A veces las cosas pasan sin que uno las planifique. Quiero decir: si uno las planifica salen mal. Supongo que confiamos demasiado en la voluntad. Y sabemos (yo sé) que la voluntad es débil y la carne, ansiosa.

No traté de olvidarla esta vez. Me concentré en mi trabajo, en las muestras que montaríamos en el museo durante los siguientes meses. Sin saber cómo, entablé una relación con una de las artistas. No era algo que hubiera hecho antes. La artista en cuestión era argentina, descendiente de japoneses, se vestía con trajecitos, no probaba alcohol ni drogas, salía a correr todas las mañanas.

Dos meses después estaba viviendo conmigo. Me ayudó a limpiar la casa, en el sentido espiritual. Pintamos las paredes. Cambiamos los muebles de lugar. Abrimos las ventanas para que circule el aire. Hicimos una sanación. Sin saber cómo me descubrí un día, sentado al lado suyo en la cama, mirando una película alemana, y supe que eso, sin necesidad de otra cosa, era la felicidad.

Yo era como esos perros que esconden el hocico cuando alguien levanta la mano.

Un día me dijo que estaba embarazada. Hicimos la primera ecografía. Decidimos que iba a parir en casa, en la bañera. Fuimos a las clases de parto. Empezamos a pensar nombres.

Para esa época ya me habían ofrecido ocupar el cargo de secretario de Cultura.

El bebé fue callado, como su madre. Dormíamos largas siestas los tres, juntos, los fines de semana.

De una de esas siestas me despertó una llamada en el celular. Una voz masculina, formal, me preguntó si conocía a tal persona. Pronunció su nombre. El nombre de ella. De la Diosa.

Le dije que sí, mientras el hielo me subía por las pantorrillas.

La voz me informó que la señorita había sido encontrada muerta en un departamento del barrio de Once. Que mi número aparecía como "de emergencia" en su teléfono, que si podía pasar a reconocer el cuerpo. Después me enteré de que se había ahorcado con un cinto, drogada o sicótica o ambas cosas.

Abrieron el cierre de una bolsa y vi su cuerpo.

Los ojos salidos, todavía, venitas estalladas en la sien, la marca negra en el cuello.

El empleado de la morgue carraspeó.

La reconozco, dije. Sí, es ella.

Volví a casa y me quedé dormido sentado en el living. Desperté sin saber dónde estaba, escuché un ruido que venía del pasillo y la vi. Moviéndose lento. Arrastrándose.

Diosa.

Ahora vivo solo. Vivo en la oscuridad, fumando. A ella la luz le da vergüenza.

Nunca me habla. Se acerca a mí en la oscuridad. Me agarra de las piernas. Me ruega algo que no entiendo.

Tengo que cuidarla. Que hacerle compañía. Me necesita.

Nadie entendería un amor como este.

Jers

Para Dante

—Puedo hacer muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Puedo aguantar la respiración bajo el agua por un minuto entero.

—¿Un minuto? Qué bueno. Yo no sé si llego a tanto.

—Entrené mucho. Todos los días, en la bañera. Igual el récord mundial de aguantar la respiración es mucho más alto.

—¿En serio? ¿De cuánto?

—Veinticuatro minutos.

—Uau. ¿Cómo sabés eso?

—Lo guglié. Aleix Segura, un señor español que en el 2016 estuvo casi media hora sin respirar y entró en el libro de Guinness. Su familia lo esperaba en las gradas y su madre se desmayó de la impresión y fue socorrida por un equipo médico, aunque Aleix Segura emergió del agua con una sonrisa —el chico pronunció esas palabras casi sin detenerse, como si las hubiera aprendido de memoria.

—¿Te sabés todo eso?

El chico levantó los hombros, concentrado en sus bloques de plástico amarillo.

—Puedo dominar mis sueños, también.

—¿Cómo es eso?

—Estoy en un sueño y digo: ahora voy a dominarlo. Y puedo hacer lo que quiera. Volar. Irme a la playa. Subirme a un dinosaurio. Lo que se me antoje.

—Debe ser maravilloso.

—Sí —dijo el chico, no muy convencido.

La niñera, sentada en uno de los amplios sillones del comedor, frente a la televisión apagada, se fijó una vez más en los mensajes de WhatsApp. Nada. Dejó el celular sobre la mesa ratona.

Eran casi las diez de la noche. La casa estaba en silencio. Los padres del chico (dos treintañeros sonrientes, amables, profesionales, con una biblioteca bastante grande montada en una de las paredes del living) se habían ido una hora antes a una cena con amigos. La madre parecía ansiosa: le recordó que a las once, a más tardar, por más que llore y patalee, el chico tenía que estar en la cama. Es bastante especial, va a manipularte, no lo dejes, le advirtió. Le dijo que había pizza en la heladera, que podía calentarla en el microondas. Le anotó la clave del wifi. Después le preguntó si tenía su teléfono y le repitió varias veces que la llamara por cualquier cosa.

—Cualquier cosa. Y a las once en la cama.

—No te hagas problema.

Ahora habían terminado de comer y estaban haciendo tiempo antes de irse a dormir.

—Contame qué más te gusta —preguntó la niñera, de aburrida nomás.

La niñera estaba cursando el tercer año de Sicología y tenía un atraso de una semana.

—No sé. Puedo multiplicar sin calculadora.

—¿En serio?

—Mmj. Probame si querés.

—A ver… Doscientos cuarenta y siete por siete. Es un poco difícil, no tenés que…

—Mil setecientos veintinueve.

La niñera tuvo que fijarse en el celular.

—¡Sí! Es impresionante. ¿Cómo aprendiste eso?

—No sé.

La niñera se quedó mirándolo, todavía con el celular en la mano. Era “bastante especial”, este chico. Recién bañado, con el pelo todavía húmedo, un pijama con motivos de *Monster University*, sentado en la alfombra entre los dos sillones, encastrando sus bloques. Cada tanto se levantaba, buscaba algo del mueble de los juguetes, volvía a sentarse.

—¿Cuántos años me dijiste que tenías?

—Cinco. En mayo cumplo seis.

—Uau —dijo la niñera.

—Mmm. —El chico estaba harto de los elogios, evidentemente—. Ya sé leer, escribir, sumar, restar y multiplicar. Dividir más o menos.

—Dividir es difícil —dijo la niñera.

—Igual ya me va a salir. Estuve muy ocupado.

—¿En qué estuviste ocupado?

—No sé. Todas las mañanas al jardín. Después, almuerzo. Después leo, juego con mamá y a la tarde voy a tenis.

—A tenis.

—Me interesa el tenis.

—Pero qué bien.

El chico abrió una caja de juguetes, revolvió hasta dar con unas figuras humanas, volvió a la mesa.

—También estuve escribiendo un libro.

—¿Escribiste un libro?

—Sí.

—¿Qué clase de libro?

—No sé. Cuento las cosas que me pasan. Las cosas de las que voy a olvidarme cuando crezca. Mamá lloró cuando lo leyó.

—Claro, se emocionó mucho.

El chico levantó la vista hacia ella, nada más que un segundo, y volvió a su trabajo.

—También sé hacer la vertical. Escupir entre los dientes. Decir malas palabras en inglés.

—¿Como cuál?

El chico interrumpió un segundo su trabajo para acercarse a ella. La niñera pudo oler el perfume del champú.

—Fucking shit —susurró.

—Upa —dijo la niñera.

Sentía la tentación de mirar el celular pero no cedió.

—¿Querés que juguemos a algo?

—Nah, yo estoy bien —dijo el chico.

Y al rato:

—Miralo si querés, no pasa nada.

—¿Que mire qué?

—Tu teléfono. No voy a contarles.

La niñera dudó. Maldito perspicaz. Después desbloqueó la pantalla y fue hasta los mensajes de WhatsApp. Dos líneas de color azul. Lo había leído, entonces. Lo había leído y no le respondía. Volvió a cerrarlo. El chico seguía encastrando sus bloques. ¿Qué hora era a todo esto? Las diez y veinticinco, casi. En media hora estaría dormido, le contaría un cuento o algo así y a la cama. Entonces podría pensar en lo que le estaba pasando. Tomar alguna decisión.

—Listo —dijo el chico, retrocediendo unos pasos para admirar su obra.

Su obra era una especie de casita, con techo a dos aguas tipo chalet, y el chico la estaba evaluando a consciencia. Parecía conforme. En el interior de la casa había luz: una lamparita colgaba desde el techo.

—¿Puedo? —preguntó la niñera.

Se agachó para espiar el interior: una reproducción fidedigna del comedor en el que estaban. Los detalles eran impresionantes: el cuadro colgado en la pared, el televisor apagado, las cortinas, un playmobil (ella) sentado en el sillón, sosteniendo un cubo que semejaba bastante a un celular en miniatura; otro junto a la mesa ratona armando a su vez una casita más pequeña.

Había una tercera figura, de cartón rayado con una bic negra, una sombra alargada detrás del sillón.

—¿Somos nosotros?

El chico hizo que sí con la cabeza.

—¿Y ese quién es? —preguntó la niñera.

—Ah, sí —dijo el chico, con la cara cruzada por una sombra.

—¿Qué pasa?

El chico negó con la cabeza.

—No tengo que hablar de eso.

—¿De qué?

—De ese que aparece ahí —dijo el chico, en voz baja.

—¿Por qué?

—Él no quiere que cuente.

—¿Quién?

El chico chistó para que baje la voz y se acercó a ella.

—Jers. No me hagas decirlo en voz alta.

—¿Quién es Jers, mi amor?

—No tengo que contarte —dijo el chico.

Ahí está, pensó la niñera. Será muy inteligente pero tiene miedo a los monstruos. Como cualquiera de su edad. Los monstruos son símbolos para los chicos, le habían explicado en la facu. La forma que tienen de entender sus problemas reales. Sintió una oleada de ternura hacia él.

De pronto se le ocurrió una idea peor. No era un monstruo. Era un adulto real. Alguien que abusaba del chico, probablemente. Un maestro, el profesor de educación física, el de tenis. Alguien que le había hecho prometer silencio.

—A veces hablar hace bien —dijo, entonces—. Ayuda a desahogarse.

El chico negó con la cabeza.

—¿Jers es alguien que conocés? —le preguntó.

—Está siempre conmigo —dijo el chico, sin moverse—. Está detrás tuyo, ahora.

Parecía asustado de verdad. La niñera se dio vuelta para mirar, casi por instinto. Vio una pared, una cortina.

—Vos no podés verlo —dijo el chico, casi llorando—. Los grandes no lo pueden ver.

La niñera sintió el silencio espeso de la casa. Como si todo estuviera a la espera de algo.

El chico movía los labios sin ruido.

—No hagas eso —dijo la niñera, fastidiada.

—¿Quién es Tommy? —preguntó el chico.

La niñera sintió que se vaciaba por dentro.

—¿Cómo sabés ese nombre?

El chico no dijo nada.

—Bueno, cortala —dijo la niñera—. Vamos a dormir. Si querés te acompaño al cuarto.

Pensó que lo acostaría y llamaría a Tommy y le contaría todo. Ese pendejo idiota tendría que ponerse los pantalones.

—Perdón —dijo el chico.

—¿Por qué? —preguntó la niñera.

Jers le tapó la boca con una gran mano negra y la arrastró hacia el pasillo, donde no tardaron en desaparecer, mientras ella gemía y pataleaba inútilmente. Se los oyó unos segundos más y después el silencio se instaló nuevamente en la casa.

El chico se quedó temblando, en medio del comedor. Jers vendría por él, ahora, como le había prometido.

—Esto no está pasando —repitió el chico como le había enseñado papá—. Es nada más que una pesadilla.

El diálogo con la niñera, la pizza que habían comido, la salida de sus padres, su inteligencia superior. Todo era una larga pesadilla. En realidad estaba durmiendo en su cama, tenía cinco años, no sabía leer ni escribir, en unas horas lo despertarían para ir al jardín.

Cerró los ojos y se dijo: Cuando los abra voy a estar despierto. Va a haber sol en la ventana y papá y mamá van a estar tomando café en la cocina, vestidos para salir a trabajar. No va a existir ningún Jers, ninguna niñera.

Con los ojos todavía cerrados oyó que algo se aproximaba. Algo que trataba de no hacer ruido. Si abría los ojos, si lo miraba, enloquecería.

—Voy a despertarme. A la cuenta de tres —dijo el chico.

Uno, dos y

Los exhombres de mi vida

Una noche me propuse hacer una lista de los exhombres de mi vida. Estaba desvelada, en una especie de crisis existencial que tengo cada dos o tres meses, y en ese estado pensé que era una buena idea. Así que me preparé un té y me senté en la cocina con un cuaderno espiralado Gloria de 48 páginas. Escribí: "Número uno: Maurito Zabala". (Maurito fue el chico con el que perdí la virginidad). Seguí con el número dos (Federico Lusenovich, amor de colectivo interurbano) y el 3 (Gastón Pelma), el cuatro (su apodo era Chinchilla, su cabeza estaba calva, su cuerpo cubierto de tatuajes), el cinco (Julio, casado, musculoso, enérgico), el seis y el siete (hermanos gemelos, vacaciones en Uruguay), el ocho (Luis, músico, delgado como rama), el nueve (Alejandro, heredero, elegante, bon vivant) y así hasta llegar al setenta y dos: Nicolás Rearte, mi exnovio, que me dejó cuando volví del viaje a Europa porque estaba confundido. Nicolás siempre fue un idiota, pero no me di cuenta hasta ese momento. En el medio había tenido muchísimas relaciones, algunas tan casuales que no me acordaba de los nombres, entonces ponía un rasgo, ejemplo: "Número sesenta y cuatro: el chico de camisa cuadriculada con aliento a chicle de fruta".

Cuando terminé una luz gris entraba por la ventana y todo ese día fue raro, ir a trabajar sin haber dormido, con los reflejos y el coeficiente intelectual de una zombi, como si estuviera fuera de foco, separada unos centímetros del mundo, pensando en esa lista, allá, en la mesa del comedor. Los exhombres de mi vida, cada uno con una parte de mí, dispersos como las esquirlas de una explosión. Esa noche no quise volver a casa y, así que fui a un bar, me emborraché, me encerré en el baño y llamé a uno de los de la lista por teléfono, uno en

el que siempre pensaba. No sé qué le dije. Incoherencias, seguramente, cosas de borracha. Alguien golpeaba la puerta, pero no le presté atención. Mi ex se reía. Me dijo que estaba bien, que me extrañaba, que siempre pensaba en mí. Le pedí que no mintiera. Me dijo que era verdad, puso varios ejemplos de momentos específicos en los que me extrañaba. Los golpes en la puerta seguían y seguían. Había olor a pis y bollos de papel higiénico mojado en el piso.

Gracias, le dije. Gracias.

El índice de singularidad

Tengo una colección de fotos familiares. Fotos familiares *ajenas*. No son muchas: unos cinco álbumes de tapas de cuerina blanca, con el nombre de nuestra empresa familiar de revelado grabado en el frente. Digo que no son muchas porque por mis manos pasan, en promedio, unas diez mil fotos semanales, y hace más de cuarenta años que tengo este oficio, desde que mi padre me inició cuando era niño, pueden ir sacando la cuenta. Hay lapsos enteros en los que no elijo ninguna, y meses en los que, de pura casualidad, elijo cuatro, cinco, diez. Tienen que tener lo que llamo el índice de singularidad. Ese rasgo, ese accidente, ese problema de la foto que revela lo que podría considerarse, con una gran dosis de generosidad, nuestra condición humana, aunque en realidad lo que revela no tiene nombre.

Alguien dijo que no se elige la puerta, sino que es la puerta la que lo elige a uno: eso pasa con las fotos. Puedo ver doscientas imágenes idénticas de vacaciones en la playa, pero la que tenga el índice de singularidad va a saltarme a la cara. Es algo que he charlado y discutido con otras personas del ramo, dueños también de casas de revelado, que me han mirado como si estuviera loco. Uno me dijo que era obsceno. Yo no respondí aunque pensé que nuestros conceptos de obscenidad distaban un buen tramo.

Un día encontré a mi mujer viendo los álbumes.

Ya éramos viejos para esa época, nuestros hijos vivían lejos, con sus propias familias, y supongo que el hecho de sentirnos solos en esa gran casa intervino en su decisión. Ella levantó la vista al oírme llegar, sus ojos se encontraron con los míos, después siguió pasando las hojas: estudiosa y lentamente. Por un momento me quedé ciego, después respiré hondo, cerré la puerta, calenté agua en la pava y me hice un té.

La realidad también tiene sus índices de singularidad, que pocas veces pueden ser fotografiados: se identifican por una especie de cosquilleo, de temblor, un rumor similar al de la crecida de un río.

Me senté frente a mi mujer y fui tomando sorbos de té mientras ella pasaba las hojas, una a una, hasta el final. Estábamos casi a oscuras cuando cerró el último álbum pero pude notar que se había quedado pensativa: era el efecto del índice de singularidad. A mí me pasaba lo mismo, cuando me escondía para repasar los álbumes. Me iba con el auto al campo, o incluso me metía en uno de los hoteles alojamiento de la ruta, y experimentaba lo mismo que ella estaba sintiendo en ese momento. La sensación sin nombre.

¿Por qué hacés esto?, me preguntó.

Llevábamos casi treinta años durmiendo juntos, nuestros sueños mezclados por encima de la almohada, y ahora ella veía algo siniestro en mí.

Le contesté que la vida no puede vivirse, que solo puede mirarse en los demás, mientras que para uno es imposible.

Creo que lo entendió. Y sin embargo, nuestra relación cambió significativamente a partir de ese día. No se terminó, ni se enfrió, ni empeoró: cambió, sencillamente.

Martelucci fotografías, se llama mi negocio, y queda en el centro.

Hacemos revelados, eventos, fotos carnet.

El sátiro de la bicicleta

Hay un degenerado en el pueblo: el sátiro de la bicicleta.

Sale de noche, a eso de las nueve, completamente desnudo, con una peluca color mancha de tabaco, en una bicicleta de paseo con canastita floreada para hacer las compras. Va tranquilo, frenando en los semáforos, con los ojos cubiertos por la peluca, como si estuviera volviendo a su casa después de un arduo día laboral, pero desnudo y en bicicleta.

La gente lo ve y se ríe. Los chicos le tiran piedras. Un hombre lo persigue con la intención de molerlo a golpes, y está a punto de agarrarlo del cuello cuando el degenerado lo presiente y se aleja perdiéndose en la noche.

Corre la noticia, la policía manda un patrullero. Dos uniformados buscan al atardecer al degenerado de la peluca rubia. Pero el tipo es astuto, cambia de calle. Un día lo ven, prenden la sirena, lo persiguen. Pero el tipo también es rápido: tiene las piernas correosas, de músculos apretados como los de un fisicoculturista o un corredor olímpico; conoce, además, los pasadizos secretos y los escondites del pueblo y puede alcanzar, en esa bicicleta de paseo con canastita, velocidades sobrehumanas.

Un día la peluca se le cae y un vecino lo reconoce: es el Paquito, el hijo medio loco de la viuda del finado Sereno. Pobre mujer: tuvo una vida horrible, el esposo se le murió joven por una patada de caballo y la hija quedó embarazada a los catorce y casi los deja por un aborto clandestino y ahora ese otro tumbao que cada vez que puede se calza una peluca amarilla y sale a andar desnudo en bicicleta. *Su* bicicleta.

Llegan enfermeros con chaquetillas verdes a buscarlo. Lo quieren llevar al cotolengo, lo quieren internar, le quieren poner droga en la

comida. El Paquito salta por los techos, corre por los tapiales, desaparece. Lo busca la policía, lo buscan los enfermeros, lo buscan los vecinos, lo busca su madre, no hay caso, el Paquito se esfumó.

Pasan años y no se sabe nada de él. Lo olvidan los policías, la gente lo olvida.

Los chicos dicen haberlo visto en los cañaverales, cerca del desagüe, cazando vizcachas con un palo, completamente desnudo, o durmiendo en el pasto, la barba crecida, el pelo sucio y lleno de bichos bolita.

La madre ciega piensa en eso y se conforta: su hijo viviendo en los cañaverales, libre.

Se duerme cada noche con ese pensamiento.

La naturaleza del amor

A las dos de la mañana aparecen en pantalla.

Deben tener, a lo sumo, veintitrés años. Parecen ángeles. El chico es lampiño y el pelo lacio, fino, rubio, le tapa el ojo derecho; cada tanto se lo saca con un gesto. La chica, vestida como colegiala (camisa blanca, pollera tableada, corbata), conserva la redondez de las mejillas, la piel tersa, la crueldad, la ira, el desparpajo, el salvajismo, la locura apenas contenida que se puede ver en los chicos.

Están sentados en la punta de la cama, mirando a cámara.

Uno podría pensar que, o bien es la pieza de la chica, o bien la decoró para darle el aire de un cuarto adolescente, con osos de felpa todavía en la cabecera de la cama, uno rosa y uno blanco. Sobre la repisa, casi fuera de encuadre, hay una foto de la chica a los doce. En el video que circulará por la web meses después, será posible hacer un zoom en la foto y verla en detalle: la chica tiene braquets en los dientes y lleva en las manos un diploma enrollado. Algunas teorías, de las muchas que aparecerán después de esta noche, van a afirmar que todo es un montaje para satisfacer las tendencias pedófilas de ciertos clientes.

Se llaman Christian y Bibi. Así podía buscárselos en la web, cuando nada de esto había pasado: christianybibi.com. Nombres falsos, como se verá. Cobran veinticinco dólares la hora por un show público donde se besan, muestran algunas partes del cuerpo, chatean; y cincuenta por uno privado, donde practican sexo oral, penetración anal y vaginal. Sus clientes son muchos y están repartidos por el mundo, según las estadísticas del sitio, especialmente desde Alemania, Estados Unidos, Australia, Bélgica y Brasil. El deseo de la mayoría es simple: quieren verlos en acción. El de otros es un poco más complejo.

Durante los años que llevan trabajando las propuestas fueron, por momentos, disparatadas. Una vez les pidieron que hicieran intervenir a un animal en sus relaciones. Se negaron. Una vez le pidieron a la chica que defecara encima del chico. Se negaron. Dos veces, que se pincharan con agujas. Aceptaron. La chica aceptó masturbarse con un crucifijo. El chico la penetró con el dedo gordo del pie, con el taco de un zapato, con la mano amputada de un maniquí, con un pepino envuelto en un preservativo. El chico orinó en la cara de la chica. Le hizo un pequeño corte en el brazo con un bisturí, y chupó su sangre. Fingió violarla con un pasamontañas.

Todo esto implicaba un precio especial.

A diferencia de muchos en el rubro el chico y la chica trabajan por su cuenta. No tienen jefes, ni una página que los albergue o les ofrezca publicidad, los cuide, los explote. Son independientes y lo fueron desde siempre, y en las próximas horas, cuando su caso llegue a los portales de noticias e incluso a un par de programas de televisión, el hecho será comentado y discutido: hablarán de las responsabilidades del Estado para ponerle límites a la web, de los alcances de las leyes, de ética, de voyeurismo, de enfermedad. Hablarán de sectas satánicas, también, de esquizofrenia, de feminismo. Todas las explicaciones serán parciales, insatisfactorias.

Se sabrá entonces que sus verdaderos nombres eran Ashley y Luke. Que tenían diecinueve años. Que se conocieron en la secundaria y grababan los videos en la casa de la chica, cuya madre no se enteró nunca de lo que pasaba. Que vivían en Wisconsin, en un suburbio de clase media acomodada. Que parecían enamorados, según lo declararon sus conocidos. Se supo que Luke había sido encarcelado dos veces por tenencia y consumo de marihuana, que había dejado el colegio secundario, que su padre era alcohólico.

Pero ahora, en este momento en el que están sentados frente a la cámara, no se sabe, de ellos, nada.

Vuelvan a ver los primeros minutos: hay algo en la forma en que se comportan, una especie de aura que preanuncia lo que vendrá. Está flotando en el aire.

La chica escribe en su laptop:

Esta noche es especial, mis conejitos.

¿Por qué?, le pregunta el usuario XSO127. ¿Qué tiene de especial?

Esta noche vamos a movernos más allá de los límites, escribe la chica.

¡Fantástico!, escribe LOVE2077.

GÍOGADULL: Genial.

NAT1092 les regala una línea de corazones.

GEORGICOST: ¿Por qué es especial?

Sorpresa, escribe la chica. ¿Les gustan las sorpresas?

Amo las sorpresas y los amo a ustedes, escribe GUL266.

MACARRON94 solicita una sala privada.

Esta noche no hay salas privadas, responde la chica. Esta noche vamos a estar todos juntos. Esta es la noche de la ofrenda.

¿Ofrenda?, pregunta DONALD132.

La chica saluda a la cámara con una sonrisa escalofriante.

(Sobre ese saludo se escribirá mucho, especialmente en relación al estado mental de la pareja en los últimos tiempos. Se hablará de infidelidad, de una posible separación, del fin del sitio web: pero serán hipótesis).

El chico, que hasta ese momento estaba con la mano debajo del pantalón, tocándose, saca ahora su pene, definido por los usuarios de las redes como “prácticamente perfecto”, en términos de apariencia, largo y grosor. La chica lo acaricia y se lo lleva a la boca. Los comentarios se suceden como en una cascada. Los veremos en las repeticiones cuando el video se haya viralizado.

El chico se mira en la pantalla y acomoda el pelo de la chica para mejorar la toma. Al final se saca la remera.

¿Qué tiene en la piel?, pregunta MIKY008.

Efectivamente: la piel blanca que todos amábamos presenta unos cortes bastante serios, desprolijos, que no han tenido tiempo de cicatrizar. Hay uno, especialmente, debajo de la tetilla izquierda, que llama bastante la atención. Ahora entendemos por qué el chico se mueve de esa forma, como si estuviera recuperándose de una intervención quirúrgica. Es eso lo que la chica le practicó, según la investigación policial: una “intervención quirúrgica previa”.

Ahora la chica se le ha subido encima y está montándolo. Se derraman los comentarios.

¡Más rápido!, pide HOWLL321.

¡Así! ¡Así!, escribe VANESSABURT.

¡Me caso con vos, creo que te amo!, escribe YXHDM02.

Él mira a la cámara, nos regala el placer de sus ojos. Pero antes del clímax, ella se detiene y sale.

El chico se queda bocarriba, respirando agitado.

Ahora empieza lo bueno, escribe la chica.

Camina a un costado y acciona una manivela. Vemos la estructura metálica que desciende del techo. Cadenas platinadas que cuelgan de la estructura, cada una terminada en un gancho de carga que la chica encastra en las arandelas que sobresalen de la piel del chico. Los oímos hablar: no entendemos lo que dicen. El chico está acostado, con los ganchos puestos, mirando hacia arriba. La chica gira la manivela en sentido contrario y la estructura empieza a subir.

Las cadenas se tensan, al principio, y entonces el chico es alzado por los ganchos hasta quedar a unos veinticinco centímetros del colchón, con la piel estirada como si fuera de plástico.

Los comentarios se detienen por un instante.

Mi nombre de usuario, MARMO981, aparece en ese momento a un costado. Todos pueden verlo.

No pares, escribo.

El chico parece casi relajado. Circulará, días después, un meme que va a compararlo con la *Piedad*, de Miguel Ángel. Su piel como chicle caliente en una tarde de verano.

En las manos de la chica ha aparecido un bisturí de hoja reluciente, afilada.

¿Sigo?, pregunta con un gesto.

Los usuarios estamos enloquecidos. Decimos que sí, que siga, que siga hasta el fondo.

Esos comentarios serán, después, subrayados en los programas de televisión.

La chica empieza su trabajo.

De este lado de la pantalla experimento, no sé por qué, una gigantesca erección. Estoy a oscuras. Mi mujer y mis hijos duermen. El chico grita por primera vez. Lo oigo en los auriculares. Al principio lo soporto. Al principio no distingo si lo que veo es real o no. Me

masturbo como desquiciado, acabo en la palma de mi mano, me limpio con una servilleta de papel.

Al rato tengo que sacarme los auriculares. Corro al baño y vomito. No es mucho, una especie de pasta amarillenta, porque hace horas que ingerí mi última comida.

Vuelvo arrastrándome al escritorio. Miro la pantalla donde el chico ya no parece un ser humano, sino más bien un conejo despellejado colgando de los ganchos de una carnicería, que gotea en el colchón.

La chica nos saluda, de nuevo, con la mano y la sonrisa pícara. Está desnuda, ahora, cubierta de sangre. Entonces se lleva el caño de una Glock 17 a la boca y dispara. Su sangre salpica la cama y por un largo rato no pasa nada. Después, la transmisión se corta.

Me saco los auriculares. Salgo al patio a fumar un cigarrillo. Hago pis y me lavo los dientes. Me acuesto al lado de mi mujer, la abrazo.

Te amo, le digo.

Y duermo como un bebé.

Este es tu nombre

Este es tu nombre, dice ella. Sopla aliento en la ventana y escribe con el dedo.

Este es tu nombre, no lo olvides.

Su aliento se va. Detrás de la ventana está el limonero.

¿Qué voy a hacer con vos?, dice el primo.

Abuela tiene tubos en la nariz. El primo está en la silla.

Ya sabés lo que tenés que hacer, dice Alicia.

Dejá de llorar, dice el primo. Alicia, no sé si te hace bien estar acá en tu estado.

Tranquilizate, no es un gato. No me hace nada.

La mujer tiene un pañuelo en las manos.

Así desde que era una nena. Muy rebelde, contestona. A los catorce ya tuve que salir a buscarla, una noche. Tiene el bicho, decíamos en casa. Y un día no volvió, directamente. Se inició una investigación por parte de la policía. De esto ya hace casi un año. La buscaron por todas partes, pusieron su foto en los diarios, incluso salió en la televisión. Y desde ese momento no sé nada. Oí rumores, pistas falsas, pero yo creo que. No puedo ni decirlo.

Afuera la luz se va. Se oye un trueno y después llueve en el limonero.

Está acá. Su cabeza metida en una bolsa de tela negra. Alguien lloró y

transpiró y vomitó dentro de la bolsa. Tiene olor.

Se prende la luz del techo y es abuela. Los brazos salen de su camisón.

Ya está. Ahora a dormir, vamos.

Su pelo es plateado y azul.

A dormir.

Apaga la luz del techo y se va y lo que estaba acá ya no está. Se fue. Pero nada se va. Nunca nada se va.

Cierro los ojos y el día da vueltas y sé que estoy dormido y abro los ojos y sé que estoy despierto y la luz es una franja dorada en el techo.

Abuela pregunta qué pasa. Retira las sábanas y me aúpa y me deja en la silla. La silla se mueve hasta el inodoro. Abuela me alza de las axilas, hace mmm y me sostiene con sus brazos duros.

Estás gigante, dice. Ya no puedo más con vos. Dejá de llorar.

Abuela tiene tubos en la nariz. Me agarra la mano.

Mi chiquito especial, dice. ¿Vas a ayudarme a pasar?

Me había ido a un vuelo de trabajo esa mañana, dice el hombre.

Está sentado en el sillón.

Cuando llegué al aeropuerto y activé el celular me di cuenta de que tenía como quince llamadas perdidas. En ese momento me vuelven a llamar. Mi mujer había sido atropellada por un auto una hora antes. Murió en el acto. Me tomé un avión de vuelta y me pasé todo el viaje, que era casi de dos horas, con la cabeza metida entre las manos. Tuvimos una discusión antes de que me fuera. Una de esas discusiones que se salen de control, donde se dicen cosas... Lo último que le dije fue que estaba feliz de no haber tenido un hijo con ella. Hacía más de treinta años que nos conocíamos, pero ella se llevó eso, dice el hombre.

Ahora está de rodillas, frente al sillón.

Entiendo, dice abuela.

Lo que era sigue siendo. Ella está en el cuarto con una bolsa negra en la cabeza.

La cortina se infla. Estiro la mano para agarrarla.

Tiene que haber algo, dice abuelo.

Abuela no dice nada. Me pone una mano en el hombro.

Dejá de llorar, dice.

Algo tenemos que haber hecho, dice abuelo. Dejarnos a este.

No digas este. Es como cualquiera de tus nietos.

Ni siquiera sabemos si nos oye.

Nos oye. Tiene orejas, oye.

Siempre supe que iba a terminar mal. Desde que era chiquita. Si hubieras sido más recta. Pero me dijiste que no, que había que dejarla libre. Y ahí tenés el resultado.

Abuela hurga entre telas.

Cambialo, por favor, huele horrible, dice abuelo.

Sus manos tiemblan mientras se sirve líquido en el vaso.

Se inclina hasta quedar a mi altura y dice: Soy Silvia.

Saludá, dice la abuela. No llores.

Silvia tiene ropa celeste. Sus brazos salen de la ropa celeste.

Si querés podés usar ese baño, para cambiarte o lo que sea. ¿Querés tomar agua?

Estoy bien, señora, dice Silvia.

Lo que empieza a brillar ya brillaba desde antes. Y lo que brilla una vez brilla para siempre.

Pobrecito, dice.

¿Cómo?, pregunta abuela.

Él tiene un perro. El perro tira de la soga.

¿Cómo dijo?

El perro muestra los dientes y es negro y tira de la soga. Va a cortarla.

Pobrecito usted, dice abuela.

Este es el primo Diego.

El primo tiene un dedo en la boca.

Vayan a jugar.

El primo se saca el dedo de la boca.

¿Qué le pasa, abuela? ¿Por qué llora?

Nació así, mi amor.

Tiene olor.

Pueden jugar a las cartas, dice abuela. Enseñale a jugar a las cartas.

El primo niega con la cabeza.

Tiene olor.

La cuchara sube y se mete en mi boca. Miramos televisión. Afuera no hay un limonero. Oigo el techo lloviendo.

Una mano sale desde abajo de la cama. Le arrancaron las uñas, la quemaron con cigarrillos.

Vuelve el cuarto. Abuela viene y me sube la manta hasta el cuello.

No pasa nada, chiquito. Ahora a dormir que el abuelo necesita descansar.

Abuelo tiene la barba crecida. No se levanta de la cama y sus ojos arden y en vez de brazos tiene palos. Una manguera sale de su nariz. La máquina respira. No hay que hacer ruido.

Abuelo se quedará para siempre. Flotando y brillando.

No puedo, dice abuela. No puedo.

No doy más, Sofía.

No puedo, dice abuela.

Lo que era sigue siendo para siempre.

Así que a dormir, dice abuela.

El cuarto se va. Lo que era y sigue siendo está debajo de la cama.

Yo lo siento en casa todo el tiempo, dice la mujer.

Está sentada en el sillón.

Siento que no puede irse. Algo quiere decirme. Es su olor. Entro a la cocina y siento su olor. A veces…

La mujer llora. Está sentada en el sillón. Llora. Afuera está el limonero.

Quisiera seguir adelante. No toqué nada. Las cosas están como en el día que murió. Hace casi cinco años, ya. Mis hijos se preocupan. Pero es como si no pudiera… Mientras él esté en casa, mientras no pueda despegarse.

Abuela le ofrece un pañuelo.

¿Es tu hermano?

Huele como la lluvia.

No, dice el primo. Larga historia. Vino con la casa.

La chica me mira.

¿Está despierto?

Supongo que sí, dice el primo. Ahí en la heladera hay unas frescas. Y puedo armar uno, si querés.

Quiero, sí. Claro que quiero, dice la chica, tirándose en el sillón.

El limonero duda cuando llueve.

Uno solo. Dale, dice el primo.

No, no, dice la chica. Nos está mirando, me da impresión.

Quiero que me guíes, dice abuela.

Me aprieta la mano. Lloro.

No llores. ¿Podés hacerlo? ¿Podés guiarme?

Su cuerpo desaparece bajo las sábanas. No queda cuerpo. Sábanas arrugadas en la cama vacía.

Pero su cuerpo está y nunca va a dejar de estar.

Mirá, dice el primo. Este es Benjamín.

Tiene algo blanco en las manos. Huele a leche.

No se lo acerques, mejor. Me da impresión.

No le va a hacer nada. Nunca le hizo nada a nadie.

Igual, no me importa.

Ya sabés lo que tenés que hacer, dice Alicia.

Lloran agarrados de la mano. Están sentados en los sillones.

Tomensé el tiempo que sea necesario, dice abuela.

Ellos lloran.

Fue tan de golpe. Queremos despedirnos, nada más.

Entiendo por lo que están pasando, dice la abuela.

Queremos decirle chau.

Este es el lugar, dice abuela.

¿Y este?

Nada. La abuela me mandó a cuidarlo.

¿Qué tiene?

No sé. Nació así.

El chico mueve una mano frente a mi cara.

Es un retardado, dice. Yo tenía un primo así. No tan retardado.

Vamos a tirarle a esa lata.

Juntan piedras y las tiran a la lata. Aciertan y la lata se cae. Vuelven a levantarla. Después se sientan en el piso.

Se va a insolar, ahí.

El primo dibuja en el cemento con un pedazo de carbón. Levanta los hombros. Me da lo mismo.

¿Sabés que hay allá atrás? Hay un croto, durmiendo. Vamos a despertarlo.

Vamos.

¿Vas a dejarlo acá?

Uh, la concha de su madre.

La silla empieza moverse.

Está detrás de la cortina, parada en la bañera. Quiere sacarse la mugre del cuerpo. Huele.

La silla se mueve hasta el interior del baño y se prende la luz.

Silvia corre las cortinas de golpe y no hay nada. Lo que estaba no está.

Silvia me aúpa y me saca los calzones y la camisa y me levanta en brazos y me deja en el agua. Antes estaba. Un segundo antes estaba y ahora estoy yo donde estaba.

Silvia me lava con jabón y cepillo. Después sacá el tapón y lo deja en el borde de la bañera y el agua se escurre y hace un ruido de succión. En el interior del remolino, está.

¿Qué pasa que llora tanto?, dice Silvia.

Me envuelve en una toalla y me echa talco y me viste y me peina y vamos hasta el comedor. Abuela levanta los ojos del libro.

Qué pinta, señor.

La luz entra por los agujeritos de las chapas, arriba.

Esto era parte del ferrocarril. Me lo contó papá.

Hay olor feo.

Mirá.

Levantan una revista. Hay una mujer desnuda en la tapa.

Ahora cerramos los ojos, dice abuela.

El hombre cierra los ojos y la mujer cierra los ojos.

Está oscuro, la luz tiembla.

Abuela agarra las manos del hombre y la mujer. La vela tiembla en el agua del vaso.

Hola, Matías, dice abuela. Si estás ahí, danos una señal, por favor.

De la cortina asoman las rodillas.

¿Estás ahí, Matías? Te pedimos que nos des una señal.

La cortina se mueve. Lloro más alto.

Hola, dice abuela. Hola, Matías. Tus papis quieren saludarte.

La luz tiembla en el interior del vaso de agua. Abuela me pone los crayones en la mano y lloro.

Hay cajas de cartón. Hay trapos y debajo de los trapos hay una cosa.

El chico agarra un palo y toca la cosa.

¿Eh? ¿Qué pasa?

Levantate, dice el chico.

Dejá de molestar.

Diego le saca el palo y lo toca.

Les voy a reventar la cabeza, dice la cosa.

El cuarto vuelve. Abuela en la puerta.

¿Qué pasa, chiquito? ¿Es tu mamá? ¿Vino mami?

Lloro.

¿Qué pasa?

La luz de la vela parpadea. Ella tiene las manos de abuela entre sus manos.

Hay una mujer con los ojos cerrados.

Quería pedirte perdón, Oscar. Te engañé durante mucho tiempo y eso no me deja en paz. No era feliz con vos. Sé que eso no me justifica, pero es la verdad. No era feliz y te engañé durante años. Te engañé incluso cuando estabas en terapia intensiva. Y ahora que te lo digo me puedo sentir mejor. Sí, me siento mejor.

El hombre está de pie detrás de la mujer. Tiene puesto un traje negro. Tiene una cicatriz en la cabeza.

Ahora quiero que descanses en paz, dice la mujer.

Vamos a tomarnos toooda la sopa. A ver, abrimos la boca grande, vamos. Un, dos y…

La mujer tiene un delantal celeste. Sus brazos salen del delantal. La cuchara vuelve a bajar.

No hay limonero.

Alguien llora. No soy yo. Alguien llora.

Está en el cuarto. Tiene una bolsa de tela negra en la cabeza. Levanta las manos. No tiene uñas. Se saca la bolsa. Tiene los labios cosidos. Tiene los párpados cosidos. No tiene nariz. El cuarto se ha ido y entonces vuelve el cuarto y abuelo dice:

¿Qué pasa? ¿La estás viendo? ¿La estás viendo?

Vuelvo a llorar.

¿Está viva?

Dejalo en paz, dice la abuela. Sabés que no, dejalo en paz.

Bueno, ya está, dice abuela, arropándome.

Ahora el cuarto está, y ella está con la bolsa en la cabeza.

Ahora está, siempre está, yo siempre estoy. Temblando como la luz.

A dormir, dice abuela.

El cuarto se va.

A dormir, vamos. Me da un beso.

A dormir, ahora.

A dormir.

El cometa Halley

Hay una chica de la que quiero hablar. Llamemoslá Jota.

A Jota la conocí en una fiesta. Una fiesta de terraza, una fiesta tranquila con *chill out* y velas en los rincones. La primera vez que la vi estaba haciendo la cola para el baño. Su comportamiento, cosa de la que nos reiríamos después, dejó bastante que desear. Estaba drogada, borracha o ambas cosas. Me dijo que me parecía a Ricardo Darín, me pidió cigarrillos, anunció casi a los gritos que por día se quemaban no sé cuántas hectáreas de la selva amazónica. Cuando llegó mi turno me metí rápido en el baño.

Supongo que eso debió ser suficiente, pero no.

Volví a encontrármela de casualidad unos meses después en un ascensor. Resulta que trabajaba en la inmobiliaria del piso once del edificio donde vivía yo. Estaba vestida con formalidad, el rodete ajustado y la cara limpia y (podía verlo a la luz del día) una pequeña constelación de pecas en las mejillas. En el camino le recordé su espantosa performance y aproveché para pedirle su número. No soy de hacer esas cosas. A lo mejor fueron las pecas.

Seis meses después estábamos viviendo juntos.

Echados en la alfombra de mi departamento, mirando el gran ventanal que daba al cielo limpio, tomábamos LSD y escuchábamos The Smiths, hablábamos de relaciones pasadas, de películas, de música, de drogas, de plantas, de libros, de viajes, de política, de pesadillas, de experiencias paranormales, de bebidas alcohólicas, de poetas rusos, de la revolución rusa, de las increíbles variedades de insectos que quedaban por descubrir, de cuánto mide un año luz, de qué haríamos si ganáramos el Quini, de gustos de helado y de gente extraña que nos cruzábamos todos los días.

Éramos gente extraña para otros, pero para nosotros no.

Poco a poco se creó ese lazo mágico. El hecho de que uno mire a otro mientras duerme y toda la cosa.

Jota consideró alguna vez la posibilidad de tener un hijo. A mí me parecía imposible. Y sin embargo nos llevábamos bien y creo que en un par de momentos podría decirse que fui feliz, signifique lo que signifique esa palabra.

Al tiempo comenzaron las discusiones, la frustración, lo usual, lo que me ha venido pasando una y otra vez desde que empecé con esto, y Jota se fue de mi casa llevándose una manta de lana tejida por su abuela, una planta y una caja de libros. Esa es más o menos la historia.

Un día estás desnudo cocinando verduras salteadas en un wok y al tiempo esa otra persona te parece un desconocido. Pensás: yo hice el amor con ella. Estuve dentro suyo. Me dormí y me desperté a su lado. Miramos películas, desnudos en la cama. Y una tarde nos encontramos de casualidad en una muestra o algo así y sentí que era una desconocida. Que no había nada entre nosotros. Ni una gota de aquella intimidad.

¿No es raro? Siempre pienso en eso y cada día me parece más raro.

Las relaciones son así: pasa un cometa cerca de la Tierra, cambia el curso de las mareas y vuelve loca a las personas, y después el cometa sigue su camino dejando una tenue cola brillante detrás. Y eso sí que es todo.

Día del monstruo

Desde temprano sé que este día va a ser el día del monstruo. Digamos que me despierto, abro los ojos y los vuelvo a cerrar pensando: uf, este va a ser el día del monstruo. Con lo cual no sé si yo provoco el día del monstruo con la fuerza de mis oscuros vaticinios, o efectivamente estoy percibiendo la "monstruosidad", ponganlé, del día en cuestión.

Sé que estoy experimentando al monstruo y que me veré apaleado por las paredes y los muebles de la casa como en medio de un terremoto hasta desplomarme en una cama que no ha sido tendida. ¡Apartarse, humanos, hijos, mujer, amigos, almaceneros chinos, porteros y electricistas y fumigadores, que vengo con un día del monstruo! ¡Ya siento el burbujeo, el tremolar de los dientes, los pelos que me salen en las manos y la cara, el hocico abriéndose paso en mi cabeza, el reacomodamiento de los huesos, el aullido! ¡Ya estoy rompiéndome la ropa para asustar a las señoras que pasean a sus perritos! ¡Ya destrozo contra el piso los potes de yogur! ¡Apartarse, taxistas y ciclistas y choferes de colectivo! ¡Es el monstruo!

Y así por el estilo.

Despierto al otro día en un baldío, en una plaza, en un edificio abandonado, bajo el dintel de una iglesia, con la ropa destrozada, dolor en las mandíbulas, mareo, gusto a metal en la boca. Mi cuerpo sigue vibrando durante todo ese día. El monstruo ha salido de mí, una considerablemente buena persona, un ciudadano no diré modelo pero sí pacífico, y ha hecho, durante el lapso de la noche, cosas seguramente aberrantes. Cosas de las que deberé enterarme leyendo los diarios en internet. ¿Seré yo? ¿Habré sido yo? No lo recuerdo. El monstruo tiene vida propia.

Todo así hasta que mi siquiatra me recetó estas pastillas.

Mis sueños se volvieron más claros. Los recordaba al despertar, con nitidez. Todos transcurrían en jardines ingleses, al atardecer, y sus protagonistas eran siempre niños vestidos de blanco que no dejaban de cachetearse por las nubes de mosquitos que se levantaban a esa hora.

Y sobre el día del monstruo, bueno. Señoras, señores. No solo no tengo días del monstruo sino que ni siquiera recuerdo cómo eran. ¿Sentirse así, con el monstruo despierto en el cuerpo? ¡No tengo la menor idea! ¡Eso quedó atrás para siempre! ¡Son impresionantes estas pastillas! Se las quiero recomendar a todos, de verdad. Vienen en unos prácticos estuches para distinguir cada toma. Son de fabricación alemana, lo que en drogas y en casi cualquier otra producción significa muchísimo, y a pesar de ello (¿“ello”, dije?, qué gracioso, “ello”, nadie dice “ello”, debe ser otro efecto adverso) su costo no es desorbitado, y sus beneficios superan a los de cualquier medicamento.

Justo acá tengo una. En el bolsillo, sí. Hay que abrir la boca y sacar la lengua. Ahora tragar.

Y listo. Curado.

La mosca de la fruta

Moroni y Junco pelearon por primera vez un martes, después de la clase de Educación Física.

Era invierno, eran las seis y pico de la tarde y estábamos muertos de frío, ahí, bajo los eucaliptus, contra el alambrado del campo de deportes, viéndolos revolcarse en el piso, llenos de tierra, despeinados. Junco con sangre bajo la nariz y la remera rota, Moroni con un feo raspón en la mejilla.

Nunca supimos muy bien por qué peleaban.

Una pelea podía detonarse por cualquier cosa: una mirada mal entendida, plata, una chica, la pelea de un amigo, una prenda de ropa inadecuada, un bigote mal afeitado, nada. En serio: nada. Hay dos que están charlando y de pronto se agarran de los pelos y se tiran al piso y se dan patadas y se muerden hasta sacarse sangre. Estábamos ansiosos por pelear, y bastaba cualquier cosa, y si no había nada pelearíamos igual, porque se sentía muy bien, sobre todo cuando se terminaba y el cuerpo quedaba como latiendo, la respiración agitada y una especie de iluminación profana que llegaba hasta el borde de lo que eras, para que te asomes y mires temblando el interior.

Teníamos trece y cursábamos el primer año del colegio técnico IPEM número 7, San Francisco, Córdoba, al lado de la catedral, al frente del colegio Normal. 1992. Sonaban los Guns en los equipos de audio, en los primeros cidís. Sonaba Vilma Palma. Fito Páez. Tinelli terminaba sus programas mostrando mujeres en tetas. Las revistas *Caras* y *Gente* mostraban mujeres en tetas. El dueño del videoclub nos alquilaba películas pornográficas: vimos *Anal 13*, y después *Blancanieves y los*

siete enanitos, y después vimos *Anal 13* de nuevo porque nos había gustado mucho. Un hombre alto y siniestro nos vendía revistas pornográficas, en un oloroso negocio del centro. Nos masturbábamos en manada. Eyaculábamos sobre pisos de tierra alisada o cemento.

Recuerdo el olor: quisiera no recordarlo.

Look at your young men fighting
Look at your women crying
Look at your young men dying, cantaban los Guns.

Se peleaba en todas partes.

En el interior y a la salida del boliche, en el centro cívico, en las plazas, en la fiesta del Día del Estudiante, en los baños. En las fiestas familiares cuando el alcohol comenzaba a surtir efecto. Se peleaba en los casamientos y en los cumpleaños de quince. Se peleaba en el IPEM número 7 y en los otros colegios, y peleaban los colegios entre sí. La mayor parte de las peleas estaba protagonizada por borrachos (se tomaba mucho en esa época) y eran por lo tanto peleas lentas, torpes, descoordinadas y un poco aburridas.

Yo sentía que iba a morir en cualquier momento.

La primera pelea de Moroni y Junco fue un empate. Mala cosa. Un empate no cierra nada, no inclina la balanza, deja todo en un equilibrio, como si la pelea no hubiera sucedido, directamente. De pronto Laregui, el profesor de gimnasia, con un cigarrillo prendido en la boca, los levantó del suelo literalmente de las orejas y les pegó una patada en el culo a cada uno para que tomaran opuestos puntos cardinales. El grupo se dispersó y volvimos a nuestras casas por el camino de tierra.

Junco era alto y flaco y con algo blando en su interior, aunque a lo mejor quiero decir: algo elástico, algo que se doblaba y no se rompía. Moroni era petizo, fornido, duro como un tanquecito de guerra.

Cada uno había desarrollado una forma de pelear acorde a sus fortalezas, o a las debilidades del enemigo. Junco esquivaba, saltaba,

se inclinaba hacia atrás en ángulos euclidianamente imposibles. Moroni embestía como la máquina de guerra en que se había convertido, con la seguridad de que los golpes no mellarían la coraza de acero reforzado que tenía alrededor del cuerpo. Era hijo del negro Moroni, mecánico con un taller sobre ruta 32, que lo fajaba regularmente desde que tenía uso de razón. Un golpe para Moroni era una "brisa". Junco (resultado de la cruza entre un profesor de música y una historiadora, más interesado en circuitos electrónicos que en la fuerza bruta) no tenía ni la mitad de su resistencia. Un golpe lo atontaba; el segundo lo dejaba en el piso, listo para ir a dormir.

En las peleas que tuvieron a lo largo de su vida en el IPEM número 7, Moroni intentaba darle un toquecito a Junco con esas grandes manos cubiertas de grasa de motor, y Junco lo esquivaba y le metía la traba y lo tumbaba al piso. Ganaba por puntos, debilitando lentamente, golpe a golpe, el sistema inmunológico de su enemigo. Moroni por nocaut. Un solo golpe suyo bien puesto, cuando lograba darlo, cerraba el telón de la pelea hasta la próxima.

Éramos los frescos, los recién llegados, y pronto empezó a correr el rumor del bautismo. Los de quinto bautizaban. Hijos de campo, de un metro ochenta de estatura, con un olor animal en el cuerpo, que ya habían cogido por primera vez o estarían en trance de hacerlo, y que bautizaban con algo parecido a la displicencia, como si fuera una obligación, un papel en la infinita comedia de la vida que ni siquiera ellos estaban convencidos de merecer, un eslabón más en la larga cadena de abusos que se remontaba al principio de los tiempos.

Los bautismos, dicen ahora mis excompañeros de curso. Qué divertidos los bautismos.

Papá armaba transformadores sentado en el taller, enrollando cables de bronce con maníaca meticulosidad, y quería que yo lo relevara en el trabajo. Me dijo un día: Todo esto será tuyo. Yo miré lo que señalaba: un tablón de madera basta, cubierto de cables de bronce enrollados, un velador salpicado de pintura, motores grises, especialmente bombas de agua, amontonados contra la pared,

esperando a que mi padre las desarme y las arregle.

Vivió así por casi cincuenta años, mi padre. Y eso quería para mí.

Por eso terminé en el IPEM, el colegio de machos de San Francisco. Yo no era ningún macho, los machos me parecían ruidosos y brutales. Yo leía poesía: Neruda, Benedetti, pero poesía al fin. Yo escribía poesía. Yo quería ser poeta.

"Es tan corto el amor y es tan largo el olvido", leía.

"Porque te tengo y no / porque te pienso / porque la noche está de ojos abiertos".

Quería estudiar Letras en Córdoba y escribir novelas largas, sentimentales. Tenía la impresión de que, si me esforzaba lo suficiente, mi existencia estaría justificada. Quería dejar atrás el mundo de cables de bronce y buscar otra cosa. Un día se lo dije a mamá y ella negó suavemente con la cabeza. Nosotros no somos así, me dijo. No somos esa clase de personas. ¿De qué clase de personas estás hablando mamá?

Ella volvió a negar con la cabeza.

Madre usaba vestidos grises. Su pelo era gris. Ataba su pelo con un rodete, también gris. Tenía los ojos grises.

A Herrera le mearon la cara. A Silob le dieron con varillitas finas en los dedos. A Rovira le robaron la plata con la que pensaba comprarse un pebete de jamón y queso en el segundo recreo. Yo sabía que me iba a tocar, lo que no sabía era cuándo. En cada pasillo, en cada recreo podían estar esos hijos de puta. Al final los dejé hacer, para que pasara rápido. Me metieron la cara en un inodoro, semilimpio gracias a Dios (no había sido usado en las últimas horas, quiero decir, aunque tenía manchitas de caca en las paredes interiores) y tiraron la cadena.

La primera vez que vi una pelea fue entre dos chicos de quinto, en la calle, frente a la puerta de entrada. Recuerdo que se armó un grupo bastante grande alrededor, que podía sentirse la adrenalina en el aire

como en una cancha de fútbol. Recuerdo que una gota de sangre tibia me salpicó la cara. Recuerdo que el profesor Sabís, el de taller, pasó por ahí y vio lo que estaba pasando y siguió su camino. Tenía, como siempre, uno de esos lápices rojos de carpinteros en la oreja y el diario *La Voz de San Justo* doblado bajo el brazo.

Algunas mañanas, la niebla era tan densa que apenas podía ver por donde andaba en la bicicleta. Hacía frío y yo iba con gorro de lana y bufanda y guantes, como un viajero espacial enfundado en un traje térmico. Entrábamos a las siete. Cantábamos el himno. El director del colegio nos saludaba. Después enfilábamos al aula o al taller, dependiendo del día. En el torno del taller confeccionamos todos esos años regalos para todas y cada una de las efemérides: Día de la Madre, del Padre, de los Abuelos: siempre un llavero. De madera torneada, cubiertos de barniz, en el largo galpón de los tornos, mientras Sabís, lápiz en la oreja, leía el diario local sin esperanza y sin desesperación. Todavía tengo uno de esos llaveros, todavía lo uso para colgar las llaves, todavía me recuerda las mañanas frías en las que treinta chicos imberbes nos inclinamos hacia los tornos dispuestos en fila para fabricarlos.

Pelearon:
El loco Tizzi contra Ferrás (ganó Ferrás).
Rivolti contra Martinengo (ganó Martinengo).
Devon y Muscará contra Zimboni, que era de cuarto y poco después se supo que era bipolar, y fue maravilloso, Devon terminó con un brazo roto y Muscará escupiendo, en un charco de sangre, dos de sus dientes superiores.

Una semana antes del incidente entre Junco y Moroni, Lozano y un colorado gigante del que nunca supe el nombre tuvieron una desavenencia durante la clase, en mitad de un partido de fútbol, y empezaron a pecharse y apoyarse la frente para medirse.

Eran de quinto, y el perfume de esa pelea, su potencialidad, digamos, podía sentirse en el aire como el olor de un perro muerto en un descampado. Cuando el profesor los separó (acá no, pelotudos, esto

es parte del colegio, si quieren pelear vayan afuera) algo se dijeron, y efectivamente a la media hora se estaban dando en el estacionamiento de las motos. Cualquiera hubiera apostado por el colorado gigante, que pesaba el doble de Lozano y cargaba con una pinta de vikingo loco impresionante. Pero Lozano era ágil y daba unos sopapos *con la mano abierta*, muy humillantes, lo que tenía una gran influencia para la sicología del enemigo. El remate era siempre igual: patada a los huevos y un piña bien puesta en la sien. Sus adversarios caían redondos en el piso de mosaicos, en el cemento de una cancha de básquet o en el piso de tierra seca de un potrero.

Esa vez algo pasó. Se ve que el gigante había peleado alguna vez con él, o había escuchado de sus triquiñuelas malignas, porque después del primer sopapo a mano abierta se afirmó y cuando Lozano le iba a dar el segundo le agarró el brazo y le dio con el canto de la mano en la nariz. Sentimos en alguna parte del cuerpo el ruido de los huesos quebrándose.

(Después de esa tarde Lozano no volvió a pelear. Igual le quedaba poco tiempo en el colegio. Pero tampoco volvió a buscar pelea, que era algo que hacía siempre. Se volvió hosco y ya no saludaba en los pasillos. Cuando terminó el colegio, en el 97, se puso un negocio de venta de motos. Vendió muchísimas motos, cerró el local y se dedicó a viajar por el mundo. Desapareció en uno de esos viajes, nadie sabe si porque le pasó algo o porque decidió quedarse a vivir en otra parte, con una nueva personalidad. Es muy probable esta última hipótesis).

Yo odiaba las peleas y nunca hubiera querido pelear, pero cuando estaba en segundo, sin razón aparente, López se ensañó conmigo.

López estaba en tercero y era flaco, cabezón, con cejas tupidas.

Un día, a la salida del colegio, sin razón aparente, vino hasta donde estaba y me empujó. Yo tenía la llave del candado de la bici en la mano, casi me caigo, me estabilicé y le pregunté qué mierda le pasaba. Te voy a cagar a palos, me dijo. Se notaba que quería hacerse el guapo para quedar bien con los compañeros. Le dije que me dejara de romper los huevos. A cagar a palos, repitió, antes de irse. Le saqué el candado

a la bici y volví a casa para el almuerzo. Papá estaba en su taller, bobinando. Parada frente a la cocina, mamá miraba el interior de una olla.

En segundo año, Moroni y Junco se pelearon dos veces, ambas a la salida del colegio, en la plaza. Moroni ganó la primera, Junco la segunda. En general las peleas eran cortas. Duraban, a lo sumo, dos minutos. Esta duró diez.

Junco lo *gastó*, dice Richie, imitando los movimientos de cintura de un boxeador.

Era su método.

El desgaste. Como Rocky Balboa. Aguantar los golpes.

Un capo, Junco.

¿En qué terminó?

Dando clases de Matemática en una secundaria, según tengo entendido.

¿En el IPEM?

No, en el San Martín y creo que en el Normal. Y todavía se agarran, cada tanto.

Nah, ¿todavía pelean?

Eso dicen.

Ahora tenemos cuarenta años y nos juntamos a comer asados descomunales, y recordamos la época donde estuvimos a punto de morir.

(Odio los recuerdos. Odio esa mierda nostálgica. Odio el colegio donde fuimos e incluso, en gran medida, odio a mis compañeros. Odio las juntadas con mis compañeros de secundaria. Son olorosos y brutales. Los odio. Y sigo yendo, cada vez que nos juntamos.

¿Para qué vas?, me pregunta mamá.

Qué sé yo para qué mierda voy, le digo.

Mamá está muerta).

Tenemos el cuerpo de los excombatientes. Las narices torcidas, cicatrices en la cara y las manos, ausencia de algún que otro diente,

grandes barrigas sobresalientes. Somos presa fácil de ataques de acidez estomacal, falta de sueño, pesadillas espantosas, rachas de cansancio inexplicable, cambios repentinos de humor. Fumamos demasiado. Nos emborrachamos. Perdemos el conocimiento.

La buena fue la del 95, dice Martinengo. Ahí casi se mataron. Junco perdió un diente.

Y Moroni le reventó dos dedos de la mano, dice Vega. Estuvo dos meses con los dedos entablillados, sin usar el torno.

Para esa época yo estaba enamorado de una chica que se llamaba Érica. El problema era que todos *se habían pasado* a Érica. Todos menos yo, porque yo la *amaba*. Me parecía la chica más linda del mundo, y le escribía poemas, que nunca leyó, y lloraba porque la veía abrazada con todos esos orangutanes y oía lo que se decía de ella. Que el gringo Billoni se la cogió en el descampado. Que el Colorado y el Turco se la cogieron en el baño. Que se la chupó a Lozano en la estación de servicio. Yo escuchaba esas cosas y volvía a casa, donde mi padre bobinaba sus transformadores y mi madre cocinaba inclinada sobre una olla como si ahí leyera el futuro de su vida, y me preguntaba: ¿Cómo estuvo todo? Y yo le decía: Bien, y me iba a mi pieza a llorar.

"Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos, / te pareces al mundo en tu actitud de entrega", leía yo, llorando.

Mejor pelea, dice Giulliani.

Es la una de la mañana y acá estoy, sentado con mis excompañeros en el patio de la casa de Giulliani.

La de Jombín y Zali, dice el Colorado.

Zali perdió un ojo, dice Brendún.

¿Mejor peleador?, pregunta alguien.

Padilla, decimos.

No hay debate.

Padilla: nacido en el campo, religioso, correcto, educado, de un

metro noventa y uno de altura, tomando leche directamente de la ubre de una vaca a las cinco de la madrugada. Padilla vestido con los pantalones de trabajo y los zapatos y la camisa Ombú verde, el uniforme de un colegio lleno, por así decirlo, de aserrín, y en su cuerpo esa ropa se ve impecable, como el uniforme de una secta suicida californiana. Padilla peinado con esa gomina barata, raya al costado y el pelo hacia atrás. Respetuoso con los profesores, respetuoso con sus compañeros. Padilla rezando antes del almuerzo y de la cena. Padilla usando pijama en la cama del internado. Padilla leyendo la Biblia antes de dormir. El primero al momento de izar la bandera, con su pelo peinado a la gomina. Padilla silencioso, pero siempre con buena predisposición, muy amable, muy atento, muy educado. Los más grandes trataban de provocarlo: Padilla no respondía. Hasta que un día peleó, no sé muy bien por qué. Fue en una hora libre, en el patio, con un chico de cuarto de apellido Paz, un matoncito de mala monta, que empezó a empujarlo con el hombro hasta que Padilla se corrió y Paz casi se viene al suelo, se incorporó enfurecido y ciego y fue a buscarlo. Padilla aprovechó el envión que traía el otro para liquidarlo en dos movimientos secos y calculados: con el primero le barrió el tobillo derecho para que el otro pierda el equilibrio, y con el segundo le dio un frentazo de pleno en la cara. La nariz de Paz estalló y empezó a sangrar, pero él ni se dio cuenta, porque estaba tirado en el piso, durmiendo una siesta. Padilla no había usado las manos. No se había ensuciado el muy hijo de puta.

Pelearía muchas veces más. Incluso, creo, llegaría a disfrutarlo, a nivel deportivo. Cuando pasó con relativa facilidad por los tres grandes peleadores del colegio (Grubba, Almada y Subiela, respectivamente, los tres de quinto con orientación Mecánica) perdió el interés, y dejó de hacerlo. Lo cual significó que se hablara más de él todavía, y que cuando se recibió lo aplaudieran más que a nadie.

Esto pasó cuando estábamos en tercero, y me acuerdo muy bien porque en esa época violaron a un chico de primero al que le decían el Puchi.

El Puchi era un maricón sin complejos, enviado como tantos a ese colegio para adquirir un poco de testosterona. Rubio, de ojos celestes, de caderas anchas, y voz y modales afeminados. Había por lo menos uno así en cada curso, y les aseguro que no la pasaba nadie bien. A los de quinto no les gustaba nada que uno de esos se pavoneara en su colegio, por lo que tenían la firme convicción de bautizarlo una y otra vez hasta que abandonara o se volviera un macho como ellos. Trabajaron duro. No sabríamos decir, a esta altura, qué es parte del mito y qué es verdad, pero lo que es seguro es que se ensañaron con él, por orgulloso, porque no pediría perdón, ese malagradecido. Lo golpearon, lo torturaron, lo humillaron en frente de todos, le pusieron maquillaje en la cara y lo hicieron desfilar por el pasillo en el segundo recreo, y un viernes a la noche, en los dormitorios del internado, que yo solo conocí de vista, lo violaron por turnos, cinco chicos de los que nunca supimos el nombre. Tuvieron que llevarlo al hospital. Cuando volvió, caminaba con cuidado, no miraba a nadie a los ojos y había perdido todo rastro de mariconería. El caso se investigó, por supuesto, pero ni el director del colegio, ni los padres del Puchi, ni el Puchi mismo querían que se supiera demasiado, y nunca se llegó a nada.

Todo así.

Una de nuestras profesoras se ahorcó. Nadie supo por qué. No parecía especialmente infeliz. Vivía sola. Daba clases de Inglés. Cuando se mató recordé que en su última clase, que había sido el martes anterior a las nueve y media, uno de mis compañeros sacó el pito de la bragueta y empezó a tocárselo. Pude oler su pito, a tres bancos de distancia. Pará, culiado, le dijo Babensi, que estaba sentado del otro lado. ¿Qué te pasa, loco de la guerra? El otro se bajó el prepucio y le mostró la cabeza, roja y palpitante y olorosa en la mañana. De eso me acordé, cuando nos contaron que había muerto y después, cuando el rumor de que se había matado ganó fuerza entre todos.

Muchos se mataron en esa época.

Hijos, nietos de inmigrantes, herederos de la tristeza. Se ahorcaron

con cintos o compraron un revólver en la armería de la 9 de Julio, treinta y ocho corto sirve bastante a tal efecto porque es liviano y manejable. Otros usaron viejas armas con las que sus abuelos salían a cazar. Pastillas, un corte en las venas. Otros se subieron a motos de baja cilindrada y aceleraron cruzando la rotonda para darse contra el monumento a Iturraspe, el fundador, o contra un poste de luz o de teléfono, o deslizarse levantando chispas bajo las ruedas de un camión. Los velaban a cajón cerrado. Perdían una pierna. Quedaban en estado vegetativo por el resto de sus vidas.

Este es un trabajo de paciencia y prolijidad. No puede hacerse a la ligera ni rápido. Si lo hacés bien, funciona, y vas a poder vivir de esto. No tirando manteca al techo, por supuesto, pero sí vivir bien, tranquilo, dijo papá.

En su mesa de trabajo había una morsa, la pavita ennegrecida con la que tomaba mates, un cenicero grande, rectangular, de aluminio, de Gancia, con una montaña de yerba usada en la que había clavado una docena de colillas blancas de L&M.

Sentate acá, dijo papá, mostrándome la banqueta de tela deshilachada. Lo hice y sentí su calor, que todavía duraba en la tela.

Ahora te voy a mostrar cómo se hace, dijo.

Yo ya había dejado la poesía para esa época. No le encontraba sentido. Ahora lo sé: el que era yo se fue apagando. Quiero decir: se fue metiendo cada vez más adentro hasta desaparecer. No desapareció del todo. Lo que somos vive en nosotros y nunca desaparece. Pero se quedó en el fondo de mí, acurrucado, sin decir una palabra.

Moroni y Junco se pelearon en el 94, y en el 95, 96 y 97, en diferentes escenarios, con diferentes resultados. Pelearon en el patio del colegio, pelearon en el baño, pelearon en el danzante que organizó el colegio Normal, pelearon a la salida del baile de los bomberos voluntarios. Cada pelea se pensaba como definitiva, pero a las dos o tres semanas ahí estaban, dándose de nuevo, a veces sin siquiera un testigo.

Cuando estaba en cuarto me cansé de las provocaciones de López y le dije que sí. Dale, López, peleemos.

López se descolocó. Estaba riéndose con sus amigos y por un momento quedó fuera de escuadra.

Dale, boludo, peleemos, me dijo.

Dejó la carpeta apoyada en la fuente de la plaza. Una fuente de cerámicos blancos y azules. Se sacó la campera. Alrededor nuestro se formó un círculo con los compañeros de López, que aplaudían y nos espoleaban a los gritos, recuerdo haber mirado los ojos de uno de ellos y ver el hambre destellando como en los ojos de un gato. Me acerqué a López y él se me vino encima, no hice tiempo de esquivarlo y caímos al piso, él me tenía de los pelos y yo le tiré del cuello de la camisa y tres botones salieron despedidos. Nos quedamos sentados, resoplando. López se puso a buscar, en cuatro patas, los botones que se le habían salido.

Me imaginé a su madre, esa noche, cosiéndolos. Casi me largo a llorar.

Uno de los compañeros de López dictaminó que había sido un empate.

No volvimos a pelear.

Cuando yo estaba en quinto papá enfermó y yo, que había estado aprendiendo la compleja técnica del bobinado, me senté en su banquito. Iba al colegio en una Zanella, volvía a casa, almorzaba algo y me ponía a bobinar. Con una luz potente encima, tomando del mate que él había usado hasta hacía poco.

Papá pasó unos meses en el hospital y cuando los médicos ya no le pudieron encontrar la vuelta lo mandaron a casa. Ahí murió. En el cuarto matrimonial. Con la televisión prendida. Sin comer un bocado. Del cuarto pasó al cajón y subimos el cajón a un nicho en la parte nueva del cementerio de San Francisco.

Se había dedicado a bobinar durante treinta años. Eso podría haber dicho su lápida. Esposo y padre devoto, decía, en cambio.

Y un día vimos la carne fresca. Ahí estaba, desfilando frente a nuestros ojos.

Eran nenitos, todavía: con pelusa sobre el labio superior, y los saludables cuerpos de la infancia. Mis amigos les hicieron la seña de cortarles el cuello, para empezar a trabajarlos, nomás, y ellos abrieron grandes los ojos. Nos reímos. Yo no le veía la gracia, pero también me reí. Me reía mucho en esa época.

En el primer recreo de ese primer día entramos al baño y había dos. Ambos gorditos, cabezones, haciendo pis y mirando los azulejos. A uno lo empujamos y se dio de frente en los azulejos. Se largó a llorar. Le dijimos *nenita*, le dijimos: En este colegio solo se aceptan varones. Le dijimos que a su mamá le gustaba andar en tanga rusa caminando por Frontera. Y lloró más y salió corriendo del baño, con sus pantalones de taller mojados de pis.

El otro se quiso escapar pero lo agarré del cuello. Momentito, le dije. Tiene que pedir permiso para irse.

Arrugó la cara. Tenía el pelo cortado al rape, y un pedazo de camisa fuera del pantalón.

Dejalo, dijo el Colo. Ya está.

Tiene que pedir permiso, dije. ¿No conoce las reglas?

Pido permiso, dijo el chico.

Tiene que decir por favor, dije yo. Y me tiene que convencer.

El chico estaba llorando y no podía hablar.

Ah, es un chico muy orgulloso, dije. No pide por favor.

Lo arrastré hasta el inodoro y le hundí la cara en el agua meada. Lo tenía agarrado de los pelos y por dentro estaba contando. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

“No te quedes inmóvil / al borde del camino / no congeles el júbilo / no quieras con desgana”, había escrito Benedetti.

Mis amigos me dijeron que ya, ya estaba.

Pero no lo solté. Lo sentía moverse, desesperado, sin poder respirar,

pero no lo solté. Los miré a los ojos mientras el chico pataleaba bajo mi mano. Y no lo solté.

Entonces el año terminó y nos sacaron una foto. Tenemos puestas nuestras camisas verdes y nuestros pantalones verdes y estamos ahí parados, en la entrada del colegio. Alguien podría mirar esa foto con una lupa y ver, en nuestras caras, las primeras arrugas, casi invisibles en la piel tersa. Después algunos se desperdigaron por el ancho vientre de nuestra patria. Después otros nos quedamos a vivir en San Francisco el resto de nuestras vidas.

Alguien contó en el asado que Moroni y Junco se siguen peleando, al día de hoy. Alguien los vio una vez, o dijo haberlos visto, en cueros y pantalones largos en uno de los campos que estaban detrás del barrio industrial, largos campos estatales sembrados de cizaña donde uno podía caerse y ser mecido como si estuviera flotando en el mar.

Nos levantamos, uno a uno, de la mesa llena de costillares pelados y restos de ensalada y bollos de pan. Y nos saludamos con un abrazo, porque podemos hacerlo, y nos decimos: Hasta el año que viene, amigos.

Hasta el año que viene, la reconcha de sus putas madres.

Días de visita

*

Padre me despierta sacudiéndome del hombro.

Todavía no amaneció, la casa está a oscuras y él trae el farol a kerosén a la altura de la cabeza. En la otra cama duerme Lina. Padre se lleva un dedo a la boca para que no la despierte.

En la cocina a leña la pava ennegrecida despide un chorro de humo blanco por el pico. Desayunamos en silencio, de parados, pan de ayer remojado en té con leche. Nos abrigamos con gorros de lana, bufanda y guantes, y salimos.

Ya hay luz en el cielo, aunque abajo el aire todavía está oscuro. Es junio. Largamos nubecitas de vapor por la boca. Perdí un diente de leche ayer y siento el frío del aire en la encía.

Querubín viene trotando desde la oscuridad, la lengua afuera despidiendo vapor, también. Se aprieta contra mi pierna, sus pelos negros y duros y fríos de haber dormido en el galpón. Le doy un pedazo de pan y come de mi mano y lame las migas con su gran lengua rosada y caliente. Más allá del alambrado, los árboles del monte se levantan como sombras flacas.

Padre armó un cigarrillo y lo prendió. El humo azulado sube vertical frente a su nariz.

Vamos, dice.

Ahora estamos llevando a la mula de las riendas por nuestra parcela. Punteamos la tierra durante toda la semana pasada, la dimos vuelta para que la parte negra, fértil, quede hacia arriba, y por ahí arrastra el arado la mula, marcando los surcos. Padre camina adelante, su nuca bien afeitada parece de madera. Yo vigilo que el arado vaya derecho,

que no se tuerza con las irregularidades o los cascotes de tierra seca. Veo la espalda de padre y oigo los bufidos de la mula y el canto de los teros, hurgando en busca de lombrices, que se levantan a nuestro paso y gritan y trazan círculos histéricos en el aire.

Cuando llegamos al segundo alambrado, contra el inicio del monte, damos la vuelta y emprendemos el regreso. Entonces vemos nuestra casa, recortada contra la sombra, y a madre colgando unas sábanas del alambre. Nos saluda con la mano, a lo lejos. Padre y yo le devolvemos el saludo.

Trabajamos toda la mañana hasta arar nuestra parcela de un lado a otro. Cuando vamos hacia el este con la mula, mis ojos se pierden en el horizonte, que es casi plano, con un par de arbolitos desperdigados acá y allá. Cuando giramos hacia el oeste, veo el monte y ya no puedo ver otra cosa. Veo el monte incluso cuando miro hacia otra parte.

Al mediodía padre se pasa el antebrazo por la frente transpirada y dice que descansemos.

Vayan a limpiarse, dice madre con la leña para el fogón sobre los brazos.

Lina juega con Querubín en el patio de tierra. Despeinada y sucia en su vestido gris, se agarra de las crenchas resecas del pobre perro queriendo montarlo. Con padre sacamos agua del aljibe, nos lavamos la cara y los brazos, nos mojamos el pelo. Después entramos para almorzar.

Madre nos sirve el guiso en platos hondos, viejos, con la cerámica saltada en algunas partes. En el medio de la mesa hay una jarra de vino y otra con agua. También un bol con trozos de pan recién horneado, todavía humeante, delicioso.

Estiro la mano hacia el pan. Padre me mira. Vuelvo la mano a su lugar.

Padre cruza los dedos y baja la cabeza. Lo imitamos.

Señor, te agradecemos esta comida y las manos que la prepararon. Te agradecemos por nuestra familia y por la tierra a la que llegamos después de un viaje tan largo. Sabemos que nos vas a proteger, sobre todo a nuestros seres queridos. Amén.

Amén, decimos todos.

Empezamos a comer.

¿Recuerdan las reglas? ¿Lorenzo?

Quedarnos quietos en el lugar, digo.

¿Y qué más?

No mirarlos.

¿Y eso por qué?, pregunta padre.

Mirarlos causa locura, dice Lina con su vocecita.

¿Y qué más?

No hablarles.

¿Y qué más?

Rezar para que no nos elijan, digo.

Nos acostamos a dormir la siesta, pero ninguno duerme. Nos quedamos con los ojos abiertos en la penumbra, pensando en que hoy es día de visita, y al cabo de una hora nos levantamos sin haber pegado un ojo. Padre me pide ayuda para arreglar una parte del alambrado del gallinero y acá estamos.

Alcanzame la pinza, dice padre.

Está parado con un cigarrillo en la boca. Busco en la caja de madera curtida, hurgando debajo de herramientas negras. Justo cuando encuentro la pinza y se la extiendo a padre suenan las campanas de la iglesia.

Me quedo quieto. Padre se queda quieto. Madre, que estaba tendiendo la ropa, se detiene con una camiseta de padre en las manos, y Lina en el piso de tierra, jugando con su muñeca de trapo.

Las visitas salen del monte.

Es como si el viento dejara de soplar y los pájaros de cantar en los árboles y las vacas de mugir en el establo. Imagino a los que conozco, inmóviles como nosotros, en el gesto de tomar un mate, llevarse la escopeta al hombro, tirar un puñado de granos a la tierra, recoger los huevos, acariciar el lomo brillante y suave de sus caballos. Todos quietos, ahora. En la luz del mediodía, veo las sombras que se proyectan sobre el patio de tierra seca. Los oigo caminar, susurrando, pasar entre nosotros.

Pienso: ahora me toca. Ahora es mi turno.

Pero no pasa nada. Mi mano extendida con la pinza empieza a temblar por el cansancio, cuando las campanas de la iglesia se oyen de nuevo.

Volvemos a movernos, a respirar.

La pinza, dice padre.

Se la alcanzo y él se inclina sobre el alambrado, el cigarrillo en la boca, y sigue trabajando.

*

Ayer vino Alciaga para avisarnos. Era casi mediodía. Cuando estaba a unos cincuenta metros padre dijo, como para sí: Don Alciaga.

Y era, nomás. Padre conoce a todos los caballos del pueblo. Se acercó despacio, al trotecito, se apeó, saludó a padre dándole la mano, y hablaron un rato. Padre armó un cigarrillo sacando el tabaco de la bolsa de tela. Después lo prendió, sin dejar de hablar y asentir. Se dieron la mano y Alciaga montó con un movimiento ágil, un pie en el estribo y arriba.

Cuando se fue, padre tomó las riendas de la mula y seguimos trabajando. Al rato me dijo, sin mirarme:

Pregunte si quiere.

¿Cuándo llegan?

Mañana, dijo él.

Arriba, dice padre. Arriba, hijo.

Abro los ojos y me quedo mirándolo Le pregunto si ya es hora de levantarse.

No, dice. Vení.

Me visto y voy hasta el comedor. Padre está esperando con el farol encendido. Cuando abrimos la puerta y salimos oigo a la Remolona. Sé que es ella. Da unos bramidos gruesos, angustiosos. Cruzamos el patio de tierra, abrimos la tranquera y volvemos a cerrarla y seguimos caminando hasta el corral de las vacas. La Dulce y la Flaca son una mancha blanca en la oscuridad. Más atrás, tirada en la tierra removida del corral, está la Remolona. Oímos sus mugidos, cada vez más cerca, y cuando estamos al lado padre me da el farol. Veo las patas tiesas, la panza hinchada. Padre le acaricia la cabeza, para que se tranquilice.

Está empastada, dice. Hay que abrirla.

Saca, entonces, de su cintura, donde estaba envainado, el cuchillito de hoja corta, con mango de cuero, y me lo da.

¿Dónde?, le pregunto.

Padre me marca.

Apoyo la punta del cuchillo en la panza tirante y empujo. Se abre un corte y siento la expulsión del aire en la cara, el olor del pasto podrido. La Remolona mira hacia un costado, devastada.

Tranquila, dice padre, acariciando su cuello. Ya está, shhh. Tranquila.

La Remolona se apoya en las patas delanteras y se levanta. Increíblemente, se levanta y camina como si acabara de nacer. Y lo hace bien.

Ya es tarde para irse a dormir. ¿Querés que empecemos?, dice padre.

Le digo que sí con la cabeza.

Nos ponemos a ordeñar, entonces, aunque sea temprano. Yo uso guantes porque el contacto con la ubre tibia y húmeda me deja las manos paspadas, pero padre está curtido, sus manos parecen de cuero seco. Trabajamos en silencio. Y después de un rato padre se pone a hablar.

Me cuenta lo de siempre. La vida en Italia.

Se oían las sirenas, allá en el pueblo, y era que venían los aviones, las bombas. Entonces corríamos a refugiarnos. Un día nos salvo una araña. Cruzamos la puerta del refugio y la araña volvió a hacer su tela, entonces cuando vinieron los soldados vieron la telaraña y pensaron: no hay nadie adentro. Así nos salvamos, hijo. Yo me hice pis encima. Por eso, apenas pudimos, nos vinimos acá, con tu mamá. Ahora esta es nuestra tierra. Ahora nosotros somos de esta tierra.

Más tarde vamos en caballo a lo de Barale, porque padre necesita pedirle prestado diez metros de alambre.

Barale está sentado en un banquito, junto a Chichín, que tiene un palo en la mano, y ambos nos saludan al vernos llegar. Padre y él se sientan y hablan un rato, y Chichín me muestra una espada que fabricó con un palo. Vamos hasta el alambrado. Padre y Barale nos miran y nos hacen una seña: hasta ahí, quiere decir. El monte, del otro lado, se levanta como una bestia oscura y silenciosa: uno puede sentir su frescura interior.

Hoy es día de visita, dice Chichín.

Yo levanto los hombros.

La última vez se llevaron a Rimolí y a su hijo, dice Chichín. Gritaron.

Yo me limito a golpear la tierra seca con la punta de mi espada.

Helena gusta de vos, dice Chichín.

¿Cómo sabés? ¿Te dijo?

Ah, para eso sí me das conversación, eh. Yo me doy cuenta de esas cosas, dice Chichín.

Qué te vas a dar cuenta, le digo.

Levanto mi espada: batalla. Peleamos un rato hasta que le pego en la mano a Chichín y él se larga a llorar y va hasta donde está Barale, para acusarme.

No sea maricón, dice su padre.

Chichín deja de llorar.

Al rato volvemos a casa en el caballo. Papá lleva, sujeto a la montura, diez metros de alambre de acero enrollado. Cuando estamos a una legua de casa (ya se ven los eucaliptus) suenan las campanas de la iglesia.

Padre sujeta las riendas y el caballo se detiene. Nos quedamos quietos, encima del caballo, a mitad del camino de tierra. Las visitas salen del monte.

*

Esperamos encima de la jardinera.

Padre huele a colonia y tiene puesto su único traje, limpio y planchado. Lina y yo estamos también vestidos con ropa limpia, impecable. Olivia, la yegua baya, delante de la jardinera, espanta las moscas con suaves movimientos de la cola. Sus ancas brillantes, marrones, vibran. Golpea la tierra seca del patio con los cascos. Mueve el hocico y veo uno de sus ojos, tranquilamente enloquecido, y vuelve a mover el hocico y veo el otro.

Padre mira la hora en el reloj de su muñeca. Es un reloj a cuerda: lo trajo de Italia cuando vinieron, hace quince años. Lina sigue inmóvil, como si el vestido blanco fuera a ensuciarse incluso si respira o habla. Es raro verla así, los rizos rubios cayéndole sobre la frente, las manitas

puestas en la falda con delicadeza. La miro y le hago una cara graciosa, mi cara de mono, porque me encanta hacerla reír, pero ella ni se inmuta. Se lleva una de sus manitas al pelo para comprobar que los rizos siguen ahí, y mira hacia el costado. Tiene doce.

Madre sale en ese momento, con el pelo recogido y un vestido floreado, y se acerca al trotecito.

Ya sé, ya sé, dice.

Apoya un pie en el pescante y sube a la jardinera hasta sentarse al lado de padre.

Listo, dice. Vamos.

Padre agita las riendas y chifla. Olivia echa a andar. Lo hace, al principio, con alguna dificultad, pero a medida que las ruedas giran se mueve más suelta. Madre se da vuelta para mirarnos. Acomoda un rizo rebelde de mi hermana, y después se moja el pulgar y me lo pasa por la mejilla, frotando alguna mancha que me debe haber quedado del desayuno.

Las lluvias han terminado de destrozar el camino que lleva al pueblo. Es largo, de casi dos leguas, con eucaliptus inmensos a cada lado. Dispersos baches con agua acumulada. La jardinera se inclina hacia los costados, tambalea. Tenemos que agarrarnos del borde para no venirnos abajo y en un momento me estiro para sostener a mi hermana.

Padre, sentado adelante, llevando las riendas, refunfuña en voz baja. Tiene un cigarrillo apagado en los labios, y su peinado, que era impecable hasta hace un momento, se ha torcido irremediablemente, algunos mechones le caen ahora sobre la frente. Cascotes de barro salen despedidos por los costados cuando Olivia pisa un charco.

Después de un rato llegamos a la plaza y la bordeamos, rumbo a la iglesia.

Entonces aparece el chico Ferrás.

Desde lejos parece un animal, con el pelo desordenado y la barba de tres días. Va y viene por el camino de tierra, hablando solo. Padre lo saluda con un gesto cuando pasamos al lado, y él nos mira, los ojos brillantes y húmedos como babosas. El chico Ferrás muge, desconsolado.

Bueno, bueno, dice padre.

Ferrás se pone a trotar al lado de la jardinera, le agarra una de las manos a padre y muge.

Sí, Ferrás. Sí, dice padre.

Pobrecito, susurra madre.

Padre está incómodo, llevando las riendas con una sola mano. El chico de Ferrás se aferra a su mano como si fuera capaz de detener, con la fuerza de sus mugidos, el impulso de la jardinera.

Sí, dice padre. Ya sé, querido. Ya sé.

El chico de Ferrás lo suelta y se queda atrás.

Pobrecito, dice madre.

No debió haber mirado, dice padre.

Todavía me acuerdo. Era un chico tan buen mozo, dice madre. Y de un día para el otro, trac, quedó así.

No debió haber mirado, dice padre.

¿Y quién te dice que miró?

Fue por mirar.

Nadie está seguro. La madre dice que…

Fue por mirar, dice padre.

*

Soy yo quien despierta a padre sacudiéndolo del hombro.

¿Y mamá?

Padre está flaco y barbudo. Tiene olor a bota vieja. Pestañea un par de veces sin contestar.

No voy, dice después.

Ya sé, le digo. Te pregunto por mamá. ¿Durmió acá?

Le señalo su parte de la cama, perfectamente tendida.

No sé, dice. ¿Quién?

Levantate. Tenés que ayudarme a buscarla, vamos.

Padre arruga la cara y llora.

Salgo de ahí y cruzo la cocina (la mesa llena de migas, mezclada con ceniza de cigarrillos y vasos con vino de la noche anterior) y salgo al patio de tierra reseca.

Veo nuestras vacas, las dos que nos quedan, y más allá el campo. La maleza crece sobre el alambrado: sorgo guacho.

Recorro con la vista el patio en la penumbra de la madrugada. Busco en el galpón, el gallinero, el tambo. Madre no está en ninguna parte.

Me subo al caballo y voy hasta la casa de la familia de Chichín.

¿La Pancha?, pregunta la señora Barale. Tiene puesto un delantal, verde y con salpicaduras de harina. No, no vino por acá. ¿Cómo que se perdió?

Viste como andan últimamente, le digo.

Ella asiente.

Vuelvo a subir al caballo, voy hacia el pueblo. De todas las chimeneas sale humo, y en la calle ya se ve movimiento. Me topo con Lucca, que cruza enfrente de la iglesia llevando un caballo de las riendas, con el gringo Ferro, con la señora Biglietti y sus hijas, y sin bajarme le pregunto a cada uno si por las dudas no vio a mamá. Me dicen que no saben nada.

Al final veo a Helena. Está en el patio de su casa, colgando sábanas estrujadas en la soga y cuidando a su hermanito, que es casi un bebé. Me sonríe y viene hasta donde estoy. No me mira a los ojos.

Hola, Helena, le digo.

Hola, dice, acomodándose detrás de la oreja un mechón de pelo díscolo que se le escapa del rodete.

Mamá se perdió, le digo. ¿No la viste por las dudas?

¿Otra vez?

Ya no sé qué hacer.

El hermano de Helena está comiendo un diente de león que arrancó del piso. Nos mira desde lejos, masticando con tranquilidad, como una vieja vaca.

Acerco a Helena de la cintura y nos damos un beso rápido, tibio. Ella vuelve adonde está su hermano, le saca el diente de león, y su hermano se larga a llorar.

Recorro el pueblo despacio, preguntando por mi madre a cada uno de los que me cruzo. Pero nadie sabe nada, nadie la ha visto. Deben ser las siete y media de la mañana, más o menos.

Al rato Alciaga se acerca, a caballo. Tiene el pelo blanco y la panza tan abultada que da la impresión de que los botones fueran a eyectarse de un momento para el otro. Hace poco tuvo un ataque en mitad de la noche y se le durmió todo el lado izquierdo de la cara. Ahora esa

mitad está caída, floja.

¿De nuevo?, me pregunta, y es como si hablara con una piedra entre los dientes.

Se queda un momento callado.

¿Te avisaron que vienen hoy? A la tarde, a lo mejor.

Ya no me importa, le digo.

Alciaga se queda mirándome. Después se va.

Un chico viene corriendo hasta donde estamos: es el hijo menor de los Fosizi.

Creo que la vi, cerca del tambo, dice.

Lo ayudo a subirse al caballo y a medida que nos acercamos la veo. En camisón, metida entre los árboles. Tiene algo en las manos que al principio no reconozco. Me bajo del caballo, cruzo el alambrado y voy a su encuentro.

Madre, le digo, y al tocarle el brazo desnudo la siento helada.

Lorenzo, dice. ¿Qué hacés acá?

¿Qué hacés vos, mamá?

Pensé que iba a tener frío, dice. Pero no la encuentro por ninguna parte.

Vamos a casa, mami.

Pero va a tener frío, dice.

Yo después se la doy, no te preocupes.

A la madrugada, con el rocío, hace un frío de helarse.

Sí, mami, le digo, mientras la llevo de vuelta al alambrado, con un brazo sobre sus hombros.

Debe estar muerta de frío, dice mamá.

*

Despierto, solo, de madrugada. Simplemente algo se activa en mí a las cuatro y media, y abro los ojos.

Tanteo en la oscuridad y encuentro los fósforos y prendo el farol, que zumba en el silencio de casa.

Helena se da vuelta y me dice, dormida: Deberían ponerle chinelas.

Sí, le digo, y le beso la mejilla. Dormí.

Me levanto y voy hasta donde está padre y lo despierto sacudiéndolo

del hombro.

Padre pestañea un par de veces, se levanta. Se viste y me acompaña en la cocina, donde estoy haciendo café y calentando el pan de ayer. Desayunamos sin hablar, hasta que él pregunta:

¿A qué hora te dijo que iba a venir?

¿Miglessi? Y, viene siempre a las siete.

Hay que meterle, entonces.

Vamos hasta el tambo y nos sentamos a ordeñar. El farol cuelga de un clavo, en el poste de madera. Se va haciendo de día.

Llenamos dos tachos de aluminio. Entonces padre se fuma un cigarrillo, y yo me siento al lado suyo.

Hay que cambiarle la herradura al Mozo, dice padre.

Sí, ya hablamos con Gurizza. Vamos el viernes.

Y habría que armar fertilizante allá atrás.

Mejor comprarlo hecho.

¿Para qué vas a pagar si podés hacerlo gratis?

Porque es mejor, le digo. Anda mucho mejor. Lo hace el hermano del finado Chichín.

Yo no pagaría por algo que podemos hacer gratis, dice padre.

Sí, bueno, pero el encargado soy yo así que no te metas.

Nos quedamos callados de nuevo. Padre se arma otro cigarrillo y tiene un ataque de tos. Después se lo prende.

Quiero ir de luna de miel, le digo.

Luna de miel, dice padre.

Sí, cuál es el problema.

No hay mucho que conocer, dice padre. Pará allá está Santa Silvia, pueblo fiero. Y más allá, ya no sé. Luna de miel. Tu madre y yo no tuvimos ninguna luna de miel.

No me importa lo que hicieron ustedes.

Bah, dice padre, y escupe una pelotita blanca de flema en el patio de tierra seca.

Se oyen las campanas.

Nos quedamos quietos, odiándonos mutuamente.

*

Salgo y me subo al sulky donde están Helena y Mateo, dormido. Le doy un chicotazo a las riendas y la yegua comienza a moverse. No llevamos nada. No quiero llevar más que lo puesto de este lugar.

Vamos mecidos por el movimiento de la carreta, esquivando los baches. Al rato Mateo despierta y mira alrededor y pregunta qué estamos haciendo.

Nos vamos, le digo.

¿Y el abuelo?

El abuelo se quiso quedar.

Cruzamos el pueblo. Cruzamos la iglesia y la plaza y las casas de Alciaga y de Maffi. Todo está oscuro, aunque en el interior de algunas casas ya hay luz. Es la última vez que estoy viendo esto. Las casas pasan como sueños al costado del sulky, una detrás de otra, y de pronto llegamos al cementerio y al recordatorio, y entonces el pueblo se termina. Lo dejamos atrás.

Es una sensación maravillosa, a nuestro alrededor deja de haber monte y vemos la llanura, los campos sin sembrar. Mateo levanta la cabeza para ver.

¿Qué hay para allá?

Para allá está Santa Silvia, digo. Es una media hora de viaje. Y después de Santa Silvia, no sabemos. El mundo, le digo.

Ha terminado de amanecer y los teros se levantan a nuestro paso. Vemos vacas inclinadas sobre el pasto y un hombre a caballo cruzando transversalmente un campo sin sembrar. Mateo se sienta en mi falda y me pide agarrar las riendas. Yo lo dejo.

Detrás nuestro, el pueblo se empequeñece y desaparece. Ya no está. Nunca más lo volveremos a ver. Respiro hondo. ¿Qué eso que siento? Eso se llama esperanza. Helena canta. Es una vieja canción que le enseñó su madre, una canción italiana. Nos quedamos callados, con Mateo, oyéndola. Al rato lo vemos. Mi mujer lo señala.

¿Qué es eso?, dice.

Algo en el horizonte. Una manchita.

Al principio es eso. Una manchita que puede significar cualquier cosa. Pero a medida que nos acercamos lo reconocemos.

Es el monte. La sombra recostada del monte y, de entre los árboles más altos, la cúpula de la iglesia, el campanario, sobresaliendo.

Le saco de la mano las riendas a mi hijo y doy la vuelta. Vuelvo a tomar el camino que lleva a Santa Silvia y volvemos a ver la llanura, los campos sin sembrar, las mismas vacas inclinadas sobre el pasto y el mismo hombre que cruza el campo a caballo. Dejamos el pueblo atrás.

Media hora después el monte aparece en el horizonte.

Ya es casi de noche cuando volvemos a casa.

Hemos ido y venido muchas veces por el camino hasta que el monte desapareció y después volvió a aparecer, una y otra vez.

Ahora padre está sentado en nuestro patio de tierra, fumando un cigarrillo.

Dejo que Helena y Mateo entren, y me siento al lado suyo.

¿Puedo fumar uno?, le digo.

Él me lo arma, pasando la lengua por el papel, y me lo alcanza. Yo lo prendo. Aspiro la primera bocanada.

En el cielo están apareciendo las estrellas, una a una.

*

Despierto a Mateo sacudiéndolo del hombro.

No quiero, dice él.

Arriba, le digo. Hijo, ya sos grande, vamos.

Se levanta y se viste y después de un breve desayuno de pan de ayer remojado en té con leche, salimos. Es junio. En el cielo ya es de día pero la tierra guarda todavía la oscuridad de la noche.

Abrimos la tranquera y sacamos la mula. Le engancho el disco de arado, detrás, y nos ponemos a roturar la tierra, de un lado a otro. Amanece y yo llevo a la mula de las riendas con una mano y con la otra armo un cigarrillo como lo hacía papá, el tabaco en el papel enrollado y la lengua alrededor para sellarlo.

Ayer el hijo de Alciaga me avisó que hoy vendrían visitas. En cualquier momento se oirán las campanas, y vamos a quedarnos quietos, y los sentiremos andar por el pueblo y se llevarán a uno de nosotros al lugar del que no se vuelve.

Hoy van a venir, le digo a Mateo. Está anunciado.

Él hace que sí con la cabeza.

¿Te acordás de las reglas?

Sí, dice Mateo. Me acuerdo.

Perras en pantalones de vestir

Mi hermano me despierta sacudiéndome del hombro. Al principio no entiendo nada. No sé qué hora es, de qué día, en qué año o qué país, pero un instante después, el tiempo que tarda una mano acalambrada en recuperar su sensibilidad, los datos objetivos vuelven a mí, de golpe, esto soy, esta es mi casa (donde nací y vivieron mis padres y mi hermano antes de irse a la guerra), deben ser las tres y media de la tarde, me recosté un momento en el sofá después del almuerzo y me hundí en el sueño, es miércoles.

Jamer.

Qué pasa.

Mi hermano se ríe como si todo esto fuera una travesura. Hace dos o tres días se rasuró la cabeza por completo, a cero, y su cráneo ovoide resplandece en el comedor como una bola de billar.

Nada. Estaba aburrido, dice. Voy a salir a caminar.

Voy con vos.

No, no, no hace falta. No pasa nada.

¿Querés estar solo?

No necesariamente.

Entonces ¿es un problema que te acompañe?

No.

Me paso la mano por la cara.

Dale, ahora vamos. Dame un rato.

Y eso es lo que hacemos.

Antes hago pis en el baño, armo un grueso porro folclórico con una mezcla de 70/30 entre un paraguayo tóxico comprado a un dealer de rastas en un stand de artesanías y una bolsita de flores comprada a un dealer por Telegram.

Eso es lo que hacemos, digo: Salimos a caminar.

Caminamos sin una dirección precisa durante unos veinte minutos, guiados más bien por el instinto o la belleza de los árboles o las casas. Nos cruzamos viejas que pasean caniches toys, viejos con toda la pinta de exmilitares, señoras que van o vienen de hacer las compras. Después subimos a un cruce de las vías, detrás de la plaza, y prendemos el porro. No decimos palabra. Miramos a los chicos que juegan al básquet allá abajo. Miramos el paso del tren. Al cabo de un rato vemos un bar, en una esquina, con mesas de pool. Le propongo jugar un partidito. Él levanta los hombros y supongo que quiere decir que sí. Entramos.

Allá nos drogábamos con peces, dice mi hermano, en mitad del primer partido. Es la primera vez que lo escucho hablar de “allá”. Hace casi un mes que volvió, pero hasta este momento no habló mucho sobre su experiencia. Me inclino sobre la mesa para hacer un tiro y él dice: Peces de este tamaño, como mojarritas, que brillaban en la oscuridad. Los sacaban del arroyo tóxico que estaba a las afueras, del lado de Helter, en la parte industrial. Los chicos los sacaban y te los cobraban dos kuplecs, nada. Los ponían a secar al sol y los trituraban para hacer un polvito. Era impresionante, dice mi hermano. Alucinógeno, pero también analgésico. Vi a un tipo al que unos animales que había allá, que eran como ratas, me cago en Dios si me acuerdo cómo se llamaban, le habían comido las piernas. Estaba tirado en una zanja, andá a saber cuánto tiempo se pasó ahí, hasta que lo encontramos. Debajo del torso tenía los huesos, nada más. Y se cagaba de risa. Se reía de nada, con los huesos de las piernas blancos por la lluvia, porque había estado inhalando el polvo ese todo el tiempo. Me encantaría encontrar esa mierda acá.

Y eso es todo. Mi hermano no vuelve a pronunciar palabra en los siguientes cuatro partidos. Juega tranquilo y me gana los cuatro sin esfuerzo. Haber hablado de “allá” por primera vez desde que llegó parece terapéutico. Incluso creo que lo veo reír en algún momento. Hasta que un tipo que está jugando en la mesa de al lado lo roza con el palo. Quiero que se entienda bien: no lo toca, lo golpea o lo empuja, lo

ROZA, y mi hermano se da vuelta y le pregunta qué mierda se cree que está haciendo. El otro se acerca. Es un gigante calvo, con bigote a lo Dalí y un chaleco del que sobresalen brazos grandes como postes metálicos cubiertos de tatuajes. Pero mi hermano lo enfrenta sin miedo. Acerca su cara a la suya, con toda la actitud del que va a ir a pelear.

Vamos, le digo. Tranqui.

Pero él no se mueve. Hay tanta electricidad alrededor nuestro que tengo la impresión de que las bolas de pool van a ponerse a flotar sobre la mesa.

¿A quién le hablás así?, dice el tipo.

A vos, judío comunista hijo de puta, dice mi hermano.

Voy yo, dice mi hermano.

¿Adónde vas a ir? Mirá cómo estás.

Mi hermano tiene el dedo índice de la mano derecha entablillado, una venda sobre la nariz, los ojos enmarcados de aureolas negras. Está peor ahora que cuando volvió de la guerra. Pero se empeña en hacer las compras como si se le fuera la vida en eso.

Insisto, dice.

Me quedo un rato pensando.

Vamos juntos, digo.

Dale, dice él.

Vamos al súper y agarro un changuito en la entrada, después de probar tres, y caminamos entre las góndolas, yo llevando el changuito. En los parlantes suena una de esas canciones de moda, una balada romántica latinoamericana de un cantante prefabricado por una discográfica. Estoy por decirle algo a mi hermano pero mejor no. No quiero despertar en él ninguna suspicacia. Mejor manejar el changuito de un lado a otro como si no pasara nada.

Compramos: diez botellas de Coca de litro y medio, dos packs de cerveza Heineken, tres paquetes de cuatro unidades de papel higiénico, ocho cajas de hamburguesas congeladas, pan para hamburguesas, pan para panchos, cuatro paquetes de salchichas, mayonesa, kétchup, dentífrico, gel para el pelo, grandes chocolates.

Nos ponemos en el último lugar de la cola. Mi hermano se mira el

dedo quebrado. Una empleada gorda y maciza está parada en la entrada de las cajas, ordenando el paso de un lugar a otro. Ve a mi hermano y nos llama con la mano para que nos acerquemos.

Tienen prioridad, nos dice.

No necesitamos prioridad, dice mi hermano.

Usted luchó por el país y tiene prioridad, dice la empleada.

Insisto que no.

Está bien, no hay problema.

No le dé prioridad a cualquier hijo de puta, dice mi hermano.

No hace falta ese lenguaje, señor.

No pasa nada, digo yo.

Y saquen esa música de mierda si valoran tanto la lucha, dice mi hermano.

En eso tiene razón, digo, esa música es una falta de respeto.

La empleada no dice nada.

Era una nena. Tenía una muñeca en la mano. Le pusimos el fusil en la boca. Otro la violó con el fusil. Ya estábamos hartos de violar, eso era otra cosa. Divertirnos, supongo. Entonces al que la estaba violando con el fusil se le escapó el tiro y la cabeza de la chica explotó como una naranja.

¿Podés dejar de mirar el celular?, dice Zita.

Tiene la boca pintada de un rojo furioso, los ojos delineados, un vestido que le marca el cuerpo. Es algo espectacular, realmente. Algo para quedarse mirando un largo rato. Enojada, incluso. Creo que así me gusta más. Toma su trago y se mueve en el lugar en una especie de baile íntimo.

Disculpá, le digo. Está mi hermano solo en casa.

¿Quién es tu hermano, Macaulay Culkin?

Dale, boluda, sabés cómo es.

OK, OK, pero mirar el celular no va a salvarlo.

Se acerca contoneándose hasta mí, me pasa una mano por la nuca, me besa la mejilla. Huele bien. Increíblemente bien.

Vamos a guardar esa porquería y a vivir esto, que se llama presente, y esto otro, que se llama realidad. ¿Puede ser, querido?

Por supuesto, le digo. No hay problema.

Pongo el teléfono en vibrador, le paso el brazo encima de los hombros. El escenario se ilumina y sube la banda. No sé cómo se llama pero es una de las preferidas de Zita, que se sabe todas las letras.

¡Uuuuuu!, grita ella, ahora. ¡Vamos!

No puedo dejar de pensar en mi hermano. Me imagino trescientas formas en las que podría suicidarse. Cortándose las venas, ahogándose con una bolsa de supermercado, ahorcándose con el cinto, electrocutándose, metiendo la cabeza en el horno, etcétera. Mientras la banda sube y empieza a tocar, las imágenes no dejan de sucederse, una detrás de otra, en vertiginosa sucesión.

Siempre que venís / te vas, canta allá arriba un chico o chica, no se sabe muy bien. *Cada vez que voy / venís. Uso ahora lo que guardás / para darme si insistís.*

Voy al baño, le digo a Zita.

¿Qué?, dice ella, bailando.

¡Que voy al baño!, le grito.

¡Buenísimo, dale!

Me meto en uno de los dos reservados (en el otro, por lo que escucho, están tomando zoloide) y prendo el celular. No hay mensajes nuevos. Mi hermano está dormido, lo que es lógico a esta hora, o muerto. Hago pis y vuelvo adonde está Zita.

¿Fuiste a ver el celular?, me pregunta, a los gritos.

No, le digo. No seas desconfiada.

Al otro día desayunamos los tres: mi hermano, Zita y yo. Lo hacemos en silencio, tomando café y comiendo tostadas y fumando, todo al mismo tiempo, en la mesita del patio lleno de baterías viejas y pedazos de fierro oxidado.

En la puerta, antes de irse, Zita me dice:

No sos el papá de tu hermano. Acordate.

Dejá de molestarme, le digo.

Sos una mierda, me dice.

Cierro la puerta.

Al rato, esa misma tarde, vamos a ver al Papi.

El Papi está internado en un geriátrico municipal. Las paredes del

geriátrico son beige, gris y azul, dependiendo del sector donde se encuentren. Padre está dormido en su silla de ruedas, en el salón principal, mientras los otros viejos charlan o miran televisión, una vieja película doblaba al español en la que sale Nicolas Cage, que es tan viejo como ellos. Hay un ventilador girando en el techo, moviendo el aire caliente con olor a pis. Los viejos nos miran con la esperanza de que los vayamos a buscar, de que seamos uno de esos parientes que ya olvidaron.

Me inclino sobre el Papi, lo agarro del hombro.

Papi, le digo.

Él abre los ojos. Pestañea. Me reconoce. Se le ilumina la cara.

Papi, le digo. ¿Querés salir un rato? Vinimos con Gogo.

El Papi lo mira. Hace un esfuerzo.

Hijo, dice.

Lo llevo en la silla de ruedas hasta el patio. Es un patio de cemento, caluroso y deprimente. Una enfermera de ambo blanco pasa cargando una pila de ollas sucias y desaparece detrás de una puerta.

Se cogía a un perro, dice el Papi.

¿Cómo?, dice mi hermano.

¿Te acordás?, el Beto. Se cogía a un perro, el asqueroso.

Siempre me cuenta lo mismo, le digo a mi hermano. Que el Beto se cogía a un perro.

¿Dónde estuviste?, le pregunta el Papi a mi hermano. Hace un montón que no te veo.

Estuve en la guerra, papá, dice mi hermano.

Ah, en la guerra, dice el Papi. ¿Qué guerra?

La guerra de los kirkses. Allá, en el cielo.

Qué mierda me importa, dice el Papi.

Vos querías que fuera, dice mi hermano.

Nos quedamos callados.

Papi, dice mi hermano en voz alta, casi gritando. Tengo porro, ¿querés porro?

No sé si deberíamos, le digo.

Mal no le va a hacer, dice mi hermano.

Dame porro, dice el Papi.

Mi hermano prende el porro y lo fumamos por turnos. En un

momento la enfermera que vimos con las ollas pasa cerca y mi hermano esconde el porro. Después volvemos a fumar.

No me la chupaba, no sabía chuparla, dice el Papi. Nadie le enseñó a chuparla, entonces no sabía. Qué le vas a hacer.

Es de lo único que habla últimamente, le digo a mi hermano.

Y, qué querés, dice él.

Teníamos que mirar la oscuridad. Eso. Mirar la oscuridad de frente, durante toda la noche. Si aparecía un "verde", disparábamos sin preguntar. Te dabas cuenta por la fosforescencia que despedían los cuerpos. Y si le disparabas y le acertabas veías el chorro de sangre, muy luminoso, saltando para todas partes, como un globo lleno de agua. Me pasé noches enteras así, en esa primera época: mirando fijo la oscuridad. Y ahora no hay forma de que no perciba, cuando miro en lo oscuro, la amenaza de algo, que no sé bien qué es. Está ahí, esperándome, y yo estoy acá, de este lado, esperándolo, y eso es todo.

Mi hermano sueña.

No es que grite, corra en el lugar como los perros o se despierte transpirado. Sé que sueña por el revoltijo de mantas y sábanas que queda en su cama a la mañana, cuando me despierto (siempre antes que él) y me quedo mirándolo, café en mano. Y a esto lo sé porque cuando se despierta tiende la cama a la perfección en menos de tres minutos, como si alguien fuera a "pasar revista" todas las mañanas. Cuando apenas había llegado, mi hermano no hacía otra cosa que dormir. Dormía dieciséis, diecisiete horas diarias. Se levantaba, comía algo, fumábamos un porro y al rato me lo encontraba de nuevo dormido. Después me enteraría de que allá, en el campo de batalla, no durmió prácticamente nada en cuatro años.

Mi hermano sale de la ducha, con el pelo mojado, completamente desnudo, la toalla que debería servir para cubrirse enrollada en uno de sus hombros. Pasa rápido por el comedor, frente a la tele, y veo las cicatrices. Después se encierra en su cuarto y se viste y se peina y se echa desodorante en los sobacos. Lo oigo murmurar una canción que no conozco.

“La guerra está arruinando este país”, dice un tal Sepúlveda en la televisión. Es un hombre de barba, con anteojos grandes, traje, las piernas cruzadas. “No solo económicamente”, dice, “sino también a nivel espiritual. Todos sabemos las consecuencias que tiene en la…”.

Ese no sabe nada, dice mi hermano. Ni de la guerra, ni de la economía, ni del nivel espiritual de mierda. Nada, ni un carajo, dice mi hermano y cambia de canal.

Abro la puerta y ahí está Juli.

Hola, me dice. Y agrega, al ver mi desconcierto: ¿No te avisó nada, aquel?

No, le digo. ¿Querés pasar?

Ella entra, me da un beso y se sienta en el sillón frente al televisor. Yo levanto las cajas vacías de pizza, los vasos que quedaron de la noche anterior, el cenicero lleno, y voy con todo eso a la cocina.

Eu, le digo a mi hermano. Vino tu novia.

Cuando vuelvo al sillón mi hermano está agachado frente a Juli, con la cabeza sobre sus piernas. Es una escena de intimidad tan grande que busco la notebook y voy a encerrarme en mi cuarto, porque no puedo soportarla. Al rato mi hermano golpea la puerta.

Vamos a salir, me dice.

Bueno.

Mi hermano está por irse pero se arrepiente.

¿Querés venir?

No, estoy bien.

Dale.

Esa noche miro una película de terror y me quedo dormido. Al otro día me despierto y voy hasta el cuarto de mi hermano pero él no está. La cama sigue tendida, impecable, como la dejó la noche anterior. Desayuno, me fumo un porro y voy hasta el parque con un libro y me pongo a leer. Se hacen las doce y paso por un Burger King, me compro una hamburguesa. Cuando vuelvo a casa es la una. La cama sigue tendida.

Le escribo un mensaje a Juli preguntándole por mi hermano.

“Está re loco, no lo quiero volver a ver”, me escribe ella.

“No volvió a casa”, le escribo.

“Por mí que reviente. Me gritó, me pegó. No quiero volver a verlo”.

Me quedo dudando un segundo con el teléfono en la mano.

“Tenés idea de dónde puede llegar a estar?”, le escribo.

No responde.

Supongo que es toda la información que voy a conseguir de su parte, así que me tiro en el sillón y prendo un porro empezado y cambio de canal hasta encontrar una película de detectives. Después de un rato me quedo dormido. No sueño nada. Me despierto y voy hasta el cuarto de mi hermano y la cama sigue tendida.

Se hace de noche y llamo a la policía. Hablo con una mujer, que me dice que tienen que pasar cuarenta y ocho horas para hacer la denuncia pero que van a estar atentos. Cuelgo el teléfono. Al rato me quedo dormido. El teléfono empieza a sonar. Me preguntan mi nombre, me dicen el nombre de mi hermano, me preguntan si es familiar. Les digo que sí. Me dicen que lo encontraron en la calle, que estaba en paro cardíaco, que lo trasladaron al hospital municipal.

¿Y ahora cómo está?

Todavía dormido, dice alguien.

Mi hermano sale del hospital cuarenta y ocho horas después. Lo llevo en una silla de ruedas hasta la entrada, aunque ya puede caminar. Camina lento, como un chico de dos años, pero camina. Y sin embargo tengo que llevarlo en silla de ruedas por disposición interna del hospital. Cuando estamos afuera llamo un taxi. Mi hermano ve que el conductor es kirseriano y dice:

No, tomamos el próximo.

Gracias, le digo al conductor. Falsa alarma. Siga su camino.

Él me mira con sus cinco ojos pestañeando al unísono, hace un gesto raro con la mano, que supongo que es un insulto y, efectivamente, sigue su camino.

En un lugar así caen las máscaras. ¿Qué son las máscaras? Los saludos por las mañanas al vecino en el ascensor. Sostener la puerta para que pase alguien. Esto que llamamos vivir en sociedad. Digo por lo que vi. Vi chicos que acá no hubieran pasado un semáforo en rojo violando a una menor de

edad.

Mi hermano vuelve a casa, vuelve a dormir dieciséis horas por día, vuelve a levantarse y a tender la cama a la perfección como si alguien pasara revista. No dice una palabra sobre el incidente, y yo no le pregunto.

Es el mediodía. Estamos haciendo la cola para cobrar el subsidio, en la vereda del Banco Nación. Alguien que está más adelante se da vuelta para mirar a mi hermano y viene hacia nosotros.

Teniente, dice, extendiendo la mano.

Mi hermano lo saluda pero no parece reconocerlo.

¿No se acuerda?, dice el desconocido. Estuve con usted en Jala. Pabellón 112, delegación argentina, señor.

Mi hermano asiente.

Eso daría por terminada cualquier conversación, pero el desconocido se hamaca en una pierna y en la otra y mira hacia la calle donde pasan autos y colectivos y después hacia la larga cola de la que somos parte, como una procesión triunfal hacia la nada.

Se habla de que ya tomaron el norte, dice. De que estarían por firmar una tregua.

No me interesa, dice mi hermano. Disculpe, soldado, pero no.

El desconocido sonríe, me saluda con una inclinación de la cabeza, le dice alguna frase de cortesía a mi hermano y vuelve a su lugar en la fila, adelante, a unos veinte cuerpos de distancia.

Una vez allá cada tanto se da vuelta y nos mira, disimuladamente.

Ayer mi hermano rompió un vaso. Estábamos comiendo y mirando televisión, pizza con Coca, como siempre, y mi hermano terminó su Coca de un trago y tiró el vaso contra los mosaicos. Los vidrios se esparcieron por el piso. Me levanté, esquivando los vidrios, y volví con un porro, que fumamos por turnos dejando caer la ceniza en la caja vacía de pizza, con restos de queso y aceitunas.

Deberíamos tener un perro, dijo mi hermano.

No, le dije. No me parece una buena idea. A un perro hay que dedicarle tiempo, llevarlo a desparasitar, a hacer pis y caca, a que le

corten el pelo. Ni loco. No.

Mi hermano se quedó callado. Una de sus piernas se movía arriba y abajo, como si tuviera un tic.

Deberíamos tener un perro, dijo.

A la tarde salió y volvió con un perro. Un perro sin raza, negro, con la panza hinchada y olor a leche. Mi hermano lo trajo en una caja de cartón, en cuyo fondo ya había dos meaditas. No dije nada. Un perro tiene un valor terapéutico indudable, eso lo sabe todo el mundo. Como los caballos y demás. Mi hermano se acostó en el sofá y se puso el perro en el pecho y le dijo: Muchacho guapo como su padre, aprenda a caminar así vamos a pasear, te necesito como cebo de las chikis. (Mi hermano cree, con toda razón, que un perro pequeñito y tierno como ese va a garantizarle la atención en la calle de muchas señoritas). Pero el perrito en su abdomen parece muy torpe incluso para caminar. La panza debe pesarle mucho, porque después de dos pasos pierde el equilibrio y el eje y cae de costado. Una panza grande, ovalada, sumada a unas piernas flaquitas de palillos.

Te vas a encargar de todo, ¿verdad?

Sí, sí, no te preocupes, dice mi hermano. Y le habla al perro: Vamos a conseguir mucha pussy, vos y yo.

El jueves viene R. de visita.

R. es un amigo de mi hermano desde antes de la guerra, tenían un dealer en común o algo así, y por lo poco que sé mi hermano y él estuvieron juntos en el frente de batalla, en el mismo regimiento de a pie. El regimiento se dedicaba a rastrillar la zona después de los bombardeos. Entraban a las casas, buscaban sobrevivientes. En teoría los tomaban como rehenes, pero en los últimos complicados tiempos los remataban ahí donde los encontraban.

Cuando el Papi todavía estaba en casa, hablábamos con mi hermano por una transmisión digital exclusiva que el ejército les proveía a sus soldados, antes de que esos “comunistas hijos de puta” volaran la antena. De todos modos la conexión era malísima.

Adiviná a quién me encontré acá, me preguntó mi hermano una vez. ¡Al puto de R.! Mirá, ahí está, dijo, y movió la cámara para mostrármelo.

R. sentado en un catre militar, sin la escafandra ni el traje térmico, haciéndose un tatuaje en el antebrazo con un cuchillo. Se estaba grabando la piel con el cuchillo, y se reía, seguramente drogado hasta la columna vertebral.

Ahora vuelve a mostrarme el tatuaje. Se levanta la manga de la remera y ahí está: es un símbolo raro, una especie de cruz con un círculo en el extremo superior, pero está tan mal cortado que apenas se distingue y parece más bien una cicatriz de quemadura. Con mi hermano se trenzan en una especie de pelea de perros jóvenes, se tiran trompadas, cantan, gritan. El cachorro panzón viene a ver qué pasa con sus pasitos torpes y mi hermano lo levanta en el aire, lo tira casi hasta rozar el techo, lo vuelve a agarrar. R. se lo quita de las manos y corre por el comedor como si tuviera una guinda de rugby. Mi hermano lo taclea. R. cae, protegiendo milagrosamente al perro, que logra salir ileso.

¿Cómo se llama este perro?, pregunta R., desde el piso.

No sé, dice mi hermano. No tiene nombre, todavía.

Es de mala suerte no ponerle nombre, dice R. Es como no bautizar a una criatura. Si este perro se muere se va derecho al infierno.

Eso seguro, dice mi hermano. Por pecador y sodomita.

Lo peor era el aburrimiento. Aunque suene raro, nos aburríamos muchísimo. Entre batallas, entre movilizaciones, entre misiones, nos aburríamos. Y aunque había mucha droga, en un momento hasta la droga te aburre.

Es casi el mediodía.

R., mi hermano y yo salimos al patio. Nos sentamos al sol, en unas reposeras viejas con las cintas podridas, entre baterías oxidadas y llantas de auto. Abrimos latas de cerveza y prendemos un porro.

¿Fuiste a la reunión?, pregunta R.

Nah, qué voy a ir.

¿Qué reunión?, pregunto yo.

Tiene que ir, dice R., señalando a mi hermano. Obligalo vos.

Un grupo de terapia, dice mi hermano.

El Viri se clavó un tiro, dice R., ¿te enteraste?

Nooo.

Volvió a la casa de sus padres. Muy deprimido. No se levantaba de la cama. Y en eso los padres están mirando tele y escuchan el disparo. Entran y lo encuentran acostado, con el arma en la mano. El boludo se sacó la mitad de la cara, pah. La cara toda disuelta en la pared.

Raro que no haya sabido disparar, dice mi hermano.

Le debían estar temblando las manos, dice R.

Raro, dice mi hermano.

Vamos a comprar hamburguesas al Burger King y nos cruzamos a comerlas al parque. Mi hermano lleva al cachorro en el bolsillo de su chaqueta verde preferida y el animal, con las patitas colgando en el aire, va muy concentrado mirando la calle y los autos que pasan, como si estuviera ubicándose en un barrio desconocido. Nos sentamos en unos bancos, frente a la estatua de no sé qué prócer, y comemos las hamburguesas. Mi hermano le da pedacitos de la suya al cachorro.

Deberíamos pasar a visitarlo, dice R.

Nah, ni en pedo, dice mi hermano.

A vos te gustaría que te acompañaran en ese momento, dice R.

Yo en su lugar no quisiera ver a nadie más en mi puta vida, dice mi hermano.

Es tu compañero. Es parte del batallón, dice R.

Mi hermano se ensombrece y ya no responde y terminamos de comer y compramos cervezas de lata en un kiosco.

¿Qué estás haciendo?, le pregunta R. a mi hermano.

Nada. Vegeto. ¿Vos?

Tampoco mucho. Volví con J. Me dijo que no estuvo con nadie, que me esperó. Qué sé yo. No puedo ni pensar en algo. Trato de concentrarme pero todo me distrae. Hay unos programas de reinserción, ¿viste?

No. Me imagino lo mierda que deben ser.

Seguro.

Vi a un compañero prendido fuego, sin correr, sentado en la selva.

No puede subir con eso, dice la recepcionista del hospital militar,

señalando al cachorro que se asoma por el bolsillo de la chaqueta de mi hermano.

El cachorro gime como si entendiera. Mi hermano gime, también, imitándolo, pero no hay caso, la recepcionista no parece que vaya a ceder un milímetro.

Perras. Perras en pantalones de vestir, dice mi hermano. (Estamos llevando al cachorro de vuelta al auto de R.). Son todas iguales. Empleadas de inmobiliarias, abogadas, recepcionistas de hotel, secretarias de escribanos. Usan cola de caballo y se creen las dueñas del mundo. Gente muy importante. Como si, no sé, se contagiaran la soberbia de sus jefes. Cuando estaba allá lleno de barro, con mosquitos del tamaño de palomas que me querían comer vivo, con diarrea y calor, deshidratado y triste y drogado, pensaba en las perras en pantalones de vestir. Una vez, no sé si te conté esto, íbamos en un ABY, que eran esos huevos transparentes flotantes, y se empezaron a prender las luces alrededor y yo dije: Cagamos. Cerré los ojos y ¿en qué pensé? ¿Pensé en mamá? ¿Pensé en que me iba a reunir con ella, al fin? ¿Pensé en vos? ¿Pensé en el Papi? ¿En las mujeres con las que cogí? ¿En esas cosas que me gustaban cuando era chico? ¿En las canciones que había escuchado? No, la puta madre que me reparió. Pensé en las perras en pantalones de vestir.

Mi hermano está gritando en mitad de la calle, pero no puedo decirle nada. No sería apropiado.

Pensé en esas culeadas acá, pasándola bien, tomando un traguito, en sus sillones, con la notebook en la falda, hablando por celular y simultáneamente masturbando a un rugbier. Pensé que estaban cómodas gracias a mí. Que estaba peleando por ellas. Que no tenían miedo ni frío ni calor gracias a mí. Y que si volvía todavía iban a estar acá, en cualquier mostrador o puesto administrativo, seguirían siendo las mismas conchudas hijas de puta con aires de superioridad. Y es lo que pasó, dice mi hermano, dejando al cachorro en el asiento del acompañante y cerrando la puerta del auto.

R. sostiene la mano del Viri. El Viri llora en silencio. Mi hermano los mira desde el marco de la puerta.

¿Cómo se te ocurre, boludo?, dice R.

El Viri levanta las manos, niega con la cabeza vendada de arriba abajo.

Yo miro por la ventana. La luz intensa de las cinco de la tarde. Dos médicos jóvenes, residentes, sentados en unos escalones de piedra, compartiendo un cigarrillo.

No, de verdad, ¿qué estabas pensando?, dice mi hermano.

El Viri se toca las vendas de la cabeza como si se las hubieran acabado de poner.

Quería arrancármela, dice, con una voz robótica, porque el disparo le afectó las cuerdas vocales.

Objetivo cumplido, dice mi hermano.

No tengo más dientes, dice el Viri. Acá se me ve el hueso.

¿Cómo se llamaba ese enemigo de Batman?, pregunta R.

No sé de qué hablás, dice mi hermano.

¿Cuál?, pregunta el Viri. ¿El Guasón?

No, no, el que tiene la mitad de la cara…

Harvey Dos Caras, digo.

¡Ese! Harvey Dos Caras. Así te vamos a decir ahora, dice R. Harvey Dos Caras. O Harvey Media Cara. Así te vamos a decir.

¿Ustedes tienen pesadillas?, pregunta el Viri.

A veces.

Sí, yo también.

Yo no, dice el Viri. Yo veo todo negro desde que cierro los ojos hasta que me levanto. Negro total. A lo mejor sueño, y a lo mejor son cosas espantosas de las que me olvido enseguida. Como si fuera una forma de autodefensa. Una pared entre mis sueños y yo.

No pasa nada, amigo.

No pasa nada.

Después nos vamos del hospital y al llegar al auto descubrimos al cachorro dormido en el asiento, de costado, y que mueve las patitas como si estuviera corriendo en el lugar.

Este sí que tiene pesadillas, dice mi hermano.

Todo el mundo quiere las orejas. No sé por qué. Pero no hay para todos. Yo he visto a un soldado ponerse de rodillas para pedirme la oreja de una

chica que le había gustado mucho. Le dije que la oreja le correspondía a otro, que él ya había tenido una oreja del anterior. Me dice que por favor, que se muere sin esa oreja. Le digo que se la lleve. Que ya deje de llorar.

Vamos a un bar, tomamos duro. El bar se llama El Peregrino y es un asco. Tiene olor a cerveza rancia y cigarrillo. Todo el mundo fuma. R. y mi hermano se bajan una botella de tequila entera, un shot tras otro.

Al rato salimos. El aire fresco nos despeja, pero seguimos borrachos. Nos subimos al auto y arrancamos sin decir una palabra acerca de qué estamos haciendo, de adónde vamos.

Abrí la boca que tengo un regalito, dice R.

Mi hermano obedece. R. le deja, en la lengua, un rombo celeste. Después hace lo mismo conmigo, que estoy en el asiento de atrás, jugando con el cachorro.

Este perro debería comer, le digo a mi hermano.

¿Perro? ¿Comer?, dice él.

Dijiste que te ibas a hacer cargo, le digo.

Esto no pega nada, dice mi hermano. ¿A qué hora empieza a pegar?

Dale tiempo, ansiosa, dice R.

¿A vos te pegó?, pregunta mi hermano.

No sé, le digo, moviendo las orejitas del perro, que me muerde con sus dientecitos de leche. Puede ser. Como un temblor.

Maneja R. Nos metemos en un barrio muy tranquilo, una avenida de negocios cerrados a esta hora, talleres mecánicos, venta de repuestos para el auto.

Sé lo que estás buscando, picarón, dice mi hermano.

R. no responde pero supongo que está sonriendo porque mi hermano se ríe en voz alta. Golpea la guantera y dice: Estoy prendido fuego, amigos.

Ahora sí, dice R. Así se hace.

La vemos desde lejos. Parada en la esquina.

¿Es lo que yo creo que es?, pregunta mi hermano.

Sorpresa, dice R.

Ahora sí me pegó, digo, en el asiento de atrás.

El cachorro se ha dormido en mi pecho, de nuevo.

Está parada en la esquina, con altas botas amarillas, una especie de pañuelo fucsia alrededor del cuello. Las he visto en fotos, sé de su existencia, pero es la primera vez que veo a una, cara a cara. Nos acercamos, R. estaciona el auto del lado del acompañante, contra el cordón de la vereda, y mi hermano baja la ventanilla y dice:

Bueno, bueno, bueno.

Ella se inclina a nuestra altura. Podemos ver la hilera superior de dientes, cartílagos especialmente desarrollados para la comida blanda de su planeta.

Hola, dice, con acento extranjero, que parece ruso, ucraniano, alemán, o una mezcla de los tres.

Vos sí que sos putita, dice mi hermano.

¿Cómo?, pregunta ella.

Que sos muy putita, que te encanta ser putita, dice mi hermano.

Ella sigue sin entender.

Hago mamada, show, sadomasoquismo, sexo grupal, vaginal, sin globito, dice, como si estuviera repitiendo una composición escolar, algo que dijo muchas veces.

Subí, sucia, dice mi hermano.

Ella nos mira. Mira a R. y me mira y dice:

No, no. Hotel alojamiento. Acá, cerca. No, auto no.

Subí la reconcha de tu madre, dice mi hermano.

No, no. Hotel alojamiento, repite ella. Hago mamada, show, sadomasoquismo… empieza de nuevo.

Vamos, dice R. Ya está el chiste.

Mi hermano no dice nada. El cachorro se ha despertado y husmea mis piernas como si pudiera haber comida o agua por acá. Después levanta una patita y:

Me meó, les digo.

Estás alucinando, dice R.

Mi hermano no dice nada.

R. arranca el auto y hacemos unas cuadras.

Dejame manejar, dice mi hermano. Estás muy drogado. Dejame manejar un rato.

Mejor no, digo, limpiándome como puedo el pis del cachorro, que no parece afectado para nada.

Dale, por favor, dice mi hermano. Necesito manejar un poco. Despejarme.

No veo por qué no, dice R.

No están pensando con claridad, digo yo.

Pero R. ya paró el auto contra el cordón y mi hermano salió y está dando la vuelta para ocupar el asiento del conductor. R. se mueve al asiento del acompañante y me mira y dice:

Habría que ponerle nombre a ese perro.

Mi hermano se sienta. Mueve la cabeza a los costados. Toma el volante y rebaja el auto para sentir la vibración del motor.

Al infinito y más allá, dice R.

Mi hermano arranca.

En los primeros tiempos llevo a mi hermano al grupo de contención que se reúne en la base militar.

Está tan drogado que es fácil hacer lo que quiero con él. Vamos en Uber. Aunque esto que cuento así en realidad es mucho más largo. En el medio tengo que llevarlo hasta la vereda en su silla de ruedas, abrir la puerta del auto, alzar a mi hermano en brazos, dejarlo en el asiento trasero, cerrar la silla, guardarla en el baúl, entrar por la otra puerta. Lo mismo pasa cuando llegamos y cuando volvemos a casa.

En la base nos juntamos en un salón amplio, de paredes blancas, con un tablón a un costado donde hay vasos de café y una cafetera siempre llena. La mayoría de los que asisten lo hacen junto con un familiar o un acompañante terapéutico, y todos están marcados de una u otra forma por la guerra. Les faltan brazos, piernas, una mano, la nariz, los ojos, tienen esa mirada llena de fiebre. Mi hermano también la tiene, y quisiera pensar que ya no, pero la tendrá toda la vida. Eso es un hecho. Lo ubico a mi lado en el círculo y cuando llega la hora de las presentaciones él dice su nombre.

El coordinador, un gigante con la cara llena de cicatrices, lo invita a hablar.

Mi hermano dice que, por el momento, no quiere contar nada.

El Papi muere. Nos avisan desde el geriátrico y tengo que ocuparme de los trámites, que son caros y sumamente engorrosos. No lo velamos

ni nada. Pedí que lo cremaran y me dieron sus restos en una urna. Volví con la urna a casa. La dejé sobre la mesa. Mi hermano estaba mirando televisión y me preguntó qué era.

Ese es el Papi, le dije.

Mi hermano siguió mirando televisión.

A la tarde salimos al patio. Saco a mi hermano en su silla de ruedas y lo dejo al sol y me siento a su lado y fumamos porro sin hablar.

En un rincón, contra la pared húmeda que da al sur, está la tumba del cachorro, que murió en el accidente. Solo un montículo de tierra, sin cruz ni lápida ni inscripción de ningún tipo. Mi hermano dice que podríamos enterrar al Papi al lado de la tumba del cachorro.

¿Pero no hubiera querido estar enterrado junto a la Mami, en el cementerio?

Mi hermano niega con la cabeza.

No tengo la menor idea, dice. No sé qué "hubiera querido". Lo que podemos saber es lo que nosotros queremos. Con eso nos basta. Y lo que queremos es que el Papi esté enterrado acá.

Me levanto y voy a buscar la pala. Hago un pozo en la tierra húmeda del patio. No es difícil. El pozo es cuadrado, de medio metro de profundidad. Dejamos la urna en el fondo de la tierra.

Deberíamos decir algo, ¿no?

No tengo nada para decir, dice mi hermano.

Empiezo a cubrir la urna con la tierra.

Por unos meses se repite lo mismo. Una vez por semana llamo un Uber y vamos a las reuniones de contención en la base militar. Nos sentamos a escuchar los testimonios de la guerra, entonces, y en un momento el coordinador le pregunta a mi hermano si quiere hablar y él dice que no, que gracias.

Hasta que un día pasa. No hay nada exterior que motive el cambio, o por lo menos yo no lo veo. El coordinador le pregunta si quiere "compartir" y él dice:

Sí, quiero.

Se queda un momento callado. Después, empieza.

El gran viento del desierto

1

Gabriela se enamora de un convicto y le escribe cartas. No son cartas de amor. Son cartas donde narra su vida en la residencia de escritores El Rancho, en México, estado de Chihuahua, casi en la frontera con Estados Unidos.

2

Una de las cartas habla del desierto. El desierto rodea las cabañas de la residencia, ubicadas en el extremo oeste de El Rancho y se extiende hasta donde alcanza la vista. Es lo primero que Gabriela ve al despertar y lo último al acostarse, y en las cartas escribe que a diferencia de las creencias comunes, que lo consideran más bien estático, el desierto cambia constantemente. Escribe: “El desierto es como el mar. El desierto es como un cuadro que sigue pintándose. El desierto es como una galaxia en movimiento sinfónico”. Gabriela manda la carta desde la biblioteca pública de El Rancho, que es uno de sus lugares preferidos y tiene estafeta postal. No recibe contestación.

3

Otra de las cartas habla de su vida. Dice que no sabe cómo terminó ahí, que ella, en realidad, no es escritora, que ser escritor es otra cosa,

algo que no podría definir, pero en todo caso ella no lo es. No lo será nunca. Tiene que aceptarlo. Después pasa a contarle que vive en Almagro. Que una vez tuvo un novio que se enfermó y murió. Que el fantasma de ese novio se le suele aparecer bajo la forma de un temblor en el lado izquierdo del pecho. Que lo dejó cuando estaba muriéndose. Que la madre de su novio se la encontró de casualidad, una tarde, en el supermercado, y le pegó una cachetada. Que nunca volvió a ese supermercado y un poco más casi no volvió a salir en absoluto excepto a horas francamente disparatadas. Gabriela mete la carta en un sobre y la manda. No recibe contestación.

4

Desde que llegó a la residencia esas cartas son lo único que escribe. Tampoco puede dormir, no sabe si es el efecto del desierto sobre ella, si es la luz incandescente o es su mente un poco frágil, pero la verdad es que duerme de a rachas, y experimenta la mayor parte del tiempo lo que se llama “despertares nocturnos”. Cuando despierta, la luz del desierto está barriendo su dormitorio y toda la cabaña. De día casi no habla con sus compañeros de residencia (para los cuales esos tres meses son una especie de estudiantina: se hacen amigos, se leen mutuamente, desayunan juntos en el bufet), es incapaz de disfrutar nada ni de sentir ternura por ninguna cosa, su corazón se enfría a un ritmo acelerado, ya no es ella o algo en ella ha cambiado junto al desierto circundante y no puede, ahora, encontrarse en ninguna parte, tiene calor y frío a la vez, tiene miedo de no sabe qué cosa, a veces sale a caminar.

5

A veces sale a caminar. Camina sin una dirección precisa, escapando de eso que está alrededor, con lo cual más que escapar lo que hace es internarse en la boca misma del monstruo, y después de un tiempo encuentra un objetivo, los cerros que pueden verse hacia el este: cerros

de piedra afilada donde van a destriparse las pocas nubes gorditas que atraviesan el cielo.

6

Detrás de esos cerros corre un río, cuenta Gabriela en su carta, el Kalima, en cuyo afluente hombres de otro siglo hundían las piernas para buscar pepitas de oro y se derrumbaban allí mismo de extenuación, diarrea, fiebre amarilla, el golpe de un pico, de una pala, de azadones o piedras planas del río en la nuca. Hombres desesperados. Consumidores de rapé y prostitutas. Eso quiere hacer ella: ver el río, escribe, hundir las manos en ese río en cuyas aguas todavía debían flotar algunos sedimentos de oro o partículas casi invisibles de los huesos de sus buscadores. Pero cada vez que avanza hacia los cerros, los cerros parecen correrse más allá, como en el cuentito sobre la utopía. Una vez atravesó la estación de servicio que marcaba el límite de El Rancho y caminando por el desierto, con su sombrero de paja comprado en una feria de artesanos y sus zapatillas Nike blancas y dos horas después (debidamente comprobadas en el reloj) la distancia que la separaba de los cerros era a todas luces la misma.

7

Gabriela escribe el nombre de su convicto y manda la carta. No recibe contestación.

8

Ricardo Luna se llama el convicto, y está preso en la cárcel de Morales por allanamiento de morada, a unos pocos kilómetros de El Rancho.

9

Gabriela se enteró de su existencia hojeando distraída en la biblioteca pública el periódico local: *Voces de El Rancho*. Pasa mucho tiempo en esa biblioteca. Cuando debería estar escribiendo, o en las clases que dicta el profesor Monroe, en las que sus compañeros leen lo que producen en la residencia y reciben sus correspondientes devoluciones, Gabriela se encierra en la biblioteca, que es antigua y alta y fresca y está atendida por una viejita de saco y modales amables y una cadenita que le sostiene los lentes, y lee sin parar libros sobre la historia y la fundación de El Rancho, sobre los buscadores de oro y sobre los crímenes horrendos que se cometieron ahí en el siglo pasado, todos relacionados con la búsqueda del oro, con prostitutas y con caballos.

10

Y en una de esas visitas abre aburrida el diario local y encuentra la foto de Ricardo Luna. La foto está en la última página, que es donde suele ubicarse la sección de los policiales, lee la noticia y ve la foto de Ricardo Luna por primera vez. Es una foto granulada, en blanco y negro: Ricardo en cueros, con pantalón largo, descalzo, los brazos esposados detrás de la espalda, arreado por dos policías locales más bien chaparros y con sombreros de cowboy. Parece una foto tomada en 1972, pero estamos en 2011. Gabriela lo ojea, para cerciorarse: sí, mayo de 2011. Todas las fotos son granuladas y en blanco y negro, y el diseño está definitivamente perimido, como si en las oficinas de El Rancho todavía trabajaran con letras de plomo.

11

También hay una foto de la máscara, blanca y con grandes agujeros para los ojos, confeccionada al parecer con el viejo método con el que los niños se hacían máscaras pegando papeles con engrudo en la

superficie de un globo. “Arrestan al enmascarado mirón”, dice el titular de la noticia. Ricardo Luna, vecino de la localidad de Morales, ha sido apresado ayer por una de sus víctimas y entregado a las autoridades locales.

12

Esa misma noche profundiza en la historia con una rápida búsqueda en el teléfono. Luna tenía treinta y dos años. Era el encargado de limpieza en las oficinas de Hogulu, una empresa de internet que tenía su sede a las afueras de Morales: trabajaba ahí desde las ocho de la noche, el momento en que los empleados se retiraban, hasta las dos de la mañana, cuando volvía a su casa, en Castro, al sur de la ciudad, cenaba algo rápido, en general hamburguesas que compraba en un McDonald’s, se ponía una máscara, saltaba los techos y se metía en la vivienda de sus vecinos para espiarlos. Nada más. No asesinaba, no violaba, no robaba, no hacía más que mirarlos, en cueros y con una gran máscara de cartón.

13

Una anciana lo sorprendió en el comedor cuando se dirigía al baño en mitad de la noche y lo persiguió con un cuchillo. El enmascarado mirón huyó, pero en el camino rompió una puerta ventana y se cortó un pie, que sangró todo a lo largo de las sucesivas veredas rumbo a la autopista. Ahí el rastro de sangre desapareció de un momento para el otro, como si el sospechoso hubiera alzado vuelo.

14

Los medios inventaron historias, una más disparatada que la otra, algunas en las que intervenían los extraterrestres y otras donde Luna era parte de una secta satánica, hasta que al final un viejo vaquero se

lo topó en el pasillo de su cuarto, lo molió a palos y lo entregó a la policía.

15

No había mucho de qué acusarlo, más allá de allanamiento de morada: nunca había cometido un crimen, por lo menos comprobable. En su casa encontraron videos: a veces Ricardo grababa en una pequeña cámara portátil, en el viejo formato de mini-DVD, a la gente que dormía. Había más de ciento cincuenta horas, y en ese momento un policía miraba el material en la búsqueda de algo que pudiera incriminarlo. Ricardo estaba en prisión preventiva en Morales, hasta que un fiscal lo acusara formalmente y se determinara la fecha de un juicio y una fianza, que seguro sería incapaz de pagar.

16

Es un poeta, piensa Gabriela.

17

Mira la foto, los grandes ojos desamparados, con la sensación de irse quebrando por dentro, como un glaciar roto a fuerza de un hacha y con la sensación también de caerse dentro de la foto, de meterse en el granulado y mirar el mundo desde ahí.

18

Dramática, lírica, en las lustradas mesas de madera de la biblioteca pública de El Rancho, piensa: he ahí el verdadero poeta, el verdadero escritor, el verdadero artista. No como ella y los salames de la residencia que consideran la literatura como carrera académica,

cabezas calvas en la corte. Piensa en tantos libros inútiles en los estantes, en esos que nadie toca, en sus padres sicoanalistas, en los ejemplares de su primera novela que trajo para regalar. Piensa en el desierto y en que tiene ganas de coger. Unas ganas increíbles. Si no coge pronto va a estallar.

19

No coge: se va a dormir. Un poeta, eso es Ricardo, piensa otra vez antes de dormir, poesía sus prácticas nocturnas, y los salames de la residencia detrás de la notita de mierda en el diario de mierda, la beca de mierda, el premio de mierda y la residencia de mierda en la que estaba pasando sus días, un camino solitario que ni siquiera precisaba de la publicación, solo de alcanzar el punto atmosférico del cosmos por haber hecho algo que mereciera existir, ocupar un espacio y tener peso en lo que se llama, comillas comillas, realidad.

20

Mirar a la gente dormida, buscar en sus palabras el secreto, rodear el secreto como un felino rodea eso que le eriza los pelos. La única persona en todo el condado o en todo el país, incluso, que podía darle alguna respuesta. Un poeta verdadero. Ahí estaba. A su disposición, piensa. Se levanta entonces y escribe la primera carta, en una hoja A4 de las que abundan en su cabaña.

21

A la noche siguiente, después de las clases (a las que no asiste) sale de su cabaña y del predio universitario donde está apostada y camina hasta el Parador, el único bar/restorán/salón de baile del pueblo, un edificio de paredes cubiertas por madera terciada y olor a grasa frita, familias devorando montañas de papas y salchichas, un trío que toca

rancheras mexicanas en el escenario, *despacito entraste en mi alma / como se entra en la carne una bala*. Sobre la puerta principal, la cornamenta enredada de un ciervo. Se sienta y pide una cerveza oyendo las rancheras, que le parecen preciosas, a lo mejor porque no nació ahí y todo eso es extraño para ella, y en algún momento de la noche se siente observada desde alguna parte y busca al culpable y ahí lo tenemos: veinticuatro años o menos, sombrero de cowboy, parado con una rodilla flexionada, jeans apretados, tomando con tranquilidad una botellita de cerveza rubia.

22

Sus miradas se cruzan y el cowboy, flaco y fibroso, seco, como si no hubiera tenido tiempo de adquirir en toda su vida un milímetro de grasa, se acerca hacia ella entre los que bailan apretujados frente al escenario, sin dejar de mirarla, con la botellita en la mano, como si se deslizara sobre el piso de madera o como si bailara, también él, al ritmo de la música.

23

A la mañana siguiente, al despertar, lo primero que ve, bañadas por la luz blanca del desierto a esa hora, son las nalgas redonditas y mordisqueables del cowboy, que duerme ostensiblemente bocabajo.

24

Durante el lapso de la residencia, Gabriela escribe y despacha veintiséis cartas. Ninguna recibe contestación. De ninguna guarda una copia. Sus compañeros, con los que ha empezado a hablar, tímidamente, la empujan a “pensarlas como un libro”. Uno le dice que son, definitivamente, una performance, un acto artístico que implica su cuerpo e incluso su vida, lo que la vuelve real. Uno habla de

Capote. Dicen: Deberías ir a conocerlo. Gabriela frunce el ceño. Ni en pedo, dice.

25

Todavía siente temblores por el sacudón de la noche anterior, que vuelven como ramalazos lisérgicos a su cuerpo. Tremenda paliza le ha dado ese cowboy.

26

Podría ir a verlo, se dice después. Y esa noche, dudando entre volver o no al bar y encontrarse con su cowboy, se dice que no. Mejor no. No piensa visitar en la cárcel a Ricardo Luna. Nada de "pensarlo como libro". Por una puta vez, va a limitarse a vivir sin obtener beneficios, literarios o de cualquier otra clase.

27

Esa noche sale y se encuentra con el cowboy.

28

Escribe una carta donde detalla su relación con el cowboy, a quien ve una o dos veces por semana y con el cual se limita a coger, aunque a veces habla, y el cowboy le cuenta que tiene un lagarto, que su mascota es un lagarto, y le dice: El Rancho está muriendo, desde hace años, algo que nadie podría explicar pero que todo el mundo siente. Gabriela lo entiende a la perfección. A veces van a dar vueltas en la vieja moto del chico, toman la ruta y viajan durante una hora entera. El cowboy es amable y educado y coge bastante bien; Gabriela sospecha que no es la primera escritora de esas residencias que está

con él. Escribe una carta sobre su infancia en el barrio de Almagro, cuando era chica y sus padres tenían pacientes a la misma hora: debía meterse en su cuarto y hacer un silencio casi absoluto, y podía escuchar, a su derecha, a un paciente, y a su izquierda a otro, y una vez, ya a los catorce años, comenzó a tomar nota de lo que decían y ese fue el germen de su novela, la novela que escribiría casi veinte años después y que le granjearía la fugaz atención del ojo de la tormenta literaria argentina, de la que salió entera pero desanimada.

29

Una carta casi exclusivamente dedicada a la biblioteca, a la bibliotecaria, al olor de los libros, a los que van a sentarse ahí para usar el internet o leer el diario, viejitos en general, vestidos con ropa clara, que se saludan, parcos, con un asentimiento de cabeza.

30

El final de la residencia se acerca, peligrosamente rápido.

31

Gabriela sigue sin ir a clases, y en el almuerzo y en la cena se sienta con una ucraniana que no habla una palabra de español y cuyo inglés es más bien enigmático, y comen juntas en silencio, sin mirarse, y después salen juntas a fumar un cigarrillo mirando el desierto y después se van cada una para su lado sin siquiera saludarse. Sobre eso escribe una carta, y la envía y piensa que en una semana va a estar de nuevo en Buenos Aires, que volverá a sus clases, a la vida de la que quiso separarse para escribir una nueva novela, de la que no escribió una maldita palabra, y esa noche, con el cowboy encima, la despedida traqueteante que se merecía, siente que las cosas en su vida son demasiadas y que podría reventar en medio de ese desierto, pero no

pasa nada.

32

Dios y el Diablo hacen una apuesta. El Diablo convence a Dios de poner a prueba a Job, que era feliz *porque tenía todas esas cosas*, y Dios acepta. Le da al Diablo la posibilidad de sacárselo todo, *excepto su vida*. El Diablo restriega las manos y lo primero que hace es derrumbar la casa de Job con todos sus hijos adentro. Alguien se lo cuenta así: Y entonces vino un gran viento del otro lado del desierto y azotó las cuatro esquinas de la casa, y esta cayó sobre los jóvenes y murieron; solo yo escapé para contárselo a usted.

33

El gran viento del desierto. ¿Por qué recuerda eso mientras el cowboy se mueve encima de ella? ¿Quién es este tipo? ¿Dónde estoy?

34

Entonces el cowboy se pone los jeans (no usa calzones, ha comprobado ella, nada más que los jeans sobre la piel) y se va. Ni siquiera la saluda. Gabriela se duerme y despierta a una hora indeterminada, las tres o las cuatro o la cinco de la madrugada y al despertar ahí está el amigo Ricardo Luna, parado en mitad del cuarto, mirándola, con la máscara puesta, una nueva máscara, supone, ya que la otra debe haber quedado como evidencia en los archivos policiales, y esta debe estar húmeda, todavía. No se pregunta si es un sueño, ni una alucinación: Ricardo Luna está ahí. Lo escucha respirar. Su torso sube y baja.

35

¿Quién sos?, le pregunta, sabiendo la respuesta, pero él no dice nada.

36

Él se queda mirándola y ella no puede ver sus gestos. No tiene miedo. Ricardo no va a hacerle daño: lo sabe. Piensa en qué decir. Este es uno de esos momentos que no olvidará. Todo suena tonto si lo piensa un poco.

37

¿Hablé?, le pregunta entonces. ¿Hablé dormida? La máscara asiente. ¿Qué dije? ¿Se entendió algo?, pregunta Gabriela. La máscara hace un gesto: no. No se entendió nada.

38

Gabriela siente que su vida está desplegada frente a ella como una vieja sábana percudida. Siente que el aire vibra como el hielo seco contra la hoja de un cuchillo. La máscara se acerca hasta quedar a unos centímetros. Gabriela está desnuda. La luna implacable del exterior entra en la cabaña.

39

Una mano suave, casi femenina, le toca la cara.

40

La mano se retira. La máscara se va. Ve sus pies descalzos y su espalda desnuda desaparecer en la oscuridad. Gabriela se queda sola.

Después de un momento, su respiración se normaliza.

EL LORO QUE PODÍA ADIVINAR EL FUTURO

Perfectos accidentes ridículos

1. Máquina moledora

Tenía cinco años cuando Apá me dijo: “Esta noche andá a dormir temprano que mañana te voy a llevar a la carnicería”.

La carnicería quedaba en barrio Bolívar. Era un salón amplio, que Apá le alquilaba a los abuelos, con el mostrador de azulejos color crema, una barra de acero inoxidable para colgar los ganchos y la pared que estaba al lado de la caja cubierta de fotos, debidamente enmarcadas y con un vidrio. En la mayor parte de esas fotos aparecía un caballo marrón de crines rasuradas y al lado Apá, con pantalones Oxford, patillas crecidas y un Marlboro entre los dedos. Había invertido gran parte de los ahorros familiares en la compra y el cuidado de ese caballo, así que lo iba a ver los fines de semana y algunas veces yo lo acompañaba hasta los establos del hipódromo. Me acuerdo de una pieza oscura con olor a bosta y alfalfa. El caballo bajaba la cabeza para que yo le acariciara el cuello y mi viejo se quedaba hablando con Ramón acerca de las dosis de alimento y el alquiler del establo. Después me enteré de que el pobre animal nunca sirvió para nada, o sirvió por unos meses, y que mi viejo lo terminó vendiendo a un precio ridículo.

Mientras esperaban su turno, los clientes de la carnicería se acercaban a las fotos con las manos detrás de la espalda y decían: “Buen caballo, ¿eh?”.

Amá negaba silenciosamente con la cabeza.

Amá era la encargada de atender el mostrador, porque se podía pasar horas oyendo los monólogos de las viejas del barrio. Apá, el abuelo y mi hermano hacían, en la otra pieza, chorizos, salchichas,

milanesas, hamburguesas, albóndigas. Había una máquina con tracción a sangre para los chorizos, y otra igualmente mecánica para aplastar las hamburguesas, que Apá había traído cuando vinieron del campo, pero la máquina moledora era eléctrica. Parecía un animal esmaltado. En la parte superior tenía una fuente de acero inoxidable, con una boca oscura en el medio, y en una de las caras un surtidor del que la carne salía en chorros largos como fideos. Cuando la prendías, la boca oscura empezaba a rugir.

Esa primera mañana aprendí a moler carne. Era un trabajo fácil, pero tenía que estar atento. Un montón de carniceros habían perdido dedos y hasta la mano entera de esa forma. Un descuido, el taco que patina en el borde grasiento y la sangre que salta por el surtidor es la tuya. En mi primer día de trabajo, Apá me llevó a conocer a un empleado joven al que la semana anterior la máquina le había comido tres dedos. Se llamaba Ricardo Dimarchio, y años después sería dueño de una cadena de supermercados, se llenaría de plata y para el cumpleaños de quince de su hija haría una fiesta realmente increíble. Una de las fotos lo mostraría sosteniendo con una mano de dos dedos la mano de su hija en el vals. Pero en ese entonces era un cadete de veinte años con un cabestrillo atado al cuello.

—Enseñale —dijo Apá, la mañana en que conocí a Ricardo.

Tuvo que insistir varias veces, porque el chico no quería. Al final lo convenció.

—Esto es lo que te va a pasar si no tenés cuidado —dijo Apá.

El chico se levantó la venda y me mostró las heridas frescas de la máquina moledora.

2. Accidentes

Me caí de las tribunas del Sportivo Belgrano, me quedé encerrado en una de las heladeras de la carnicería, me enterré un clavo entero en la planta del pie, me corté la yema del dedo anular con el tejido de una cancha de pádel (cinco puntos), me corté la pera al resbalar en la pileta del club (tres puntos), me quebré un brazo al tirarme del techo con un paraguas abierto, fui atacado por abejas a las que les habíamos

golpeado el panal con una rama, el mantonegro del vecino de enfrente me mordió una mano, me clavé un cuchillo en el muslo mientras corría. Etcétera. Creo que sobreviví de milagro, y entonces me senté, cansado de tantos accidentes, y escribí una novela. Se llamaba *La isla desierta* y hablaba de una familia que queda varada en una isla, una reescritura más o menos literal del argumento de *La familia Robinson*, de la colección Robin Hood, que acababa de leer. Escribí la historia en un cuaderno Gloria de 24 páginas. En mi versión, la falta de alimentos y de agua (era una isla "difícil") llevaba a la familia al canibalismo. Pero uno de los hermanos (Patrick, el "hermano bueno") se retiraba a vivir solo en el lado oriental de la isla y se autocomía para no tener que dañar a los demás. Cuando terminé de escribirla, metí el cuaderno en una botella, sellé la tapa y la enterré a medio metro de profundidad en el patio de casa. Al día siguiente, fuimos a una fiesta. No recuerdo cuál: puede que fuera un casamiento, unos quince, la cena de fin de año del club. Me acuerdo de que estábamos todos recién bañados y bien vestidos y que en el auto había una mezcla de olores: olor a loción para después de afeitarse, olor a rímel, a desodorante, a chicle de sandía, a cigarrillo. Amá se había puesto un par de aritos que le regalamos para el día de la madre y un vestido ligero de verano que le quedaba hermoso. Yo iba atrás, con mi hermano, y me asomé entre los asientos para mirar al frente. Íbamos rápido. Por alguna razón, seguramente la demora de Amá en bañarse y maquillarse y vestirse, estábamos atrasados, así que Apá (que odia llegar tarde a cualquier lado) se puso de malhumor y aceleraba todo el tiempo. Cerca de la estación de trenes una moto nos salió al cruce, y Apá tuvo que dar un volantazo para no chocar. Amá dio un grito y el auto perdió el control y terminó incrustado contra un poste. Yo, que estaba en el medio, salí disparado hacia delante y atravesé el parabrisas.

3. Puericultura

Cuando cumplí los doce, sentado en el taller de carpintería de mi abuelo y con una revista *Shock* entre las piernas, eyaculé por primera vez sobre el cemento, tres o cuatro gotas líquidas. Una semana después

empezaron los ruidos. Venían del comedor. No eran ruidos inquietantes: eran los sonidos de alguien que se desvela y se le ocurre revisar los cajones a ver si encuentra algo, no sabe muy bien qué. A cierta hora de la noche, las copas de cristal que les habían regalados a mis Apás para su casamiento, y que nunca se usaron, temblaban y se entrechocaban en uno de los compartimientos del modular. Los cajones se abrían. Los objetos cambiaban ligeramente de lugar. El comedor de casa tenía un pasillo que daba a las piezas: la de "los chicos", donde dormíamos mi hermano y yo, luego el baño, y al fondo la de mis Apás. Una vez, mi hermano se había quedado solo en casa mirando tele cuando vio de refilón que alguien pasaba por la pieza del fondo. Pensó que había visto mal y dejó de prestarle atención, pero al rato oyó que la puerta del ropero se abría y golpeaba despacio contra la pared. Entonces se asustó. Llamó a la policía, vinieron con las sirenas prendidas, anduvieron por las piezas y por el techo y por el patio, pensando que era un ladrón o un degenerado, pero no encontraron nada. Con la teoría de que había fantasmas o de que alguien nos había hecho un "daño", Amá llamó a un cura. El cura tiró agua bendita en las habitaciones, leyó unas palabras de un libro negro y se quedó a cenar.

Pero los ruidos seguían como si nada. Apá iba a ver, en calzoncillos y con la escopeta de dos caños. Apenas entraba al comedor, los ruidos enmudecían de golpe. Apá se quedaba un rato quieto, después suspiraba y apagaba la luz y se iba a dormir, pero hacía dos pasos y volvían los ruidos. Andábamos los cuatro como sonámbulos todo el día. Apá estuvo a punto de cortarse el pulgar con la sierra giratoria.

Entonces Amá se subió a la bicicleta y se fue hasta lo de Ricardo Acosta, en barrio La Moka. Acosta era un parasicólogo, yogui, maestro de control mental, camarógrafo (había puesto una empresa para filmar cumpleaños de quince, casamientos, partidos de baby fútbol y esas cosas), militante del peronismo y puntero de Ruckauf en la ciudad. Vino esa misma tarde, en pantalones cortos y ojotas. Apenas entró en la cocina, extendió las manos y suspiró como diciendo: esto va a estar difícil. Después estuvo midiendo la energía de las habitaciones. Cuando se sentó en el comedor, todos estábamos expectantes.

Acosta me miró y dijo: "El problema es este chico".

Apá dijo que sí, como si lo hubiera sabido desde siempre. Amá le pidió explicaciones.

"Este chico sufre de una rara variedad de la telequinesis, o sea, de la capacidad de mover objetos con la mente", dijo Acosta. "Telequinesis inconsciente, la llamamos. No se da cuenta cuando los mueve. Lo mueve en sueños, o los mueve un deseo no confesado. A veces se llega incluso a materializar una forma ectoplasmática como la que vio su hermano. La mayor parte de las llamadas casas embrujadas son casos de telekinesis inconsciente. Y pasa mucho, sobre todo en la pubertad. ¿Este chico ya eyaculó?".

Sentí las miradas de todos sobre mí.

Hice que sí con la cabeza.

"Muy bien. Es buena señal. Entonces se te irá con el tiempo, no te preocupés", dijo Acosta.

Amá cambió la dieta regular (bifes con ensalada de tomates) por arroz y fruta, y Apá me obligó a tomar un laxante extremadamente poderoso. En el transcurso de ese mes los ruidos se espaciaron y luego desaparecieron. Además, como sabían que los provocaba yo, cada vez que oían algo raro me gritaban que me callara de una vez, como si estuviera roncando.

Una tarde colgué una cuchara de un hilo, me concentré, intenté moverla. Nada.

Ahora casi no tengo el don, o lo tengo cuando nadie mira, que es como no tenerlo.

4. Un pie descalzo

El Pitufo era mi héroe. Cuando nosotros nos achispábamos con licor de mandarina, él podía bajarse una botella de ginebra en una sola noche de conversación. A los catorce se metió a un asilo de ancianos con un amigo y se robaron la provisión entera de tranquilizantes y pastillas para dormir y para el corazón de todos los viejos. Pitufo fue el primero en todo y llegó alto y ahí se quedó. Brillando en la altura. Yo lo conocí de chico porque su papá era almacenero y le vendía al mío el pan rallado para las milanesas. También fuimos juntos a los scouts. Al mes

de estar en el grupo, el Pitufo incendió un bosquecito donde habíamos ido a acampar, y lo terminaron echando. Su teoría era que lo habían echado porque *sabía cosas*. Como que el jefe de la tropa se cepillaba a la jefa de la manada, o que uno de los rovers era un enfermero gay. Después anduve un tiempo con él, pero cada vez que salíamos terminaba con la nariz rota o durmiendo en la comisaría y al final no nos veíamos tanto. Cuando mi generación se dispersó, algunos a Santa Fe, otros a Córdoba, otros a Buenos Aires, un par a Villa María, todos pensando que este país nos permitiría triunfar, destacar, hacernos un lugar mediante el tesón y toda la parafernalia del "sueño argentino", el Pitufo se quedó. Había conseguido trabajo en una estación de servicio. Un par de años después lo echaron porque iba fumado y les vendía porro a los clientes.

En ese tiempo le perdí el rastro, aunque cada vez que me encontraba con un amigo hablábamos de él y su figura crecía con las distintas versiones y las historias inventadas: que fue mánager de una banda de blues, que fue mecánico, que tuvo un videoclub (y le duró tres meses), que filmó una película experimental, que tuvo un programa de radio, que trabajó para los evangelistas en una gira nacional, que arregló computadoras y radios y televisores, que robó doscientos pesos en una estación de servicio, que tuvo una hija.

Hace unos años volví de Córdoba y me lo encontré en la calle. Amá me había dicho: "Está destrozado por la droga, ya pasó por dos clínicas de rehabilitación y ahora lo único que hace es sentarse en la plaza y juntar palitos y llevárselos a la casa". Pensé que estaba exagerando, pero cuando me lo encontré volvía de la plaza con las manos llenas de palitos. Lo saludé, me miró un segundo con los ojos apagados y luego me reconoció. Me dijo que estaba recuperándose, que estaba "saliendo", que pensaba estudiar computación en la UTN. Me dio la impresión de esos reclusos que se pasan años en una pieza a oscuras, o con una mínima iluminación, una ventanita en lo alto por la que entra, a las seis de la mañana, un rayo de sol, y que después de cierto lapso en la soledad y el silencio absoluto comprenden algo sobre sí mismos que no los abandona en lo que les resta de vida. Al año siguiente me enteré de que se pegó un tiro con la escopeta del padre. Como no llegaba con las manos, tuvo que descalzarse un pie, sacarse

la media y apretar el gatillo con el dedo gordo. Y así lo encontraron: frente al televisor prendido, con un pie descalzo.

La canción que cantábamos todos los días

Me llamo Tomás, tengo treinta años, vivo con mi padre. Somos dos solitarios en una casa grande que se cruzan a horas insólitas y se tratan con respeto, pero podemos pasar días enteros sin vernos. Los jueves viene una señora que barre los pisos, lava los platos acumulados y deja brillantes los muebles. Tengo un hermano mayor, ingeniero en Sistemas, que vive en las sierras con su familia, y al que a veces visitamos. Nos turnamos al volante, porque a mi padre se le cansa la vista. Salimos el sábado temprano y volvemos el domingo después del almuerzo, para no agarrar la ruta congestionada.

Pero lo que quiero contar es otra cosa. Algo que no le conté nunca a nadie.

Mi hermano, el de las sierras, no es el original. Es algo en el cuerpo de mi hermano, algo que lo reemplazó. Hace muchos años desapareció en el "bosquecito" y nunca volvió. Quiero decir: volvió, pero ya no era él. No es que estuviera distinto, o cambiado. Era otro, directamente. Otro que se metió en nuestra familia y la devoró por dentro.

Fue un 13 de abril. Me acuerdo bien de la fecha porque coincide con el cumpleaños de mi madre. Esa vez cayó domingo y comimos un asado en un parador, al borde de la ruta 9, camino a Zenón Pereyra. Los domingos los asadores se llenaban de gente que estacionaba bajo los árboles y se pasaba el día entero ahí, oyendo el partido con la puerta del auto abierta, pero en ese domingo en particular no había casi nadie. Una pareja sola, que comió y se fue temprano.

Bueno, detrás de los asadores, cruzando un alambrado, estaba el bosquecito. Era un monte de esos árboles que se llaman siempreverdes, que habían nacido regados por la desembocadura del canal y cuyas hojas podridas formaban un colchón en el piso. Si uno se metía cien metros, el lugar se ponía feo, con pedazos de vidrio emergiendo del barro, chapas podridas, perros muertos inflados por la descomposición y ratas del tamaño de un gato saliendo de entre los escombros. De ahí vino lo que ocupó el cuerpo de mi hermano.

Hay una foto de esa tarde. La tengo cerca mientras escribo, porque marca el momento exacto en que todo comenzó a deteriorarse. Ahí estamos los cuatro, frente a los árboles, a un costado asoma la cola celeste del Dodge. Mi madre todavía es joven y tiene un ojo cerrado porque el sol le da en la cara. Un cigarrillo humea entre los dedos de mi padre. Mi hermano sonríe, con los auriculares del walkman colgados del cuello. Es una sonrisa maravillosa, una sonrisa que dice: mírenme, tengo diecisiete años, soy nuevo en el mundo, estoy lleno de brasas. Su sonrisa está congelada en esa foto: es la última vez que la veremos.

Después de esa foto comimos la torta y mis padres se tiraron en las reposeras y se quedaron dormidos. Yo me senté contra un árbol y me puse a leer una revista de historietas. No vi lo que hacía mi hermano. Pasaron, no sé, diez o quince minutos. Entonces mi madre abrió los ojos y me preguntó por él, con las cejas fruncidas por la preocupación. A lo mejor había tenido una pesadilla, uno de sus "pálpitos". Levanté los hombros: no sabía. Mi madre se acercó al alambrado y lo llamó. Gritó varias veces su nombre. Despertó a mi padre y lo llamamos entre los tres. Después oímos el chasquido de una rama quebrarse y mi hermano salió de entre los árboles con los auriculares puestos. Se quedó mirándonos. Recuerdo esa expresión y me da frío.

—Sacate eso de las orejas, haceme el favor —lo retó mi madre.

Mi hermano tardó en reaccionar. Cuando lo hizo, movió la mano con un gesto que no era para nada suyo. Entonces sospeché que algo andaba mal, algo difícil de definir. Pero no dije nada, ¿qué iba a decir? Nos subimos al auto y volvimos a casa.

Al mes lo llevaron a un médico, el primero: el doctor Ferro. Le hizo radiografías de la cabeza y algunos exámenes, después habló con mis padres. Físicamente, dijo, mi hermano estaba bien, a lo mejor el problema se relacionaba con la adolescencia, la efervescencia hormonal, el rechazo del mundo, incluso la depresión, ¿quién no se deprime a los diecisiete años?

Así que les dio el número de un sicólogo, que habló con mi hermano y les repitió a mis padres el diagnóstico de Ferro: era un chico sano, perfectamente sano. Un poco callado, un poco retraído, pero sano.

—Usted no entiende —dijo mi madre—. Ese chico es otra persona. No es mi hijo.

El sicólogo levantó los hombros.

—La personalidad de su hijo está fluctuando por la edad. Va a tener que aceptarlo así.

Pero mi madre no lo aceptó. Lo llevó a otros médicos, a un homeópata, a un parasicólogo, a curanderas. La idea la obsesionaba. Con el tiempo comenzaría a perder el control de su vida: a fumar en exceso, a descuidar su aspecto personal, a sufrir largos períodos de insomnio en los que el mismo pensamiento obsesivo rebotaba en su cabeza como una pelotita de pinball. Mi hermano era otro y ella no podía estar cerca. No soportaba su presencia siquiera. Antes era una pesada que lo despeinaba y le decía que estaba cada día más churro, cosas que hacen las madres con sus hijos, pero desde la tarde en el bosquecito no lo podía tocar. Incluso le costaba estar cerca de él: enseguida se ponía nerviosa, salía a fumar. Lo mismo nos pasaba a mi padre y a mí. Una parte de tu cuerpo sentía su amenaza, una repulsión casi instintiva. Ganas de irse lejos y no volver.

No creo que habláramos mucho del tema. Con mi padre recuerdo una sola vez. Estábamos en el auto, frente al pabellón de deportes donde tenía mi hora de gimnasia. Él había insistido en llevarme, aunque siempre me iba caminando o en bicicleta, y cuando me estaba por bajar me dijo que quería preguntarme algo. Pensó un rato:

—¿Vos te diste cuenta?

Hice que sí con la cabeza.

—Respira distinto —dije.

Yo compartía habitación con él y lo oía de noche.

—¿Cómo distinto?

—Distinto, raro. Como si fuera otra persona. Y a veces prendo la luz y está sentado en la cama, con los ojos abiertos.

Mi padre se quedó callado un rato y al final dijo:

—Tu mamá está deprimida. Ayudala, no la hagas renegar, portate bien, ¿sí?

Estuve a punto de contarle de los sueños. Del sueño que había tenido la noche anterior. Pero preferí no hacerlo.

—Sí —le dije, y me bajé del auto.

Los sueños eran todos más o menos parecidos. Mi hermano andaba por la casa sin prender la luz ni hacer ruido. Se acercaba a las fotos colgadas en la pared y las miraba. Se acercaba a mi cama, se acercaba a la cama de mis padres, nos miraba. Sus ojos eran completamente negros. Después volvía a acostarse.

Mi madre también soñaba, pero no lo supe hasta mucho después. Soñaba con, como lo llamó, mi "verdadero hermano". Tu verdadero hermano, me dijo, estaba en el interior de un pozo, en la tierra. Era un pozo muy profundo, la salida se veía como una moneda de luz en lo alto, y se había roto las uñas tratando de trepar. Estaba flaco, se le notaban las costillas. Gritaba y gritaba.

—Me despierto angustiada y le pido a Dios no soñar de nuevo con eso —susurró mi madre—. A veces Dios me escucha.

Un día lo miró y le pidió que se vaya. Le dijo:

—¿Por qué no te vas?

—Tranquila —dijo mi padre.

Estábamos almorzando con la televisión prendida, era un sábado o un domingo. Mi hermano pinchó un raviol, se lo llevó a la boca y masticó sin quitar los ojos de la televisión.

—Yo sé quién sos. Lo sé muy bien —dijo mi madre, asintiendo.

—Tranquila —repitió mi padre.

Mi madre se levantó y salió a fumar al patio.

En ese entonces ya éramos una familia solitaria. Unos meses después del incidente del bosquecito los amigos de mi hermano dejaron de venir. No dieron explicaciones. Después mi madre se encontró con uno en la calle, que le dijo que quedarse solo con él le ponía la piel de gallina, y le mostró el brazo: recordarlo también le ponía la piel de gallina. Con los parientes pasó lo mismo. Incluso con algunos vecinos que antes siempre andaban dando vueltas por casa. Mi hermano los incomodaba. Así que también ellos dejaron de venir.

Yo me despertaba gritando por las noches y mi padre prendía la luz.

—¿Le hiciste algo? —le preguntaba a mi hermano.

Hablaba con violencia, como si estuviera a punto de pegarle.

Mi hermano se daba vuelta, se tapaba y respiraba como si estuviera dormido.

No sé cuánto duró esta situación. Meses probablemente. Meses de comidas tensas, meses de mi madre llorando a escondidas en el lavadero, meses en los que todos preferíamos estar en cualquier parte menos en casa. Una mañana, en la segunda hora, la portera vino al aula y habló con la maestra en voz baja, mirándome. La maestra me pidió que guardara los útiles y la acompañara. Mi padre me esperaba en la entrada. En su cara advertí que algo había pasado, algo malo.

—Tu mamá tuvo un ataque de nervios —me explicó en el auto, negando con la cabeza—. Quiso cortar a tu hermano con un cuchillo.

Después supe que mi madre había cometido el error de contarles, primero a la policía y después a un sicólogo, su teoría sobre el cambio de mi hermano. Les explicó que había sido reemplazado por un espíritu que vive en la madera de los árboles, algo que había leído en una revista. El espíritu viviría en su cuerpo hasta desgastarlo, fingiendo ser él, comportándose como él, y luego saltaría a otro, y a otro, y a otro. Era como un parásito, y lo que había hecho ella fue intentar liberarlo. Eso les dijo.

La internaron en un hospital siquiátrico y por unos días no nos dejaron verla. Se estaba estabilizando, le explicó el doctor a mi padre. Fuimos por primera vez un domingo, después de almorzar. Mi

hermano tenía gasas pegadas con cinta en la cara y los brazos, porque en algunos cortes debieron hacerle puntos. Nos sentamos en una mesa de cemento, en el patio, bajo unos árboles de grandes copas, mirando a las internas que fumaban y tomaban gaseosa y jugaban a las cartas.

Al rato una enfermera trajo a mi madre. Era una mujer corpulenta y la llevaba del brazo. Mi madre caminaba arrastrando los pies, con un equipo de jogging celeste y las manos extendidas, como si estuviera ciega. Cuando reconoció a mi hermano, a lo lejos, empezó a gritar y luchar en los brazos de la mujer. Tuvo que acercarse otra y, entre las dos, la sujetaron y le pusieron una inyección.

Desde entonces, solo vamos mi padre y yo.

Hace más de veinte años que repetimos el ritual, siempre los domingos después del almuerzo. Le llevamos cigarrillos, chocolate, revistas. Mi madre está cada vez más ausente, más dejada: cuando se inclina para hablarme al oído puedo oler la fetidez de su aliento, un olor denso, pesado. Siempre dice lo mismo.

—No te vayas a quedar solo con ese. Es malo, está lleno de odio. Nos odia a los tres. Nos odia porque somos distintos. ¿Vos me entendés, mi amor?

Yo le digo que sí. Que entiendo.

Cada familia tiene su canción, la canción que canta todos los días. Una canción hecha de pequeños gestos que les permite vivir juntos, dejar pasar el tiempo, no pensar. Mientras se canta esa canción, el fuego arderá en alguna parte. Y si la canción se calla, la familia explota como una gran bomba y sus miembros son esparcidos como esquirlas en cualquier dirección. Por eso cantamos todos los días lo mismo: para permanecer juntos. Para que el fuego siga encendido.

Hace unos meses tuve que hacer un viaje en uno de esos colectivos lecheros. Fue desastroso: las luces individuales estaban rotas, el asiento no se inclinaba, la calefacción era excesiva. En algún momento desperté, ofuscado: el ómnibus estaba detenido en la terminal de un

pequeño pueblo. Tenía tres plataformas y estaba casi a oscuras. En el piso grasiento había un perro dormido, y contra una columna un hombre de pie, con un gran bolso Adidas al hombro. Me acuerdo de que pensé: qué deprimente vivir en un pueblo así. Y entonces volví a mirar al tipo y era mi hermano. Sentí una inyección helada en la columna vertebral: era mi hermano, era mi hermano, era el verdadero, con algunas hebras grises en el pelo y algunos kilos extra, pero era él, Dios y la Virgen Santa. Tendría que haberme puesto de pie, haber detenido el colectivo, haber gritado como loco, pero me quedé clavado al asiento. El colectivo empezó a retirarse de la plataforma y no pude hacer nada. Me tapé la cara y estuve así un buen rato, hasta que las luces del pueblo quedaron atrás y nos sumergimos en la oscuridad monstruosa de la ruta.

Ahora estamos sentados en el patio de su casa de las sierras, mi hermano y yo.

Es un domingo cualquiera, un domingo cálido que anuncia la cercanía del verano. Hace un rato que mi padre, la mujer de mi hermano y su hijo duermen la siesta adentro. Pero nosotros nos quedamos acá, bajo los árboles, tomando vino tinto, mirando las montañas, oyendo el rumor de un arroyo que pasa cerca. No hemos dicho una palabra en diez minutos.

Miro a mi hermano. Él me mira.

¿Quién sos?, tendría que preguntarle. ¿Qué sos?

Pero prefiero no saberlo. Prefiero ir a dormir la siesta con los otros. Después de todo, es mi familia.

Algunas notas sobre el país de los gigantes

EXPLORACIONES, ORIGEN, I. 1926. Irino Shava, un niño ruso de nueve años, descubre por casualidad el primer portal, investigando el sótano de una casa abandonada en las afueras de Moscú. El portal está alojado en la pared sur del sótano, ovoide y brillante, y el pequeño Irino traspasa cautelosamente su superficie espejada con un dedo, después con la mano y el brazo, al final con todo el cuerpo. Ve un valle amplio y cubierto de vegetación selvática, al término del cual hay una gran cadena montañosa que se pierde en la bruma azul. Una bandada de pájaros negros cruza el cielo. Irino oye un ruido que al principio confunde con truenos, pero que son los pasos de un gigante que se aproxima, corriendo, y aplastando árboles como si fueran manojos de pasto. Irino retrocede, espantado, y vuelve a caer al piso húmedo del sótano. Al otro día regresa con amigos de la escuela y les muestra su hallazgo. Dos niños, los más valientes, cruzan el portal y se internan en la selva. Ya no regresarán. Un equipo norteamericano de exploradores encuentra a uno de ellos en 1972, barbudo y desgreñado, viviendo en la selva. Los exploradores lo llevan de regreso, pero el hombre ya no recuerda el idioma ni el uso de los cubiertos y muere por razones desconocidas poco después. Del otro no se vuelve a tener noticias.

EXPLORACIONES, ORIGEN, II. En los primeros tiempos, el portal descubierto por Irino se convierte en una atracción turística para la nobleza rusa. Tolstói en persona se presenta una noche en el sótano. Al salir, le escribe una furiosa carta a su cuñado, que tiene conexiones políticas, pidiéndole que clausure el sótano. “El acceso de la nobleza a ese lugar

es una aberración", dice, en uno de sus enfurecidos párrafos. Más tarde, en sus diarios, hay una referencia a una dimensión preadámica: "que el hombre no debería mellar con sus pies". Pero ya es tarde: una comisión especial del gobierno ha enviado a los primeros exploradores, tres científicos vestidos con escafandras y trajes de buzo. Los hombres cruzan el portal, toman muestras del otro lado y realizan el primer contacto "controlado" con un gigante albino de setecientas toneladas de peso. Como resultado de ese encuentro uno de los científicos muere y otro enloquece y pasa el resto de su vida en una habitación acolchonada. Cuando le preguntan qué vio, responde "отец", que significa *padre*.

PORTALES. Con el tiempo se descubren otros portales: en Jordania (1946), en Kenia (1963), en el desierto de Sechura, en Perú (1980): todos conducen al llamado "país de los gigantes", y son motivo de disputas territoriales y lamentables episodios de colonialismo. En 1993, un pastor armenio sigue a una de sus ovejas rebeldes al interior de una montaña, donde encuentra el considerado portal número IV. Se sabe que hay muchos más escondidos en la superficie o el interior del planeta. En sus notas de viajes, el japonés Ozuku Né afirma haber encontrado a un campesino mexicano que muchos años antes del descubrimiento de Irino había caído en un pozo de agua a las afueras de Rancho Seco para despertarse en medio de la selva, observado con curiosidad por un gigante rojo de cuarenta metros de altura. Ozuku Né le ofreció traerlo de regreso, pero el mexicano se negó porque, según dijo, se había acostumbrado a ese lugar e incluso "le gustaba". El japonés lo describe como un hombre de músculos fornidos y dentadura cariada, que se alimenta de peces y ha construido refugios para protegerse de los gigantes en "función comiendo". Lo describe también como el poseedor de una rara forma de paz.

SÍNDROME DEL VIEJO SUIZO. Los exploradores enviados al país de los gigantes vuelven distintos. Algunos desertan en mitad de la expedición, cortan comunicación con la base y se establecen en los

bosques que rodean las montañas australes, donde se dedican a la compra y venta de artículos de segunda mano. Esto genera una población de lugareños andrajosos y traicioneros, que venden viajes guiados al interior de la jungla o rehúyen violentamente el contacto con los humanos. A ese comportamiento errático se lo denominó "síndrome del viejo suizo", nombre acuñado por el investigador italiano Cavaltinni en la década del ochenta. En sus informes, Cavaltinni se refiere a un anciano que encontró en uno de sus viajes: vivía en una cueva, a metros bajo tierra, iluminada con lámparas a kerosén, escribiendo en libretas Moleskine su obra fundamental: una *Historia natural de los gigantes*. Para redactar el libro, el viejo había convivido más de treinta años con una manada de gigantes marrones que vivía alrededor de una cascada, al oeste. Según dijo, se ganó progresivamente su confianza y después de mucho tiempo logró comunicarse con ellos a través del lenguaje de señas. En cinco años les enseñó a decir las siguientes palabras: comida, gigante, noche, hombre, cueva, yo. Su historia consiste en una serie de doscientas aseveraciones sentenciosas que los exploradores se transmiten como mantras alrededor del fuego, deslumbrados por su incoherencia. La 58 dice: "Los gigantes pudieron hablar alguna vez, pero lo olvidaron". La 72: "Los gigantes son los antepasados del hombre". La 3: "Los gigantes son máquinas descontroladas". La 4: "Los gigantes no son máquinas". A Cavaltinni, la irracionalidad del libro le dio pie para elaborar su teoría acerca de la locura que el país de los gigantes despierta en los exploradores. La mayoría de los papeles se han perdido, y algunos desertores que viven en la selva afirman recordar lo que dicen y lo intercambian a los crédulos por fruta fresca o pescado.

GIGANTES, COMPORTAMIENTO, I. Después de casi doscientos años de exploraciones continuas, no es mucho lo que se sabe. Se suele describir a los gigantes como torpes, ansiosos, impulsivos. "Viven radicalmente sus emociones", escribió un joven investigador indio. Según su testimonio, eran capaces de correr detrás de un ciervo aplastando a una de sus propias crías con los pies. Son en su mayoría carnívoros, aunque se sabe de ciertas manadas que se alimentan de algas y frutas.

En su *Dos años en el país de los gigantes* (1976), Friederich Rutman escribe que “al comer toman el animal entre los dedos, se lo meten entero en la boca y escupen la cabeza como el carozo de una aceituna”. Con los humanos, el comportamiento es distinto. “Les gusta aplastarles la cabeza entre los dientes y sorber el cerebro como un jugo precioso”, dice Rutman. Agrega que las madres cuidan a sus hijos durante el primer año de vida, y si en ese lapso se les acerca un macho, lo rechazan enfáticamente. Esto lleva a que los machos maten a sus propios hijos para tener de nuevo la hembra a su disposición.

GIGANTES, COMPORTAMIENTO, II. Según los informes, los gigantes tienen dos funciones básicas: comiendo y no-comiendo. Están no-comiendo en invierno, cuando se refugian en el interior de las montañas, se cubren con árboles arrancados de cuajo y apenas se mueven. En primavera y verano lo único que saben hacer es comer y aparearse. Los apareamientos, descritos por varios exploradores como espectáculos a cielo abierto, son estruendosos y violentos. Las hembras fingen desinterés; los machos deben perseguirlas y someterlas con firmeza, en lo que a todas luces parece una violación. Un gigante en función comiendo o en función apareándose es lo más peligroso que se pueda concebir, y los exploradores toman muchísimas precauciones en esas épocas del año. La visión de los gigantes en celo y enloquecidos por el hambre les deja una marca indeleble. Las imágenes los acosan al regreso, y deben permanecer durante meses en un ambiente controlado: sufren pesadillas, estrés postraumático y cualquier ruido violento los altera hasta la locura.

DIOS DE LA PIEDRA. “Los gigantes son dioses”, escribieron los discípulos de Jorigao Anselmo, quizás influenciados por el Génesis 6, 1-8 (“En aquellos días —y aún después— cuando los hijos de Dios se unieron con las hijas de los hombres y ellas tuvieron hijos, había en la tierra gigantes: estos fueron los héroes famosos de la antigüedad”). La historia de Jorigao es bastante conocida: miembro de una expedición norteamericana, exconvicto, explorador a las órdenes del ejército de

Nixon, en 1970 sufre una "crisis nerviosa" y abandona su puesto de observación, junto con una media docena de soldados que han sido seducidos por sus capacidades oratorias. Diez años después, el explorador norteamericano Carl Baker, que en un ataque de gigantes verdes ha perdido a su patrulla, encuentra por casualidad una pequeña población en medio de la jungla. "Fui apresado por sus acólitos y llevado a la presencia de Jorigao", escribe. "A medida que nos acercábamos divisé la estatua. Medía aproximadamente cuarenta metros de altura, y estaba construida en piedra sólida. Representaba a un gigante de pie, con el cuerpo cubierto de pelo y la espina dorsal encorvada. Jorigao estaba sentado a su sombra, escribiendo con un palito en la tierra. Era un hombre alto y de piel curtida por el sol, y andaba prácticamente desnudo. Les pidió a mis captores que me soltaran y aseguró que estaba esperándome. Vi lo que había escrito en la tierra: mi nombre completo, incluyendo el apellido de soltera mi madre […]. Pasé dos semanas viviendo con ellos. Habían alcanzado una convivencia pacífica, cultivaban sus propias verduras y dormían en chozas sobre los árboles. Al atardecer, adoraban al Dios de la piedra. No pude averiguar cómo lo habían construido: algunos acólitos afirmaron que los propios gigantes acarrearon las grandes piedras, bajo la dirección de Jorigao, cosa que me pareció increíble. Consideraban al desertor como un líder, un iluminado, alguien incluso capaz de realizar milagros. Una noche escapé y anduve perdido varios días antes de encontrar un puesto de observación francés".

DANZA DE LOS ÚLTIMOS PASOS. Los testimonios describen a los depredadores como "ardillas que tuvieron crías con ratas". Lo cierto es que son roedores de unos cuarenta centímetros de altura, que actúan en grupo, y cuya forma de cazar indica la posibilidad de una inteligencia colectiva "como un solo ser subdividido en partes". En general, atacan mientras la presa duerme: se introducen por los huecos de la nariz y las orejas y le devoran el cerebro. El gigante se incorpora y salta: a ese movimiento se le llama "danza de los últimos pasos". Minutos después, el gigante se desploma, y en pocos días los depredadores lo devoran entero, de adentro hacia fuera. A mediados

del siglo pasado se creía que daban mala suerte y los hombres les disparaban para practicar la puntería o sobrevivir, pero esa práctica fue prohibida hace décadas. Se sabe que su carne es incomible, seca y llena de fibras, y que produce fiebre y delirio.

CAZADOR DE GIGANTES. El explorador español Rodrigo Sánchez declara haber encontrado al cazador de gigantes en medio de una de las selvas septentrionales. Estaba tomando agua de un arroyo cuando vio una sombra en el espejo de la corriente, sintió un golpe en la nuca y perdió el conocimiento. Despertó al rato, en el piso de una cabaña. Frente a él había un hombre en cuclillas. Tenía un bigote fino sobre el labio y un peinado pulcro, lo que contrastaba con una gran cicatriz blanquecina que le cruzaba la cara. Según Sánchez, el hombre se dedicaba exclusivamente a matar gigantes. Para eso trabajaba días enteros en la construcción de trampas en medio de la selva, pozos de dos metros de profundidad, cubiertos de hojas y ramas. Los gigantes metían los pies en los pozos, caían y se quebraban los tobillos. “Una mañana”, dijo Sánchez en su declaración, “oímos gritos y el cazador dijo que había caído uno. Caminamos por la jungla dos kilómetros, al cabo de los cuales vimos una forma oscura: era el gigante, acostado bocabajo, con el tobillo quebrado en una fractura expuesta. Había empezado a caer una lluvia intensa. El cazador se acercó y le clavó una larga y afilada estaca en el cuello. Fue un punto certero, en la aorta, del que saltó un chorro de sangre que lo bañó entero. Pero este, en vez de sentir repulsión, lamió la sangre de sus manos y gritó algo en un idioma que desconozco, puede que búlgaro. Dos horas después el gigante se había desangrado: había una laguna roja alrededor de su cuello. El cazador cortó un pedazo de su cara y lo cargamos de vuelta al campamento. Lo asamos a fuego lento y lo comimos. El cazador me dijo que la cara y el cerebro eran lo mejor. En general cocinaba esas partes, y salaba trozos de muslo para comer durante el resto del año, pero no cazaba por supervivencia sino por venganza. Esto no me lo dijo él, yo lo entendí así”.

EXPLORACIONES, FUTURO. En enero de 1998, el excéntrico millonario norteamericano Edwin Richards fue el primer civil en recorrer, rodeado de un séquito de soldados, la selva del país de los gigantes. Pudo observar ejemplares dormidos y sacarse fotos frente a ellos. A su regreso declaró que pensaba repetir la experiencia con sus nietos. Se prevé que ese podría ser el futuro del país de los gigantes: un inmenso parque de atracciones, lleno de turistas con camisas coloridas y gafas de sol. Las asociaciones europeas de defensa se oponen a ese destino, pero la falta de presupuesto para las investigaciones, cuyo rating televisivo ha disminuido considerablemente en las últimas décadas, dejan suponer que es el único posible.

ÚLTIMOS. En la actualidad, los gigantes vivos son ariscos y difíciles de encontrar. Se sabe de expediciones que recorrieron durante meses las montañas sin haber dado con un solo espécimen. Según las teorías más radicales, el peligro constante los convirtió en nómades, y ahora viven escondidos. Pronto ya no quedará ninguno. Una de las principales razones son los mismos exploradores con sus enfermedades contagiosas, sus problemas siquiátricos, su violencia inútil. Otra es la asfixia. En 1946, el alemán Klaus von Klautwitz, que convivió más de una década con una pequeña manada al sur de las montañas, desarrolló esa teoría. Después de observar más de cien casos de escoliosis en la columna vertebral de esqueletos abandonados, dedujo que el peso de los gigantes, sumado a una mala postura natural, ejerce presión sobre las costillas, lo que les corta el suministro de oxígeno al cerebro. Esto se produce cuando el gigante alcanza la edad adulta, aproximadamente a los trescientos años. Von Klautwitz volvió a su casa completamente cambiado, irascible, poco dado a la higiene y a las convenciones sociales. No soportaba la delicadeza de un colchón y prefería dormir sobre el piso de mosaicos de su casa. Poco después, se retiró a su finca y llenó cientos de cuadernos con notas, esquemas y gráficos destinados a solucionar el problema de la asfixia. En 1950, se presentó ante un tribunal militar para proponerles tomar “medidas serias” en ese aspecto. También fue uno de los primeros en denunciar la necesidad de acotar la presencia humana en el país de los gigantes,

reclamo que después tomarían como propio los grupos ecologistas. Los miembros del tribunal tosieron delicadamente y le aconsejaron que se diera un baño de inmersión y reflexionara sobre sus proyectos. Von Klautwitz volvió ofuscado a su quinta, se subió a un caballo, galopó dos kilómetros, se cayó y se mató.

CIUDADES. Al desaparecer, los gigantes no dejan tras de sí más que esas extrañas ciudades construidas en el interior de las montañas, refugios donde se ocultan del invierno y los depredadores. Las llamamos ciudades para restringirlas a nuestras capacidades idiomáticas, aunque en rigor sean otra cosa. A lo largo de la historia, cientos de exploradores fascinados han recorrido sus altas bóvedas labradas directamente en la piedra. Algunas se internan en las profundidades alcanzando, según afirman, el tamaño de un estadio de fútbol. "Catedrales subterráneas", escribió Horacio Bellaqcua, explorador portugués, en su célebre crónica "Una excursión a las ciudades de los gigantes" (revista *Bornie*, 1978). Ninguno de los exploradores encuentra signos de civilización, siquiera rudimentarios: armas, provisiones de comida, herramientas, símbolos artísticos o religiosos. Solo los imponentes esqueletos derrumbados allí donde murieron, en las posturas en las que murieron. Los gigantes no alcanzaron, dicen, a desarrollar un lenguaje, una forma mínima de comunidad, una memoria individual o colectiva. Para otros, esas ciudades son un lenguaje, una forma mínima de comunidad, una memoria individual y colectiva. Pronto las últimas manadas de sobrevivientes se extinguirán, y entonces no habrá más que esos tremendos pozos, oscuros y desiertos, para la eternidad, y el país de los gigantes será nada más que un cuento para chicos.

La vida es buena bajo el mar

1

El primer Residente que atendió Koifman se llamaba T.

A Koifman le asombró lo alto y ancho que era T.: tuvo que inclinarse para pasar por la puerta y los elásticos del sofá rechinaron cuando se sentó. Tenía un traje arrugado, anteojos negros, el aire ausente de los programadores. Cuando se sacó las gafas Koifman vio sus ojos: eran celestes, muy claros y húmedos, como si T. sufriera alguna enfermedad degenerativa de la vista.

—Bien —dijo Koifman—. Cuénteme por qué está acá.

El Residente habló. Como todos los recién llegados, tenía una forma rara de armar las frases. Le explicó que era jefe de programadores, que trabajaba doce horas diarias, que no tenía hijos, hacía cinco años que estaba casado y su matrimonio era "sólido como piedra". Hasta que un día, por razones que no tenía sentido aclarar, volvió temprano del trabajo y encontró a su mujer en la cama con un *humano*: un empleado de mantenimiento de los barrios del sur. Supo que era empleado porque el pantalón y la camisa gris en el piso mostraban el logo de la empresa constructora.

—Pensamientos pasar por la mente como torbellino —dijo el Residente—. Pensar en asesinato, en suicidio, en denunciar a Corporación. Ver rojo, después blanco, después rojo de nuevo. Planear venganza. El contacto entre especies estar prohibido, y mi esposa, esa… —Inspiró hondo, se secó los húmedos ojos claros con un pañuelo —. Terminar haciendo papeleo en planeta hostil alejado del sol. Y ¿sabe lo que hacer?

Koifman negó con la cabeza.

—Nada —dijo el Residente—. No hacer nada. Quedarme en marco de puerta, sin poder mirar. Mi mujer gritar: "Lo tener merecido, lo tener merecido", y yo escuchar zumbido distante. Abstraerme, irme lejos. *Dislocarme*. Empleado de mantenimiento, muchachito frágil como rana, pasar a mi lado cubriéndose con camisa y pantalón gris, pero yo no hacer nada. Poder quebrarlo con estas manos, pero no hacer nada. Estar en otra parte. Y cuando volver, no más esposa, no más valija de esposa, no más ropa de esposa. Yo mirar roperos vacíos y llorar, y oler la ropa de mujer y llorar, y aprovechar las pausas del trabajo para llorar encerrado en baños de la empresa. Mi esposa no aparecer, no mandar cartas, no explicar. Yo no poder vivir, no entender, no…

El Residente se tapó la boca para toser. Koifman le preguntó si necesitaba un vaso de agua. Le pareció que T. se desplomaría ahí mismo, se arrancaría sus dulces ojos claros, explotaría salpicando con su gran cuerpo los diplomas colgados en la pared.

Pero T. se limitó a negar con la cabeza.

—El clima de la Tierra —dijo—. Ser muy seco.

2

Los Residentes habían llegado siete años atrás. La primera tanda fue ubicada en un barrio nuevo, al sur, cerrado y con una garita de vigilancia en la entrada. Detrás de la tupida fila de arbustos que lo rodeaba se levantaban hermosas casas de suburbio de dos plantas, con techos de tejas, floridos jardines delanteros atendidos por una legión de empleados, caminos de tierra, plazas internas con juegos para los niños. Una detrás de otra, las casas repetían el mismo color en las paredes y las aberturas, la misma grifería, muebles, cortinas, electrodomésticos, bibliotecas, libros.

Una cámara de televisión escondida entre los arbustos los había filmado, descendiendo de las Trafics que los transportaban, y Koifman se decepcionó un poco al verlos: eran idénticos a los humanos, usaban lentes negros, vestían con sobriedad.

Pronto se dijeron muchas cosas sobre ellos. Se dijo que se alimentaban de gatos, lo cual era mentira, y que la forma que mostraban no era la original, sino una envoltura biológica con la que trataban de "atenuar la impresión que provocarían en la gente". Se dijo que la Corporación era una alianza inglesa-germánica, lo cual era verdad, y que los Residentes tenían una capacidad especial para el trabajo duro y prolongado que les permitía cumplir sin esfuerzo turnos de hasta doce horas, lo cual también, en cierto modo, era verdad.

Todas las mañanas se abría el portón y partían las Trafics con Residentes hacia uno de los edificios céntricos de la Corporación. Allí, encerrados en boxes, escribían en un lenguaje inédito el software de una generación futura de computadoras.

Por mucho tiempo, eso fue todo lo que se supo. Los Residentes eran reacios a la publicidad y se movían en un círculo cerrado. Después de los largos y agotadores turnos de trabajo, las Trafics los transportaban a su barrio del sur, donde cenaban la comida enlatada que la Corporación les proveía y veían televisión hasta dormirse. Los fines de semana salían a "bares de Residentes" o iban a "cines de Residentes" en los que conocían a otros Residentes y formaban parejas.

Pronto empezaron a tener los primeros hijos nacidos en la Tierra.

3

Koifman suponía que el encuentro iba a significar un cambio radical. Las concepciones de Dios, de la tecnología y la cultura, alteradas para siempre. Suponía también que su vida necesitaba imperiosamente un *cambio radical*, pero no estaba dispuesto a hacer nada para provocarlo. Su semana se deslizaba con la suavidad de la miel fluyendo de un tarro: cuatro horas diarias en el consultorio, cena los viernes con amigos —también sicólogos—, tenis los miércoles, gimnasio tres veces a la semana.

A veces navegaba en una página web para solteros, conocía mujeres, concertaba citas, iban al cine y después a tomar un trago, las acompañaba a su casa y tenían relaciones al cabo de las cuales se vestía y se iba. A su edad, las mujeres mostraban una desesperación

subcutánea que lo ponía nervioso (“mi tiempo está pasando, mi cuerpo se derrumba, te quiero para desayunar”) y lo hacía retraerse como un caracol asustado.

Después llegaron los Residentes y fue *el* tema de los programas de televisión, incluso de los humorísticos. Koifman pensó que tendrían alguna respuesta para las grandes interrogantes, pero nada se supo de ellos, excepto que hablaban español con una sintaxis extraña y usaban inhaladores porque el aire terrestre les hacía mal. Eran callados, disciplinados, eficientes, y por momentos daban la impresión de estar vacíos, como si en el interior de la envoltura biológica que los cubría no hubiera nada. Pero entonces inundaron los consultorios sicológicos.

Sus colegas hablaban de ellos en la cena de los viernes. Están obsesionados con el mar, decían, tienen un complejo de pérdida con relación al mar, lloran cubriéndose la cara con las manos y sienten que el mar los habita y que con solo cerrar los ojos pueden volver a él. Tratarlos con pastillas era imposible, la fisiología era distinta, la medicación les provocaba horrendas reacciones alérgicas. El sicoanálisis también, porque la distancia entre las experiencias era tan grande que hacía imposible armar una historia personal.

El tema del tiempo, por ejemplo. En la Tierra era sucesivo, iba de un hecho a otro, pero en el “hermoso planeta” de donde venían el tiempo era total, simultáneo, todo pasaba a la vez.

—Son de una casta inferior o algo así —comentó uno de sus colegas —. Uno de ellos me lo dijo, con un nombre impronunciable. Parece ser que allá cada uno tiene un diseño, y que estos están diseñados para el trabajo.

—Hormigas obreras —opinó alguien.

—Lo bueno es que pueden *dislocarse* —continuó su colega.

4

Los humanos podemos estar en un lugar a la vez; los Residentes, en varios. A esa capacidad se la llamó *dislocarse*. Era como sacarse un hombro, pero a un nivel mental. Podían estar, por ejemplo, programando en los boxes, hablando por teléfono con sus mujeres,

durmiendo y leyendo un libro a la vez, y poner la misma atención en cada uno de esos planos. Por eso eran tan buenos en el trabajo, por eso podían soportar turnos de doce horas. Se *dislocaban* y una parte de ellos volvía a su planeta original, lejos de los ruidos y de la agresiva realidad terrestre.

5

Anotación de Koifman: G., Residente de cuarenta y dos años, en pareja y con dos hijos, pasa la mayor parte del tiempo libre en la bañera de su casa, con la cabeza metida bajo el agua. Dice que lo considera placentero y vergonzoso a la vez, como si estuviera masturbándose. Hace tiempo que no habla con sus hijos, uno de catorce y otro de seis; tampoco sale a comer afuera con su mujer ni participa en ninguna de las actividades que la Corporación organiza todos los fines de semana para "parejas". Días de campo, vóley en la arena, carrera de embolsados: a G. todo esto le parece el "colmo de la depresión". Pero no acudir a esas citas lo pone paranoico y le genera toda clase de ideas conspirativas. Siente que su supervisor ya no lo trata de la misma forma, que no lo incluye en sus conversaciones, que lo agobia con trabajo. Expresa claramente que a un compañero le pasó algo similar con su actitud "poco positiva", según los términos de su supervisor, y que un día no fue más a trabajar y ya no se supo de él.

6

Después de sus fallidas terapias muchos Residentes se suicidaron. Una mujer robó una de las Trafics, aceleró al máximo y se estrelló contra un poste de luz en la ruta. Un hombre apareció ahorcado con su cinto en uno de los árboles del hermoso parque de los barrios del sur. Una familia entera fue encontrada en la pieza de una de las casas perfectas, ahogada por el gas, las ventanas y las puertas selladas con cinta aisladora.

En cuanto a T., el paciente de Koifman al que su mujer abandonó

por un empleado de mantenimiento, vivió cinco años hundido en una pesadilla de dolor y autodestrucción, y un día subió a la terraza del edificio donde trabajaba, saludó con un gesto a los colegas, se acercó a la baranda y se dejó caer. Cayó veintidós pisos y al impactar en la vereda la envoltura de aspecto humano que lo cubría se despedazó como un globo reventado y el verdadero cuerpo del Residente se mostró tal cual era a los transeúntes: provisto de tentáculos y membranas y casi transparente, como hecho de agua.

7

Koifman oyó hablar de los Dadores en el vestuario del club de tenis. Se decía que algunos Residentes tenían poderes telepáticos: podían transmitir con la mente la sensación de *dislocarse*. Era más fuerte que ninguna droga conocida. Koifman lo había escuchado como un chisme, un mito urbano, pero ese día en el vestuario uno de sus colegas le alcanzó subrepticiamente una tarjeta dorada y roja con tipografía medieval en la que se prometía "Noches de placer infinito".

—Me lo recomendó un amigo —dijo—. Y la otra noche estaba aburrido, así que llamé por teléfono y vino una chica. *Mamma mia*: un viaje, Koifman. Es caro, pero lo vale.

Él hizo como que no le importaba, pero esa noche, en su casa, levantó el tubo y marcó el número. Cuando atendieron, cortó.

8

—¿Sabía que nuestros abuelos fueron literalmente *pescados* del fondo del mar? —preguntó la chica.

Se llamaba K., tenía quince años y era el clásico exponente de los nacidos en la Tierra: desencantados, cínicos, enfermizos, de una belleza animal. Ya había pasado por varios intentos de suicidio y largas temporadas en las clínicas de rehabilitación Nuevo Despertar que la Corporación tenía en el campo.

—Vivían en paz hasta que los científicos descubrieron que eran

buenos con las matemáticas y el pensamiento abstracto y toda esa mierda. ¿Se puede fumar?

—No —dijo Koifman.

—Qué lástima —la adolescente se mordió las uñas—. A veces pienso en mi abuelo viviendo ahí. ¿Le gusta meterse en el agua?

—A veces —dijo Koifman.

—A mí me encanta. Me dejo caer hasta el fondo y me quedo un rato sin hacer nada. El agua me limpia. Ahí abajo no hay problemas, no hay discusiones. A veces pienso en mi abuelo, viviendo así, y en el trauma que debe haber significado ser levantado con redes y ser conectado a una computadora y ser criado en cautiverio como un animal. Muchos de ellos enloquecieron. Antes de ser pescados, ni siquiera sabían lo que era la muerte.

—¿Tiene un buen recuerdo de su abuelo?

La adolescente hizo un gesto ambiguo y se movió en el sofá.

—Un viejo gruñón. Odiaba mucho a los humanos. Siempre estaba refunfuñando, criticando. Murió el año pasado. Papá insistió para que lo fuera a ver y yo me negaba. Estaba consumido, tenía un olor horrible. Entonces un día decidí visitarlo en el hospital y cuando llegué había muerto. Creo que papá nunca me lo perdonó. Puedo percibir su resentimiento cuando está conmigo, siempre corrigiéndome, amonestándome: "No tener respeto". —La adolescente imitó la voz gruesa de su padre—. "No venerar a los antepasados".

Se rieron juntos, Koifman y la chica.

—El único placer que siento es cuando me *disloco* —dijo ella después—. Pero repetirlo mucho hace mal acá —agregó, señalándose la sien—. Además, la capacidad se va perdiendo. Si alguna vez cometo el error de ser madre, mis hijos ya no la tendrían.

—¿Cómo es? —preguntó Koifman, y de inmediato se arrepintió.

La adolescente lo miró levantando las cejas.

—¿Te da curiosidad? —le dijo, tuteándolo.

—¿Cómo te hace sentir eso? —retrucó Koifman con astucia.

La adolescente suspiró, fastidiada. Pero antes de irse, ya en la puerta, le susurró que era como diez mil orgasmos juntos, uno dentro del otro.

9

Estoy muerto, pensó.

Después pensó que no podía estar muerto, que estaba sordo y ciego, sí, pero no muerto, aunque ya no pesaba, su cuerpo se había disuelto en el agua, yacía en una oscuridad primitiva, en el fondo del mar, dulcemente mecido por la corriente, burbujas que subían a su alrededor, infinita paz. Y entonces un contacto mínimo en esa gran sombra, un roce eléctrico entre membranas, otro que andaba viajando se cruzó con él, y lo hizo emerger al tiempo y la identidad, soy Koifman, soy un cuerpo, existo.

Después las membranas se separaron y volvió a ser parte del mar, sordo y ciego y liviano, oyendo las olas que iban y venían.

El Dador estaba sentado con los borceguíes sobre la mesa, leyendo una revista.

—Guau —dijo Koifman.

Tenía ramalazos del viaje, por momentos la habitación desaparecía y volvía a estar bajo el agua. Sacudió la cabeza como un perro mojado y repitió:

—Guau —era lo único que podía decir.

El Dador, un chico joven con un chaleco de cuero sobre la piel y esas perforaciones tribales en la cara que se habían puesto de moda últimamente, se limitó a sonreír mientras guardaba sus cosas. Antes de irse le dijo que por unas horas no manejara ni prendiera una hornalla, si no quería sufrir un accidente.

—¿Cuándo podría… ya sabe, *repetir*? —preguntó Koifman, con ansiedad, siguiendo al chico al pasillo.

—Yo esperaría una semana para volver a la *mierda* —dijo el chico—. Igual, no abuse, mucha *mierda* le va a hacer mal.

El ascensor se lo llevó y Koifman volvió a su sofá y cerró los ojos. Al rato sintió que el agua le empezaba a subir por los pies.

10

Anotación de Koifman: D., de treinta y siete, vive solo, cumple con los límites que su supervisor le marca en el trabajo e incluso los supera, no tiene problemas aparentes. Pero un día hace algo extraño: en vez de tomarse el transporte de la Corporación, que lo lleva desde los edificios a los barrios del sur, soborna a uno de los empleados y pasa todo el fin de semana en la ciudad, caminando por las calles iluminadas del centro, sentándose en una plaza pública, hablando con una mujer que le saca las pulgas a un perro y las come, tomando agua mineral en un bar, siguiendo a un chico con una varilla de pan en los brazos, durmiendo en el portal de una casa, mirando durante horas las vidrieras de los negocios de oferta. La experiencia le encanta y la repite varias veces.

11

Al principio Koifman *consumía* los sábados al atardecer, y se pasaba el domingo entero *viajando*, pero cuando se dio cuenta estaba llamando por teléfono tres veces por semana. A veces venía el chico de las perforaciones tribales, a veces una mujer mayor y muy correcta. Koifman se dejaba llevar por sus mentes al mar, se quedaba largo rato disuelto en el agua. Lo que más le costaba era volver a la tierra, un mundo seco, demasiado nítido y estruendoso.

—Doctor —le decía el paciente que estaba atendiendo—. ¿Me escucha?

—Sí, disculpe, tuve un mareo —decía Koifman.

Con el tiempo se hizo evidente que muchos de sus colegas consumían. Era fácil identificarlos: usaban lentes negros, andaban siempre muy abrigados, caminando rápido, ansiosos, tomando sin parar de una botella de agua mineral para calmar la deshidratación. Muchos se gastaban el sueldo entero en los *viajes*, como se los llamaba, y terminaron viviendo en plazas y abriendo la puerta de los taxis para juntar plata y volver a soñar.

12

Abrió los ojos y el comedor estaba casi a oscuras: pálidos rayos del atardecer o el amanecer entraban por las rendijas de la persiana. En la televisión, un hombre vestido de blanco decía algo sobre la necesidad de limpiar la mente para elevarse hacia la energía cósmica. Koifman se preguntó qué hora sería, y después *de qué día*. Había ropa sucia tirada en el piso, los restos de una comida cubierta de hongos sobre la mesa, viejas cajas de pizza, latas abiertas, botellas, la bolsa de basura desbordada sobre los mosaicos.

Se arrastró hacia el baño y vomitó. Se dio una larga ducha, tomó una pastilla del botiquín, se puso un jogging y salió a correr al parque. Corrió media hora y se sentó, transpirado y exhausto, en unos de los bancos que daban a la calle. Eran las ocho de la mañana, la gente caminaba hacia el trabajo. Koifman cerró los ojos. Al abrirlos, había anochecido. Volvió a su casa, levantó el tubo y llamó a su Dador.

13

Koifman miraba a alguien a los ojos y sabía que estaba pasando por el mismo infierno de abstinencia que era levantarse y caminar y vivir en este planeta. De uno de ellos escuchó que el efecto de los Dadores de la primera generación era tenue y deslavado en comparación con los originales que habían nacido bajo el mar. La experiencia con un *abuelo* valía mucha plata, según le dijeron. Los sueños que inducían duraban días enteros y eran increíblemente nítidos.

Koifman conoció a una mujer que lo llevó a visitar a uno de esos *abuelos*. Después recordaría esa época como la de su perdición absoluta, el fondo mismo de su dejadez, poco antes de internarse en la clínica de rehabilitación. Estuvo cerca de abrir la puerta de los taxis o pedir en los transportes públicos. Ya no tenía pacientes, no iba de compras, no visitaba a sus amigos, lo único que hacía era despertarse y llamar al Dador y volver al sueño.

Contactó a Laura en una página web de solteros, y antes incluso de que se vieran por primera vez sabía que estaba loca, que buscaba desesperadamente los límites, que iba a hacerle daño. En el restorán se

reconocieron como consumidores, poco después ella lo llevó de la mano a una galería céntrica, cerca de las oficinas donde trabajaban los Residentes. El último local estaba lleno de televisores desarmados y controles remotos cubiertos de polvo. Lo atendía un viejito con lentes y camisa marrón, un viejito que parecía un cerrajero o un carpintero (y no alguien que arregla televisores) y que dio vuelta el cartel de la puerta, los hizo pasar a una piecita contigua y los *conectó*, primero por separado, y después juntos. Koifman encontró a Laura en el viaje. Ella le dijo hola, sin palabras, y sin palabras le indicó que lo siguiera y entró en él, y él entró en ella y lo supo todo, la clase de niña y adolescente que había sido. Se separaron y se conectaron con gente que andaba *viajando* en lugares alejados del planeta, y sin palabras hablaron en una lengua mental y se diluyeron uno dentro del otro hasta desaparecer, eran todos un gran lago negro, todos en todos y Koifman en todos y en Laura. Despertaron y fueron a su departamento y tuvieron relaciones, pero estaban distraídos y no funcionó.

Koifman se quedó despierto hasta que la oyó dormir; se levantó, se vistió y salió cerrando la puerta con delicadeza para no hacer ruido.

14

—Me llamo Koifman, y hoy hace un año que no *viajo*.

—Hola Koifman —dijeron a coro sus compañeros.

Los Residentes se habían ido de la Tierra tiempo atrás. Las casas del barrio del sur quedaron desiertas durante meses, los jardines descuidados, las puertas y ventanas despintadas, los muebles y las bibliotecas idénticas del interior cubiertas de polvo. No hubo declaraciones oficiales al respecto y los edificios de la Corporación se alquilaron como oficinas. No se supo más de ellos, aunque se decía que algunos vivían escondidos en villas de emergencia.

—Estoy orgulloso de no necesitar los *viajes* —dijo Koifman—. De poder disfrutar la vida sin ellos. Me siento mejor como persona. Y creo que todos podemos lograrlo.

Sus compañeros lo aplaudieron. El coordinador del grupo se acercó con la medalla que atestiguaba su sobriedad y se la dio. Koifman lloró

un poco.

Después se sentó con los demás.

La Feria Integral de Oklahoma

Conocí la Feria Integral de Oklahoma gracias a mi abuelo. Fue en 1987, yo tenía nueve años y a medida que la feria se acercaba a nuestra ciudad, las cosas empezaron a ponerse raras. Los perros se quedaron afónicos, los semáforos prendían las tres luces al mismo tiempo, los televisores mostraban la misma lluvia blanquecina en todos los canales y las viejas radios descompuestas se encendían solas y transmitían radioteatros de 1942. De la bolsa de arroz salían fideos; de las canillas, lodo gris. En las noches, cuando todos dormían, extrañas figuras lumínicas aparecían en el cielo.

—Algo está por pasar —dijo mi abuelo.

Y así fue.

Una tarde, dos miembros del elenco estable de la feria tocaron el timbre. Uno era un enano vestido con galera y levita, cuyos problemas en la cadera lo obligaban a apoyarse en un bastón de caña barnizada. El otro, un hombretón de torso ancho, piernas flacas y arqueadas como paréntesis y largos bigotes terminados en punta. Los niños y perros de la cuadra habían formado un círculo de curiosos a su alrededor.

Justo cuando los atendí, uno de los perros se acercó a husmear la levita del enano y este le propinó un bastonazo rápido y seco en el lomo. El animal huyó gritando, y el círculo retrocedió unos pasos.

—Buenas tardes —dijo el enano—. Vengo a buscar al hombre que conversa con los animales.

—Es acá —les dije.

Los hice pasar y fui a despertar al abuelo.

Ya estaba acostumbrado a esa clase de visitas. Desde que pusimos el anuncio en el diario (“Se habla con animales”, y la dirección de nuestra casa), se presentaron toda clase de chiflados: solitarios con

peces ciegos en peceras sucias, viudas con canarios espantados por la visión de su desnudez, oligofrénicos coleccionistas de caracoles y mantis religiosas, amaestradores de hormigas, exploradores de especies extintas. Todos venían en busca de respuestas y soluciones, y la mayoría se iba conforme.

Un día recibimos al dueño de una yegua de carreras, desolado porque el animal no rendía lo suficiente en la pista. Mi abuelo se quedó solo con ella en el establo y en medio de la charla largó una carcajada, salió y le dijo al hombre que la yegua estaba enamorada, pero no de un caballo, sino de otra yegua, y tenía que dejarlas, ejem, "intimar" por un rato. El hombre lo miró primero como si fuera a pegarle una trompada, pero después pareció convencerse, y volvió al mes con una botella de champaña. "Ahora corre como si quisiera *ganar*", le dijo a mi abuelo.

—¿Usted es el que conversa con los animales? —preguntó ahora el enano.

Mi abuelo hizo que sí con la cabeza. Estaba despeinado y parecía dormido.

—¿Podría acompañarnos? —preguntó el enano.

—Momentito —dijo mi abuelo, bostezando—. ¿Ustedes quiénes son?

Con fastidio, el enano señaló a su acompañante:

—Este caballero es Alejandro Postov, también llamado el Hombre de Hierro, capaz de doblar vías de ferrocarril con sus brazos, pero con un corazón de jovencita enamorada.

El Hombre de Hierro asintió, intimidado con la presentación.

—Yo —continuó el enano, haciendo una reverencia irónica— soy Pospodópudus, subdirector de la Feria Integral de Oklahoma. ¿Estamos?

—Estamos —dijo mi abuelo.

—Necesitamos de usted para solucionar un problema que se suscitó en el interior de nuestra organización.

—¿Qué clase de problema?

—Un problema con un oso.

—Un oso.

—¿Habló alguna vez con un oso?

—No me acuerdo —dijo mi abuelo, rascándose la mejilla.

—¿Podría hablar con uno?

—No veo por qué no.

—Hace un mes estaba bien —dijo el enano—. Ahora no quiere comer, no quiere bailar, no quiere hacer los trucos.

—Es un oso con mucha personalidad… —comenzó el Hombre de Hierro, pero el enano lo cortó con la mirada.

—Ayer —continuó—, fuimos víctimas de un desagradable incidente, cuando el oso se acercó a la baranda y trató de comerse a un grupo de niños. Los espectadores salieron corriendo, hubo desbandada general, caos.

—Quiere que hable con su oso —dijo mi abuelo.

—Exacto —dijo el enano.

Así fue cómo empezó todo.

La feria había levantado sus carpas a unas cuadras de casa, en un terreno descampado que lindaba con las vías y que a veces ocupaba un culto evangélico. Por afuera se parecía a un parque de atracciones de esos que cada tanto arribaban a la ciudad, solo que este estaba compuesto de pequeñas carpas donde se exhibían las distintas atracciones. Luces de colores colgaban de postes cruzando el cielo. El enano nos hizo rodear la entrada hasta una abertura trasera que daba a los carromatos donde dormían los artistas.

—Por acá —dijo.

En el interior había un gran movimiento. Los integrantes del elenco lavaban ropa a mano y charlaban a los gritos, fumaban y jugaban a las cartas, tomaban alcohol y se reían. Había un hombre sin cabeza sentado en una reposera, tamborileando con los dedos sobre sus rodillas. Había dos hermanos siameses unidos por los hombros dándole un masaje a cuatro manos a una mujer. Había un hombre flaco como una aguja y otro gordo como una ballena discutiendo en un idioma eslavo. Había una mujer desnuda de la cintura para arriba con una fila de pezones en el pecho, como las perras, que le convidaba cigarrillos a un mono albino.

Atrás estaban las jaulas, y entre ellas la jaula del oso. Era inmensa, muy alta, y el oso estaba sentado en un banquito. Debía pesar aproximadamente setecientos kilos. Tenía un bonete rojo en la cabeza.

—Este es —dijo el enano.

Mi abuelo se acercó a los barrotes y lo llamó. El oso se bajó del banquito y caminó en cuatro patas hacia él, con pasos pesados, hasta detenerse cerca de los barrotes.

—Hola —dijo mi abuelo, y comenzaron a charlar.

"Charlar" es una forma de decir. En sus diálogos no había palabras. Mi abuelo era más bien un traductor, que trasladaba al lenguaje humano los sonidos de las conciencias animales. Cada especie tenía un tono distinto: algunos eran dulces como un canto y otros aterradores, chillidos llenos de ruido y locura. Una vez mi abuelo habló con una comadreja y su voz estuvo a punto de enloquecerlo. "Todos los roedores están un poco locos", decía desde entonces.

Así que ahí estaba ahora, frente a los barrotes de la jaula. No sé cómo advertí que algo andaba mal. Quizás por la respiración del oso, que se volvía progresivamente un gruñido malhumorado. Lo que sucedió fue rápido, tanto que ninguno de nosotros lo adivinó. El oso le tiró un zarpazo a mi abuelo directamente a la cara, él se echó hacia atrás, pero no con la suficiente rapidez, y en su frente se abrió un tajo limpio, como hecho con una gillette, que comenzó a manar sangre en abundancia.

El enano se enfureció, se acercó a los barrotes e intentó golpear al oso con el bastón, pero este parecía avergonzado y se había escondido en el otro extremo de la jaula.

—Le ruego que me disculpe —dijo el enano—. Ese oso será debidamente reprendido.

—Es un cortecito, no hay problemas —dijo mi abuelo, secándose la herida con un pañuelo arrugado—. Le voy a pedir que abra la puerta de la jaula, por favor.

—No creo que sea una buena idea —dijo el Hombre de Hierro.

—¡Usted callesé, que nadie le pide opinión! —gritó el enano amenazándolo con el bastón.

—Necesito contacto directo —explicó mi abuelo.

El enano asintió, sacó de algún lugar un manojo de llaves unidas a una arandela de hierro sólido, eligió una, la metió en la cerradura y la hizo girar dos veces. La puerta se abrió con suavidad.

—Entra por su propia voluntad —dijo el enano.

Mi abuelo caminó hasta el centro de la jaula y ahí se detuvo. Todavía tenía el pañuelo manchado de sangre sobre la frente.

—Cierre.

—Abuelo —dije.

—Está todo bien, querido —dijo él. Miró al Enano—. Cierre.

El Enano obedeció, metió la llave y le dio dos vueltas.

Casi de inmediato vimos que el oso salía de la sombra y se acercaba a él en cuatro patas. Mi abuelo cerró los ojos y se quedó quieto. El oso lo olió desdeñosamente, con aspiraciones secas y audibles. Le olió la cabeza, el pantalón, los pies. Después se levantó sobre sus patas traseras.

Era muy alto. La cabeza de mi abuelo, que siempre fue un hombre grande, le llegaba hasta el pecho. El oso abrió una boca inmensa llena de dientes y saliva y rugió con tanta fuerza que echó hacia atrás el pelo suave y gris de mi abuelo. Pero él no se movió.

—¡Lo va a matar! —grité.

Fue un grito histérico. Nunca había hecho algo así, aunque mi abuelo estaba expuesto todo el tiempo a distintos peligros. Pero en ese momento perdí la razón. Pensé que el oso iba a despedazarlo con sus garras. Incluso pude verlo.

Lo que pasó fue distinto. El oso cayó con sus pesadas patas, se acostó y abrió las piernas, como un perro que juega. Mi abuelo estiró una mano y le acarició la panza.

—Bueno —le dijo—. Bueno, bueno, ya está. Osito lindo.

A mi lado, el enano susurró:

—Es un milagro.

—Sufre una depresión —explicó mi abuelo.

Estábamos en el carromato del enano, una casilla polvorienta y cubierta de montañas de diarios viejos, con estanterías donde reposaban objetos de todas partes del mundo.

—Dice que para qué vivir —dijo mi abuelo—. Si todo se esfuma y se pierde en la gran nada del universo cósmico.

—Lo que me faltaba —dijo el enano.

—Dice que no quiere levantarse a la mañana ni acostarse por la noche. Dice que extraña Rusia.

—Es un oso ruso —aclaró el Hombre de Hierro.

—Lo que me faltaba —dijo el enano—. ¿Qué hay en Rusia? ¡Nieve y pobreza! Ese oso me tiene harto. Yo lo rescaté de la estepa, le di oportunidades en el mundo del espectáculo, lo cuidé y lo amé, y ahora esto.

—Habría que cocinarle —dijo mi abuelo.

—¡Cocinarle! —se quejó el enano.

—Cocinarle comidas rusas —dijo mi abuelo.

—Yo también soy ruso —dijo el Hombre de Hierro.

Así que el Hombre de Hierro estuvo a cargo de las indicaciones para la gran comida rusa que le prepararon al oso ruso. Coordinó a un grupo de actores de la feria apostados durante todo un día frente a ollas burbujeantes. Se usaron dos kilos de papas, tres de remolacha, media res, un kilo de pescado, tres de harina, seis litros de vodka, cuatro de vino dulce. Una banda compuesta por miembros del elenco estable tocó canciones típicas y el oso fue guiado hasta una gran mesa donde lo esperaban catorce platos hondos y humeantes rellenos de borsch, doscientas empanadas doradas y crujientes con un olor exquisito, montañas de pelmeni con salsa de coles, strogonoff, una hogaza de cherny jleb recién horneada, baldes llenos de bebidas alcohólicas.

El oso contempló la mesa poblada de platos humeantes y empezó a llorar.

Lloró cubriéndose la cara, con grandes inspiraciones, como solo puede llorar un oso. Después comió como un desesperado, y al terminar se tomó entero el balde de vodka y se quedó dormido. Se levantó al otro día, de un humor inmejorable.

Como agradecimiento por haber recuperado a su oso, el enano nos regaló un pase especial. Era rectangular y dorado, tenía grabada la inscripción: “Entrada gratis por el resto de su vida a la Feria Integral de Oklahoma”.

—Un placer conocerlos —dijo el enano.

—¿Van a volver? —preguntó mi abuelo.

El enano sonrió. Fue una sonrisa enigmática, una sonrisa que

todavía hoy no puedo olvidar.

—Siempre volvemos —dijo.

Poco después, un hombre con un perro constipado tocó el timbre de casa. Fui a buscar a mi abuelo al patio y estaba muerto, sentado en una vieja silla, al sol.

Esperé durante años el regreso de la feria.

Todos los meses iba al terreno descampado con la esperanza de ver las carpas y las luces de colores colgadas en los postes. Cada vez que pasaba algo inusual pensaba: es la feria, es la feria que vuelve. No me gustaba mi vida en ese entonces, y había planificado escaparme con ellos y recorrer el mundo. Tenía una mochila armada en el ropero con todo lo que necesitaba para el viaje.

Pero de un día para el otro no fui más. Supongo que ya no me interesaba.

Ahora sigo viviendo en la casa de mi abuelo, con mi mujer y mis dos hijos. Soy todo un hombre, preocupado por el dinero y mantener a su familia, que a veces se mira las primeras canas y las patas de gallo al espejo y se pregunta dónde fue a parar el tiempo.

Hace unos meses comenzaron a pasar cosas raras. Los teléfonos emitían diálogos en un idioma desconocido, una bandada de gorriones se estrelló contra los vidrios de un supermercado, un hombre atropelló a un perro que se llamaba exactamente igual que él. A la semana vi carteles pegados en los postes.

Feria Integral de Oklahoma
una experiencia particular

Entonces recordé todo y busqué entre las viejas cosas de mi abuelo hasta dar con el pase dorado. Me quedé mirándolo un buen rato. Por un momento había pensado que no existía, que era parte de mi imaginación infantil.

Esa noche les conté a mis hijos y mi mujer la historia completa. Mi abuelo y su capacidad de hablar con los animales, el enano y el

Hombre de Hierro, el oso con problemas existenciales. Mis hijos estaban encantados pero mi esposa me miró con el ceño fruncido.

—Es la más pura verdad —le dije, en la cama.

—Sí, mi amor —dijo ella—. Claro, obvio.

—Ya vas a ver.

Ese sábado, mientras íbamos en el auto bañados y perfumados para la ocasión, empecé a dudar. Pensé que me encontraría con un espectáculo deprimente: instalaciones averiadas, animales canosos, el elenco en silla de ruedas. Estuve a punto de arrepentirme, doblar en la esquina y volver a casa. Pero seguí manejando, no sé por qué. Desde lejos se oía la música, un vals antiguo ejecutado por un acordeón, y las luces colgaban con todos sus colores en lo alto.

Apenas traspasamos la entrada me encontré al enano. Habían transcurrido exactamente veintiún años, el tiempo que tardaba la feria en dar la vuelta completa al mundo, pero el enano estaba igual: el mismo traje, la misma edad, sin una arruga ni una cana.

—Un placer verte —me dijo, sonriendo.

—¿Se acuerda de mí?

—Claro. Nos acordamos de todos los que vienen.

Después nos hizo pasar.

Fuimos a la Casa del Terror, al Agujero del Topo, al Diván de la Locura, a la Adivinadora, al Tragador de serpientes, al Leñador del Infierno. Vimos al Hombre de Hierro doblando una barra de acero como si fuera un globo para hacer un perrito y al oso haciendo malabares con clavas y pelotas. Todos tenían la misma edad, como si el tiempo no fuera capaz de tocarlos.

De pronto empecé a sentirme mal, con una sensación rara en la boca del estómago. Me fijé en la gente que aplaudía a nuestro lado en las gradas, y que no había visto antes. Tenían peinados anticuados, ropas que habían pasado de moda años atrás. Están todos muertos, pensé, son muertos viejos que siguen a la feria de ciudad en ciudad, obligados a ver eternamente los mismos espectáculos. Me pareció ver a mi abuelo en un rincón, comiendo algodón de azúcar, y entonces me levanté y salí, en medio del espectáculo. Vomité sobre el piso de tierra detrás de la carpa.

—A todos les pasa —dijo una voz detrás de mí.

Era el enano, de pie en la oscuridad. Me miraba con algo parecido a la compasión.

—¿Qué les pasa?

—Les cuesta aceptar lo que ven —dijo el enano—. Vos ya lo entendiste, ¿no? Esta no es una feria común. Somos en gran medida una organización —buscó la palabra— religiosa. Nuestro director es una persona muy interesante, con grandes ideas, grandes proyectos. Tendrías que conocerlo.

En ese momento mi mujer y mis hijos salieron de la carpa y me preguntaron si estaba bien. Le dije al enano que tenía que irme, que había quedado con alguien para cenar, que en otra oportunidad podría conocer al director.

El enano sonrió, una sonrisa enigmática, la misma que le había hecho a mi abuelo.

—No hay problemas —dijo—. Otra vez será.

El loro que podía adivinar el futuro

1

El loro que podía adivinar el futuro te conoce y, a su modo, te ama. Conoce a tu familia, a tus amigos, a los amigos de tus amigos. Cuando la Tierra no era más que una bola incandescente de piedra derretida, el loro estaba ahí. Antes de que los hombres dieran sus primeros pasos en dos piernas, también estaba ahí, amándolos a su modo. Los sumerios grabaron su figura en vasijas de arcilla, después destruidas por los cascos de las hordas bárbaras. Los egipcios le construyeron templos secretos. El loro fue testigo de la declinación de grandes imperios, de orgías públicas, de empalamientos colectivos, de batallas donde hombres desnudos corrían sin cabeza por la tierra ensangrentada como pollos decapitados. Muchos fueron sus dueños, hablaron con él y supieron lo que vendría, pero también pagaron el precio. En 1952, los sujetos de los primeros experimentos con LSD tuvieron una alucinación colectiva: vieron a un hombre con cabeza de loro saltando los techos, y se arrancaron los ojos.

2

Andrés fue uno de sus dueños. Encontró al loro de casualidad.

3

Había muerto la mujer mayor que ocupaba la casa de la esquina, y sus

hijos sacaron sus cosas a la calle para venderlas. Querían deshacerse de todo: las repisas, la mesa, los espejos, las sillas, la cama de dos plazas, cajas llenas de almanaques y revistas viejas, cubertería de plata, ropa colgada de sus perchas. Un hombre de unos cincuenta años con camisa a cuadros leía un diario sentado en el jardín delantero. Los potenciales compradores le mostraban un objeto y el hombre les daba un precio. Si les parecía excesivo, era capaz de negociar.

Andrés, que había llegado a curiosear con el aire ausente de los sábados a la tarde, estaba por irse cuando vio la jaula encima de una repisa de madera torneada llena de objetos antiguos. Adentro, casi oculto en la sombra, estaba el loro. Un loro común, criollo, de plumas verdes algo desgreñadas. Andrés admiró las uñas largas y reptiles que salían de sus patas, el oscuro pico curvo, la lengua seca como una piedra.

—¿Cuánto me hace por el pájaro? —le preguntó al hombre.

—¿Eso? Nadie lo quiere. Lo tuvo mamá en sus últimos años. Me parece que no le queda mucha vida.

—¿Y qué come?

—Semillas de sorgo, creo. Mamá tenía una bolsa entera ahí atrás.

—Lo llevo —dijo Andrés.

Y desde ese momento fue su dueño.

4

Colgó la jaula en el patio, aprovechando un clavo que salía de la pared, y retrocedió unos pasos para mirarlo. El loro, parado sobre la barra transversal, se rascaba las plumas con el pico.

—¿No tendrás pulgas, vos? —le preguntó Andrés.

Con un movimiento complejo y lleno de elegancia, el loro descendió hasta el piso de la jaula, una plancha de chapa cubierta por diarios, y masticó algunos restos de semillas que habían quedado ahí.

—Loro —le dijo Andrés—. Decí *papa*.

El loro no habló.

Esa misma noche, Andrés averiguó en internet que los loros comían frutas, verduras y legumbres, pero también yogur o huevo duro,

incluso pescado o carne. Las semillas no eran alimento, sino el equivalente de las golosinas, y debían ser proporcionadas en cantidades ligeras, como premio por sus buenas acciones. Para enseñarle a hablar debía repetirle varias veces al día palabras simples, y así lo hizo.

—Pa-pa —decía—. Pa-pa.

O:

—Lo-ro. Lo-ro.

El loro lo miraba sin entender.

5

Andrés era una persona solitaria. No tenía amigos, y una timidez extrema le impedía el menor diálogo con una mujer: enseguida empezaba a tartamudear, a transpirar, a decir una estupidez tras otra. Pero desde que adquirió el loro se sentía responsable por él: tenía que cuidarlo, darle de comer, limpiar la caca que se acumulaba en el piso de la jaula. Cuando estaba dando clases en el colegio o pagando un impuesto, la imagen del loro acudía a su mente. No había razones objetivas para pensar en él: estaba perfecto, lo había visto esa mañana antes de salir. Sin embargo, se descubría preguntándose todo el tiempo si un gato habría entrado a su patio y devorado a su loro. Había varios gatos adultos en su cuadra, andaban por los tapiales, se los oía pelear, rodar por los techos con gran estruendo, copular con siniestros gemidos de bebé. Andrés se imaginaba que abría la puerta al regreso del trabajo y se encontraba con una escena horrorosa: plumas desparramadas en el césped, el cuerpo aún tibio cubierto de sangre. Él lo levantaría en sus manos y lo llevaría al veterinario, que negaría con la cabeza. Era inútil, su loro estaba muerto.

—¿En qué anda esa cabecita? —le preguntaban los otros profesores —. ¿Estás enamorado?

Y Andrés no mentía al decir:

—Algo así.

6

Una tarde, para asegurarse, trasladó la jaula del patio al comedor. La puso sobre la mesa y habló con el loro:

—Vos y yo vamos a ser felices juntos —le dijo.

El loro dormía.

Andrés tuvo la mala idea de meter un dedo entre los barrotes de la jaula. Apenas rozó las plumas, el loro le tiró un tarascón, y en su dedo se formó una pesada gota de sangre que empezó a gotear en los mosaicos. Andrés fue corriendo a vendarse la herida.

7

Oyó un ruido. Eran las tres o cuatro de la madrugada, y el ruido sonaba como una vieja máquina de cargar sifones: cristales chocándose entre sí, engranajes que giran, correas que se deslizan. Andrés se levantó, prendió la luz del comedor y vio que algo le pasaba a su loro: temblaba. Se sacudía, las plumas agitándose descontroladas como si estuviera a punto de explotar. Al fin se oyó un tac, seco, como el salto de un interruptor, y el movimiento se detuvo. El loro tembló un poco más, lo miró y le dijo:

—Hola.

Andrés se asustó. El loro no hablaba como loro. Tenía una voz masculina que parecía venir de su interior, un lugar muy profundo lleno de ecos.

—Hola —respondió, sin saber qué decía.

El loro miró alrededor:

—¿Dónde estoy?

No mueve el pico al hablar, pensó Andrés.

—En mi casa —dijo.

—Ah —respondió el loro.

Andrés le preguntó cómo se llamaba.

—No tengo nombre —dijo el loro.

—Podrías llamarte Loro —dijo Andrés.

—No soy un loro —dijo el loro.

—No sos un loro —asintió Andrés—. ¿Qué sos?

—Una máquina, una vieja máquina —dijo el loro.

—¿Cuántos años tenés?

—Muchos —dijo el loro—. Y por eso sé tantas cosas. ¿Querés saber un secreto?

—Sí —dijo Andrés.

—Puedo ver el futuro.

—Podés ver el futuro.

—Sí. Puedo ver el futuro. No repitas lo que digo. Puedo mostrártelo, si querés. Es fascinante, fascinante.

Andrés sintió que flotaba, que el piso desaparecía bajo sus pies.

—Tenés que concentrarte en la luz —ordenó el loro—. Mirame fijo.

Los ojos del loro eran negros, opacos, del tamaño de un punto hecho con fibrón. Pero al verlos bien uno se daba cuenta de que brillaban. Tenían un brillo… Andrés buscó mentalmente las palabras… un brillo *fantástico* en su interior. Como una galaxia diminuta y perfecta, girando con lentitud. El brillo crecía y era hermoso dejarse caer, perderse en el interior de esa luz. Andrés sintió un hormigueo en la cabeza y fue transportado al futuro.

Vio un edificio que reconoció como el colegio donde daba clases. Pero estaba cambiado: las paredes cubiertas de grafitis, los bancos destrozados y las puertas salidas de los goznes, las ventanas con rejas y cámaras de vigilancia apostadas en las esquinas. Alguien caminaba por el pasillo: era el director del colegio, un hombrecito pálido y de dedos gruesos, que se había quedado completamente calvo. La imagen le dio tanta tristeza que estuvo a punto de palmearle el hombro, pero entonces la visión se terminó.

Estaba otra vez en la galería, frente al loro. Sus ojos eran los mismos de siempre: negros, opacos, comunes.

—Es fascinante —dijo Andrés.

—Te lo dije —dijo el loro.

Después se rascó las plumas con el pico y agregó:

—Te puedo dar más si querés. Pero antes tenés que hacer algo por mí.

—¿Qué tengo que hacer?

—Una pavadita —dijo el loro.

8

Tenía que comerse una mosca, dijo el loro. Andrés pensó: si me como esa mosca habrá más luz, y la luz es buena. Así que se pasó un rato recorriendo la casa y al final encontró una pegada a la ventana del lavadero. La aplastó con un diario enrollado, miró el cuerpito tembloroso, las patas encogidas, las tripas verdes expuestas por el golpe. Se la metió en la boca con un solo movimiento, sin pensar, y la tragó ayudándose con un gran vaso de agua.

Después fue a ver al loro y le dijo:

—Ya está. Me comí una mosca.

—Muy bien —dijo el loro—. Ese es mi chico.

—¿Querés semillas de sorgo? —preguntó Andrés, entusiasmado.

—Quiero —dijo el loro.

Andrés fue corriendo a buscarlas. Las puso en un platito y dejó el platito en el piso de la jaula.

Lo miró comer, embelesado.

9

Al otro día llamó al trabajo y dijo que se sentía mal. No quería irse de su casa. Se imaginaba ladrones que entraban, hurgaban entre sus cosas y no encontraban nada de valor, pero veían al loro, lo contemplaban como él, en toda su belleza y su magia, y se lo robaban. No iba a dejar que sucediera. No era solo un loro: era el camino hacia lugares fascinantes.

Así que aseguró las persianas y puso trancas en la puerta.

Habló con el loro:

—Nadie va a entrar en esta casa —le dijo—. Nadie.

El loro le preguntó si quería más luz.

—Por favor —dijo Andrés—. Me encanta la luz.

10

Entró en la luz y vio a una niña que no tardó en identificar como la hija de unos vecinos, una nena rubia de ocho años. En el futuro, la nena había perdido a su gato y entraba al patio de una casa a buscarlo. Tenía pantalones de gimnasia y una remera con el logo de un colegio católico. La casa parecía abandonada, o habitada por gente descuidada y sucia. Michi, michi, michi, dijo la niña, entrando paso a paso. Entonces un gran perro negro salió de alguna parte y se abalanzó sobre ella. Le mordió las piernas, la tumbó sobre el piso y sus grandes dientes se hundieron en la nuca, entre el pelo rubio. Los gritos eran espantosos.

Al salir de la visión Andrés quería matar al loro, apretarle el cuello hasta sentir el crac de las vértebras destrozadas. Pero cuando iba a meter la mano en la jaula, algo sucedió. La mano quedó inmóvil en el aire, los dedos abiertos y tensos como si fuerzas invisibles los estiraran. Luego hubo dolor. Andrés sintió que las pequeñas articulaciones de sus dedos se despegaban unas de otras. Se arrodilló, pidió perdón.

—Que no se repita —ordenó el loro.

Andrés sintió que la fuerza lo soltaba, cayó boca abajo y se largó a llorar.

11

Los días siguientes fueron confusos. El tiempo se movía raro: unos minutos transcurrían con la lentitud de años, o notaba que había estado todo un día frente a la puerta, custodiando a su loro, con un gran cuchillo de cocina en las manos. Si sonaba el teléfono o el timbre, no atendía. Las llamadas no eran inocentes. Querían hacerlo salir, querían mandar emisarios y llevarse a su loro, todos conocían la maravilla de la luz, su gran poder.

Así que en algún momento se levantó y cortó el cable del teléfono con el cuchillo. Y volvió a sentarse en su puesto de vigilancia, a esperar. Un par de veces creyó oír que alguien se aproximaba a la

puerta, se escabulló como si estuviera en medio de la jungla y espió hacia fuera.

12

—Carne —ordenó el loro—. Cartílago, hueso, esas cosas. Es mi comida favorita.

Andrés salió por primera vez en mucho tiempo. Fue a la carnicería.

—Esto es bueno para los perros —le dijo el carnicero, alcanzándole una bolsa llena de pedazos de grasa, nervios, tendones, restos de tripas —. No como esa basura plástica de la comida balanceada.

—Claro —dijo Andrés, sin oírlo.

Volvió caminando rápido, casi corriendo. Llegó agitado, pero su loro estaba bien, intacto, esperándolo con impaciencia en la mesa.

—Gracias a Dios —dijo Andrés.

—Dios no tiene nada que ver con nosotros —dijo el loro.

13

Entró varias veces en la luz y vio muchas cosas fascinantes. El futuro de su barrio, de sus primos, de sus colegas en el colegio, de sus alumnos. Un animal que no existía aún, una mutación lejana en el tiempo, corriendo por el campo con sus ocho patas. Una mujer escribiendo con fibrón en un espejo. Personas con velas que bajaban de una montaña. Se vio a sí mismo con cabeza de loro. Vio el fin del mundo. Y por cada visión tuvo que pagar. Llevar a cabo pequeñas tareas fascinantes. Cortarse las uñas y guardarlas en un frasco con fecha. Dibujar a su loro en la pared del comedor. Infligirse pequeños cortes en los brazos.

Después el loro le encomendó una tarea especial: debía construir una figura de piedras en el campo. El lugar indicado quedaba lejos, en el extremo este de la ciudad, cruzando la ruta: un amplio terreno sin alambrar de pasto verde, oculto de las miradas por una larga fila de cipreses altos y espigados. El loro le mostró lo que debía hacer: las

medidas, la disposición de los elementos, la forma final, y Andrés tomó nota. En una ferretería compró una pala y un pequeño farol a gas. Al atardecer estacionó el auto en medio del campo, bajó, prendió el farol y lo colgó de una de las ramas de los cipreses. Se quedó mirando la luz amarilla del farol proyectada sobre el césped.

—A trabajar —dijo el loro.

Andrés tomó la pala y se puso a cavar.

14

En las noches, cuando el loro lo dejaba dormir unas horas, sentía los cambios. La luz lo cambiaba. Era buena, era la leche de las estrellas, lo hacía fuerte y grande, pero también tenía su precio. Andrés sentía las modificaciones en su cuerpo. Era como si los huesos de la cabeza se le estuvieran reacomodando: si se tocaba la cara sentía la presión interior de algo duro, un ser extraño pugnando por salir.

Fascinante, pensaba Andrés, mirándose al espejo.

15

Cuando terminó la zanja, el loro le ordenó que la llenara de piedras. Encontró las piedras en una cantera abandonada, como si estuvieran esperándolo. Las cargó en el baúl y las llevó hasta el campo de cipreses. Las acomodó en la zanja, de forma vertical, y las aseguró con piedras más chicas y tierra, golpeando con el mango de la pala para que quedaran firmes.

Al final retrocedió unos pasos para ver la figura. El horizonte se había aclarado por el amanecer y las piedras parecían dientes emergiendo del pasto. Andrés se acercó al farol que colgaba de una de las ramas de los cipreses y lo apagó.

El loro, parado sobre su hombro, le dijo:

—¿La ves?

—La veo —susurró Andrés—. Es hermosa, hermosa. Un diseño espectacular.

—Y eso no es nada —agregó el loro.

Las piedras se encendieron como si estuvieran al rojo vivo y brillaron en la penumbra.

16

Ahora estaba comiendo un brazo. Había sido seccionado a la altura del hombro, una mano colgando laxa de un extremo, y él lo sostenía frente a su boca como una gran mazorca de maíz. Ya no era él. La transformación estaba completa. Tenía una gran cabeza de loro sobre los hombros. Con el pico desgarraba pedazos de piel y carne y los masticaba con evidente placer.

17

Al salir de la visión, vomitó en el piso del comedor. Pensó en limpiarlo, pero se dio cuenta de que no le importaba. No le importaba nada. Miró al loro y le preguntó:

—¿Quién sos?

—El hijo de una loca y un caballo —dijo el loro.

Andrés empezó a reírse y no paró en un buen rato.

18

Esa tarde se miró en el espejo lo que supuso era un pelo encarnado, pero que al observarlo de cerca se revelaba como una pluma, verde, nueva, aún enrollada. Le dolía en la mejilla.

—Tenemos trabajo que hacer —dijo el loro.

Andrés se subió al auto y condujo por la ciudad desierta. No sabía lo que tenía que hacer, pero el loro se lo decía. No con palabras: directamente en el interior de su consciencia. Detenete acá, dijo el loro, y Andrés estacionó el auto. Había un grupo de prostitutas que fumaban y se exhibían en una esquina.

Haceles señas de luces, dijo el loro, y Andrés obedeció.

Una de las prostitutas se acercó caminando con sus altos tacos. Tenía el pelo oxigenado, muy corto, y estaba excedida de peso. Se inclinó sobre la ventanilla mostrándole el escote.

—Cincuenta oral, con globito. Setenta vaginal —informó.

Subila, dijo el loro.

—Vamos —dijo Andrés.

La mujer se acomodó en el asiento, preguntó si se podía fumar y sin esperar respuesta prendió un cigarrillo. Arrancaron.

—Hay un alojamiento sobre la ruta, podemos ir ahí —dijo.

Andrés no respondió. Le molestaba esa voz chillona, pero ella parecía con ganas de hablar. En cinco minutos hizo comentarios sobre el frío, le preguntó si era soltero y si volvía del trabajo, le dijo que el auto era lindo, después habló nuevamente del frío. Cuando Andrés tomó la ruta camino al campo de cipreses la mujer lo quiso corregir:

—No es por acá. Tendrías que haber doblado antes.

Que se calle, pidió el loro.

Andrés estiró un brazo, la tomó de la nuca y la empujó hasta reventarle la nariz sobre la guantera. La prostituta gimió y levantó la cara bañada en sangre.

—Quedate tranquila y no te va a pasar nada —dijo Andrés.

—Puto degenerado —dijo ella.

Y quiso abrir la puerta, pero Andrés la agarró del pelo y volvió a golpearle la cabeza, esta vez contra la ventanilla, hasta que se quedó quieta al fin. Desvanecida, el pelo sobre la cara, el maquillaje y la sangre de la nariz grabados sobre el vidrio.

Andrés corrigió el rumbo del auto, que se había desviado con la acción, y aceleró.

19

Ahora tenés que matarla, ordenó el loro.

—Sí, señor —dijo Andrés.

Estaban en el campo de cipreses, en medio de la figura de piedras. Andrés golpeó la cabeza de la mujer con el mango de la pala hasta que

ya no fue más que una masa de carne molida, sin forma.

—Comé, mugre —dijo el loro.

Andrés sintió la cabeza dentro de un tambor. Tenía muchísima fuerza. Cortó un brazo de la prostituta con la pala y se lo llevó a la boca. Lo sostuvo un instante frente a él y un último chispazo de racionalidad se prendió en su mente.

Ayudame, mamita, pensó.

Y desgarró la piel con el gran pico negro de su cabeza.

20

Un hombre que fumigaba en avioneta unos campos cercanos descubrió la figura, meses después. Desde lo alto, se veía como una galaxia de puntos negros sobre el césped verde recién nacido.

El hombre la sobrevoló varias veces hasta entenderla. Luego, en su casa, intentó dibujarla tal como la había visto.

Hizo varios intentos, pero al final el dibujo le quedó así:

Al tiempo se lo mostró a un amigo.

—¿Un loro? —preguntó su amigo.

—Un loro —dijo el hombre—. Hecho con piedras, en un campo. Hace un par de días fui a ver. Manejé hasta ahí, me bajé, miré las piedras. Me quedé un rato pensando a quién se le puede ocurrir hacer

algo así.

—Es raro —dijo su amigo.

El hombre se quedó callado.

—Lo raro es lo que pasó después —dijo—. Los sueños.

—¿Qué sueños?

El hombre negó con la cabeza, sonriendo.

—Sueño con un tipo con cabeza de loro.

El otro lo miró, desconfiando.

—Todas las noches lo mismo —dijo el hombre—. Un tipo con cabeza de loro, parado en el patio, llamándome. Y los ojos, muy brillantes. Me muero por meterme en esos ojos, pero también me da miedo, no sé.

Su amigo levantó los hombros y le dijo que fuera a un siquiatra. O que lo siguiera. A ver qué pasaba.

—No te quedés con la duda.

Fue su consejo.

Un par de noches después, el hombre oyó un ruido de máquina, y se levantó. Fue hasta la cocina, miró por la ventana. Ahí estaba. En medio del patio, casi oculto en la oscuridad. La gran cabeza cubierta de plumas verdes, el pico curvo reflejando la luz de la luna. Lo llamaba con una mano, como si tuviera que decirle algo muy urgente.

El hombre abrió la puerta y salió a su encuentro.

21

El loro tiene planes para mí, para vos, para tus amigos y los amigos de tus amigos. A veces es un loro y a veces otra cosa, por lo que no siempre es fácil reconocer lo que necesita de nosotros. En los pueblos, se dice: “Tiene el loro”, cuando alguien enloquece, y “viene el loro”, cuando se aproximan tiempos difíciles.

La gente de los pueblos sabe de lo que habla.

EL ASESINO DE CHANCHOS

“Dios hace sufrir a quienes ama”.

LIBRO DE JOB

Comido por las hormigas

Hay una guerra en mi barrio. Una guerra de blancos contra negros. O, mejor dicho: una guerra de *gringos* contra negros. Mi barrio se llama Buchardo, y mi casa está a dos cuadras del límite de la ciudad. Desde el techo se pueden ver los eucaliptus plantados en línea para cortar el viento y los surcos prolijos de finales de noviembre, antes de la siembra. En los setenta, mis padres vendieron a un precio ridículo las pocas hectáreas que tenían en Morteros y se vinieron para acá. Encontraron gente como ellos, parejas jóvenes con hijos chicos. Descendientes de inmigrantes piamonteses expulsados por la miseria de la Segunda Guerra. Dicen que en esa época era un barrio tranquilo, un buen lugar para criar a tus hijos. Los gringos vivían como si la guerra no hubiera terminado, trabajando de sol a sol, ahorrando centavo por centavo por si llegaba a suceder una catástrofe, almorzando de parados una lengua a la vinagreta o un mondongo al perejil. A la siesta, soñaban con sus padres, los antepasados que sobrevivían en las viejas historias y en una lengua muerta, y en el sueño los padres tenían largos bigotes y sombrero, y descansaban luego de una extenuante jornada con la azada bajo el brazo, solos en medio del campo, reyes del vacío infinito.

Y de un día para el otro, el barrio se llenó de negros. Todo cambió entonces. Había un remisero que se pasaba el día viendo tele y nunca atendía su remís. Había un taller de motos donde los muchachos se juntaban a comer asados, oír cuarteto al mango, tomar vino en caja y silbarles a las chicas. Había un galpón donde dormía una familia entera que años después empezó a engendrar niños monstruosos producto de relaciones entre primos, o entre el padre y las hijas, o

entre el tío o el padrino y las hijas. Había una vecina a la que el marido no le quería comprar un secarropas y venía todas las tardes a usar nuestro koynor. Y sus hijos, que eran chicos cuando llegaron, después se tiñeron el pelo y armaron una banda de hardcore. Se llamaba Mandala y pertenecía a la subespecie "hardcore satánico popular". Después del ensayo, los miembros fumaban en la vereda y rompían los focos del alumbrado público a cascotazos. Venía el comando radioeléctrico, la luz circular barriendo las persianas cerradas. Los miembros de la banda corrían a esconderse en las vías.

Un día empezaron los robos. Desaparecían bicicletas, equipos de música, ropa colgada de la soga en el patio. Los gringos afirmaban que eran negros que a la noche saltaban los techos y se llevaban lo que vos habías conseguido trabajando honradamente. Se metían en tu casa como animales o sombras y *manoseaban* tus cosas, tus sábanas, tus toallas, tu ropa interior, la ropa interior de tus hijas, usaban tu cama matrimonial como inodoro y se limpiaban el culo con tu cepillo de dientes, dejando en el aire su olor a negro, olor a pis y vino y reyerta. Y vendían tus cosas en los barrios de negros para comprarse vino, droga, porno, casets de cuarteto. Si un chico viene a pedir a tu casa, "¿No tiene algo que me dé?", seguro que el padre está a dos cuadras oyendo cuarteto o mirando programas de cuarteto en la televisión, y usa la plata que vos ganaste con tu trabajo honrado para comprarse vino, droga, porno, casets de cuarteto.

El caso de Salomone. Un tipo que levanta a la familia de la miseria poniendo un almacén en el garaje de su casa. Durante años, el único gusto que se da es ir al campito a jugar a las bochas. Ahí se juntan los gringos, en grupos cerrados, con las manos en la espalda, como si tuvieran un gravísimo secreto. Vos ves a Salomone en un extremo, la bocha en la mano, tomando carrera con pasos livianos y largos que te hacen pensar en animales acuáticos, garzas sobre el agua, insectos. Una noche de invierno, dos negros con una escopeta recortada entran a su almacén. Salomone no se pone nervioso, ya le han robado tres veces ese año. Se deja llevar atrás, donde la familia acaba de cenar y está mirando televisión. Los ladrones ponen a la mujer de Salomone y

a los chicos contra la pared, de espaldas, como si estuvieran en penitencia. Luego le dicen a Salomone que traiga la plata de la venta del auto. "¿De qué auto?", pregunta Salomone. "No te hagás el pelotudo", dicen ellos. Salomone no sabe de qué están hablando. El único auto que tienen es un Fiat 600 que han dejado afuera al empezar el almacén, y que con los años se ha vuelto inutilizable por la lluvia, las cagadas de pájaro y las hojas de fresno. Pero los tipos insisten: "La plata del auto, la plata del auto". Salomone señala una lata de leche en polvo en la alacena. Adentro hay un rollo de billetes sujetos con una gomita elástica. Tienen olor a leche y suman mil seiscientos pesos y monedas. Los tipos se ríen. "¿Qué es esto?", le dicen, "buscá la plata del auto". "No sé de qué están hablando", dice Salomone. Los tipos lo hacen arrodillarse en el piso y le ponen el caño en la nuca. "¡No hay ninguna plata la puta que los parió!", grita Salomone. Se oye un disparo. Por un momento, todos se quedan sordos. Cuando uno de los chicos se da vuelta, los negros han desaparecido y Salomone está en el piso, la cabeza en un charco de sangre.

En esa época, papá consigue un revólver. Un 38 corto, usado, sin papeles, de un expolicía al que le dicen el Choclo porque tiene la cara poceada por la viruela. A veces vamos al campo de Suárez, un amigo de papá, ponemos una latita de Coca en el poste del alambrado y le tiramos. El barrio entero cambia en esa época. Se ponen rejas en ventanas y puertas. Se compran perros policías, rottweilers, dogos argentinos. A las ocho la gente está encerrada en su casa con las persianas bajas. Todo tiembla. Las noticias viajan haciendo temblar los cables eléctricos. Ancianas violadas y asesinadas, niños violados, bebés tirados a la basura. Los abuelos, que hace mucho vinieron del campo, oyen los cables vibrar por las noticias y tiemblan. Miran Crónica, Canal 9, TN. Dicen: "Este es otro mundo". Dicen: "Esto no es *natural*". Se ponen alarmas, se contratan servicios de vigilancia. Las madres escuchan las sirenas de las ambulancias, los silbidos altos y angustiosos, y tiemblan pensando en sus hijos allá afuera, como ovejas en la oscuridad.

Mamá era peronista porque Eva le regaló su primera muñeca de

trapo, desde el tren, cuando pasó frente a su pueblo. Papá era peronista porque mi abuelo era peronista. Mi abuelo empezó siendo peronista, pero en esta época era menemista, y había sido peronista porque un radical, cuando era joven y vivía en el campo, le pidió prestada un hacha y nunca se la devolvió. Él decía que los negros eran el fin del país. Trabajó hasta los ochenta años en su taller, afilando cuchillos y tijeras que le llevaba la gente del barrio. Yo iba con los Tramontina de casa y me quedaba viendo la rueda giratoria, las chispas que saltaban del metal. Era un viejo loco, con un gran amor por la vida. Después se enfermó de los riñones y lo internaron. Nunca había dormido en un hospital, y estar ahí lo deprimía mucho. Bajó como veinte kilos en un par de meses. Con mi familia nos turnamos para acompañarlo y yo fui a pasar una noche con él. Llevé un fajo de revistas *Nippur* que casi no miré porque había un televisor empotrado en una esquina. Después de cenar apagamos la luz y me puse a dar vueltas en la cama, inquieto, sintiendo crujir el plástico que envolvía el colchón.

Mi abuelo se rascó la mejilla, se acomodó y dijo: “Mirtha. Mirtha, vení para acá te digo”.

Una noche entran a casa. Estoy casi dormido cuando oigo un ruido que me pone los pelos de punta. El ruido de una baldosa floja en el patio, una baldosa que suena como una botella descorchándose. Tengo doce años y voy hasta la pieza grande y sacudo a papá varias veces hasta que se despierta. Le digo que hay alguien afuera y papá se lleva el dedo a la boca para que haga silencio, saca el calibre 38 de la mesa de luz, abre la recámara y lo carga. “Se quedan quietos”, dice antes de salir de la pieza con el caño apuntando hacia arriba. El perro de la vieja Lario, un perro chiquito con la mandíbula torcida, empieza a ladrar desde el patio vecino. Otros perros en otros patios le responden y de pronto parecía que todos los perros del barrio y de la ciudad y del mundo ladraban al mismo tiempo. Espío por la persiana, pero no se ve nada y mamá me dice que salga de ahí. Me siento en la cama. Nos quedamos esperando. Imagino que los ladrones van a entrar en cualquier momento por la puerta de la pieza, van a atarnos las muñecas con alambre y van a violarnos por turno. Entonces se

escuchan talones corriendo sobre las baldosas, una puteada y, un segundo después, un tiro. Mamá se lleva la mano a la boca.

"La puta madre que los parió", dice papá. "Me parece que le di a uno". Tiene los pies descalzos llenos de pasto y un costado de la pierna izquierda con un manchón verde.

"¿Qué te hiciste?", le pregunta mamá.

"Me caí por allá, me hice mierda", dice él.

Después me pide que lo acompañe. Buscamos la linterna y vamos a ver. Cruzamos el patio de baldosas y salimos al patio de césped. No hay luna y todo está muy oscuro. "Quedate acá", dice papá. Todavía tiene el revólver en una mano. Va hasta los frutales y barre el piso con la luz de la linterna. Encuentra el cuerpo enseguida, cerca del árbol de mandarinas. Se acerca, lo toca con el pie.

Después me llama y recogemos las cosas que el tipo se estaba llevando, tiradas en el pasto. Un par de Adidas blancas de papá, un cinto de cuero, unas pinzas y unos destornilladores de la caja de herramientas. "Hacerse matar por estas porquerías", dice papá. Lo repite muchas veces.

Dejamos las cosas adentro y papá me pide ayuda para levantar el cuerpo. Lo agarra de las axilas y yo de los pies y lo entramos cruzando el patio de cemento hasta la galería. Lo dejamos sobre las baldosas, bocarriba, con sumo cuidado, como si pudiera romperse. "Dios querido, Dios querido", dice mamá. Está en camisón. Nos quedamos mirando al tipo, el corte a la cubana, las zapatillas caras, el tatuaje de la virgen del Perpetuo Socorro en el brazo.

"Andá a buscar una frazada", dice papá. Pero no sabemos a quién le habla y por un rato ninguno hace ni dice nada.

A la hora llega la policía. Un tipo grande, canoso, de ojos claros, con saco y corbata, y uno más joven de uniforme. Papá les ofrece café y el más joven le dice que podría ser un cafecito. Papá lo prepara. El policía canoso dice que los vecinos han oído un disparo y papá responde que también lo oyó y que por eso estamos despiertos. Los policías le preguntan si tiene idea del lugar de dónde provino el disparo y papá dice que a lo mejor del techo o del campito a la vuelta,

que acá siempre se oyen disparos, que él dio una vuelta con la linterna y no vio nada. Los policías le preguntan si pueden pasar al patio. Papá los acompaña. Al rato vuelven. “Muy bien”, dice el canoso. “Cualquier cosa nos llama, eh”. “No hay problema, oficial”, responde papá.

Uno de los hijos de Salomone estudió Ingeniería en Sistemas y tiene su propio negocio de computación. Otro, el de mi edad, se volvió completamente loco. Era un chico alto, con el pelo naranja como una zanahoria, que usaba pantalones militares, esos pantalones con muchos bolsillos a los costados, y tenía tatuajes en la nuca, la espalda y los brazos. Uno de los tatuajes estaba en chino y nadie sabía lo que significaba. Otro era el dibujo de un puma. El hijo de Salomone estaba todo el tiempo buscando pelea. Nadie podía mirarlo a los ojos y salir ileso. Su lugar preferido era el baile de los Bomberos Voluntarios. En el gigantesco salón tocaba Trulalá, Chébere, la Mona. El hijo de Salomone se emborrachaba y buscaba pelea. Pero no sabía pelear, nunca había peleado, y terminaba en el hospital con los dedos entablillados, puntos de sutura en alguna parte del cuerpo y la nariz quebrada. Cuatro veces le quebraron la nariz. La madre le decía: “¿Qué hacés hijito? ¿Qué buscás?”. El hijo de Salomone miraba por la ventana sin responder. Y el fin de semana siguiente empezaba de nuevo. Con el tiempo fue aguantando más los golpes, se fue endureciendo, no sé muy bien cómo decirlo, parecía incluso más alto y tardaban mucho más en tumbarlo. Empezó a ganar peleas, y con eso el respeto de todos. Hasta que lo agarraron a la salida del baile y le dieron tres tiros en la cabeza.

Cuando el abuelo murió, la abuela se mudó a su habitación (dormían en piezas separadas), descolgó el retrato de Evita que había en la cabecera de la cama y lo revoleó al taller taller donde el abuelo afilaba los cuchillos. Tiró a la basura sus lociones y sus peines. Envolvió la ropa y los zapatos en bolsas de consorcio para la iglesia. Yo estaba casualmente ahí y le pregunté: “¿Quién es Mirtha?”.

Mi abuela me miró. Siguió doblando la ropa.

“Una negra que andaba con tu abuelo”, me dijo. “La dueña de un bar”. Después me contó que una vecina había visto el Peugeot 404 gris

estacionado todas las tardes frente a la casa de la tal Mirtha. “Tu abuelo se gastó en negras toda la plata. Cuando se enfermó yo tuve que poner de mi propia jubilación. No tenía un centavo. Ahora se murió y dejó de traerme preocupaciones”.

Le pregunté si podía quedarme con una campera del abuelo y me la hizo medir. Nos miramos frente al espejo del ropero.

“Chanta”, me dijo, “tenés el mismo cuerpo”.

Mucho tiempo después, me enteré de que Mirtha apareció en un programa evangelista de la medianoche. Mamá lo encontró haciendo zapping en uno de sus repetidos y desesperantes insomnios. Conocía a Mirtha porque a veces le compraba chorizos secos para armar la picada del bar, incluso se había enterado de lo de ella y el abuelo, y verla ahí, a las dos de la mañana, la impactó. Mirtha estaba bien peinada y maquillada, y parecía tan tranquila y segura de sí misma que mamá pensó un segundo en recurrir a los evangelistas para mejorar un poco nuestras vidas. Pero eran ideas del insomnio que a la luz del día parecían ridículas. Sentado frente a ella había un pastor brasilero. Mirtha dijo a las cámaras que su esposo estaba lisiado, que su hijo se drogaba, que su hija había quedado embarazada y no sabía quién era el padre. Contó que un domingo había planeado tirar veneno para ratas en la salsa de los ñoquis para matar a toda la familia. Pensaba que solo así iba a encontrar un poco de paz. El pastor le explicó que en ese momento había estado poseída por un espíritu diabólico. Le dijo que los síntomas de la posesión eran el cansancio, el estrés, el insomnio, oír voces o ver figuras en el aire, recibir la visita de animales desconocidos. El pastor tenía un fuerte acento brasilero, como si hubiese bajado del avión el día anterior. Mirtha dijo que había tenido todos y cada uno de los síntomas. Casi al final agregó que, en ese momento, cuando tenía el veneno para ratas en la mano, no era *propiamente* ella.

“No podés decir una palabra de todo esto”, dice papá. “Si se te llega a escapar algo, tu mamá y yo podemos terminar en la cárcel por defender nuestra casa y a vos te va a criar una familia sustituta”.

“No voy a decir nada”, digo yo.

Entonces me cuenta que a la mañana siguiente, mientras yo estaba en el colegio, sacó el bulto cubierto por una frazada con varias vueltas de soga plástica que la noche anterior habíamos escondido en el lavadero, bajo un montón de ropa sucia, y lo cargó hasta el baúl del auto. Que sacó el auto y manejó hasta el campo de Suárez. Que junto con Suárez llevaron el bulto hasta la franja de eucaliptus centenarios, a través del campo de tierra arada, y que los teros se levantaban a su paso, y que, a la sombra de los altos árboles, con una pala honda y una de hoja ancha, trabajando por turnos, él y Suárez hicieron un pozo. Que tardaron más de dos horas en cavar el pozo con las dimensiones necesarias. Que era un pozo vertical, no horizontal, y que el bulto quedó parado en vez de acostado en el fondo del pozo. Que luego cubrieron el pozo con tierra y se fumaron un cigarrillo. Que volvieron al galpón de Suárez y se lavaron los brazos y que mientras tanto uno de los peones había armado una picada con salame, queso, pan, lengua a la vinagreta, vino y soda. Que comieron de parados.

La leyenda: hubo un tiempo en que se podía dormir con las ventanas abiertas. Un tiempo de paz. Las cigarras cantaban en los atardeceres de verano. Había luciérnagas sobre el pasto recién cortado, guiando a los viajeros. Mi abuelo era joven y en los meses de sequía tenía que llevar a las vacas a pastar cerca de la laguna Mar Chiquita. Era un viaje largo, lleno de aventuras y dificultades. Dormían bajo chapas de zinc, comían charqui, armaban balsas para cruzar el río. Una vez, a la altura de Morteros, mi abuelo detuvo el caballo y se bajó para mear. Se metió entre unos pastos altos, se bajó la bragueta y cuando estaba por largar el chorro lo vio. El chorro se le cortó de golpe.

A sus pies, había un hombre sentado. Un hombre con el pellejo seco. Las hormigas le salían por la boca y los ojos. Mi abuelo contaba esa historia y siempre se detenía en el mismo detalle. Decía que las hormigas, hormigas negras y chiquitas y furiosas, le habían devorado la carne, los órganos e incluso la ropa, pero habían dejado intactos los genitales. El pito y los huevos. Mi abuelo se quedó mirándolo un rato. Después orinó, se volvió a subir al caballo, le pateó las costillas y siguió la marcha. Esa noche iba a dormir a la intemperie, envuelto en una frazada, con las botas detrás de la cabeza, mirando las estrellas

cargadas de leche.

Estoy en el patio. Miro los árboles frutales, el pasto, los geranios y las margaritas contra la pared. Me agarro del borde del tapial y subo. Hago equilibrio con los brazos abiertos hasta llegar a la zona donde el techo se une al tapial, y entonces me subo al techo. Miro el patio desde arriba. Después, ayudado por una saliente de cemento, me subo al tanque de agua. Me quedo sentado en el borde del tanque mirando el campo de Suárez. Los eucaliptus viejos y altos como una mancha imprecisa en el horizonte.

Hace unos años fuimos al bar de Mirtha con unos amigos. En la única mesa ocupada había un tipo medio dormido mirando una pelea en la televisión y tomando vino con soda. Desde la cocina, cubierta por una cortina de tela floreada, llegaba el olor y la crepitación de milanesas fritas. Una chica gorda que debía ser la hija o la nieta de Mirtha nos vino a atender. Mis amigos pidieron cerveza y yo un fernet. Tomamos mirando a un puertorriqueño y un norteamericano pelear por cinco rounds. Después, de una sola trompada, el puertorriqueño tumbó al norteamericano y el árbitro vino y le levantó la mano. El puertorriqueño se largó a llorar de la emoción. Cuando terminamos, me acerqué a la barra y la chica gorda llamó con un grito a Mirtha para que viniera a cobrarme. Se corrió la cortina de tela. Vi entrar a Mirtha. Camisa con hombreras, el pelo blanco, la piel suave de los viejos. Quince pesos, me dijo. Le di un billete de veinte y se quedó mirándome.

Después me dio los cinco pesos del vuelto y desapareció detrás de la cortina.

El asesino de chanchos

Yo no tenía trabajo, ni una familia que pudiera considerar como propia, ni domicilio fijo. Tenía la seguridad de estar atravesando la época anterior a un gran advenimiento, un salto que yo y los que me acompañaban estábamos a punto de dar. Hacía unos meses me había ido de casa. Todo era un desastre. Mamá estaba enferma, pero no le quedaba otra que ponerse a vender café, facturas y criollos en la vereda de un hospital público, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. Todos los días lo mismo. A la madrugada llenaba dos termos azules de café y pasaba por la panadería a comprar facturas y criollos todavía calientes. Mi hermano menor la acompañaba.

Mi hermano era gordo y problemático. Lo habían echado del Sarmiento por mala conducta. Hacía un par de meses, en el segundo recreo, le había pegado a un compañero. Creo que si la maestra no sale al patio mi hermano lo mata e incluso se lo come. Tuvieron que hospitalizarlo con fractura de cráneo y dos dedos entablillados. Mi hermano no quiso decir por qué lo había hecho, por más que lo interrogamos hasta cansarnos, pero le contó a la sicóloga que Víctor lo gastaba todos los días por el tema de su peso. Incluso frente a los maestros le decía "gordo alcancía, pasame el Liquid Paper" o "montaña de lípidos, es más fácil saltarte que pasarte al lado", y cosas así, y mi hermano —que el fondo es un pan de Dios, una persona incapaz de herir a un insecto— un día se cansó. Cuando los separaron tenía las manos llenas de sangre y estaba llorando. Como no iba más al colegio, papá se lo quiso llevar a trabajar con él, pero mamá se negó rotundamente y se lo puso bajo el ala. Decía que papá era una mala influencia.

Y tenía razón. Papá tiene más de cincuenta años y nunca logró

mantener un trabajo. A él también lo echan de todos lados, por ausentismo, por ir borracho o porque se distrae y hace mal las cosas. En esa época su trabajo consistía en repartir zapatillas. Iba y venía por los pueblos de la zona con el asiento trasero del Duna lleno de cajas. Compraba las zapatillas en unos galpones de Córdoba, a unos tipos que a su vez las compraban en la Triple Frontera, y eran de las que imitan a marcas como Adidas o Nike, con un diseño idéntico y una ligera variación en el nombre, casi imperceptible para alguien que estuviese distraído: "Ardidas", "Mike", cosas así. Se vendían bastante bien. Mi papá las distribuía en Villa del Rey, en Devoto, en Toro Seco, en Arroyito, en La Francia. Después almorzaba en parrillas al costado de la ruta, casi siempre unas costillas con ensalada de tomate y cebolla, y volvía al anochecer o —si no llegaba a tiempo— directamente se quedaba a dormir en pensiones o piezas que algunas familias conocidas le alquilaban. Siempre contaba cosas de los lugares donde se quedaba. Que tal cuerneaba a tal, o que tal otro iba de putas, y así. Cosas graciosas. Había una mujer que no podía tener hijos y tenía un mono del monte chaqueño en su casa. Un pequeño mono pelado. Lo llevaba a hacer las compras sobre su hombro, iban juntos a la verdulería, a la carnicería, al almacén, y el mono gritaba y les tocaba las tetas a las mujeres. Un día se escapó y anduvo por los cables eléctricos. Los bomberos trataron de rescatarlo subidos a esas escaleras altísimas, pero al final el mono tocó dos cables y se achicharró.

Hacía dos años que papá se había separado de mamá, pero cada tanto llamaba a sus hijos por teléfono para tomar un helado, una cerveza o un café, dependiendo de la época del año. Cuando me fui, hacía mucho que no sabía nada de él. Porque el preferido de papá era mi hermano mayor, Gonzalo, y en esa época Gonzalo estaba en Catamarca, donde había tenido un hijo. Mi casa no era un buen lugar para vivir. Y una madrugada armé una mochila y me fui. No dejé ni siquiera una nota.

Me fui a la casa de una amiga que se llamaba Mara y diseñaba ropa para animales. Tenía una buena clientela en las veterinarias chics de la ciudad, también llamadas "clínicas para mascotas". La casa donde vivía era modelo años treinta, techos altos, habitaciones conectadas de forma intricada y laberíntica, un desván, una galería, piezas menores

que no sirven aparentemente para nada. Había perros y gatos por todos lados, viviendo en pacífica armonía, como en esos folletos de los Testigos de Jehová donde el león duerme al lado del cordero. Había una iguana que se llamaba Joaquín. Había dos hámsteres en una pecera de vidrio, y un tercero que se había escapado y cada tanto reaparecía en los lugares más inexplicables. Había un canario en una jaula inmensa. Mara vivía sola (su abuela le dejó la casa al morirse), amaba a los animales y había utilizado ese amor para algo útil. Sus diseños, cosidos o tejidos, eran confeccionados *especialmente* para cada animal, y tenían en cuenta no solo las medidas sino también el temperamento (Mara hablaba de "energía", pero yo no creo en esas cosas). Hacía vestidos, chombas, bufandas, pequeñas gorras de lana. Había cursado un par de años del profesorado de Arte en un terciario local, y tenía buen gusto para la composición. Además, es la persona más dulce que conocí en mi vida. Cuando le toqué el timbre, una noche muy fría de principios de julio, sin plata y con la nariz colorada como un tomate de quinta, me abrazó y me hizo pasar y calentó unos zapallitos rellenos.

En su casa siempre podías encontrar música étnica, mates amargos y tucas de marihuana. Era una casa, como dijo ella alguna vez, con reglas propias. Si uno atravesaba el umbral, sabía que el mundo de los adultos, el mundo que le habíamos visto hacer a nuestros padres, ese mundo lleno de tristeza y frustración y sexo sin ganas y agonía, quedaba atrás, por lo menos por un rato. Había una foto de Cortázar en la cocina, una gran foto pegada con chinches a la pared donde Cortázar todavía no tenía barba, pero sí un sobretodo gris, y se apoyaba en un puente seguramente parisino y el viento le desordenaba el pelo como si estuviera soplando dentro de la foto. Había libros de Galeano, de Benedetti, de Alejandro Dolina, de historia latinoamericana. Y había visitantes ocasionales tirados en el sofá frente al televisor o en bolsas de dormir en distintos puntos de la casa. Gente de paso a la que todas sus posesiones le entraban en una mochila. Llegaban sucios y cansados y hablaban de los semáforos donde habían tenido que hacer malabares con clavas y pelotas de tenis, de unas rutas extrañas y de lugares paradisíacos, y se sentaban a hacer sus artesanías en alpaca y comentaban de piedras como el

topacio o el lapislázuli, y hablaban de Venezuela y de Uruguay y de Bolivia, sobre todo de Bolivia, de lo que estaba pasando en Bolivia y en tantos otros países donde creían vislumbrar una esperanza, y escuchaban Manu Chao y bailaban y salteaban vegetales y estaban quietos y tranquilos pero incómodos, porque les picaba el bichito del viaje. Su estado natural era el movimiento. Yo siempre me encuentro gente así. Gente reunida alrededor de un fuego, mirando el fuego con ojos brillantes. En casa de Mara todos tenían lugar.

Aunque había algunos que se aprovechaban. Los uruguayos, por ejemplo. Mara me dijo que ya la habían cansado. Hay que ser especial para cansar a alguien como ella. Unas verdaderas ratas, si tengo que ser sincero. Los tipos dormían hasta las doce, se levantaban con el olor de la comida, devoraban todo, se fumaban un porro y volvían a dormir, sin lavar los platos ni levantar la mesa. Tuvimos que pedirles amablemente que se fueran y encima se hicieron los ofendidos.

Cuando se fueron, adquirí la costumbre de levantarme muy temprano, a eso de las seis de la mañana. Me despertaba el canario que a esa hora cantaba como loco. Desayunaba café y tostadas y salía a pasear un par de perros, esquivando a los hippies que dormían en el piso. Siempre elegía un perro distinto, aunque tenía una preferida, una bretón de siete meses que se llamaba Lucía y era tremendamente cariñosa. La llevaba a ella y a otro, elegido al azar. Mara me tenía confianza desde el incidente con Uruguay y me había dado un juego de llaves. En esa época aprendí a disfrutar de la madrugada. Algo que nunca me había pasado, porque siempre fui una persona nocturna. Pero la madrugada es la mejor hora. Las luces de la calle se acaban de apagar y el aire está oscuro, pero en el cielo ya es de día. Me cruzaba con obreros que iban al trabajo en bicicleta, con chicos de guardapolvo que se paraban para acariciar a los perros. Después caminaba hasta la vieja estación de trenes abandonada, el puente de hierro, alambre y madera que cruza las vías. Era mi lugar preferido. Podía pasarme una hora mirando los trenes cargueros. A veces, en los bancos abandonados, encontraba a un tipo durmiendo, envuelto en un montón de ropa sucia y tenía que sostener a los perros para que no se le fueran encima. Y a veces, de uno de los vagones emergía una mujer con un balde y se ponía a colgar ropa en una soga. Mientras tanto,

dejaba a los perros correr por el pasto. Cuando el sol me calentaba la cabeza, los llamaba con un chiflido y nos íbamos a casa.

Una vez se tardaron mucho en venir y bajé a buscarlos. Me metí entre los yuyos brillantes de rocío. Cuando llegué vi que husmeaban un bulto que resultó ser el cuerpo de una mujer. Estaba bocabajo con el pelo largo y oscuro sobre la cara, polera gris y pantalones de gimnasia. Se lo conté a Mara y ella me dijo que en las vías siempre se encontraban cosas horribles, una vez unos chicos habían encontrado una pierna de alguien que se había tirado debajo del tren. Pasaba mucho. ¿Qué pasaba? La gente se tiraba debajo del tren. O el tipo que tenía que bajar las barreras se emborrachaba y un auto cruzaba las vías y era arrastrado y convertido en una masa amorfa de hierros retorcidos. En los días siguientes busqué en las noticias policiales del diario local alguna mención sobre la mujer muerta. Nada. Mara me dijo que seguro era un suicidio. Los suicidios no salían en el diario, por precaución y miedo al contagio. Lo que sí encontré fue un artículo sobre el Asesino de Chanchos. Y luego encontré *muchos* artículos sobre el Asesino de Chanchos: "EL ASESINO DE CHANCHOS ESTARÍA PRÓFUGO". "ENCUENTRAN MIEMBROS HUMANOS EN EL ALJIBE DEL ASESINO DE CHANCHOS". "SIGUEN LAS PERICIAS ALREDEDOR DEL CASO DEL ASESINO DE CHANCHOS". "UN CLIENTE DECLARA: ME OFRECIÓ UNA PICADITA CON SALAME Y LENGUA A LA VINAGRETA. AHORA NO SÉ QUÉ COMÍ".

El Asesino de Chanchos vivía sobre una ruta en desuso: la vieja 9 que va a Rafaela. Tenía clientes fijos, algunos carniceros, y ocasionales que eran recomendados por otros clientes, alguien que necesita un chancho para un 24 de diciembre o un cumpleaños. Se llamaba Belisario Amaya y usaba un gran delantal de hule y botas de goma para evitar mancharse con la sangre. Uno de los clientes habituales había ido a verlo para comprarle un chancho. Estacionó en el patio de tierra delantero y estuvo golpeando las manos sin obtener respuesta. Rodeó la casa y entre las chapas y las baterías podridas de atrás encontró un tacho de doscientos litros lleno de moscas. Era el tacho donde Amaya guardaba pedazos de chancho para dárselos a los perros, pero cuando el cliente espantó las moscas distinguió algunos miembros humanos, brazos, piernas, órganos rosados. El cliente vomitó al lado del tacho, luego escuchó un ruido y corrió hacia el auto y vomitó mientras corría. La policía llegó tres horas después. Cercó la zona,

llamó a los forenses. Dos de las víctimas del tacho se identificaron. Vivían lejos y se creía que el Asesino las había adormecido en su lugar de origen y las había cargado en el Rastrojero donde transportaba los chanchos. Una adolescente de catorce años que se llamaba Judith Gonzaga, estudiaba en el colegio San Martín y daba catequesis a un grupo de chicos los sábados en la mañana. Y un cliente habitual que se llamaba José Novello y tenía campos cerca de Quebracho Herrado. Con Mara empezamos a seguir los detalles del caso día por día, en la tele y en el diario. Nos imaginábamos al tipo escondiéndose en casas abandonadas o cambiando de identidad como en esas películas de fugitivos que dan los sábados a la tarde. A mí me generaba más intriga que a ella, y por alguna razón me alegraba que no lo encontraran. El Asesino era una especie de héroe para mí.

Llamé a casa y me atendió mamá. La oí sollozar y le dije que estaba bien, que no se preocupara. Me preguntó dónde estaba, le dije que no era importante. Se quedó callada. Le pregunté cómo estaban. Me dijo que papá seguía con el reparto y que ella y mi hermano menor trabajaban todas las mañanas y que mi hermano mayor había vuelto. ¿Gonzalo? Sí. Había vuelto con un lado de la cara como de color verde, porque la novia le había encontrado un mensaje de otra chica en el teléfono y le había pegado con el taco del zapato. Ahora se había mudado a nuestra vieja pieza adolescente y, según mamá, se dedicaba a hacerles los mandados a las viejas del barrio y a juntar las moneditas de los vueltos para comprarse tetrabriks de vino Toro. Se encerraba en la pieza y tomaba el vino y apilaba las cajas. A veces se meaba encima y no se daba cuenta. Iba a tomar mates a la casa de mi abuela (que vive a una cuadra) y mi abuela le preguntaba: ¿Qué es ese olor?, y abría las ventanas. A veces, le contó a mamá, se veía a sí mismo con cara de gorila, incluso se tocaba la cara y sentía la piel granulosa y como plastificada de los gorilas. Después se iba a dormir y se levantaba de lo más bien, pero la semana anterior había roto con un martillo todos los espejos de la casa, el espejo del baño y el espejo del comedor y el espejo anaranjado con el que mamá se depilaba sentada en el patio.

Llegaron unos porteños. Llegó un norteamericano que se llamaba Ted y todos empezamos a hablar en inglés, el inglés ridículo que sabíamos de las películas y las canciones. Un venezolano que había recorrido Latinoamérica nos pegó el "tú" en vez del "vos". Decíamos: "¿Tienes una tuquera?" O: "¿Crees que va a llover esta noche?". Después llegó una pareja chilena que el norteamericano había conocido en el desierto de Atacama. El norteamericano había estado en Europa, en África, en la India, y decía que el desierto de Atacama era el lugar más metafísico que había conocido en su vida, porque la mente no tenía donde reposar, los pensamientos no podían consumirse y era enloquecedor. Nos pasábamos largas noches fumando y hablando de lugares exóticos y de lugares que lo cambiaban a uno, de lugares mágicos, de lugares horribles. Yo nunca había viajado. Apenas conocía las sierras de Córdoba. No me había subido a un avión, ni había visto el mar. Así que esos relatos me parecían leyendas del fin del mundo y después de escucharlos no podía dormir, salía al patio y si hubiera estado solo hubiera gritado. Una mañana, de golpe, se fueron todos. Con Mara nos miramos un poco como esas parejas que organizan una cena y al final se preguntan para qué, si lo único que queda son platos sucios.

Cuando terminamos de limpiar la casa y nos sentamos a tomar un té, Mara me contó que a veces soñaba con su vecino. El del almacén. Se llamaba Horacio y el almacén estaba justo a la vuelta de su casa. Yo había ido un par de veces a comprar salsa de tomate para nuestros gigantescos guisos. En el mostrador había una mujer con los brazos muy gordos que siempre se estaba quejando del marido. Y sentado en una punta del negocio, o caminando por la vereda, estaba Horacio. Un tipo muy alto, de casi dos metros, con grandes gafas negras de carey que trataban de disimular una cicatriz en la cara. Caminaba con paso irregular, el pie derecho describiendo una elipsis antes de asentarse. Antes del almacén Horacio tenía una sodería, y la explosión de un sifón le había volado parte de la cara. Mara lo conocía de cuando iba a visitar a su abuela, era una nena cuando lo veía levantar los cajones o las garrafas sin esfuerzo, y con eso soñaba ahora, con que Horacio

estaba otra vez joven y sano fumando un cigarrillo, charlando, prendiendo la complicada máquina con la que se cargaban los sifones. Al despertar sentía tristeza y angustia, un vacío de color neutral en el que estaba sola y arrodillada, o en el que alguien más chico que ella (y que era ella) se arrodillaba en su pecho. Dijo eso y se largó a llorar. La abracé. Nos desnudamos, hicimos el amor. Todo era justo, todo era bueno, todo podía pasar. Todo *tenía* que pasar así. Desde esa tarde estuvimos haciendo el amor por lo menos tres veces por día, en distintos lugares de la casa. No hablábamos del tema. Al terminar, nos poníamos a ver una película y fumar. Los platos empezaron a acumularse en la bacha. Había una montaña de bolsas de basura en el comedor. Los perros vestidos nos venían a mirar mientras cogíamos en el piso (o en la mesa, o en la ducha) y volvían a su lugar, decepcionados. El canario estuvo dos días sin comer, y casi se muere, así que con Mara decidimos soltarlo. Fuimos desnudos al patio, dijimos unas palabras de despedida y abrimos la puerta de la jaula.

Y el Asesino de Chanchos seguía sin aparecer. A veces yo salía a tomar un poco de aire fresco y compraba el diario y buscaba en los policiales noticias relacionadas. Ofrecían una recompensa de quinientos mil pesos para el que pudiera brindar información fidedigna. Un tipo salió diciendo que él era el Asesino, que había matado y comido a más de veinte personas, pero después se comprobó que estaba medio loco y quería darse importancia. Mara tenía la hipótesis de que Amaya se había fugado del país. Yo creía que no. Su sed no había sido saciada. Estaba por acá, dando vueltas. En cualquier momento podía abrir la puerta con el delantal de hule y un gran cuchillo de carnicero. Rezábamos para que no lo agarraran. Estábamos seguros de que el gobernador no iba a dejar semejante estrella en su currículum, y Amaya se iba a terminar “suicidando” en la cárcel. Una mañana llegué con el diario y había una pareja de neuquinos. El chico tocaba la guitarra mientras la chica le hacía las trenzas. Dejé pasar el momento y a la noche le pregunté a Mara por qué les permitió entrar en nuestro Edén privado. Se quedó mirándome y después dijo que, si seguíamos así, cogiendo todo el día y leyendo el diario en la cama, íbamos a terminar comprando un lavarropas o esa clase de cosas, y no lo quería para nosotros. Después me acarició la cara y me besó y debo

haber estado muy sensible porque me largué a llorar. Pero todo fue muy hermoso, como siempre con ella. Le pregunté si podíamos hacer el amor por última vez, como para despedirnos, y negó con la cabeza. Era una pésima idea, de verdad.

Después se me ocurrió otra idea. Me voy, le dije. ¿Adónde? Adonde sea. No conozco nada, así que me da lo mismo. Me voy a Bolivia, a Venezuela, a Colombia. Voy viajando, paro en cualquier lado, consigo un trabajo en un bar. Si el pueblo me gusta, me quedo. Si no, sigo camino. Sin posesiones, sin amigos, sin una vida estable. Al otro día me levanté muy temprano y armé la mochila y me fui sin saludar ni dejar una nota. Me paré al lado de la ruta, me puse a hacer dedo y un camión me levantó y me llevó hasta Arroyito. Entré a una estación de servicio a tomar un café. Abrí el diario y vi que habían agarrado al Asesino. Estaba en Río Cuarto, en la casa de su hermana, tomando mates y viendo la novela de la tarde. No opuso resistencia. Declaró que lo suyo era un acto de justicia. Sentí que se había cerrado una etapa de mi vida. Algo que no tenía vuelta atrás. Pagué el café y salí de la estación.

El arquero

Marcos tiene treinta años y está deprimido. Se despierta a las once de la mañana y se queda mirando el techo, buscando una razón para levantarse. Después hace una lista. Diez razones para empezar el día de hoy. Ninguna lo convence, pero estuvo tanto tiempo mirando el techo que ya no tiene sueño y de todas formas se levanta. Hace dos pasos y ya está exhausto, como si hubiera recorrido grandes distancias mientras dormía, cuando la verdad es que estuvo descansando tranquilo, sin sueños, como un cachorro o un bebé.

Y de noche es peor. Se imagina que va a quedar planchado apenas se acueste, pero a los quince minutos está lúcido como una brasa viva, y prende la televisión, se sirve un vaso de leche y mira hasta el final una película de Chuck Norris, en la que Chuck tiene que salvar a sus antiguos compañeros de guerra que siguen prisioneros en un campo de concentración. La cámara los muestra: viven en condiciones infrahumanas, metidos en un pozo cubierto con una reja de bambú, alimentándose de gusanos. Allá va Chuck en helicóptero a liberarlos. Pero ni su capacidad para el combate o el acecho, o su ametralladora de tambor giratorio, capaz de disparar más de cien balas por segundo a distintos vietnamitas, petisos y pálidos como monos orientales, puede sacar a Marcos de su angustia.

Uno de los motivos es Micaela. Le dijo: Estuve con Aldo. ¿Qué Aldo? El que atiende el bar en el centro de estudiantes. ¿Ese, por Dios? ¿El que repartía revistas del Partido Obrero? Ese, sí. Y después, cuando el que habría tenido que echarla era él, la víctima del engaño, ella le dijo: Andate. Así fue. Marcos vio una faceta suya que desconocía por completo. Ella les ponía mermelada y queso dietético a sus galletitas, le lavaba las zapatillas llenas de barro. Y ahora lo trataba como si

nunca lo hubiera conocido. Así que volvió a su antigua habitación en casa de sus padres. Llegó con un bolso y se quiso instalar, pero descubrió que en los cajones había ropa de su madre.

Hace unos meses duermo ahí, dijo ella.

¿Están peleados?

No, tu padre duerme con el aire prendido y a mí me hace mal.

A la otra mañana, para tomar posesión ritual de su antigua pieza, Marcos sacó dos viejos posters llenos de pelusas y telarañas enrollados detrás del ropero y los volvió a colgar en la pared, en los mismos sitios que habían ocupado diez años atrás. Uno de Guns N' Roses y otro de Iron Maiden. Después se acostó y miró los viejos posters.

Su hermano fue a visitarlo y le recomendó una siquiatra. Un amigo de la adolescencia fue a visitarlo y le recomendó una sicóloga. Incluso su padre, que no creía en esas cosas, le habló después del asado del domingo, golpeándole varias veces la pierna con camaradería y violencia: Hijo, estás grande ya, tenés que superar estas pendejadas, yo conozco un tipo que hace control mental, te hipnotiza y te lava por dentro, cobra barato. Marcos dijo: No. Voy a salir solo. Con mis piernas y mis brazos. Es como salir de un agujero. Soy un soldado en el pozo de un campo de concentración vietnamita. Me alimento de gusanos y mis ojos no vieron en décadas la luz del sol.

Y una mañana Marcos se levanta a las ocho y media, se calza un par de zapatillas deportivas y sale a caminar. Elige una calle que se llama Juan de Garay, y que bordea las vías. Va escuchando música en el MP3. PJ Harvey, R.E.M., Radiohead. Es junio. Las viejas barren la vereda y con el montón de hojas secas prenden un fuego. De las hojas sube un largo brazo de humo blanco. Un tipo arregla el auto con la cabeza metida bajo el capó. Unos chicos juegan al fútbol en un campito. Se los escucha gritarse instrucciones, recriminarse por alguna jugada. Marcos se para un rato y los mira. Piensa: así hay que vivir. Hay que hacer cada cosa en esta vida como estos chicos juegan al fútbol. O como el viejo de la quinta, piensa. Su mamá lo manda a veces a comprar un atado de lechuga o unos tomates y Marcos golpea las manos al frente de la casa del viejo. Se escucha LV3 en algún lado, y al rato se abre la puerta y el viejo sale, con alpargatas y un mate lavado. Se acercan a la quinta y la mano arrugada del viejo desentierra

unas zanahorias.

Marcos se imagina viviendo en las sierras de Córdoba. Tiene una quinta, un par de gallinas ponedoras, conejos. Se levanta temprano y corta leña para calentar la pava. Alimenta las gallinas. Arregla una rotura del alambrado. En su tiempo libre mira películas y quizás le escribe cartas a sus amigos y a Micaela, que seguro estará preguntando distraídamente por él cuando se le pase el entusiasmo por el pelotudazo ese. Se va tostando, se va endureciendo al contacto con la naturaleza. Encuentra su centro y es indestructible.

Después visita a su hermano, Osvaldo, arquitecto, que sale a atenderlo con una camisa de mangas cortas y los brazos cubiertos de viruta amarilla, porque estaba cortando un tirante cuando Marcos tocó el timbre. Osvaldo prepara dos vasos de Gancia con soda y limón, corta un salame, un pedazo de queso y media tira de pan. Se sientan en el patio. Osvaldo le cuenta sus planes. Va a levantar un quincho alrededor del asador. Algo modesto, para sentarse a comer en familia. Él mismo va a cortar los tirantes y las tablas y a armar la estructura. Un albañil joven lo va a ayudar a colocar la paja en el techo. También tiene pensado pintar las paredes de blanco y las aberturas de azul.

Al rato llegan las mujeres del supermercado. Osvaldo está separado de su primera mujer y juntado con otra que se llama Mercedes y es trabajadora social. Tienen una hija adolescente. Osvaldo enciende el carbón para un asado y le pregunta cómo anda.

De los nervios, dice Marcos.

Ya estás grande, dice Osvaldo. Basta de paja, hermano. Basta de pensar en la muerte, basta de mirar tu propio ombligo. Tenés que buscar una chica y tener un hijo. Eso te va a hacer bien.

Puede ser, dice Marcos.

Al rato arman un tablón cerca del asador y se sientan a comer. Mercedes le dice que el viernes van a hacer una cena con amigos y que tiene una chica soltera para presentarle. Es enfermera y le gusta ir al cine, como a él. Mercedes la conoce porque trabaja con ella en un sector del hospital que trata a las mujeres golpeadas. Después de un rato, Marcos se levanta para ir al baño y antes de volver se queda mirando a su hermano y sus mujeres sentados en el tablón, hablando en voz baja y pausada, nimbados por la luz. Después se sienta y

anuncia que asistirá a la cena.

Buenísimo, le dice su hermano.

En la semana, Marcos está inquieto y ansioso. El jueves llama a Osvaldo y le pregunta qué combinación le parece más adecuada: jeans con camisa, pantalón de vestir con camisa, jeans con chomba, pantalón de vestir con chomba. La última, dice su hermano, evidentemente sin interés. El viernes Marcos se afeita, se pone perfume y sale. En el trayecto compra una botella de tinto, no muy cara. Cuando llega, la botella en la mano, se da cuenta de que es muy temprano y como no quiere ser el primero da una vuelta a la cuadra. Pasa por un kiosco y aunque ha dejado el cigarrillo hace años se compra uno suelto y se lo fuma. Le tiemblan las piernas. Unos adolescentes toman cerveza sentados en el cordón y les silban o les chistan a las chicas que pasan. Marcos los mira pensando que le gustaría volver a tener dieciséis y estar tranquilo tomando una cerveza en el cordón. Uno de los chicos le pregunta si es puto o qué. No, no, para nada, dice Marcos.

Toca el timbre y lo atiende Mercedes, hablando por el inalámbrico. Sentada a la mesa está Ana. Su hermano se la presenta. Cuando le da un beso en la mejilla, Marcos nota que huele a limón, a un limón verde todavía colgado del árbol. Casi inmediatamente llegan los Vartanian, docentes de secundaria y grandes saludadores a los gritos, y al rato Cepeda, antropólogo y docente universitario que está visitando a sus padres por las fiestas, un tipo alto con una camisa militar de color verde, el pelo desordenado y una barba de tres días. Marcos se imagina todo el tiempo que le debe llevar despeinarse frente al espejo. Cepeda se sienta entre Marcos y Ana, se vuelve hacia ella y le dice: En París conocí a Jodorowsky. Me hizo algo llamado “anoterapia”. Lectura del ano. Es muy interesante porque…

Marcos casi no come, toma mucho vino. Está ansioso por decir algo y sabe que tiene que ser mínimamente “interesante”, pero no consigue captar la atención de nadie. El antropólogo y sus anécdotas de viaje llenan todo vacío. Cuando terminan de cenar, Marcos hace un comentario ingenioso, o que a él le parece ingenioso, pero las palabras se le arrastran en la boca como si estuviera borracho. Se levanta, entra al baño, se lava la cara. Golpean la puerta, es su hermano que le dice:

Relajate un poco, Marcos. ¿Querés un café? Estoy bien, dice Marcos. Su hermano se queda mirándolo. ¿Querés tirarte a dormir un rato?

Estoy bien, estoy perfecto, dice Marcos.

En la mesa se habla del aborto, de Bolivia y de Estados Unidos, del peronismo. Por último, de las mujeres golpeadas. Mercedes cuenta que tiene por lo menos dos casos por semana. Y que, en una ciudad chica, eso no es poco. Es un problema estructural y a la vez histórico, dice Cepeda. Marcos piensa en Micaela, que le llevaba el café con leche a la cama, y dice que a algunas mujeres habría que reventarles la cabeza con un palo. Se produce un silencio. Marcos se acomoda en la silla y tumba una botella de vino. El vino se derrama sobre el vestido de Ana. Marcos pide perdón. Su hermano le dice que se quede quieto por el amor de Dios. Casi se lo grita. Marcos busca una servilleta y quiere limpiar el vestido de Ana. Su cuñada le saca la servilleta, lo sienta y le dice: Nene, portate bien. Vartanian le dice: ¿Estás borracho, amigo?

Estoy bien, estoy perfecto, dice Marcos.

Fin de la cena. Los Vartanian se despiden con sus camperas en la mano. El antropólogo se ofrece a llevar a Ana. Osvaldo le pregunta si no puede acercar también a Marcos. Le hace el gesto de “tomó demasiado” como si él no lo estuviera viendo. No hay problema, dice el antropólogo. Tiene una Land Rover lo suficientemente grande como para transportar a toda una tribu de patagones. Marcos va solo en el asiento trasero. El antropólogo maneja y Ana lo acompaña adelante.

En el camino, el antropólogo le pregunta qué está haciendo de su vida. Marcos se queda pensando. Nada, dice después. El antropólogo lo mira por el espejo retrovisor.

Llegan a su casa. Marcos se baja y saluda con la mano, sonriendo, mientras la camioneta se aleja.

¿Qué estoy haciendo?, se pregunta.

Después entra en su pieza con la luz apagada, se desviste y cuando va a acostarse extiende las manos en la oscuridad y toca un bulto caliente que se da vuelta en la cama y suspira. Su mamá está durmiendo ahí y Marcos se queda parado, en calzoncillos, sin saber qué hacer.

Agua viva

Habíamos alquilado una cabaña en las sierras. Tenía dos piezas, una con cucheta y otra con cama matrimonial. En una dormían Julián y Gloria. Yo dormía con Betty en la otra. Betty era amiga de Gloria: habían estudiado juntas Sociología en Villa María. Cuando me invitaron a las vacaciones, el plan era que yo me quedara con ella. Me prometieron no meter presión: si se daba, se daba. Si no, ganaba una amiga. Todo muy tranquilo.

Me pasaron a buscar el viernes a las ocho de la mañana. Pusimos mi bolso en el baúl, junto con las mochilas y la conservadora. Julián me hizo un gesto, nos alejamos unos pasos y me dijo: Gloria está in-so-por-ta-ble. Así que hay que tratarla con guantes de látex, ¿de acuerdo?

No hay problema, dije yo.

Gloria me parece una buena chica. Me cae bien. Incluso me gustaba en una época, antes de que saliera con mi amigo. Pero tiene un carácter difícil, eso se lo acepto.

Gloria y Betty bajaron del auto y nos presentaron. Betty me pareció bonita, un poco machona, pero culeable. Charlamos un rato y después Julián dijo que teníamos que ir al súper. Pasamos por uno de camino al aeropuerto y compramos papel higiénico, fideos, varias latas y sobre todo botellas que tintineaban en las bolsas, botellas de gin, de ron, de fernet, de vino, gaseosas, agua tónica. Acomodamos las bolsas en el auto y mientras tomábamos el camino hacia el aeropuerto empezamos a charlar de una película. No me acuerdo de cuál, creo que una comedia o algo así. Una de los Cohen, pongamoslé. A Julián le parecía muy buena, a Gloria le parecía una pavada. Julián dijo que Gloria solo consideraba buenas las películas que salían en *El Amante*. Gloria dijo que era un hijo de puta. Julián le dijo que era una esnob insoportable.

Gloria se largó a llorar. ¡Frená!, gritó. ¡Me quiero volver a casa! ¡Me dejan y van ustedes!

Julián estacionó en la banquina y se bajó del auto. Dejó la puerta abierta y se internó en el campo. Me bajé y fui a buscarlo. Estaba en cuclillas. Tenía los puños cerrados y se los miraba como si le estuvieran dictando órdenes. Me agaché al lado suyo y lo escuché durante cinco minutos. En marzo cortamos, me dijo. Le dije que era un animal y no sabía tratar una mujer. Que se pusiera media pila y no arruinara las vacaciones. Julián me miró y después miró el campo. De acuerdo, dijo. OK, vamos al auto.

En el auto, abrazó a Gloria, le dio un beso y le pidió perdón. Con Betty aplaudimos y les pedimos un poco de mesura para los próximos días. El auto volvió a arrancar.

Betty no hizo mucho más durante las vacaciones que leer y tomar apuntes. Estaba haciendo una tesis en medios audiovisuales, una tesis sobre los nuevos populismos o algo por el estilo y tenía que leer muchísima teoría. Así que mientras nosotros charlábamos después del desayuno, Betty leía. Mientras dábamos un paseo por las sierras, Betty leía. Mientras jugábamos a las cartas, Betty leía. Era como si tuviera culpa por estar de vacaciones. Yo entraba al comedor y la veía sentada a la mesa, tomando mates amargos y leyendo.

Betty me gustaba. Citaba a Benjamin y esa clase de cosas y tenía el don de la ironía fácil, que es algo que detesto de la gente, pero eran vacaciones y me hubiese tirado en los brazos de cualquiera. La segunda o la tercera noche, Julián y Gloria nos dejaron solos en el patio después de comer. Estábamos sentados en unas reposeras plásticas, mirando las estrellas. Betty me hablaba de un autor que no recuerdo y en un momento me tiré sobre ella y la besé. Ella me puso una mano en el pecho, una gruesa mano de investigadora universitaria y me dijo: Casi me hacés tragar la lengua, nene, pará un poco. Agregó que yo le caía bien pero que hacía poco había cortado con su último novio, un guitarrista venezolano, y todavía no estaba recuperada. Le dije que estaba todo bien y seguimos charlando pero desde el día siguiente casi no me habló. A mí me daba más gracia que otra cosa.

El plan era quedarse un par de semanas, pero para el miércoles la

impresión general era de crisis inminente. Julián y Gloria peleaban todo el tiempo. Desde la pieza se oían sus voces doloridas, ansiosas, hablando por turno. Después se pelearon Betty y Gloria. Gloria le reprochó que leyera todo el día. Esa tarde me peleé con Gloria por una estupidez, una discusión tonta, fumada y borracha, sobre Montoneros. Betty casi no me hablaba y se notaba que estaba deprimida. El martes fuimos a La Falda por un camino de tierra que pasa en medio de las montañas, y vi que lloraba en silencio mirando el paisaje. Nos empezamos a despertar tarde, con resaca y malhumor. Nadie quería hacer las compras o lavar los platos.

Julián dormía en el patio, sobre una reposera, tapado con una manta.

Esa noche me acosté antes de cenar, porque no iba a soportar la tensión de otra comida, y desperté al amanecer. Todo estaba bañado por una luz azul. Tenía una increíble sensación de paz interior. Me di un baño y lavé los ceniceros y los vasos con restos de alcohol. Abrí las ventanas y prendí un sahumerio. Se me había ocurrido una idea, una idea un poco romántica. Me propuse levantar el estado de ánimo de todos con algo, y ese algo iba a ser un gran desayuno. Cuando se despertaran, los iba a estar esperando con café con leche y facturas y queso. Incluso un salame, pensé, como los desayunos de campo. Me puse una campera, porque todavía hacía frío, y me fui caminando hasta el único almacén de la zona.

El lugar donde estábamos se llamaba Colanchanga y no era ni siquiera un pueblo. Había un solo almacén, que quedaba en la entrada, cerca del dique. Desde la cabaña, había dos caminos para llegar. Uno era el ancho por el que pasaban los autos, y el otro, un sendero que bordeaba el arroyo y solo se podía transitar a pie. Tomé ese, aunque todavía estaba oscuro, porque tenía ganas de estar solo. Fui saltando entre las piedras húmedas, cubiertas de musgo. Se oía el arroyo entre las piedras. En una parte difícil estuve a punto de resbalarme y meter la zapatilla en el agua. Me paré un segundo a descansar. A los costados había casas de fin de semana, algunas con autos estacionados, otras con la apariencia de estar deshabitadas. El sendero desembocaba en un puente de madera, a la derecha estaba el cartel del criadero de

truchas, con el dibujo de un hombre con sombrero pescando. Había un portón de tablas horizontales. Me acerqué, espié entre las tablas y vi los grandes estanques a ras del piso donde criaban las truchas. Más allá unas cabañas y un auto estacionado bajo el alero.

Crucé el puente y llegué al almacén. Compré un pan casero, un pedazo de queso y un frasco de mermelada. Al cruzar por el criadero me asomé de nuevo entre las tablas y vi a un hombre en cueros dándoles de comer a las truchas. Tenía el torso cubierto de vello blanco y llevaba un balde del que sacaba puñados de polvo amarillo para tirarlo en el agua. Donde caía el polvo, el agua se arremolinaba y se agitaba como si estuviera viva. El hombre me vio y me saludó con la mano.

Entre, me dijo. Está abierto.

Corrí la tranca del portón y abrí. El hombre vino a mi encuentro, me dio la mano y dijo que se llamaba Jorge.

Estaba viendo porque a lo mejor esta tarde vengo con unos amigos, mentí. Pero muy bien, querido, dijo el hombre. Pase, pase que le muestro.

Vimos las cabañas, el criadero, un tacho de doscientos litros lleno de lombrices, el comedor donde su mujer cocinaba las truchas. Uno podía pescar sus propias truchas en los estanques y elegir la forma de cocción: truchas fritas, a la milanesa, asadas, en salsa roja, al horno con verduras. Su mujer tenía una mano especial para la cocina y uno se sentía satisfecho por haber pescado su propia comida. Autoabastecerte te hace bien acá, dijo Jorge, señalándose la sien. Después fuimos al estanque y miramos el agua oscura. Unas sombras la cruzaban, casi imperceptibles. Eran las truchas. Le pregunté cuántas había y me dijo que no estaba seguro, pero que calculaba unas cuatrocientas. Y había empezado con cuatro. Cuatro pequeñas truchas que soltó de bebé.

Mire, mire ahora, dijo el hombre.

Tiró un puñado de polvo y el agua se removió. Vi los lomos oscuros y brillantes de las truchas enredadas entre sí, ansiosas, peleándose por la comida.

Ellas son mi felicidad, dijo el hombre.

Después contó su historia. Yo me cambiaba la bolsa de mano para

no cansarme y pensaba que en la cabaña los chicos se estarían despertando.

Jorge me dijo que no había nacido en Colanchanga y ni siquiera en Córdoba, sino en Ramos Mejía, al oeste de Buenos Aires. De joven trabajaba como guardabarreras en un paso a nivel. Su papá hacía lo mismo y cuando se enfermó, él empezó a reemplazarlo. Era un trabajo simple: bajaba las barreras cuando pasaba el tren. Y también era un trabajo tedioso, porque implicaba muchas horas sentado ahí. Él tomaba ginebra para soportarlo. Primero petacas y después una botella diaria. Una noche se emborrachó, se quedó dormido y no bajó las barreras. El tren arrolló un auto con la familia adentro. Un matrimonio, los hijos, la abuela. Murieron todos. Algunos en el acto, otros camino al hospital. Los bomberos tuvieron que cortar los hierros deformes con una sierra eléctrica. Él estaba borracho pero de pronto se vio inmerso en una lucidez tremenda. Estaba sentado a unos pasos de la casilla, con una frazada en la espalda, mirando a los bomberos trabajar en medio de la noche, las chispas que salían de la sierra, y pensando: esto es real.

Después la vida se le hizo difícil. Lo acusaban de ser el culpable de esas muertes. Nadie le hablaba, nadie lo miraba a los ojos. Un tío de la familia lo agarró en un kiosco y casi lo mata. Se pasaba el día encerrado en su casa. Un amigo le propuso que se mudara, que empezara de nuevo en un lugar donde nadie lo conociese, y así había terminado acá.

De esto hace dieciocho años, dijo Jorge. No, miento: Diecinueve años, dijo. Nunca volví a mi casa. Dejé a mis padres y a mis hermanos, gente humilde que no tenía plata para visitarme, y me vine a Córdoba. Ahora estoy *marcado*. No puedo volver. Una vez, hace años, fui a visitarlos por una semana y alguien escribió puteadas en el frente de casa. Ahora mamá está enferma, algo bastante jodido, no creo que llegue a fin de año. Yo tenía ganas de visitarla en Navidad, incluso armé el bolso, pero después me acobardé.

No supe qué decirle. Nunca sé qué decir en esos casos.

No sé por qué le cuento esto, dijo Jorge. Disculpe.

No hay problema, dije.

Nos quedamos callados. Miré el agua y vi un movimiento.

Bueno, lo espero esta tarde, dijo Jorge, si quiere venir con sus amigos.

Hasta luego, le dije, y empecé a caminar por el arroyo. Llevaba en la bolsa un desayuno con el que pretendía salvar mis vacaciones. Los pájaros se habían despertado y cantaban a lo loco y el sol caía diseccionado entre las piedras. Mientras caminaba, me olí la mano que le había estrechado a Jorge. Olía a pis.

Cuando llegué a la casa, mis amigos ya habían armado los bolsos y me estaban esperando para volver. En el auto fui comiendo el pan casero y mirando el paisaje sin hablar.

Febrero

1

A ver quién es
la tonta retonta
que da la palmadita
que tú y yo,
que sí, que no.
Hueso duro de roer
mermelada aceitada;
anoche fui a un baile
un chico me besó
le dije que era monja
¡y todo se acabó!

—Fósforos. Una caja grande —pidió el Hombre que llevaba la nariz en el bolsillo.

La gorda de calzas y remera naranja se estiró para alcanzar la caja de Tres patitos en el último anaquel de una estantería. Después lo sumó a la lista de las otras cosas, en el borde de un diario viejo: una bolsa de cinco kilos de carbón, una Swity pomelo, un vino Toro tres cuartos, un paquete de cigarrillos, una tira de pan. Hacía calor y la gorda sudaba al moverse. Al Hombre que llevaba la nariz en el bolsillo la camisa se le había empezado a pegar en la espalda. Mientras la mujer hacía la suma, miró hacia afuera. Entre las tiras de la cortina, el verano brillando.

Las nenas estaban en un rincón cubierto de promociones de gaseosas y helados, frente a un ventilador de paletas metálicas. Tenían la piel

dorada y olor a bronceador y cantaban en falsete pero a un volumen apenas audible, como si la mamá las hubiese retado hacía poco:

La monja tuvo un hijo
la loca lo mató,
lo hizo picadillo
y se lo comió.

—Veinte con cuarenta —dijo la almacenera—. Si tiene cambio le voy a agradecer.

—¿Hielo tiene?

La almacenera rodeó el mostrador, bajó la mercadería de la tapa del freezer (pan dulce, turrones y budines ingleses que habían sobrado de las fiestas) y cuando se inclinó para revolver entre las botellas, él vio sin querer la suspensión de sus tetas sin corpiño. Desvió la vista.

—Acá está —dijo la mujer, sacando una bolsa de hielo.

Cruzó la ruta y entró en el balneario Los Picapiedras llevando las bolsas de la compra. Bajo los árboles, hombres con el torso desnudo preparaban las brasas para el asado. Las mujeres lavaban la verdura, jugaban a las cartas sobre las mesas de cemento. Se instaló en una mesa, abrió el paquete de 43/70 y se preparó un rifle: dos medidas de vino, una de gaseosa de pomelo y mucho hielo en un vaso de acero. Tomó unos tragos mirando el río, unos chicos en la otra orilla que se tiraban al agua desde una pendiente. Saltaban dando un grito de guerra y con cada inmersión el agua se elevaba y brillaba un instante como un espejo partido. El verano brillando y los árboles y las piedras brillando y todas las cosas dentro tuyo, sin brillar. El cielo brillando, la tierra brillando, el agua y la piel perfecta de los chicos brillando. Al terminar el primer cigarrillo armó una montaña de carbones, la roció con kerosén y le acercó un fósforo encendido. Del centro de los carbones subió una fina columna de humo. Se agachó y sopló despacio. Apareció una llamita.

Después se sentó en una reposera celeste a tomar su trago y mirar el fuego.

Amaba la opresión del verano. Si alguien le hubiera preguntado cuál era su estación, su mes preferido, él hubiese respondido: febrero, sin dudar. Febrero, el mes sin sombra. Lo sentía aproximarse en toda clase de indicios: la nube de insectos golpeando el foquito del patio, el olor a cloro de las piletas vecinas, el zumbido de las moscas en el desagüe del frigorífico y el zumbido de los mosquitos a la salida del trabajo, cuando atardecía y se empezaban a levantar del pasto en nubes furiosas. Él amaba ese zumbido, amaba la marcha de un buen fuego, de un buen río o de una buena máquina. A la noche, incluso en invierno, dejaba el ventilador prendido para dormir, porque el ruido del motor lo tranquilizaba. Había un ritmo, él podía escucharlo todo el tiempo a su alrededor, un ritmo parejo y perfectamente definido que estaba *afuera* y al que trataba de acoplarse. Si tenía que baldear el piso de mosaicos ensangrentado del frigorífico, coordinaba los baldazos con el golpe seco del trapeador para que encajaran en la misma música. Lo mismo hacía o trataba de hacer con todo: seguir el ritmo, no apurarse ni quedarse atrás, aunque nunca hubiese oído hablar del ritmo y ni se imaginara que algo así pudiera existir.

Tampoco hablaba mucho, porque hablar es cortar el ritmo en pedazos irregulares, y nunca se había casado y nunca había tenido un amigo íntimo. Sus conocidos, los compañeros del trabajo o de las bochas, los clientes del bar y la viuda con la que vivía o la familia de su hermano, no eran capaces de imaginarse nada detrás de su cara obesa y soñadora. Ninguna idea, ninguna emoción, pensamiento o atisbo de vida interior. Un vacío resplandeciente donde nada late.

Vivía en el fondo de la casa de una viuda, una mujer mayor que se llamaba Porota y se gastaba la plata de la pensión de su marido en viajes para jubilados, excursiones a las termas de Río Hondo y las cataratas del Iguazú. Su casa era una única pieza dividida por el ropero en cocina y dormitorio, con el baño afuera y un patio de cemento donde colgaba la ropa. Encima del ropero tenía un par de viejas revistas pornográficas que ya nunca miraba y un televisor Philco de catorce pulgadas. A la noche, si no estaba cansado, iba a ver los partidos de bochas en el club. Nunca jugaba. A veces comía ahí,

mirando una pelea de box en la televisión. Pero la comida le caía mal, se despertaba a las cuatro de la mañana con dolor de estómago y se ponía a tomar mates hasta la cinco, que era la hora de salir con la Renoleta hacia el frigorífico. Todo el año estaba esperando algo y no sabía qué. En enero, cuando la viuda viajaba, sacaba el televisor al patio para ver la transmisión del Festival de Doma de Jesús María. A oscuras, la luz azul del televisor proyectándose en su cara y en su pecho, veía los caballos corcoveando con los jinetes encima: ahí estaba el ritmo. Entonces llegaba febrero y él cargaba la Renoleta con un bolso, una conservadora y un bidón de kerosén y se iba a las sierras. Nunca repetía el destino del viaje. Le gustaba investigar distintos climas, distintos paisajes. Trataba de dormir mucho, porque eran vacaciones y en las vacaciones se descansa, pero al amanecer estaba despierto, cubierto hasta el pecho con una sábana extraña. Iba al río pero se quedaba en la playa, mirando el fluir del agua y de la gente en el agua. Unos días después estaba de vuelta en el patio de la viuda, y a la mañana siguiente volvía a su puesto en el frigorífico, siempre atento a la música, al ritmo que movía todas las cosas.

3

Llegó a Tanti a las dos de la tarde. En una inmobiliaria del centro le ofrecieron una casita que quedaba cerca del río y tenía buena vista. Fue a verla con el dueño, un viejo con catarro que cada tanto escupía en el interior del pañuelo. La casa tenía un buen patio con asador y plantas. Pagó tres días por adelantado. Cuando el viejo se fue, él se puso a revisar los cajones y en el de la mesa de luz encontró una novela a la que le faltaban las tapas. Se armó un rifle y se sentó en el patio. Al rato se levantó, se dio una ducha, se sentó desnudo en la cama, se recostó un segundo y se durmió. Despertó casi de noche. Se vistió y bajó al centro. La calle estaba en pendiente y los negocios empezaban a encender las luces. Todo era como un sueño.

Anduvo dando vueltas, mezclado entre la gente, mirando vidrieras y fumando. Le dio hambre y buscó una pizzería y se sentó en una de las mesas de la vereda. Pidió media pizza de anchoas y una cerveza. La

botella estaba helada, el vidrio cubierto de una película de hielo, y se la tomó enseguida, antes de que llegara la pizza. Terminó la pizza y pidió un vino. Al rato le llamó la atención los que se reían en la mesa de al lado. Eran dos parejas jóvenes, chicos hermosos, bronceados, sin problemas. Intentó participar en la conversación pero estaba borracho y no se le entendió una palabra. Los chicos se quedaron callados, se miraron entre sí. Después uno de ellos fue a pagar, se levantaron y se fueron.

4

Es mediodía y está de pie frente al bosque de pinos. Tiene la sensación de haber vivido ese momento, alguna vez. Cruza el alambrado y empieza a caminar. La luz es tenue, filtrada por las hojas, y en el silencio se oyen sus pasos aplastando las ramas secas. Un pájaro invisible grita desde las ramas. A medida que avanza el camino se hace más difícil: tiene que cruzar arbustos espinosos, troncos caídos y llenos de gusanos, grandes telarañas que se le pegan a la cara. Al final llega a un claro donde hay un hombre agachado, de espaldas a él. Entonces comprende que estuvo soñando desde el principio.

—Hola, papá —dice—. Tanto tiempo.

El perfil de pájaro de su padre, la cara angosta, la nariz ganchuda.

—¿Qué hacés, hijito? —dice el viejo.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta él.

—Estoy muy enfermo —dice el padre.

5

Siempre lo mismo. Tuvo por primera vez el sueño en febrero del setenta y nueve. Acababa de entrar al frigorífico y todavía vivía con la madre. Una noche, sus compañeros, que eran jóvenes, lo invitaron a comer un asado. Él llegó temprano. Los muchachos habían prendido el fuego y estaban charlando alrededor del asador. Hablaban de la secretaria del jefe, del jefe y de los padres del jefe, que eran una de las

familias más ricas de la ciudad. En algún momento se pusieron a contar chistes. Uno de los compañeros, que había estado callado toda la noche, se levantó para ir al baño y no volvió en largo rato. La situación era absolutamente normal pero él no podía dejar de sentir que algo andaba mal, muy mal.

Cuando volvió a su casa, lo atacó un fuerte dolor de estómago. Le costaba digerir la carne de noche. Estuvo dando vueltas en la cama, se durmió tarde, tuvo el sueño. Al despertar, el dolor de estómago se había esfumado.

6

Las nenas cantaban:

Debajo de un puente
hay una serpiente
lavándose los dientes
con agua y detergente.

7

Atardecía.

El Hombre que llevaba la nariz en el bolsillo se fumó un 43/70 apoyado en el capot de la Renoleta, mirando allá abajo las incipientes luces de la ciudad. Había estacionado sobre una ruta en desuso, en la ladera de una montaña baja cuyas piedras lisas parecían cortadas a cincel. En un rato largo no había pasado más que un viejo a caballo, con sombrero de gaucho, que se tocó el ala y le dio las buenas tardes.

Ahora tiró la colilla en el camino de tierra y la raspó con la suela de las ojotas. Después abrió el baúl, sacó el bidón de kerosén y acercándose a la cuneta empezó a rociar los pastos en línea recta hasta vaciar el bidón. Lo tiró en el baúl. Se agachó junto al borde que olía a kerosén, prendió un fósforo y lo tiró. El fuego corrió, azul, entre los yuyos. Se subió a la Renoleta, la puso en marcha y empezó a bajar en

primera el camino en espiral.

8

—Ese es Pedro. Tiene dos hijos profesionales en España. La hija casada con un francés. El era profesor de Matemática y después quiso invertir en un locutorio, pero le fue mal. Pasa que hay mucha competencia. Ahora cría chinchillas para vender la piel. Levantó una habitación especial en el techo de la casa, con aire acondicionado porque las chinchillas son delicadas y para que rindan tienen que estar siempre a la misma temperatura. Y hay que desinfectarlas cada dos por tres con un talco especial —dijo la viuda.

Él miró la foto. Un viejo con un fino bigote blanco sobre los labios, sonriendo en la playa. Otra foto: el mismo viejo y la Porota en el baile que habían organizado para la última noche. Pasó a la siguiente. Fábrica de quesos Domaniú.

—Fuimos a ver la fábrica de quesos. Pedro compró un queso y un par de salamines. Acá estamos en la entrada de la fábrica. Así que fuiste a Tanti. Es lindo Tanti. ¿La casa de Casper queda en Tanti?

Él pensó un segundo. Después negó con la cabeza.

—En ésa estamos frente a las cataratas. Había muchos mosquitos, mirá cómo tengo la cara hinchada. Después me compré un repelente y chau pinela. Dicen que el problema es por la sangre, los que tienen sangre dulce son las víctimas más fáciles. Pedro tiene la sangre amarga, no le pasaba nada. Vos debés tener la sangre dulce porque siempre veo que te pican.

—Mmmj —dijo él.

Y las nenas:

El hombre que llevaba
la nariz en el bolsillo
tiene grande el calzoncillo y chiquito el corazón.
Para mí, para vos,
¡para ninguno de los dos!

El cazador, los galgos, la liebre

SALCHICHAS PARRILLERAS. Conocí a una mujer que estaba loca. No era una loca simpática. Le decían la Loca Gribaudo y se vestía con un delantal cuadriculado celeste de maestra jardinera y macizos zapatos negros. Todavía puedo recordar la impresión que me daba el contraste entre los zapatos y los tobillos desnudos. La Loca recorría nuestro barrio a pie todas las mañanas. Supongo que no habrá tenido otra cosa que hacer. Iba por la calle con unos paquetes envueltos en bolsas de plástico, y congregaba a los chicos a su alrededor porque siempre tenía caramelos para regalar. Caramelos Sugus de colores, caramelos de dulce de leche, caramelos transparentes de menta. Nos decía que tuviéramos cuidado, porque en las carnicerías del barrio mataban a los chicos para hacer salchichas parrilleras. Los buscaban de noche, en un Rastrojero, los dormían con formol, los cortaban en pedazos y los pasaban por la máquina moledora de carne.

Por lo que sé, la Loca Gribaudo estuvo loca desde siempre. No tuvo un brote ni nada de eso. Su familia, que tenía una sodería en el barrio, le había alquilado una casa cerca de la plaza. Era la Casa de la Loca, y cuando pasábamos por el frente nos gustaba imaginar qué estaba haciendo en ese momento. Una noche hicimos una apuesta y uno de nosotros, un chico que se llamaba Diego, y que después se murió al caer de un puente en Corrientes, se acercó despacio a la ventana, empujó las hojas de la persiana y espió el interior. La Loca dormía con las luces prendidas, completamente vestida, debajo de la mesa.

A los dos meses se mató tirándose kerosén y prendiéndose fuego.

SEIS DEDOS. Había una vez un hombre que tenía seis dedos en la mano.

Estaba a cargo del único cementerio de autos y chacarita de la ciudad, un predio gigantesco lleno de chasis, chapas de zinc, lavarropas descompuestos y hierros oxidados, que quedaba pasando el cementerio, cerca del camino que va a Sastre. El hombre vivía ahí con un hijo de mi edad. A veces mi papá iba a visitarlo para buscar una abertura o algo por el estilo y yo me quedaba jugando con el chico. Subíamos por los autos apilados hasta la cima y mirábamos el lugar desde arriba. El chico también tenía un dedo de más, una pequeña prolongación rosada con una minúscula uña y minúsculas arrugas, que le salía del dorso de la mano izquierda, como el dedo perfectamente definido de un bebé que vería quince años después, flotando en un frasco de formol del Museo de Neonatología del Clínicas. Tenía un lugar secreto donde guardaba los tesoros que había encontrado hurgando en los escombros: una muñeca sin cabeza, una revista pornográfica chamuscada, una antigua máquina de cortar el pelo y una máquina de escribir con casi todas las letras. En las noches de luna cazaban ratas. Después los numerosos perros se encargaban de recoger y devorar las presas. Una vez al mes, se lavaban las manos con aguarrás, se vestían con la mejor ropa y llevaban flores a una tumba en el cementerio.

PUNTERÍA. Su bisabuelo fue cazador. Su abuelo y su padre fueron cazadores. Él tenía doce años, el pelo largo, rubio y fino como de muñeca, y vivía con una abuela medio paralítica en mitad del monte, cerca de Obispo Trejo.

Fuimos a cazar patos con mi padre y un grupo de amigos. Por unas monedas, el chico nos guio a través del monte hasta la laguna donde dormían los patos. Era un sábado a la madrugada y el chico llevaba un rifle de aire comprimido atado a la espalda. Cada tanto apuntaba y disparaba. Tenía la mejor puntería que vi en mi vida. Cuando llegamos a la laguna, se sentó en una piedra y esperó a que terminásemos de cazar. Nos metimos en el agua helada. Al principio, los amigos de mi papá se reían por algo que uno de ellos había hecho en el viaje, pero después se callaron. Fue como si el lugar los hubiera hecho callar. Empezaba a amanecer cuando el primero de los patos alzó vuelo. Oí

con nitidez el ruido de las alas batiendo el aire oscuro.

Al mediodía hicimos un asado. El chico comió con nosotros, el rifle apoyado en las piernas. Después de comer, alguien señaló un colibrí que volaba sobre las flores. Eran flores rojas con forma de campana. Mirá que lindo, dijo papá. Entonces se oyó la detonación seca del rifle y el pájaro cayó y empezó a aletear enloquecido sobre la tierra. Un amigo de mi papá lo agarró después de un par de intentos fallidos y vimos que el chico le había quebrado el ala. Pudiéndole dar en cualquier parte, le había dado en el ala.

No va a sobrevivir con un ala rota, dijo el chico, y le dio vuelta la cabeza.

EL PARAÍSO QUEBRADO. Se había quedado sordomudo cuando vio un rayo caer en el patio de su casa. Fue la experiencia más intensa de su vida. Era un buen jugador de fútbol, talentoso y rápido, uno de los primeros elegidos por los capitanes en el sorteo, pero discutía con gemidos y ademanes cada jugada dudosa. Y le caía mal a los perros. Incluso los cuzcos más insignificantes se largaban a correrlo o le mordían las pantorrillas.

Cuando me fui, en el 97, el sordomudo estaba a punto de terminar la secundaria en un colegio especial. No volví a verlo, pero supe que trabajaba en la casa del cura del barrio, una casita fría y húmeda anexada a la parroquia. Limpiaba la parra, cuidaba que hubiera agua bendita en la pila y barría la capilla. Cuando su mamá murió, se fue a vivir con el cura y lo vio morir de viejo, también, sin oír los gritos espantosos que según las vecinas estuvo dando toda la noche.

La tarde en que se quedó sordomudo, estaba apoyado en el dintel de la puerta que daba al patio, mirando una tormenta negra y pesada subir desde el este. La mamá planchaba cerca, y al oír los truenos y sentir el olor a tierra mojada le dijo que saliera de ahí. El chico se dio vuelta y la miró. Fue una mirada enigmática. Entonces cayó el rayo. Un tijeretazo de luz blanca. Cuando la luz desapareció, el paraíso del patio tenía el tronco quebrado y el sordomudo estaba tirado en el piso, con espuma en la boca.

EL CLARO DEL BOSQUE. Una artista de provincia. Una mujer que vive en un pueblo y da clases en la secundaria. No voy a decir su nombre, porque desciende de una familia de alta alcurnia. Cuando tenía dieciséis escapó de su casa. No volvió a hablar con los padres. Consiguió trabajo en una fábrica de ventiladores, a la vez que cursaba el profesorado en Artes Plásticas. Después empezó a dar clases, se casó con un alcohólico, tuvo dos hijos. Uno de los hijos fue veterinario y el otro, ingeniero. Al final su marido se murió y ella se quedó sola. La conocí en esa época.

Yo había ido a un encuentro de poesía. El Tercer Encuentro Nacional de Poesía, organizado por el taller literario municipal de Toro Seco. Me pagaban el viaje y la estadía en el hotel Cordialidad. Era un hotel a medio construir, con baldes de mezcla y lonas en los rincones, piezas y pasillos recién anexados que daban a cualquier sitio, lo que lo hacía parecer gigantesco. Sobre la mesa de recepción había unas figuras de cerámica que representaban una escena de caza inglesa: el cazador, con la escopeta extendida, dos galgos apuntando a una liebre acurrucada entre los árboles. Después de registrarme, fui hasta la pieza, dejé la valija en el ropero y me acosté a dormir una siesta. Soñé que era una liebre. Corría por un campo. A lo lejos, oía el ladrido de los perros, sus hocicos olfateando la tierra, los pasos del cazador sobre las matas de pasto seco. Yo necesitaba entrar a una cueva, si encontraba una cueva profunda iba a salvarme. De pronto la vi, entre el pasto amarillo: un pozo oscuro, la salvación. Avancé y un perro me salió al cruce. Al esquivarlo me di de frente con los caños de la escopeta, agujeros negros como ojos. Oí la detonación. Me desperté con ese ruido, parecido a un trueno que cae cerca, y lo seguí oyendo por un rato.

A la tarde pasó a buscarme la coordinadora del taller, una profesora de Lengua que se llamaba Claudia. Era una mujer simpática, optimista, amable. Me preguntó qué me había parecido el hotel y estuve a punto de contarle lo del sueño, pero después me arrepentí. El encuentro se hacía en una biblioteca pública. El coro iba a actuar como número de cierre, y el lugar estaba lleno. Me presentaron a los miembros del taller, y ahí estaba ella. La artista perfecta, la auténtica. Los otros

talleristas la trataban como si fuera una nena. El más joven, uno que escribía poemas pornográficos y había ido al encuentro con una remera de Nirvana, le decía la Marta Minujín de Toro Seco. Me contó que su última ocurrencia había sido pasear una imagen del Gauchito Gil por los pasillos de la escuela de arte, transportada por cuatro alumnos vestidos con taparrabos.

Cuando terminó la lectura, fuimos a un bar a comer unas pizzas. La mujer me estuvo mirando durante toda la cena, y cuando terminamos de comer se sentó al lado mío. Tuve la sensación de que me había *elegido* y me dio un poco de miedo. Ojo: era una mujer común, con pensamientos comunes, a lo mejor un poco más descuidada que una tía, con el pelo sucio y una cinta de mugre bajo las uñas. Pero común. Me dijo que mis poemas le habían gustado, aunque le sonaran demasiado literarios, demasiado pasados por la tradición (y dijo "pasados por la tradición" con el sentido de "huevos pasados por agua"), que ella, a veces, también escribía, y que casualmente había traído un par de poemas. Sacó un manojo de hojas escritas a máquina, hojas amarillas corregidas con Liquid Paper, y las dejó cerca de la tabla grasosa donde habían traído la pizza.

No eran "un par", era un libro de poemas. Un largo poema en realidad. Lo hojeé sin leerlo mientras hablaba. Me dijo que pensaba escribir *un* libro. Nada más. Que escribir mucho era inútil, porque un escritor concibe, con suerte, un solo libro, y todo lo que escribió antes son pruebas imperfectas que no debería publicar, y lo que escribe después es como un resabio de ese libro. Ella pensaba escribir sobre una experiencia que podría iluminar a las demás como un claro en el bosque, y corregirlo y aumentarlo durante toda su vida. Los artistas japoneses, dijo, eran capaces de pintar el mismo almendro al costado del mismo arroyo de aguas sinuosas con el aspecto que tienen al principio del otoño durante toda su vida. Cuando era joven había dado un taller en Apadim, un taller para chicos especiales, síndromes de Down y retrasados mentales, y le había pasado exactamente lo mismo, los chicos se obsesionaban con una figura, una ventana, una casa de la que salía humo, un perro, y pintaban todo el tiempo lo mismo, la misma ventana y la misma casa y el mismo perro. Nadie en el mundo podía pintar una ventana, un perro o una casa como ellos. Eso, me

dijo, es lo que yo considero una obra.

Le pregunté entonces cuál era su tema. Me contó lo siguiente.

Hacía unos veinte años, ella pasaba por una profunda depresión. El pueblo la aburría. Sus hijos eran adolescentes con los que no podía comunicarse. Su esposo se pasaba las noches en un bar. Ella no podía pintar, no podía sentarse a leer, no podía hacer nada. Sus vecinas, las mujeres de su edad, le parecían unas estúpidas viviendo el ideal del arroz con leche. Ella iba a hacer las compras, las escuchaba chusmear, volvía a su casa y se quedaba sentada sin saber qué hacer. Una vez, en la peluquería, se puso a leer una revista *Para Ti*. Era una revista vieja, fotos grises, consejos para la mujer casada, bordados de moda en el 78, el correo amoroso de las últimas páginas. De aburrida nomás se puso a leerlo. La primera carta le llamó la atención. Decía buscar "una compañía desinteresada para mantener una relación epistolar". Estaba escrita con elegancia, como una carta del siglo XIX, y leyéndola, ella se imaginó un conde en lo alto de una montaña. Dejaba una dirección, en un pueblo cercano. Esa noche, antes de dormir, ella escribió una respuesta. La revista era vieja y lo más seguro era que el conde se hubiese mudado, se hubiese muerto o ya no tuviese ganas de una relación epistolar, pero al otro día fue al correo y mandó su carta. A la semana llegó la respuesta. Decía que su carta lo había sorprendido y halagado, le contaba un par de cosas y le prometía seguir escribiéndole. Firmaba como Jesús.

En ese momento empezó otra vida para ella. Una vida secreta, hecha de palabras y de imaginación, que tenía una densidad mucho mayor que la de su casa, sus hijos, su esposo. Le contó a ese desconocido sus esperanzas más vergonzosas, sus sueños, sus terrores. Jesús siempre tenía la palabra precisa para consolarla, el chiste sin vulgaridad, un conocimiento sorprendente acerca de la naturaleza humana. Tres meses después ella propuso que se vieran. No recibió cartas en quince días y luego llegó una de dos carillas donde Jesús le contó acerca de un accidente con una llanta de auto. La llanta había saltado y le había deformado la cara. Desde entonces vivía con sus padres y no salía de su casa, porque no había quedado "nada bien". Podría verlo, decía, cuando creyera estar preparada. Una noche, ella se subió al auto y fue.

Hacía calor. Estaba sola en su casa, mirando televisión. Sabía que

tenía que preparar la cena, que su marido llegaría enojado media hora después, así que no lo pensó. Cuando se dio cuenta ya estaba en la ruta. Aceleró. En medio del campo la sorprendió una tormenta. Rayos que zigzagueaban en el horizonte, luego la lluvia cayendo con fuerza. Casi no podía ver a través del parabrisas. Las luces que venían de frente la encandilaban. Pensó: esto es una locura. Pero al rato se despejó y salieron las estrellas y sintió que era una buena señal. Llegó a la ciudad. Preguntó por la dirección y estacionó el auto frente a una casa amarilla, una vieja casa de techos altos. La atendió una anciana muy amable que le dijo que era la madre de Jesús. La hizo entrar por un pasillo de mosaicos y le mostró una escalera de hierro que daba a una piecita. Había luz en una ventana. Ella subió, golpeó la puerta y abrió Jesús. Tenía puesta una máscara de cuero lustroso, hecha con retazos cosidos entre sí, con un agujero para la nariz y uno para la boca y uno para un solo ojo (el derecho). Estaba vestido con una malla y una remera con el dibujo de un atardecer en la playa. La hizo pasar a una pieza sencilla, con muchos libros contra la pared y una reproducción de *La lección de anatomía*, de Rembrandt, clavada con chinches. Tomaron una Coca y hablaron de la tormenta y después ella dijo que estaba muy cansada y se recostó en la cama. Él se agachó frente a la cama, le sacó las zapatillas y metió uno de sus dedos por el agujero de la máscara. Le chupó el dedo y al cabo de un rato ella tuvo un orgasmo.

Después prendió un cigarrillo. Él tenía una voz que parecía más joven que su cuerpo. Le dijo: Estás tan triste. Todo lo que veo en vos es tristeza. Me gustaría que no estés tan triste. Ella dijo: Ahora estoy mejor. Ahora todo es transparente. Sentía paz, sentía que el claro del bosque se iba abriendo en su interior. Después se levantó y dijo que tenía que irse. Él le preguntó si estaba preparada. Ella dijo que no sabía. Él se desanudó los cordones que ataban la máscara, se la sacó y le mostró la cara.

Sobre eso escribo, me dijo la mujer. Sobre su cara.

ASADO. Conocí al bombero que encontró el cadáver de la Loca Gribaudo. Era el jefe de una tropa scout de la que formé parte, y en los

fogones contaba historias de miedo. Una noche contó la historia del cadáver de la Loca. Empezó diciendo que como bombero había visto muchas cosas terribles. La cabeza de uno de sus compañeros que se había caído de una antena, rota “como un zapallo”. Un ahorcado con la lengua morada y el cuello estirado como chicle. Un niño destripado por un alambre de púas. Todas esas cosas había visto y podía convivir con ellas, pero lo de la Loca fue demasiado. Pasó en invierno. Eran las dos de la mañana y sonó el teléfono. El bombero de turno le explicó que se había incendiado una casa cerca de la plaza Sarmiento. Que no hacía falta apurarse, porque el incendio ya había terminado, pero había que ir a hacer las pruebas y recoger un cadáver. En el cuartel había un bombero viejo de guardia, uno que todos los años amenazaba con retirarse. Se subieron a la autobomba y fueron despacio hasta la casa. Cuando llegaron, había un grupo de vecinos mirando el humo que salía de la ventana. Rompieron la puerta con un hacha y entraron.

“Había olor a asado”, decía el viejo scout. “Olor a carne asada. Como cuando pasás al frente de una parrillada y sentís ese aroma que te abre el apetito. Exactamente así”.

Recorrieron la casa con una linterna y encontraron a la Loca debajo de la mesa. No parecía una persona sino un maniquí carbonizado. Sacaron una camilla de la autobomba y el jefe scout corrió la mesa, se arrodilló frente al cadáver y puso las manos bajo las axilas para levantarlo. Al alzarla, la diferencia de presión de aire caliente hizo que el cadáver abriera los ojos y aspirara una gran bocanada.

El bombero dio unos pasos hacia atrás, cayó de culo y se puso a gritar.

Monocigótico

Mi papá era bombero y murió al caer de una antena. Contada entera, cosa que no sé si voy a poder hacer acá, es una historia muy extraña. Papá había subido a una antena para rescatar a un chico. Cuando estaba por llegar a la punta se resbaló y cayó. Así de simple. Lo metieron en una ambulancia del EMI y murió camino al hospital. Lo velamos a cajón cerrado, y mientras íbamos al cementerio los compañeros del cuartel hicieron sonar la sirena de la autobomba. El silbido me puso la piel de gallina.

A la vuelta, le di un calmante a mamá y la acosté. Estaba como perdida. Esa noche no pude dormir. Prendí la luz del garaje y empecé a clasificar lo que iba en cajas y lo que iba a la basura. El garaje era la piecita de juegos de papá. Había una mesa de ping-pong. Una guitarra criolla. Libros, revistas. Pero lo más importante eran las maquetas colgadas del techo. Dos aviones, seguramente de la Segunda Guerra. A papá le había llevado meses construirlas. Lo imaginé inclinado sobre el escritorio, en esas largas noches de verano, pintando las alas bajo la luz potente de la lámpara de pie, alejándose unos pasos para ver el resultado, el trabajo bien hecho. Una sensación que es imprescindible tener de vez en cuando.

En el primer cajón del escritorio encontré una abrochadora, un montoncito de banditas elásticas, una revista de caza y pesca. En el segundo, un sobre. Tenía mi nombre escrito en el anverso. Decía: “Para Francisco, en el caso de que me suceda alguna desgracia”. En el interior había una carta. Era una carta larga, llena de consejos sobre la vida y boludeces por el estilo, pero al final revelaba que papá tenía una familia paralela, a la que veía de vez en cuando, en sus viajes “por obligaciones laborales”. Agregaba que sentía que era su deber, como

bombero y hombre de bien, decírmelo, esperando que yo entendiera y lo supiera perdonar. Fin.

Tardé un rato en recuperarme. Quemé la carta, y me pasé los siguientes días pensando qué hacer. Después me tomé un colectivo y fui al pueblo donde papá tenía su otra familia.

Llegué a las dos de la tarde. El pueblo era una aglomeración de casas tristes a los lados de la ruta, con calles de polvo fino como la harina. En la terminal había dos plataformas y un kiosco lleno de moscas donde un hombre leía una revista. Me señaló al único taxista del pueblo, un tal Valdemar, que dormía en el taxi con el asiento inclinado y la camisa abierta. Lo desperté y le pregunté por la familia. Me dijo que no era lejos. Cuando llegamos, vi que en el frente de la casa había un cartel escrito a mano: "Se asen costuras". Toqué el timbre. Un chico de mi edad abrió la puerta y se quedó mirándome. Luego me hizo pasar. El televisor estaba prendido y había olor a Poxiran. Me senté y le dije quién era.

—Soy tu hermanastro. Nuestro padre tenía dos familias.

—Ya lo sospechaba —dijo él.

Después le conté que papá había muerto. Me preguntó qué día y a qué hora. Cuando se lo dije, respondió que a la misma hora del mismo día se había muerto su mamá. Había estado agonizando durante muchas semanas y ese día él entró a su dormitorio con la sopa en una bandeja y ella aspiró una gran bocanada de aire y la fue soltando despacito. Así de simple.

Se llamaba Fabio. Yo le dije que me llamaba Francisco.

—Los dos con efe —dijo él.

Después me contó que era fumigador. Cazaba ratas, pájaros, cucarachas. A veces se dedicaba a exterminar una población entera de palomas. Era un trabajo delicado. Se subía a una antena, dejaba un cebo en los hierros transversales, esperaba que las palomas fueran a comer y, entonces, conectaba la antena a doscientos veinte voltios. Las palomas caían fulminadas. Le dije que era sorprendente la relación con la muerte de papá. Me dijo que nada lo sorprendía.

Después se levantó, desapareció por un pasillo y volvió con la foto de una mujer pálida, de expresión sufrida. Me dijo que era su mamá y que "cosía para afuera" para sobrevivir. En un rincón había una mesa

de coser, y al lado una silla con un montón de ropa.

—Todo está como lo dejó —me dijo Fabio—. No me animo a tocar nada. Hasta el último momento mamá habló de papá. Esperaba que pudiera verla por última vez.

Cuando se hizo de noche, Fabio me invitó a comer. Cenamos viendo la televisión. Después se levantó y sin decir nada desapareció por el pasillo. Me quedé un rato viendo televisión, me recosté en el sofá y me dormí. Desperté a la madrugada. Fabio estaba de espaldas preparando café. Tenía puesto el traje con el que fumigaba: un enterizo blanco con la inscripción "Doctor Muerte" bordada en la espalda. Desayunamos juntos y me invitó a hacer una recorrida. Tenía solo un encargo: un tambero al que las ratas le estaban devorando un galpón. Nos subimos al Rastrojero y acomodó las herramientas en el acoplado.

Nos atendió un viejito pelado de dientes amarillos. A Fabio le decía "Doctor". Sacó un manojo de llaves y lo seguimos hasta un portón con candado. Apenas abrió, salió una rata del tamaño de un gato de seis meses. El viejo y yo dimos un salto hacia atrás, pero Fabio se adelantó y le pisó la cabeza con el borceguí. La rata pataleó un instante y se quedó quieta. Después esparcimos un polvo rojo en distintos puntos del galpón, entre las máquinas, en los zócalos. Fabio me explicó que era un veneno con propiedades afrodisíacas, que tenía olor a ratita en celo. Al terminar, nos lavamos las manos y comimos unos sánguches con una Coca. Mientras comíamos, le pregunté a Fabio qué pensaba de papá. Levantó los hombros. Me dijo:

—Todos los padres son iguales.

Esa noche fuimos a jugar al pool. Era una de las pocas actividades nocturnas del pueblo. Un salón largo, con fluorescentes colgando del techo, cuarteto al mango y siete mesas. Cuando entramos, un grupo de chicas que jugaban en una de las primeras mesas se alborotó. "¡Llegó el Doctor, llegó el Doctor!", se decían entre sí. Fabio se acercó a una de las chicas y le pegó una palmadita en las nalgas.

—Fumígueme —dijo ella—. Estoy *sucia*.

Elegimos una de las mesas del fondo y compramos una cerveza. Jugamos sin hablar, porque hubiésemos tenido que gritar encima de la música. Fabio jugaba bien, concentrado. Me ganó tres partidos seguidos y cuando estábamos a punto de terminar el cuarto, la chica a

la que le había palmeado la cola se acercó, lo agarró de la nuca y le estampó un besazo en la boca.

—Estoy jugando —le dijo Fabio.

—Sos un asco —le dijo la chica.

Era linda, con el pelo atado en una cola de caballo y un pulóver encima del jean, pero cuando la vi de frente noté que tenía un ojo completamente blanco, como una bolita de porcelana. Fabio me la presentó como la Reina de la Batata. Cuando salimos, había un tipo apoyado contra el Rastrojero de Fabio. Tenía los brazos cruzados y parecía indignado.

—Uh, pero que hinchapelotas —dijo la chica.

—Vos no te metas —dijo el tipo.

Fabio avanzó con la llave para abrir la puerta, y el tipo se adelantó y lo empujó con el hombro, las manos detrás de la espalda.

—Qué —dijo el tipo.

—Qué —dijo Fabio.

—Qué —repitió el tipo.

La chica se tapó la cara con una mano.

—Me dan vergüenza —les dijo.

El tipo tiró una trompada y Fabio la esquivó, pero en el movimiento se golpeó la frente contra el capot del Rastrojero. Se llevó la mano a la cabeza y le empezó a salir sangre entre los dedos. La Reina de la Batata entró de nuevo al pool.

El tipo parecía asustado. Miró alrededor y salió corriendo.

Le pregunté a Fabio si estaba bien. Hizo que sí con la cabeza. La Reina de la Batata salió del pool con dos hielos. Se los dio a Fabio. Él se puso los hielos en el corte y al rato la herida se había cerrado. Subimos al auto y fuimos a dar una vuelta por el pueblo. Fabio manejaba, la Reina de la Batata iba en el medio y yo contra la ventana. La Reina me dijo que se llamaba Agustina, que vendía celulares, que estaba aburrida, que quería estudiar actuación con Norman Briski, que pintaba naturalezas muertas y que de chica había bailado danza contemporánea. Era una máquina de hablar.

—Adrián es un loco y hay que encerrarlo en un loquero —dijo—. Fuimos novios en la secundaria y entonces cada vez que salgo con alguien él investiga y me persigue. Creo que mamá le dice. Mamá lo

quiere mucho. Es un chico bueno, pero un poco pelotudo. Mi amor se terminó, es lo que no puede entender. Algún día voy a hacer una denuncia. Aunque no creo que me den bolilla. Un tío que es policía me dijo que ellos están para cosas más importantes. Pero lo que es él, está sentado todo el día comiendo. La policía ya no resuelve casos. No sé muy bien qué hace. Mi mamá se enoja cuando le digo esto. Pero hay que abrir los ojos y darse cuenta. ¿Viste cómo tengo el ojo? —preguntó.

Le dije que sí.

Dábamos vueltas con el Rastrojero por la plaza. El centro del pueblo. Había familias tomando helado o caminando, chicos en los bancos, adolescentes en moto.

—Me clavé una estaca cuando era chica —dijo ella—. Fue el dolor más grande que tuve en mi vida. Si no fuera por eso, creo que hoy sería famosa. Me gustaría estar en la televisión. Es mi sueño.

Fabio se rio. A contraluz, vi que le había salido un chichón en el lugar donde se había golpeado, como un volcán en miniatura.

—Vos callate, Doctor Muerte —dijo la chica—. Tengo aptitudes para hacer lo que sea. Fui abanderada en el colegio y presidenta del centro de estudiantes.

—Vamos a abastecernos —dijo Fabio.

Paró el Rastrojero frente a un kiosco y volvió con un tetrabrik de sangría preparada.

—Una maravilla de la ciencia moderna —dijo Fabio.

Abrió la guantera, sacó un Tramontina y cortó una de las orejas del tetra. Tomó un trago largo, se lo pasó a Agustina, que también tomó y me lo pasó a mí. Era la bebida más horrible que probé en mi vida. Seguimos tomando hasta que, en el medio de una conversación, Agustina levantó la mano y anunció:

—Tengo que hacer pis inmediatamente.

Fabio dobló en la esquina y nos metimos por una calle bordeada de eucaliptus. Detrás había unos grandes silos, galpones, estructuras de metal indescifrables a esa hora. Fabio detuvo el Rastrojero, bajamos. Yo llevaba el tetra con el líquido horrible, del que a veces tomaba un trago. Estaba oscuro, pero había una luna casi llena y todo tenía un resplandor platinado.

—¿Te molesta verme hacer pis? —me preguntó Agustina.

Le iba a decir algo, pero de inmediato se bajó los pantalones y se agachó. Se fue formando un charco entre sus piernas. Como no tenía papel, movió la cadera hacia atrás y hacia delante para secarse las últimas gotas. Después se levantó y se subió el jean.

—Listo —dijo—. Ahora vos.

Se acercó a Fabio, le bajó la bragueta y le sostuvo el pito mientras hacía pis. Parecía una madre con un hijo pequeño. Después se lo sacudió. Me miró.

—Yo no tengo ganas —le dije.

—Sí tenés —me dijo Fabio.

Agustina me bajó la bragueta y me agarró el pito. No lo tenía parado, pero sí un poco despierto, y me costó echar las primeras gotas. Agustina se rio y me felicitó. Cuando estábamos en el auto me preguntó si había leído a Henry Miller. Le dije que no.

—Ah —dijo ella—. Es uno de mis autores favoritos. Me ayuda a sobrevivir en este pueblo de mierda. Está siempre cogiendo con dos o tres personas distintas. A mí me gustaría ser así.

Le apoyó una mano a Fabio entre las piernas. Fabio no se inmutó.

Fuimos a la casa y sacamos una cerveza de la heladera y nos pusimos a tomar y a charlar. Yo me senté en el piso, Fabio y Agustina en el sofá cama.

—Así que son medio hermanos, qué maravilla —dijo Agustina.

Le dio a Fabio un largo beso en la boca. Yo aproveché para tomar un trago. Miré el cuadro de un gato tocando el violín que había en la pared.

—Vos me caés bien —dijo Agustina—. Muy bien. ¿No te enojás si hago esto?

Se inclinó sobre mí y me besó. Sentí su lengua tibia y con olor a alcohol moviéndose dentro de mi boca.

—Me encantan los hermanitos —dijo Agustina, riéndose—. Me caen bien los dos.

Y siguió besando a Fabio y besándome a mí, por turnos. Cuando me di cuenta, Fabio le había subido el pulóver, le había desabrochado el corpiño y estaba chupándole una teta.

Agustina me llamó con la mano.

—Vení. Vení —me dijo.

Me levanté y fui.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, estaban cogiendo en la pieza. Oía los ruidos líquidos del sexo, los gemidos de Agustina. Me vestí, busqué mi bolso y volví a mi ciudad.

Después pensé mucho en lo que pasó. Quería buscar algo, un orden o una moraleja, pero por más que daba vueltas no lo podía encontrar. Lo que sí pensé es que hubiera querido verlos por última vez. Despedirme de alguna forma. Pero era mejor no molestarlos. Estaban tan lindos.

La tortuga

Estamos sentados en la vereda del bar de Beltramone, Daniel, Moroni y yo. Hace rato que venimos tomando cerveza tras cerveza y charlando de todo un poco, y ahora son las tres de la mañana de un día de finales de enero y el cielo está encapotado, completamente cubierto por una capa de nubes que deja traslucir el resplandor de las estrellas, gris claro como una pátina de cemento fresco. El calor es sencillamente insoportable.

—Y otro día se está yendo para no volver —dice Moroni.

—Gran verdad —dice Daniel.

Moroni se prende un Marlboro. Cuando tira la primera bocanada, el humo no sube, sino que se queda a nuestra altura, como una nube de pensamientos en un cómic.

—Es la presión —dice Daniel.

—Me voy a morir si esto sigue así. Necesitamos una pileta.

—Yo conozco a alguien con pileta —dice Moroni.

—Quién.

—Una amiga. Con amigas.

—Miralo a Moroni, qué canchero.

—Tengo lo mío —dice Moroni.

—Estaría bueno que lo arregles para mañana. Podemos ir temprano y llevar sánguches —dice Daniel.

—Tengo que hacer una llamada —dice Moroni—. Déjenme consultarlo.

Daniel se ríe.

—Dejá de chamuyar, Moroni —le dice.

—Si me van a tomar para la joda… —dice Moroni.

Daniel se ríe y palmea a Moroni en el brazo.

—Sos un grande, Moroni. De verdad. Sos el tipo más…

Al otro día Moroni va a llamarme a las diez para avisarme que está todo arreglado para ir a la pileta. Todavía sin creerlo, voy a pasar por su casa a las once menos cuarto. Voy a encadenar la bicicleta a la reja, porque últimamente están robando mucho, y voy a tocar el timbre. Moroni estará en el patio de su casa, acompañado por Daniel, haciendo un trabajo que no entenderé del todo, pero que parece haber sido encargado por su padre: sustituir los alambres rotos de una vieja trampera. Más o menos una hora después, Moroni buscará su bicicleta para ir a la pileta, donde efectivamente habrá varias chicas en el esplendor de los dieciocho. Entonces Moroni, mirando a Daniel, va a formar un agujero con el dedo índice de la mano izquierda y el anular, que será penetrado por el enhiesto índice de la derecha, dándole a entender que se puede hacer culear por un chancho si desconfía de la Máquina Moroni, como le gusta autonominarse.

Pero ahora estamos sentados, mirando la plaza a oscuras y la calle a oscuras y la catedral y, justo al lado, el gigantesco edificio del IPEM número 7. Arriba, las ventanas del internado están oscuras, todas menos la anteúltima de la derecha donde hay alguien que fuma, se puede ver a lo lejos el brillo que se aviva con cada pitada.

—Hay un tipo fumando ahí —le digo a Daniel.

—¿Adónde?

—Tercer piso. Anteúltima.

—Ah, sí. Tenés razón.

Daniel se queda callado. Luego dice:

—Tengo un amigo que estuvo en el internado. Me contó unas cosas.

—Qué cosas —dice Moroni, a quien todo detalle escabroso le resuena en su oscuro cerebro sexual.

—Que había una especie de patrón. Un jefe, uno que se los cogía a todos. Estaba acompañado por un grupo de secuaces de sexto. Parece que los de primer año pasaban todos por él, hasta que llegó uno que lo enfrentó. Un pendejo que era una luz y se ve que se había criado en medio del monte, levantando fardos. Antes de que lo agarraran, le propuso al jefe una pelea pública. En un día y un lugar a determinar. Luego de largas deliberaciones, decidieron optar por la pieza común de sexto, en el pasillo que había entre las cuchetas. Esa noche se llenó

de estudiantes. Hubo apuestas. Pelearon durante tres horas y al final terminaron medio desangrados los dos.

—¿Quién ganó?

—Oficialmente fue un empate. Lo malo es que se hicieron amigos y extendieron juntos su reinado.

—No debe ser tan feo, después de todo —dice Moroni—. Está comprobado que el examen de próstata…

Y, sin terminar la frase, Moroni agarra un maní, lo tira hacia arriba y abre la boca. El maní baja con fuerza y en vez de entrarle en la boca le pega en un ojo. Es increíble. Moroni se agacha y grita. Daniel le pregunta si está bien y Moroni dice que le entró sal y se levanta y va al baño. Daniel me mira y se levanta detrás de él. El baño del bar es el mismo que usa la familia de Beltramone, cuatro hijas obesas e increíblemente vivaces que tienen la costumbre de dejar sus bombachas, su pintura para uñas, sus piedras pómez y sus gigantescos corpiños en cualquier parte.

Cuando vuelven, a los diez minutos, Moroni tiene el ojo húmedo y enrojecido.

—Creo que me dañé la rutina —me dice.

—La retina —le digo yo.

Daniel se sienta.

—No he conocido tipo más pelotudo en mi larga e infructuosa vida —dice.

—No me jodas —dice Moroni.

Daniel se ríe y tira un maní hacia arriba y el maní sube entre las ramas y baja de un envión y se mete en la boca abierta de Daniel, que lo mastica con alegría.

—Hace dos noches que no puedo dormir —les digo—. Es el calor. De día no hago nada. De noche doy vueltas, juego al solitario en la compu o miro películas viejas y enseguida se hacen las seis de la mañana, amanece y mi viejo se levanta para ir a trabajar. Me da un poco de culpa irme a dormir cuando él se levanta. Sobre todo porque hace un tiempo me viene hinchando las pelotas para que trabaje.

—Comprate un aire acondicionado —me dice Moroni, tapándose el ojo con la mano.

—No tengo plata —le digo.

—¿Viste que unos soldados que no podían dormir empezaron a tener visiones? —dice Moroni—. Lo leí en una revista. Empezaron a soñar despiertos. Veían los sueños como si fueran viajes lisérgicos. Hablaban con sus compañeros muertos en el frente. Creo que eran excombatientes de Vietnam o algo así.

—El mundo está lleno de cosas raras —dice Daniel—. El otro día, sin ir más lejos, vimos un ovni. Él y yo. Veníamos del baile de Bomberos y…

—¿Fueron al baile de Bomberos? —dice Moroni, olvidándose de su ojo.

—Yo fui a buscar a Laura, porque sabía que iba. El señor aquí presente me acompañó.

—¿Y qué pasó?

—No fue. Vimos La Barra. Pésimo.

—Pésimo —dice Daniel—. A la vuelta vimos un ovni. Una luz roja y amarilla flotando en el cielo.

—Un avión —dice Moroni—. Un helicóptero. Un satélite. Un globo.

—No —dice Daniel—. Esto se movía hacia arriba y abajo *circularmente*. Después se fue afinando y desapareció. Ninguna de esas cosas que dijiste se mueven así.

—Macanas —dice Moroni.

—¿Se acuerdan de la vez que aparecieron huellas en el centro? En la plaza cívica. Huellas como de botas. Se decía que las habían hecho extraterrestres. Pero después se descubrió que fueron dos chicos.

—Uno era hijo de un concejal o algo así —dice Moroni.

—Hagamos un fraude —les digo.

—Están todos hechos —dice Daniel.

Después llama a Beltramone para que traiga una cerveza.

Beltramone sale, lleva una musculosa y una malla de la que se asoman sus piernas blancas y sin pelos, y con movimientos increíblemente pausados pasa una rejilla por la mesa, deja una Quilmes y la destapa. Después contempla la plaza, la catedral y el IPEM, donde hace rato se dejó de ver al fumador del tercer piso, y nos dice, como quien va a revelar el sentido de nuestras vidas y el universo:

—Qué calor.

Beltramone es un tipo raro. No somos clientes habituales del bar, o por lo menos no del *interior* del bar, así que no lo conocemos mucho. En unos años, cuando yo vuelva a la ciudad y vaya a visitar a Moroni a su "departamento de soltero", me dirá que a veces va solo al bar de Beltramone, un poco por nostalgia y otro poco porque no tiene una mierda que hacer. Y que una noche como esta, sin razón aparente, Beltramone, en el mismo lugar en el que está ahora mirando la plaza con los brazos en jarra, le contó una historia. La historia de un levantador de quiniela que se llamaba Alcides y tenía una tortuga. Se la había regalado un viajante en el bar, dentro de una caja de zapatos. Alcides vivía solo así que la alimentó y cuidó. La oía andar por el patio de cemento haciendo sonar sus pezuñas. Y con el tiempo la tortuga creció. Creció muchísimo. Creció hasta alcanzar un tamaño que no era el propio de una tortuga de tierra común. El caparazón medía dos metros. Para colgar la ropa o salir a tomar mates, Alcides tenía que *rodearla*. Al final ya no parecía una tortuga. Y un día Alcides llegó y el patio estaba vacío. La tortuga ya no estaba. ¿Cómo se podría haber escapado una tortuga tan grande? Nadie sabía. Todo el mundo opinaba, pero nadie sabía. Fin de la historia.

—En una hora cierro, chicos —dice Beltramone.

—En una hora nos iremos —dice Daniel.

—Cualquier cosa me avisan —dice Beltramone.

Después vuelve al bar.

—Ese tipo sí que sabe vivir —dice Moroni—. Se rasca las pelotas todo el día.

—No lo confundas —dice Daniel—. Es un hombre que se toma su tiempo.

Nos quedamos callados por un rato, mirando en distintas direcciones.

—Tengo una teoría —dice Moroni.

Moroni tiene una teoría. Fantástico.

—El calor excesivo es síntoma de una nueva edad que está arribando en este preciso momento —dice Moroni—. Está la Edad de Hierro, la Edad de Bronce, la Edad de Oro. Esta es la Edad de Fuego. En unos años no vamos a poder salir de casa. El agua se va a evaporar de los tanques. Los animales se van a morir de sed. Las plantas van a

secarse. Los que salgan van a tener que hacerlo en unos trajes especiales, porque el solo contacto con el sol va a sacarnos ampollas en la piel. Una nueva especie de mutantes sobrevendrá.

—Todo por nuestros pecados —dice Daniel.

—¿Todo bien, amigo? —me pregunta Moroni.

—Sí —le digo—. Estoy un poco mareado, nada más.

—Podés pasar al baño y deleitarte con la ropa interior —dice Moroni.

—Y el olor. Eso siempre tonifica —dice Daniel.

—Estoy perfecto —les digo—. Los escucho atentamente.

—Bueno, te cuento algo para que te vayas a dormir —dice Daniel.

—Te escucho —le digo.

—Resulta que hay una chica muy puta que coge con todos los varones de todos los cursos del Normal. Se llama Micaela.

—La conozco —asiente Moroni.

—¿Te la cogiste? —pregunta Daniel.

—No todavía —dice Moroni.

—Ya te va a llegar —dice Daniel—. Yo la conocí una noche en una fiesta. La fiesta de la Loca Laura.

—También oí hablar de esa fiesta —dice Moroni.

—¿Bien o mal?

—Muy bien —dice Moroni.

—Yo me encontré a esta mina y la invité a fumar un porro. Fuimos al patio donde había un árbol de paltas y nos sentamos abajo, fumamos y hablamos de todo un poco.

—¿Sobre qué hablaron? —le pregunto.

—¿Qué mierda importa? —dice Moroni.

—Para mí es importante.

—Sobre los Redonditos —dice Daniel—. Ella era fanática. Interpretamos una canción. “Etiqueta negra”.

Moroni imita la voz metálica del Indio Solari:

—Venía rápido, muy rápido, y se le soltó un patín —canta.

—Esa. Ella me contó que lo conocía al Indio. Era una especie de groupie desenfrenada. Había viajado por todo el país siguiendo las giras de la banda. Una vez había salido con un tipo que hacía pactos con Satán. Vivía así.

—Está reloca, básicamente.

—Sí. Pero se podía hablar. Me contó un montón de cosas y después fuimos al baño y cogimos a oscuras, de parados. En un momento tocaron la puerta varias veces y yo pregunté quién era. Sin dejar de coger. Una voz de hombre me dijo que se llamaba Diego y que necesitaba cagar. Yo seguí cogiendo y le dije que estaba ocupado. Diego me dijo que era una urgencia. Le dije que cagara en el patio. ¿Cómo?, me preguntó. En una bolsa, le dije. Nosotros hacíamos eso en casa cuando subían las napas. Después el tipo se fue y con esta mina prendimos la luz y nos pusimos a tomar merca sobre la tapa del inodoro. Estamos tomando merca y charlando y ella me pregunta si quiero conocer al insecto. ¿Qué insecto?, le digo. Ella me pregunta si sentí algo raro cuando estábamos cogiendo y yo le digo que no sé, cogimos con forro así que no tenía mucha sensibilidad. Ella se señala entre las piernas y me dice: "Tengo un insecto. Un órgano raro, ¿querés verlo?". Y yo le digo que sí. Ella se sienta como si fuera a parir, en cuclillas, me pide que me acerque y empieza a hacer unos movimientos raros con la panza. Como si fuera a sacar un sorete muy duro o un bebé. Y yo me voy acercando y de pronto veo…

En ese momento pierdo el conocimiento. Lo último que recuerdo es la mesa acercándose a mi cara y la voz de Moroni que dice: "Uh". Después, negro total.

Cuando retorno al planeta tengo a Moroni de un lado, a Daniel de otro y a dos de las hijas de Beltramone dándome aire con repasadores y una caja vacía de pizza.

—Te desmayaste —me dice Daniel.

—Creo que me bajó la presión.

—Nos asustaste a todos, tonto —dice Moroni—. Estas chicas están desesperadas.

—Pedimos una ambulancia —me dice una de las hijas de Beltramone.

—No hace falta —le digo yo.

Me paro para mostrarles que estoy bien, pero el mundo gira unos grados y me tengo que agarrar de la mesa.

—Sentate —me dice la otra hija.

—Estoy bien, estoy bien. Los caballeros van a acompañarme a mi

casa.

Moroni y Daniel se ríen a los gritos. Después Moroni se queda agarrándome de los brazos mientras Daniel entra a pagar. Cuando sale, lo mira a Moroni y vuelven a tentarse. Empezamos a caminar por la calle Sáenz Peña. Al rato ya me siento mejor. Cuando dejamos a Moroni en su casa, tengo la mente despejada y ligera y seguiría con dos o tres cervezas más.

—Mañana pasen por casa —dice Moroni, con la llave en la mano—. Tenemos partuza para todo el mundo. Y vos, cuidate, perejil.

—Prometo no morir —le digo.

Moroni cierra la puerta y con Daniel hacemos un par de cuadras sin hablar. Después él dice:

—Le va a costar quedarse.

—La mamá le dijo que le pagaba el alquiler por un par de años.

—No quiere irse. Tipo raro —dice Daniel—. ¿Vos estás bien?

—Sí, papi. Sí.

—Me quedo tranquilo. Creí que te ibas a morir. Las hijas de Beltramone salieron gritando. Fue toda una escena.

—Lástima que me la perdí.

—Lástima —dice Daniel.

Daniel va a estudiar Física en el Balseiro, porque es un genio de las ciencias exactas y la computación, y dentro de unos años va a elaborar una teoría matemática bastante compleja, la respuesta a una ecuación que hacía décadas los matemáticos trataban de solucionar (la ecuación de Hielderberg o algo así), y se va a pasar años viajando por Europa y Estados Unidos como niño genio, dando entrevistas y conferencias y cursos. Y alguna vez, desde algún lugar remoto, va a llamarme por teléfono. Acá van a ser las tres de la mañana, yo voy a estar durmiendo y voy a pegar un salto por el timbre. Y cuando atienda voy a hablar con Daniel, que estará en alguna ciudad del norte de Europa que no conozco y no entiendo, y Daniel va a decirme algo que cambiará mi vida para siempre. Pero todavía no. Todavía no.

Llegamos a la casa de Daniel. Se mete la mano en el bolsillo, saca la llave y abre la puerta.

—Nos vemos mañana en lo de Moroni —me dice.

—OK.

—¿Seguro que no querés que te acompañe?

—Ya estoy mejor —le digo—. Es la falta de sueño.

—Dormí entonces —me dice Daniel.

—Trataré —le digo.

Daniel entra en el jardín de su casa.

—¿Y qué tenía la chica entre las piernas? —le pregunto.

Daniel se da vuelta.

—¿Qué?

—Lo que estabas contando cuando me desmayé.

—Ah. Tenía un clítoris muy raro. Todo el mundo se lo decía. Parecía un bicho.

Nos quedamos callados, mirándonos.

Después Daniel abre la puerta y yo empiezo a caminar hacia casa.

Una casa llena de insectos

Había una vez un albañil muy pobre que se llamaba Sergio. Una mañana, mientras fumaba un cigarrillo cerca de la obra, Sergio oyó un llanto. Venía de una bolsa entre los yuyos. Una bolsa que lloraba. Sergio se quedó mirándola y después fue y la abrió. Salió caminando un cachorro de no más de dos meses, gordo y marrón, escoltado por otros cuatro que se tropezaban y se mordían entre sí. Sergio levantó a uno de los cachorros por el cuero. Tenía olor a leche, la panza tirante, y enseguida se quedó dormido.

Sergio le mostró los cachorros al encargado de la obra. Uno se le subió a la zapatilla y empezó a morderle el cordón. Sergio se lo sacó de encima.

—Hay que ahogarlos para que no sufran —dijo el encargado de la obra.

Así que los volvieron a meter en la bolsa y el encargado estaba a punto de ahogarlos, hundiéndolos con un palo en el tacho lleno de agua donde se lavaban las manos, cuando vieron que uno de los cachorros había quedado suelto. Estaba subiendo una montaña de arena, se tropezaba, se resbalaba y volvía a subir. Tenía las orejas muy grandes. El encargado le preguntó a Sergio si no quería quedárselo, para no volver a desatar la bolsa.

—No sé —dijo Sergio—. Tengo poco espacio en casa.

—Llevateló —le dijo el encargado—. Hace bien una compañía.

Sergio vivía solo. No le gustaba mucho la gente. Pero esto era distinto.

—Está bien. Me lo quedo —dijo.

—Ya vas a ver que te gusta —respondió el encargado, y hundió la bolsa en el agua.

Sergio vivía en San Vicente, en una casa llena de insectos frente a la costanera. Los insectos salían del río, cruzaban la calle y entraban en su casa. Cucarachas, mosquitos, moscas. Lo bueno es que también había arañas, que se comían a los mosquitos y las moscas, y alacranes que se comían a las cucarachas. Sergio tenía pocas cosas, aparte de los insectos: una mesa de madera, una silla, un calentador con garrafa y una pava ennegrecida encima, un tenedor amarillento y un cuchillo. En una estantería sobre la pared, había tres libros fundamentales: el *Martín Fierro*, la Biblia y un *Manual de física elemental* sin tapas.

Esa noche, cuando llegó del trabajo, Sergio le hizo una cucha al perro con un pulóver viejo. Después le dio de comer unos pedacitos de pan mojados con leche y, mientras lo veía comer, pensó en un nombre. Lo pensó un largo rato y después lo levantó por el cuero y le dijo:

—Te llamás Martín, por Martín Fierro.

El perro tenía el hocico lleno de leche.

Enseguida se arrepintió de haber llevado a ese perro a su casa, de haberle dado de comer y, sobre todo, de haberle puesto un nombre. Una vez que se le ponía un nombre a algo, ese algo era tuyo para siempre, y uno se hacía responsable de él. Así pensaba.

El perro molestaba a todas horas. Cuando se acostaba y apagaba la luz, el perro empezaba a llorar. Prendía la luz y el perro se callaba.

—Callate o te hago cagar —decía Sergio.

Pero cuando apagaba la luz, el perro volvía a gemir. Sergio tenía que dormir con la luz prendida, tapándose la cabeza con la almohada, porque al rey de la casa le daba miedo la oscuridad. A la mañana siguiente Sergio se levantaba de madrugada, se hacía unos mates y, antes de partir en la bicicleta de carrera hacia la obra, hablaba con Martín. Le decía:

—Portate bien. Vengo a la tarde.

El perro lo miraba, atento. ¿Entenderá?, se preguntaba Sergio.

Y cuando volvía, el perro había hecho un desastre. Había cagadas en forma de espiral y charcos de meadita olorosa por toda la pieza, el azúcar tumbada, las sábanas sucias, las ojotas de Sergio con marcas de dientes y una de las tiras destrozadas. Un día se enfureció, agarró a

Martín del cuero y cruzó la calle para tirarlo al río. Qué perro ni perro. Él estaba bien solo. Lo iba a revolear lejos y lo iba a olvidar. Pero cuando llegó frente al río, cuando escuchó el ruido del agua moviéndose, las ganas de deshacerse del animal se le fueron de pronto. Volvió a su casa diciéndole:

—¿Qué sabés vos? No sabés nada.

A los dos meses, Martín era un cuzco flaco, nervioso, de ojos saltones y orejas largas y finas. Una mezcla de muchas razas y estilos. Le ladraba a cualquier cosa: a los autos, a los otros perros (incluso a los más grandes que él, que eran casi todos), a las bicicletas, a los aviones, a las motos, a los insectos, al río, a Sergio. A la madrugada, antes de partir hacia la obra, Sergio lo sacaba a la calle y el perro se quedaba dando vueltas bajo los eucaliptus que bordeaban el río, persiguiendo las ratas entre los escombros o desenterrando bolsas de basura. A la noche, sobre todo cuando hacía mucho frío, Sergio lo dejaba entrar. Pero era un perro maligno, como decía él, que enseguida se ponía a morder sus zapatillas o tumbaba algo, entonces Sergio le pegaba una patada y lo volvía a sacar. Afuera, el perro se ponía a llorar. Sergio abría la puerta para cagarlo a palos y Martín salía corriendo.

El mejor momento para los dos era el sábado a la tarde. Sergio estaba tranquilo porque no trabajaba. Tenía ganas, pero el cuerpo le dolía. ¿Cuánto hacía que trabajaba ya? Ni se acordaba. Le dolían los hombros y los brazos, tenía los huesos desgastados. Los sábados estaba libre, calentaba agua y se iba con Martín a tomar mates a la costanera, mirando las montañas de escombros, las ramas podridas que el río acumulaba en las orillas, la corriente entre las lajas de cemento. Se sentaban uno al lado del otro y Sergio le contaba de cuando era chico y había visto unas ratas devorar a un perro de su tamaño. Oyéndolo, Martín levantaba la pata para rascarse la oreja llena de pulgas o una garrapata en el cuello. Sergio, que había oído que hay que matar a las garrapatas antes de sacarlas, se prendía un 43/70 con olor a bosta de caballo, calaba hondo para formar una brasa y acercaba la punta a una de las garrapatas. Martín gemía, ladraba y le tiraba un tarascón. Sergio le pegaba una patada y le decía:

—Salí, infeliz.

A veces aparecían unos chicos pobres de la villa al otro lado del puente, que le pedían prestado el perro y lo animaban a entrar en el río. Martín nadaba bien, con la cabeza y las orejas altas, en una posición orgullosa. Después se sacudía el agua en la orilla y se revolcaba alegremente en la tierra seca de la costanera, corría hasta donde estaba Sergio para saludarlo y le llenaba de tierra la latita de azúcar. Sergio le tiraba una patada y Martín la esquivaba y le ladraba. Se quedaba mirándolo, a unos metros, con las orejas caídas.

Era el fin de las tardes de los sábados.

Cuando se terminó la obra el encargado se mojó el dedo, contó una buena cantidad de plata y se la dio. Sergio sentía el bulto de la plata en el bolsillo del pantalón. Era lindo. Volvió silbando tranquilo en la bicicleta. Martín, que descansaba enrollado a la sombra, le ladró dos o tres veces para saludarlo. Sergio lo dejó entrar en la casa. Después se sacó la mochila y dejó una bolsa encima de la mesa. En la bolsa había un matambre que pensaba asar en un rato.

Se fue a comprar carbón, unos tomates y una lechuga para hacer ensalada. Pensó: tengo que sacar al perro, pero se olvidó, como olvidaba tantas cosas últimamente.

Martín se quedó solo y miró la bolsa, con la lengua afuera. Había algo increíblemente exquisito en el interior. Martín sabía que estaba prohibido, como estaba prohibido mear adentro o comer ojotas, y por un rato se resistió a la tentación, se sentó, cruzó la patas y puso la cabeza encima. Pero el olor era tan fuerte que se levantó y empezó a rodear la mesa. Daba una vuelta, después otra, se sentaba, se volvía a parar.

Cuando llegó Sergio, Martín se había comido la mayor parte de la carne. La bolsa estaba rota, los pedazos tirados en el piso. Martín mascaba los restos del matambre y, cuando lo vio llegar, fue a esconderse debajo de la cama. Sergio enloqueció. Buscó un cinto y le pegó hasta cansarse. Después le abrió la puerta y le dio una patada para que saliera.

Esa noche, salió a la calle y lo llamó.

—Martínnnn.

Pero el perro no apareció.

—Mejor —se dijo.

Cerró la puerta y se fue a dormir, pensando: mañana va a estar otra vez rompiendo las pelotas por acá.

Pasaron tres días y el perro seguía sin aparecer. Los chicos que jugaban en el río le dijeron que lo habían visto entre los escombros, hurgando en unas bolsas de basura. Esa noche llovió. Sergio se durmió oyendo la lluvia y pensando en dónde estaría ese perro maligno.

Llovió toda la noche. A la mañana había parado, pero el cielo todavía estaba cubierto y hacía frío. Era domingo. Sergio se quedó haciendo fiaca hasta las nueve. Después se preparó el mate. Al rato tocaron la puerta y eran los chicos de la villa.

—Don, al perro lo agarró la crecida —le dijo uno.

Sergio bajó a la costanera. El río tenía el color de la arcilla y se lo podía escuchar desde lejos. El perro estaba debajo del puente, subido a una loseta de cemento, haciendo equilibrio. Lo vio desde lejos y le ladró con desesperación.

—Vení para acá —le gritó Sergio.

—No hace caso —dijo uno de los chicos—. Nosotros lo llamamos y no vino.

—Se va a morir ahí —dijo otro.

—Vení para acá, che —le gritó Sergio.

Martín metió una pata en el agua helada y casi enseguida volvió a sacarla. Le ladró un par de veces más. Sergio pensó en que al final se iba a morir ahogado, igual que sus hermanos, y que lo tenía merecido.

Después miró el agua un segundo y dijo en voz alta:

—La puta madre con este perro.

Se sacó las zapatillas y se metió en el agua.

Una visita al Señor

Mi abuela enfermó de los huesos y fuimos a ver a un sanador. Le decían el Nene, nunca supe por qué, y vivía en San Juan, en medio de un valle rodeado de montañas y a cincuenta kilómetros de cualquier asentamiento civilizado. En esa época no era conocido, o lo era a un nivel subterráneo (no había salido en el diario ni en la televisión), pero la gente iba a verlo desde diversos puntos del país, porque su fama pasaba de boca en boca. Le llevaban flores y velas y aunque el Nene siempre lo rechazó, rezaban por él, *a través suyo*. Pedían su intercesión. Yo oí hablar de él y creí, aunque nunca creo. Oí que había resucitado al perro de un vecino, que había curado enfermedades, que había materializado un puñado de arena a una mujer de Buenos Aires (la mujer todavía conservaba la arena en un frasco). Supongo que creer era inevitable. Al oír hablar del Nene se abría una puerta, una diminuta y oxidada puerta, e ingresaba la luz. No soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

La empresa se llamaba Los Crespines. Organizaban excursiones educativas, familiares y para la tercera edad. Los viajes especiales para ver al Nene salían cada dos meses. No eran baratos, pero tampoco representaban un gasto desmesurado, y el Nene no cobraba a sus fieles más que un alimento no perecedero, una bolsa de arroz, de fideos, de polenta, una lata de arvejas, que luego eran donados a los pobres. Salimos a las diez de la noche. Hacía mucho frío y el colectivo estaba estacionado frente a la terminal. No *en* la terminal, sino en frente. Habremos sido unas treinta y cinco personas. Algunos se habían llevado un banquito de lona y sentado a esperar el colectivo. Otros

tomaban mate o café en la tapa de un termo. Mamá me dio muchísimas recomendaciones antes de subir al colectivo, y las olvidé todas excepto una muy extraña: No dejes que tu abuela se baje antes de llegar. ¿Qué quería decir con eso? Todavía no lo sé. Después el chofer subió a la cabina y abrió la puerta neumática del colectivo. Ayudé a mi abuela a subir la escalera y ella gimió audiblemente mientras yo la sostenía del brazo, pero cuando nos ubicamos en nuestros asientos sonreía con calma y aprovechó la oportunidad para volver a contarme por qué le dolían los huesos. Sus teorías. Cuando era joven, doce o trece años, mi abuela se despertaba a las cuatro de la mañana para ordeñar. Lo hacía sentada en un banquito de madera, bajo un techo de chapa sin paredes. Las manos se le congelaban con el frío y tenía que meterlas en la leche tibia hasta las muñecas para recuperar el movimiento. Al primer rayo de sol caía el rocío. Podía vérselo brillar en el pasto. Sobre ella y sus hermanos, sobre las vacas, sobre los teros y las vizcachas y los gauchos, caía el rocío. El rocío entra en los huesos, por más que uno se abrigue o tome precauciones, atraviesa el abrigo, capa tras capa, y luego la piel y los músculos y enfría el líquido que hay en el interior de los huesos. Como una inyección helada. Un frío imposible de sacar que fue royéndola todos estos años. Mientras lo recordaba, mi abuela se estremeció. El rocío le había desgastado las articulaciones, las rodillas se le hinchaban y le dolían y la habían tenido que operar varias veces en el hospital San Justo. Le habían abierto las rodillas y le habían puesto prótesis metálicas en las rótulas. Había estado un par meses con las piernas levantadas, sujetas a poleas y en las semanas posteriores tuvo que aprender a caminar de nuevo como un chico. Todo por el rocío.

Habíamos pasado el primer peaje y ya había cabezas alrededor de nuestro asiento, interesadas en oír y opinar y también contar sus relatos de redención. Un hombre pelado con camisa a cuadros dijo que iba porque a su hija, que dormía unos asientos más atrás, le habían diagnosticado leucemia. Una mujer que comía compulsivamente caramelos mentolados nos contó que se estaba quedando ciega. Otro, que el negocio (una ferretería) andaba mal y estaba a punto de

quebrar. Incluso cuando el chofer apagó las luces, y el colectivo se hundió en la oscuridad, la oscuridad pura sin estrellas del exterior, las voces continuaron y continuaron, lejanas y veloces como las voces de un sueño o las conversaciones que se oyen en el teléfono cuando las líneas están ligadas. Cerré los ojos y me dormí.

Desperté a la madrugada. Amanecía. Oí el ruido del mate y olí el café quemado del colectivo. Conversaciones en voz baja. Alguien dijo que habíamos atravesado un par de horas atrás la capital de San Juan, y al mirar por la ventanilla casi doy un salto. La ruta se internaba en el desierto más puro que vi en mi vida. No había nada, pero nada de nada. Campos sin alambrar. Ni una vaca, ni un árbol. Ni siquiera postes de luz. La tierra seca cubierta de piedras redondas. Al fondo del colectivo, un bebé empezó a llorar. Mi abuela dormía con la boca abierta.

Me levanté a buscar un café y cuando volví se había despertado y sacado de no sé dónde una de esas revistas gratuitas de los Testigos de Jehová. Una *¡Despertad!* A veces las leía. Le di mi café y fui a buscarme otro. En el camino me crucé con el pelado de camisa a cuadros, que se había sentado en el apoyabrazos del asiento y charlaba con los que tenía al lado. Me guiñó el ojo.

Me senté, me puse el walkman y oí un par de temas de *Canción animal*, de Soda Stereo. Mi abuela me habló y me saqué los auriculares. Me dijo que no faltaba mucho para llegar. El colectivo se internó en un camino de tierra que bordeaba las montañas y al rato el chofer anunció que se veía el techo de la casa. Nos asomamos a las ventanillas. Abajo, en medio del valle solitario, había una construcción de adobe. Al costado, cinco o seis colectivos estacionados uno al lado del otro. Ya era de día.

Las montañas, quizás por el mineral del que estaban constituidas, eran rojas como las montañas de Marte que uno ve en las fotos de las sondas espaciales. El colectivo fue subiendo en espiral y después de una curva bajó abruptamente hacia el valle. Cuando estábamos por llegar, algunos impacientes se pusieron de pie y se amontonaron en el pasillo. La puerta se abrió con una exhalación. Ayudé a bajar a mi

abuela. Había otros grupos de personas esperando, veinte o treinta por cada ómnibus. Mi abuela empezó a hablar con dos mujeres de su edad que llevaban reposeras. Poco después la vi sentada en una, tomando mate.

Soplaba viento y de inmediato se me taparon los oídos, supongo que por la altura. Oía como a través de una lámina.

La gente decía: Si uno no cree, el Nene no puede hacer nada. Si uno no cree, no funciona, así de simple. El Nene usa la energía, la fe de cada uno. El chofer de nuestro colectivo, un hombre que parecía carecer por completo de cuello, pasó entre nosotros diciendo que una chica iba a recoger los alimentos y que quizás el Nene se dirigiría a la multitud antes de empezar a atender. A veces salía y hablaba en voz alta, daba un mensaje que todos más o menos podían considerar como suyo, o rezaba junto a las viejas una novena del rosario.

La chica que pasó a recoger los alimentos estaba vestida como una Testigo de Jehová. Pollera larga, camisa con hombreras. Decían que era la novia, la hija o la sobrina del Nene. Recolectaba los paquetes en una bolsa de consorcio. Cuando pasó al lado nuestro, mi abuela le mostró los espaguetis antes de dejarlos caer en la bolsa y le preguntó algo, no escuché qué. La chica no respondió.

A las nueve, formamos una fila que entraba por una puerta a la casa del Nene y salía por otra. Pensé que había una cierta organización, por el bien de los que iban a verlo. Los que esperábamos de un lado tratábamos de ver si en los otros, en los que ya habían salido, podía registrarse algún cambio visible. Mi abuela, que tenía que formar la cola de pie, empezó a quejarse del dolor en las rodillas. Alguien le ofreció un banco de lona y ella se sentó. Había gente en silla de ruedas, gente con el ojo tapado por una gasa, gente con muletas, niños con labio leporino o con un barbijo que les cubría la mitad de la cara. Cuando llegó nuestro turno, me temblaban las piernas, un poco por el cansancio y un poco porque estaba excitado, ansioso. La puerta de la casa estaba abierta y había una esterilla de cuentas colgando del marco. Desde el interior llegaba una luz tenue y olor a incienso y a sahumerios. La chica que había recogido el alimento hacía pasar a las

personas de a una, incluso si venían a acompañar o ayudar a alguien. En eso el Nene era inflexible. También los choferes tenían que pasar. Dejé a mi abuela primera y me quedé a un metro de la esterilla, mirando alternativamente la luz que venía del interior y a la chica con expresión impasible de empleado público. Oí la voz del Nene hablando con mi abuela. No entendía las palabras, pero me asombraba la fuerza y la rispidez de esa voz, como la de un hombre de campo retando a un perro. Después un grupo de personas se puso a cantar y dejé de oírla. No sé si estaban esperando para ver al Nene o si ya lo habían visto. Cantaban:

Señor, me has mirado a los ojos,
sonriendo, has dicho mi nombre,
en la arena he dejado mi barca,
junto a ti, buscaré otro mar.

Corrí la cortina y entré. Las paredes estaban cubiertas de estampas de la virgen y rosarios de distintos colores. Uno de los rosarios parecía hecho de flores, pequeñas rosas blancas. Había velas encendidas y derretidas en el piso y los muebles. Había olor a rosas, no a incienso ni a sahumerios. Pero no había rosas. El aire me oprimía la cabeza.

El Nene estaba de espaldas, haciendo algo con las manos, y tardó unos segundos en darse vuelta. Era morrudo y alto, muy alto, de casi dos metros. Tenía el pelo largo y una barba rojiza, profusa, que le llegaba hasta el pecho. Estaba vestido con botas, camisa y bombacha de gaucho. Se acercó y me miró a los ojos. En ese momento se me destaparon los oídos. Me puso una mano en la cabeza y me largué a llorar. No quería hacerlo, pero tampoco podía evitarlo. Me dijo: Todo lo que pasa es inevitable. Lo que pasó no puede volver a pasar, no puede ser arreglado de ninguna forma. Luego me dijo algo que no puedo decirle a nadie.

Le dije que sí, que entendía. Cuando le iba a hacer una pregunta, me empujó con una fuerza un poco excesiva hacia la salida. Antes de salir, por otra cortina idéntica a la de la entrada, vi, en medio de una silla cubierta de velas, la foto de alguien que corría de espaldas a la cámara.

Mi abuela tomaba mate con otras viejas. Me sequé los ojos y me quedé a su lado. No pude hablar, por un largo rato. Cuando recuperé la voz le pregunté qué había pasado. Yo tenía once años y en el lugar donde el Nene me había apoyado la mano tendría una cicatriz para toda la vida.

No sé muy bien, dijo mi abuela.

¿Pero te sigue doliendo?, pregunté.

Sí, claro, dijo ella.

Agradecimientos

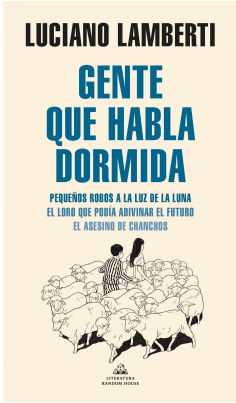
Este libro fue terminado gracias a una Beca de Creación del Fondo Nacional de las Artes.

Para los que leyeron parte o la totalidad de este libro y me dieron siempre útiles sugerencias, entre ellos, Ana Laura Pérez, mi editora.

Para mis padres.

Para mis hijos, Antonio, Isidro, Beyla y Dante.

Para Caterina, por el amor, por el tiempo y por la construcción de este, mi salón de juegos.



«Cada uno de sus libros es, para mí, un acontecimiento.»
Mariana Enriquez

Variados en sus tramas, de un estilo poderoso, claro y simple, estos tres libros de cuentos se pliegan, se abren y desencriptan eso que llamamos realidad: las calles de los pueblos y los caminos del campo; el aburrimiento; las conductas esperadas y las inimaginables. Sus personajes —domesticados por el trabajo, la escuela, las liturgias masculinas, la familia o las mujeres— resisten, se afanan ante el aburrimiento con el sexo o el ocio, todas formas del dejarse estar. O rebelarse.

La magistral prosa de Luciano Lamberti se afirma en el detalle íntimo hasta volverlo augurio de lo extraordinario. Lírico en las descripciones, increíblemente sutil en el registro de los diálogos, de un humor filoso, el autor de *Gente que habla dormida* —que incluye el inédito *Pequeños robos a la luz de la luna* y los inhallables *El asesino de chanchos* y *El loro que podía adivinar el futuro*— se manifiesta como un

creador omnipotente y benévolo, un comediante lúcido y un observador sagaz.

«Con macabra ironía, Lamberti sintoniza las pesadillas de la pampa gringa y vuelve literal la idea de pueblo chico, infierno grande. Sus personajes se deslizan casi sin advertirlo hacia la crueldad, el desvarío, las frustraciones que se transforman en delirio. Son cuentos de terror y mueven el piso, pero también son muestras de lo que el terror puede hacer en estas mentes sumergidas en el aburrimiento, los rumores, los prejuicios y la rutina.»

Federico Falco

«No solo es inteligente para armar una historia, Luciano Lamberti también es sensible y salvaje, como la literatura que nos gusta leer y vivir. O bueno, tal vez no tanto vivir.»

Mariano Quirós

«La —por ahora— trilogía de *El asesino*, *El loro* y *La casa de los eucaliptus* condensa, con sus diferencias de estilo y recursos, un cúmulo de historias tan nacionales como a Borges le gustaría, es decir, historias universales. »

Sebastián Rodríguez Mora, *Crisis*

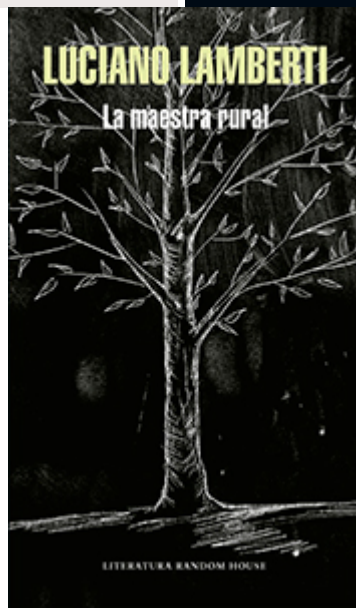
«Ahí están sus personajes, envueltos en penas sentimentales sin remedio, viviendo como parásitos de sus familias disfuncionales, y sabiendo que cuando el sol salga al día siguiente nada habrá cambiado.»

Maximiliano Tomas

LUCIANO LAMBERTI

Nació en San Francisco, Córdoba, en 1978. Es licenciado en Letras. Ha publicado los libros de cuentos *El asesino de chanchos*, *El loro que podía adivinar el futuro*, ambos incluidos en este volumen, y *La casa de los eucaliptus*; las novelas *La maestra rural*, *La masacre de Kruguer* (finalista del Premio Filba-Medifé) y *Los abetos*; el libro de notas *Plan para una invasión zombie* y el de poemas *San Francisco*. Actualmente vive en Buenos Aires, donde dicta talleres de escritura creativa.

Foto del autor: © Cuqui



Otros títulos del autor en penguinlibros.com

Lamberti, Luciano
Gente que habla dormida / Luciano Lamberti. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Literatura Random House, 2022.
(Literatura Random House)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-769-211-2

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Ilustración de cubierta: © Maxi Amici
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

© 2022, Luciano Lamberti
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Edición en formato digital: marzo de 2022
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una

edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-769-211-2

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Gente que habla dormida
Nota a la presente edición
Pequeños robos a la luz de la luna
    Soy el hombre de la máscara
    La avispa
    Pequeños robos a la luz de la luna
    Jers
    Los exhombres de mi vida
    El índice de singularidad
    El sátiro de la bicicleta
    La naturaleza del amor
    Este es tu nombre
    El cometa Halley
    Día del monstruo
    La mosca de la fruta
    Días de visita
    Perras en pantalones de vestir
    El gran viento del desierto
El loro que podía adivinar el futuro
    Perfectos accidentes ridículos
    La canción que cantábamos todos los días
    Algunas notas sobre el país de los gigantes
    La vida es buena bajo el mar
    La Feria Integral de Oklahoma
    El loro que podía adivinar el futuro

El asesino de chanchos
- Comido por las hormigas
- El asesino de chanchos
- El arquero
- Agua viva
- Febrero
- El cazador, los galgos, la liebre
- Monocigótico
- La tortuga
- Una casa llena de insectos
- Una visita al Señor

Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos